

UC-NRLF



QB 283 668

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

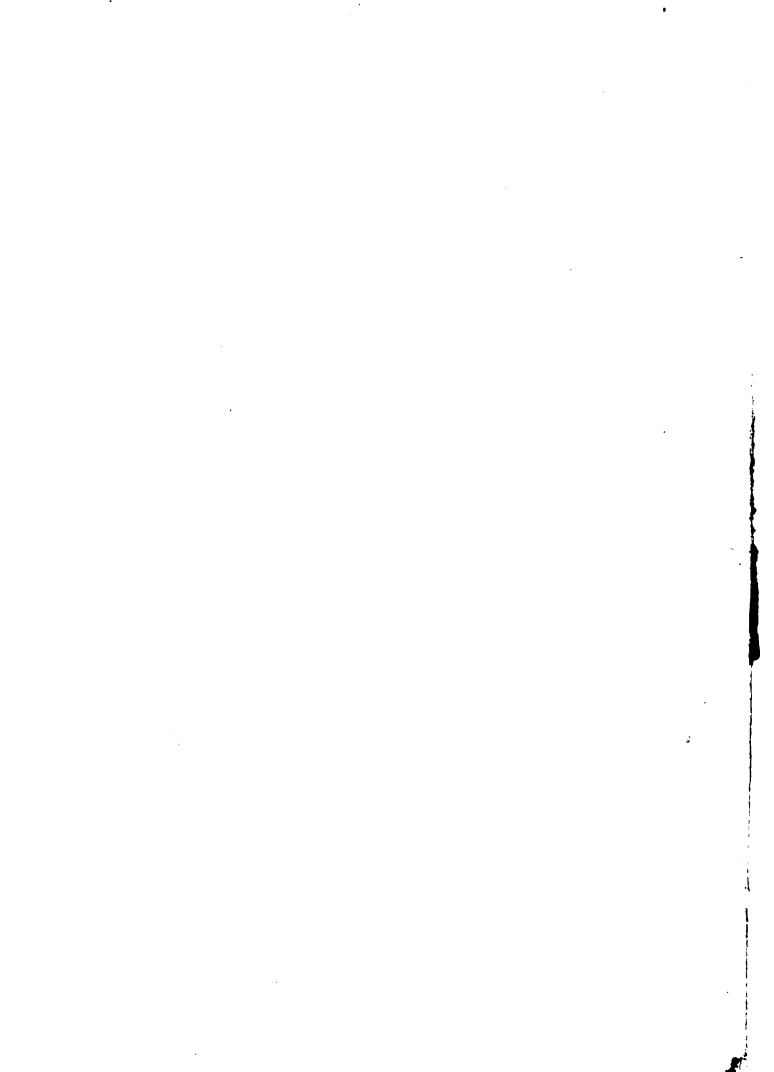


EX LIBRIS

836
G635
05a

v. 1

PUBLISHED IN SPAIN



Iván Goncharov

—

O B L O M O V

NOVELA

TOMO I

MCMXXIV

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1924.
Published in Spain.

Copyright © 1924

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

IVAN GONCHAROV

Oblomov

NOVELA

TOMO I

La traducción del ruso ha sido
hecha por Tatiana Enco de Valero



MADRID, 1924

TO VNU
ABSTRACT

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED

MAY 17 1994

PG 3337

G6

01218

1924

v.1

MAIN

Nació en Simbirsk en junio de 1812. Hijo de ricos comerciantes, empezó sus estudios en un colegio de la ciudad, continuándolos en Moscú e ingresando, más tarde, en la Universidad de esta capital. Terminada su carrera desempeñó un empleo en una oficina en Simbirsk y luego en San Petersburgo.

El año 1852 hizo un viaje alrededor del mundo, a bordo de la fragata Palas, del que publicó un relato. Continuó en el servicio hasta el año 1870 en que pidió el retiro y se fué a vivir a San Petersburgo, donde murió en septiembre de 1891.

Comenzó su carrera literaria publicando Una historia corriente, que apareció en 1847; después de largo intervalo salió a luz OBLOMOV, y muchos años más tarde su gran novela La pendiente abrupta.

Lo que más caracteriza sus obras es la objetividad con que describe a los protagonistas, dejando al lector en libertad para juzgar. Sin embargo, Goncharov manifiesta claramente sus simpatías hacia el tipo de hombre enérgico, activo y práctico, dándose el caso de que generalmente es el peor descrito en sus obras. El tipo contrario, correspondiendo más al propio modo de ser del autor, ha sido pintado por éste con tal finura de análisis y tan rara maestría, que por ello se le considera justamente como uno de los más grandes escritores rusos.

600396

En la novela OBLÓMOV, que ahora traducimos, aparecen los dos tipos citados, encarnados en el alemán Stolz y en el apático e inactivo Iliá Oblómov, y este último aparece con rasgos tan típicos del carácter ruso, que el nombre «Oblómov» llegó a ser en Rusia un apodo sinónimo de perezoso.

PARTE PRIMERA

I

En la calle de Gorojovaia, en una gran casa cuyo número de vecinos hubiera sido bastante para poblar una pequeña ciudad de provincias, estaba una mañana en su piso, acostado en un sofá que servía de cama, Iliá Illich Oblomov.

Era un hombre de treinta y dos e treinta y tres años, estatura mediana, exterior agradable y ojos de un color gris obscuro; pero en sus facciones, faltas de expresión, se notaba la ausencia absoluta de una idea determinada. El pensamiento, como un pájaro libre, se paseaba por su cara, volaba por los ojos, se posaba en los labios semiabiertos, se escondía en las arrugas de la frente y desaparecía por completo, y entonces por todo el rostro se extendía una expresión de apatía que desde la cara pasaba a la postura del cuerpo y hasta a los pliegues de la bata.

A veces su mirada se nublaba con una expresión de cansancio o de aburrimiento, que no lograba hacer desaparecer de su cara ni por un momento aquella expresión de blandura que era predominante y fundamental, no sólo en su rostro, sino en su

espíritu y que se dejaba ver serena y al descubri-
to en los ojos, en la sonrisa y en cada movimiento
de la cabeza o de la mano.

Un observador frío y superficial, al mirar al paso a Oblomov, hubiera dicho: «Es un tonto o un bo-
nachón.» Un hombre más atento y de espíritu más
profundo le hubiera contemplado largo rato, y lue-
go se hubiera retirado meditando agradablemente.

La cara de Ilia Illich no era ni colorada ni more-
na ni pálida, sino sin color, o al menos así lo pa-
recía, quizá por estar Oblomov prematuramente
ajado por falta de movimiento o de aire, o por las
dos cosas a la vez. Su cuerpo, a juzgar por la ex-
cesiva blancura del cuello, por las pequeñas manos
gordinflonas y por los hombros suaves, parecía
poco vigoroso para ser de un hombre.

También sus gestos, cuando se inquietaba, que-
daban moderados por una suavidad y un abando-
no no desprovistos de cierta gracia. Cuando por su
rostro se extendía una nube de preocupación que
le subía del alma, entonces la mirada se le nubla-
ba, aparecían arrugas en su frente, y en sus faccio-
nes se reflejaba duda, melancolía y susto; pero rara
vez la inquietud se concretaba en una idea deter-
minada y casi nunca se transformaba en una reso-
lución. Se resolvía con un suspiro y se apagaba en
apatía o en somnolencia.

Vestía una bata de tela persa, que le sentaba
bien como traje de casa, pues convenía a sus tran-
quilas facciones y a su cuerpo afeminado; una
auténtica bata oriental, sin mezcla de adornos

européos, sin borlas ni terciopelo ni cintura; una bata muy amplia, en la que Oblomov hubiera podido envolverse dos veces. Las mangas, según el modo asiático, se ensanchaban desde las muñecas hasta los hombros. A pesar de que esta bata había perdido su primitivo brillo y que en muchos sitios hubiese substituído el lustre natural por otro adquirido por el uso, conservaba todavía los vivos colores orientales y la solidez de la tela.

La bata, según la opinión de Oblomov, tenía un sinnúmero de inapreciables cualidades: era suave y flexible, el cuerpo no la sentía y se sometía, como una sierva obediente, al menor movimiento. Oblomov no llevaba nunca en casa chaleco ni corbata porque amaba la comodidad y la holgura. Sus zapatillas eran largas, blandas y anchas; cuando, sin mirarlas, bajaba los pies de la cama, éstos infaliblemente entraban en ellas a la primera tentativa.

El estar acostado no era para Ilia Illich una necesidad, como lo es para un enfermo o para un hombre que tiene sueño, ni algo incidental, como lo es para un hombre que está cansado, ni una delicia, como para un perezoso; era su posición normal. Cuando estaba en casa—y él casi siempre estaba en casa—siempre estaba acostado e invariablemente en la habitación en que le hemos encontrado que le servía de dormitorio, de despacho y de cuarto de recepción. Tenía tres habitaciones más, pero raramente entraba en ellas, alguna vez por la mañana y no todos los días, sino cuando el criado tenía que barrer el despacho, cosa que no

se hacía diariamente. En aquellas habitaciones, los muebles estaban enfundados y las cortinas corridas.

A primera vista, el cuarto donde estaba acostado Ilya Illich parecía perfectamente arreglado.

Había en él un buró de caoba, dos sofás tapizados con telas de seda y un bonito biombo, con frutas y pájaros de fantasía bordados. Había además cortinas de seda, alfombras, unos cuantos cuadros, bronces, porcelanas y un sinnúmero de bagatelas bonitas.

Pero la mirada de un hombre experimentado y de gusto hubiera percibido en seguida que todo lo que había allí sólo tenía por objeto guardar cierto decoro y las inevitables conveniencias sociales, para evitarse preocupaciones. No fué otra la idea de Oblomov cuando amuebló su despacho. Un gusto refinado no se hubiera contentado con aquellas macizas y poco elegantes sillas de caoba, ni con las estanterías. El respaldo de un sofá estaba hundido y las ensambladuras de la madera quedaban visibles en algunos sitios en que estaban descoladas.

El mismo aspecto tenían los cuadros, jarrones y *bibelots*.

Pero el dueño miraba el mobiliario de su despacho con tal frialdad y despreocupación, que parecía preguntar con los ojos: ¿Quién ha traído y amontonado aquí todo esto? Esta despreocupación de Oblomov por sus muebles, y la mayor aún de su criado Zajar, hacía que, al examinar con más

atención el aspecto del despacho, sorprendiese el abandono y el descuido que allí reinaban.

En las paredes, orlando los cuadros, había festones de telarañas llenos de polvo; los espejos, en vez de reflejar los objetos, hubieran podido servir para tomar notas escribiendo en el polvo que los cubría; las alfombras estaban llenas de manchas. En el sofá había una toalla olvidada; en la mesa era rara la mañana en que no podía verse el plato de la cena de la víspera, el salero, un hueso roído y las migas de pan esparcidas alrededor.

Si no fuese por ese plato, por la pipa apenas consumida y por el propio dueño acostado en la cama, hubiera podido creerse que allí no habitaba nadie; de tal manera estaba todo polvoriento, desteñido y falto de señales de vida. Es verdad que en los estantes se veían dos o tres libros abiertos y un periódico y que en el buró había un tintero con plumas; pero las páginas de los libros estaban amarillentas y cubiertas de polvo; se veía que estaban allí hacía mucho tiempo; el número del periódico era del año anterior, y al tratar de mojar una pluma en el tintero hubiera escapado de él una mosca asustada.

Ilia Illich, contra costumbre, se despertó muy temprano, a eso de las ocho. Algo había que le preocupaba mucho. En su cara se dibujaban, por turno y levemente, miedo, angustia y enfado. Se veía que sostenía una lucha en su interior sin que la razón viniese a prestarle ayuda.

La víspera había recibido del administrador de

su aldea una carta de contenido desagradable. Ya se sabe qué cosas desagradables puede escribir un administrador: mala cosecha, atrasos en el pago, disminución de las rentas. Aunque el administrador había escrito a su señor cartas exactamente iguales el año anterior y hacía dos años, esta última, como todas las noticias desagradables, produjo la misma impresión intensa.

¿Acaso se trataba de una cosa sencilla? Era necesario pensar en tomar algunas medidas. Pero hay que hacer justicia a los cuidados que a sus negocios dedicaba Iliá Illich. Desde la primera carta que hacía algunos años recibiera de su administrador había empezado a trazar en su mente un plan de cambios, adelantos y mejoras en el orden de la administración de su propiedad.

Según este plan, se disponía a poner en práctica nuevas medidas económicas, de inspección y varias otras. Pero el plan no estaba aún del todo maduro y las cartas desagradables de su administrador, repitiéndose anualmente, le invitaban a la actividad y, por consiguiente, turbaban su tranquilidad. Oblomov se veía forzado a reconocer la necesidad de emprender algo decisivo sin esperar a terminar sus proyectos.

Apenas se despertó tuvo intención de levantarse, lavarse y, después de tomar el te, meditar, combinar algo; en una palabra, ocuparse de aquel asunto como era menester.

Se quedó en la cama cerca de hora y media atormentado con aquella intención; pero luego pensó

que tendría tiempo para meditar después de tomar el te, que el te podía tomarlo en la cama según su costumbre y que, después de todo, nada le impediría pensar acostado.

Así lo hizo. Después de tomar el te, se sublevó en su lecho y por poco se levanta; mirando las zapatillas, empezó a sacar un pie de la cama, pero en seguida lo retiró de nuevo.

Sonaron las nueve y media. Iliá Illich se animó.

—¿Qué hago aquí?—dijo con enfado y en voz alta—. Hay que tener conciencia; ya es hora de trabajar. Apenas uno se abandona un poco, ya... ¡Zajar!—gritó.

En el cuarto que estaba separado del despacho de Iliá Illich sólo por un corto pasillo se oyó primero como el gruñido de un perro encadenado y luego el golpe de dos pies que daban en el suelo. Era Zajar que había saltado desde el lecho sobre la estufa, donde solía pasar el tiempo sentado y soñoliento.

En el despacho entró un hombre de edad vistiendo una levita gris con un roto debajo del brazo, por donde asomaba la camisa, y un chaleco, del mismo color, con botones de cobre. Tenía la cabeza calva como una rodilla y unas anchas, espesas e inmensas patillas rubias y canosas, de cada una de las cuales hubieran podido sacarse tres barbas.

Zajar procuraba no cambiar, no sólo en su físico, que le había sido dado por Dios, sino ni siquiera en los vestidos que había llevado en la aldea.

Le hacían los trajes según el modelo del que había traído del pueblo. La levita y el chaleco gris le gustaban porque en ellos veía un recuerdo de la librea que antaño llevaba cuando acompañaba a sus difuntos señores a la iglesia o a las visitas; en sus recuerdos, la librea era lo único que representaba la dignidad de la casa de Oblomov.

No había nada más que pudiera recordar al viejo la cómoda y tranquila vida en la apartada aldea. Los viejos señores se habían muerto; los retratos de familia se habían quedado allá en la casa y quizá estarían en alguna buhardilla; las leyendas antiguas, que acreditaban la importancia de la familia Oblomov, iban desapareciendo o se conservaban sólo en la memoria de algunos viejos que se habían quedado también en la aldea. Por eso Zajar quería tanto a la levita gris; en ella, así como en algunos rasgos de las facciones del señor, que recordaban los de sus padres, y en sus caprichos, a los que, ya para sus adentros o ya en voz alta, gruñía Zajar, pero para los que, como manifestaciones de la voluntad y derecho señoriales, sentía un respeto interior, en todo esto veía débiles recuerdos de la grandeza pasada.

Sin estos caprichos no hubiera sentido sobre sí la mano del señor; sin ellos, nada le hubiera recordado su juventud, la aldea que habían dejado hacía mucho tiempo ni las leyendas de aquella antigua casa, única crónica, mantenida por los criados viejos, amas y niñeras y transmitida de generación en generación.

La familia de Oblomov había sido antaño rica e ilustre en su región; pero luego, sólo Dios sabe por qué, empezó a empobrecerse y a degenerarse hasta que se perdió imperceptiblemente entre las familias de nobleza más moderna. Sólo los viejos servidores de la casa guardaban y transmitían de uno en otro la fiel memoria del pasado, venerándolo como a una sagrada reliquia. He aquí por qué Zajar quería tanto a su levita gris.

Quizá amaba también tanto a sus patillas porque en su niñez había visto a los criados viejos con este antiguo tocado aristocrático.

Ilia Illich, sumido en sus reflexiones, durante largo rato no notó la presencia de Zajar. Este permanecía en pie ante él guardando silencio. Por fin tosió.

—¿Qué quieres?—preguntó Ilia Illich.

—¿No me ha llamado usted?

—¿Te he llamado? ¿Y para qué te he llamado? No me acuerdo—contestó desperezándose—. Vete a tu cuarto mientras hago memoria.

Zajar se fué e Ilia Illich continuó acostado pensando en la maldita carta.

Pasó un cuarto de hora más.

—¡Ea, basta de estar acostado!—dijo—. Hay que levantarse... Pero mejor será que lea otra vez la carta del administrador y luego me levantaré... ¡Zajar!

Otra vez el mismo salto y un gruñido más fuerte que antes. Zajar entró, pero Oblomov se sumió de nuevo en meditaciones. Zajar permaneció en pie

unos dos minutos mirando al señor de soslayo y poco benévolutamente, y por fin se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas?—le preguntó de pronto Oblomov.

—Como no me dice usted nada, para qué he de estar de pie inútilmente—gruñó Zajar a falta de otra voz que, según decía, había perdido por el viento frío que se le había metido en la garganta cuando iba con el antiguo señor a caza con perros.

Estaba en el centro de la habitación, medio vuelto hacia Oblomov, al que seguía mirando de soslayo.

—Y qué, ¿se te han quedado secos los pies y no puedes permanecer aquí? ¿No ves que estoy preocupado? ¿No puedes esperar? ¿No has descansado todavía? Búscame la carta del administrador que recibí ayer. ¿Dónde la has metido?

—¿Qué carta? No he visto ninguna—dijo Zajar.

—¿Pero si se la has cogido tú al cartero! Una muy sucia.

—¿Cómo voy a saber dónde la ha puesto usted?—decía Zajar golpeando con la mano los papeles y objetos que había sobre la mesa.

—Nunca sabes nada de nada. Mira ahí, en el cesto, o quizá se haya caído detrás del sofá. Mira, todavía no han arreglado el respaldo. ¿Tanto trabajo te cuesta llamar al carpintero para que lo arregle? Si eres tú el que lo ha roto, ¿por qué no te ocupas de ello?

—Yo no lo he roto—contestó Zajar—; se ha roto

ello solo. Las cosas no pueden durar un siglo y algún día tienen que romperse.

Ilia Illich no consideró necesario demostrar lo contrario y se limitó a preguntar:

—¿La has encontrado ya?

—Aquí hay unas cartas.

—Esas no son.

—Pues no hay otras.

—¡Bueno, vete!—dijo con impaciencia Ilia Illich. Me levantaré y las buscaré yo mismo.

Zajar se fué a su cuarto; pero apenas había apoyado las manos en la estufa para saltar sobre ella, cuando de nuevo resonó un grito apresurado.

—¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Oh Dios mío!—gruñía Zajar dirigiéndose de nuevo al despacho—. ¡Qué sufrimiento! ¡Es preferible morir!

—¿Qué quiere?—dijo apoyándose con una mano en la puerta del despacho y mirando a Oblomov, en señal de descontento, tan de lado que sólo le veía con la mitad de un ojo, y al señor sólo le era visible una enorme patilla de la que se esperaba ver salir volando dos o tres pájaros.

—¡El pañuelo! ¡Pronto! Debías adivinarlo tú mismo; ¿no ves?—dijo Ilia Illich severamente.

Zajar no mostró ningún disgusto ni asombro al oír la orden y la reprensión del señor, estimando una y otra como muy naturales.

—¿Y quién sabe dónde está el pañuelo?—gruñía dando vueltas por la habitación y tocando las sillas, aunque desde luego se veía que sobre ellas no

había nada—. ¡Pierde usted todo!—observó abriendo la puerta del salón para ver si estaba allí.

—¿Adónde vas? ¡Busca aquí! Ahí no he entrado desde anteayer. ¡Pero de prisa!—dijo Ilia Illich.

—¿Dónde estará el pañuelo? ¡No está!—dijo Zajar accionando con las manos y mirando alrededor de sí en todos los rincones—. ¡Allí está!—gruñó de repente irritado—. ¡Debajo de usted! Allí asoma una punta. ¡Está usted acostado sobre él y aun pregunta dónde está!

Y sin esperar contestación, Zajar se dirigió hacia la puerta. Oblomov se sintió humillado por su propio descuido y buscó motivo para reprender a Zajar.

—¿Qué limpio lo tienes todo! ¡Cuánto polvo! ¡Cuánta basura! ¡Mira! ¡Mira los rincones! ¡No haces nada!

—Sí, yo no hago nada... —empezó Zajar a decir con aire ofendido—. ¡Trabajo, no ahorro vida! Quito el polvo y barro casi todos los días...

Señaló el suelo del centro del cuarto y la mesa en que Oblomov comía.

—Mire, mire—decía—; todo está barrido y limpio como para una boda... ¿Qué más quiere?

—Y eso, ¿qué es?—le interrumpió Ilia Illich señalando las paredes y el techo—. ¿Y eso? ¿Y eso?—y le indicó la toalla olvidada desde la víspera y el plato con un pedazo de pan que estaba encima de la mesa.

—Bueno, eso lo quitaré—dijo Zajar condescendiendo y cogiendo el plato.

—¿Eso sólo? ¿Y el polvo de las paredes? ¿Y las telarañas?—decía Oblomov señalando las paredes.

—Eso lo limpio por Semana Santa; entonces limpio los iconos y quito las telarañas...

—¿Y el polvo de los libros y de los cuadros?

—Los libros y los cuadros los limpio antes de Nochebuena; entonces, Anisia y yo limpiamos todas las librerías. Pero ahora ¿cuándo podría limpiar? Usted está siempre en casa...

—Yo voy a veces al teatro y de visita; se podría...

—¿Qué limpieza se puede hacer de noche?

Oblomov le miró enfadado, meneó la cabeza y suspiró, y Zajar miró con indiferencia hacia la ventana y suspiró también. El señor parecía pensar: ¡Vaya, hermano, eres más Oblomov que yo mismo! Y Zajar casi pensó así: ¡Mentira! Tú sólo sabes decir palabras incomprensibles y el polvo y las telarañas te tienen sin cuidado.

—¿No sabes—dijo Iliá Illich—que del polvo salen las polillas? A veces hasta veo alguna chinche en la pared.

—¿También en mi cuarto hay pulgas!—contestó con indiferencia Zajar.

—¿Acaso está eso bien? ¡Eso es una porquería!—dijo Oblomov.

Toda la cara de Zajar sonrió y la sonrisa se extendió por sus cejas y patillas, que se abrieron hacia los lados, y todo sus rostro se cubrió con una mancha colorada.

—¿Qué culpa tengo de que haya chinches en el mundo?—dijo ingenuamente asombrado—. ¿Acaso las he inventado yo?

—Proviene de la suciedad—le interrumpió Oblomov—. ¿Por qué mientes siempre?

—Tampoco he inventado yo la suciedad.

—Los ratones corren por la noche en tu cuarto; yo los he oído.

—Tampoco he inventado los ratones. En todas partes hay muchos bichos de éstos: chinches, ratones...

—¿Y cómo es que en otras casas no hay ni pollillas ni chinches?

La cara de Zajar expresó desconfianza o, mejor dicho, la plácida certeza de que eso no ocurría en ningún sitio.

—Aquí hay mucho de todo—dijo—. Es imposible poder ver a todas las chinches ni meterse en la hendedura donde se esconden.

Y parecía pensar: ¿Cómo se podría dormir sin chinches?

—Tienes que barrer y quitar el polvo de los rincones y así no habrá nada de eso—le enseñaba Oblomov.

—Hoy lo quitaré y mañana lo habrá otra vez—decía Zajar.

—No lo habrá—le interrumpió el señor—. No tiene que haberlo.

—Lo habrá, estoy seguro—repetía el criado.

—Si lo hay, se barre otra vez.

—¿Cómo? ¿Limpiar todos los días los rincones?

—preguntó Zajar—. ¿Qué clase de vida iba a ser ésta? ¿Preferiría morirme!

—¿Cómo es que en otras casas está todo limpio?—objetó Oblomov—. Mira, enfrente, en casa del afinador, todo está tan limpio que da gusto verlo y no tienen mas que una muchacha...

—¿Cómo ha de haber barreduras en casa de los alemanes?—contestó rápidamente Zajar—. Mire cómo viven. Toda la familia roe un hueso durante la semana. La levita pasa de los hombros del padre a los del hijo y del hijo pasa otra vez al padre; la mujer y las hijas llevan unos trajecitos cortitos y tienen que andar con las piernas encogidas como si fuesen ocas... ¿De dónde ha de salir la basura? Ellos no tienen, como nosotros, armarios llenos de montones de prendas viejas y gastadas que permanecen allí años y años..., ni tienen un rincón lleno de cortezas de pan amontonadas durante el invierno... No desperdician ni una corteza; ¡harán bizcochitos y se los comerán bebiendo cerveza!

Zajar hasta escupió entre dientes en señal de desprecio hacia una vida tan mezquina.

—No hables tanto—objetó Ilia Illich—. Mejor sería que limpiases.

—Ya lo haría alguna vez, pero me estorba usted mismo—dijo Zajar.

—¿Otra vez con lo mismo? Siempre soy yo quien te estorba.

—Claro. Usted está siempre en casa; ¿cómo voy a limpiar? Váyase por todo el día y entonces limpiaré.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que me vaya? ¡Vete tú a tu cuarto!

—No, de veras—insistió Zajar—. Por ejemplo, hoy; váyase de casa y yo con Anisia lo limpiaremos todo. Y tal vez no bastemos los dos y haga falta llamar mujeres para limpiar todo bien.

—¡Qué fantasías! ¡Llamar mujeres! ¡Vete!—dijo Ilia Illich.

Se arrepentía de haber provocado aquella conversación. Nunca se acordaba de que en cuanto se tocaba el asunto delicado de la limpieza aparecían un sinnúmero de molestias.

Oblomov hubiera querido que todo estuviese limpio, pero al mismo tiempo que todo se hiciese de un modo imperceptible. Zajar, cada vez que se le exigía que quitase el polvo, fregase los suelos, etcétera, empezaba a demostrar la imposibilidad de hacerlo sin producir una gran perturbación en la casa; sabía perfectamente que la sola idea de esto producía espanto a su señor.

Zajar se fué y Oblomov se sumió en sus reflexiones. Algunos minutos después sonó otra media hora.

—¿Qué es esto?—dijo casi horrorizado Ilia Illich. Pronto serán las once y todavía no me he levantado ni lavado. ¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Oh Dios mío! ¿Qué?—se oyó desde la antesala y luego se percibió el conocido salto.

—¿Está el agua para lavarme?—preguntó Oblomov.

—Hace tiempo que está—contestó Zajar—. ¿Por qué no se levanta?

—¿Por qué no me lo has dicho? Me hubiera levantado hace tiempo. Vete; yo voy en seguida. Tengo que trabajar, me pondré a escribir.

Zajar se fué, pero un minuto después volvió llevando en la mano un cuaderno escrito y manchado de grasa y unos pedacitos de papel.

—Si va usted a escribir, haga el favor de repasar esas cuentas. Hay que pagarlas.

—¿Qué cuentas?—preguntó con disgusto Ilia Illich.

—Las cuentas del carnicero, del verdulero, de la lavandera y del panadero; todos piden que se les pague.

—¡No se preocupan mas que del dinero!—gruñía Ilia Illich—. Y tú ¿por qué me las das todas juntas y no poco a poco?

—¡Pero si usted siempre me dice: «Mañana...»!

—¿Es que hoy ya no se las puede dejar para mañana?

—No. Me aprietan mucho. Ya no dan más a crédito. Hoy es primero de mes.

—¡Oh—dijo con angustia y aburrimiento Oblomov—, una preocupación más! Pero ¿qué haces ahí mirándome? ¡Déjalas encima de la mesa! Me levantaré en seguida, me lavaré y las miraré. ¿Está el agua?

—¡Sí, está!—dijo Zajar.

—Bueno, entonces...

Empezó a rebullir gimiendo en su cama para levantarse.

—Se me había olvidado decirle—dijo Zajar—

que esta mañana, cuando aun estaba usted durmiendo, el administrador ha ordenado al portero que nos diga que tenemos que mudarnos de aquí...; necesitan el piso.

—¡Claro está que nos mudaremos! Pero ¿por qué no me dejas tranquilo? Es ya la tercera vez que me avisan lo mismo.

—Tampoco me dejan tranquilo a mí.

—Diles que sí, que nos mudaremos.

—Es que dicen que hace ya un mes que lo ha prometido usted y hasta ahora no se ha mudado; dicen que avisarán a la policía.

—¡Que avisen!—dijo con decisión Oblomov—. Nos mudaremos cuando haga más calor, eso es; dentro de tres semanas.

—¡Sí, sí, dentro de tres semanas! Dice el administrador que dentro de quince días vendrán los obreros a empezar la obra... «Mudaos mañana—dice—o pasado mañana...»

—¡Eh, eso es demasiada prisa! ¿Por qué no nos dice que ahora mismo? Y tú no vuelvas a atreverte a recordarme lo del piso. Ya te lo había prohibido una vez y veo que vuelves a hacerlo. ¡Ojo!

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Zajar.

—¿Qué has de hacer? ¿Me lo preguntas a mí?—contestó Ilia Illich—. ¿Yo qué tengo que ver con eso? No molestarme más y arreglar las cosas como quieras para que no tengamos que mudarnos. ¿No puedes tomarte un poco de trabajo en agradar a tu señor?

—Pero ¿cómo lo he de arreglar, padre mío Ilia

Illich?—dijo Zajar con voz suave y ronca—. No es mía la casa; ¿cómo no hemos de mudarnos si nos echan? Si la casa fuera mía, entonces, con mucho gusto...

—¿Y no se les puede convencer de algún modo? Diles, por ejemplo: Vivimos aquí hace mucho tiempo, pagamos puntualmente...

—Ya lo he dicho—respondió Zajar.

—Bien. ¿Y ellos qué dicen?

—¿Qué? Mudaos, que tenemos que reparar el piso. Quieren hacer del piso del médico y del nuestro uno grande para el hijo del dueño, que se va a casar...

—¡Dios mío—dijo enfadado Oblomov—, todavía hay idiotas que se casan!

Se tendió boca arriba.

—Si usted escribiera al dueño—dijo Zajar—, tal vez le dejaría tranquilo y mandase preparar aquel otro piso.

Diciendo esto, Zajar señalaba con la mano algo a la derecha.

—Bien; escribiré en cuanto me levante... Vete a tu cuarto, yo reflexionaré. No sabes hacer nada; tengo que ocuparme hasta de esa nimiedad.

Zajar se fué y Oblomov se puso a meditar. Dudaba en qué pensar: si en la carta del administrador, en la mudanza o en repasar las cuentas. Se perdía en aquel aluvión de preocupaciones y continuaba acostado, volviéndose de un lado a otro.

A veces se le oía exclamar: «¡Dios mío! ¡Me estorba la vida, me la encuentro por todas partes!»

No se sabe cuánto tiempo hubiera permanecido en aquel estado de indecisión si en la antesala no hubiera sonado la campanilla.

—Ya ha venido alguien—dijo Oblomov envolviéndose en la bata—y yo todavía no me he levantado; ¡qué vergüenza! ¡Quién podrá ser tan temprano?

Y continuó acostado mirando con curiosidad hacia la puerta.

II

Entró un joven de unos veinticinco años, rebotando salud y sonriendo con las mejillas, los labios y los ojos. Daba envidia mirarlo.

Vestido y peinado irrefragablemente, deslumbraba con la frescura de su tez, la blancura de su pechera y la elegancia de sus guantes y su frac. Sobre su chaleco serpenteaba una cadena con un sinnúmero de colgantes. Sacó del bolsillo un pañuelo de finísima batista, aspiró el olor de la esencia de Oriente que lo perfumaba y luego se lo pasó negligentemente por la cara, alisó con él el brillante sombrero y sacudió el polvo de sus zapatos de charol.

—¡Hola, buenos días, Volkov!—dijo Iliá Illich.

—Buenos días, Oblomov—contestó acercándose el elegante jover.

—¡No se acerque, no se acerque! ¡Viene usted de la calle!

—¡Oh, niño mimado, sibarita!—decía Volkov

buscando con la vista un sitio donde poner el sombrero; y al ver que no había sitio en ninguna parte se quedó con él en la mano.

Separó los faldones del frac para sentarse, pero después de mirar con atención a la butaca se quedó de pie.

—¿Pero aún no se ha levantado? ¿Cómo lleva usted esa bata? Hace ya tiempo que dejaron de llevarse—decía avergonzando a Oblomov.

—Esto no es una bata, es un *jalat*—dijo Oblomov envolviéndose amorosamente en los amplios pliegues del *jalat*.

—¿Y qué tal de salud?—preguntó Volkov.

—¿De salud?—dijo bostezando Oblomov—. ¡Nada bien! Molesto por las congestiones. ¿Y usted? ¿Qué tal?

—¿Yo? Regular: de salud estoy bien y me divierto mucho, ¡pero mucho!—repitió muy expresivamente el joven.

—¿De dónde viene tan temprano?—preguntó Oblomov.

—Del sastre. ¿Qué le parece este frac?—dijo dando vueltas ante Oblomov.

—¡Elegantísimo! Está muy bien hecho—contestó Iia Illich—; pero ¿por qué es tan ancho por detrás?

—Es que es un frac para montar.

—¡Ah, ya! ¿Monta usted a caballo?

—¡Naturalmente! Me he hecho el frac precisamente para hoy. Hoy es el primero de mayo y vamos con Goriunov a Ekateringof. ¡Ah! ¿No sabe us-

ted? Han ascendido a Micha Goriunov y por eso nos vamos a divertirnos—añadió Volkov entusiasmado.

—¡Ah!—exclamó Oblomov.

—El tiene un caballo alazán—continuó diciendo Volkov—; todos los caballos de su regimiento son alazanes. El mío es negro. ¿Y usted cómo va a ir, a pie o en coche?

—Yo... ni a pie ni en coche—contestó Oblomov.

—¿Cómo? ¡No ir a Ekateringof el primero de mayo! ¿Qué le pasa, Ilia Illich?—preguntó el joven asombrado—. ¡Si todos van allí!

—¿Qué van a ir todos! No, todos no—objetó perezosamente Oblomov.

—¡Vaya usted, amigo mío! Sofía Nicolaevna y Lidia irán solas en el coche, y usted, si quisiese venir con nosotros, podía ir muy bien en la banqueta de delante.

—No, yo no puedo sentarme en la banqueta. Y además, ¿qué voy a hacer allí?

—¿Quiere que Micha le deje otro caballo?

—¡Sabe Dios lo que usted está tramando! ¿Por qué se preocupa tanto de los Goriunov?—dijo Oblomov casi a boca de jarro.

—¡Ah!—exclamó ruborizándose Volkov—. ¿Se lo digo?

—Diga.

—¿No se lo dirá usted a nadie? ¡Palabra de honor?—prosiguió Volkov sentándose en el mismo sofá en que Oblomov estaba echado.

—Bueno.

—Yo... estoy enamorado de Lidia—musitó.

—¡Bravo! ¡Hace tiempo? Ella me parece que es muy mona.

—¡Hace ya tres semanas!—dijo Volkov con un profundo suspiro—. Y Micha está enamorado de Dachenka.

—¿Quién es Dachenka?

—¿Pero dónde vive usted, Oblomov? ¡No conocer a Dachenka! Tiene loca a toda la ciudad por su manera de bailar. Hoy vamos al *ballet*; él le echará un ramo de flores. Había que presentarlo; como es novicio, es aún muy tímido... ¡Ah! Tengo aún que ir a buscar las camelias...

—¿Adónde? ¡Déjelo! Venga a comer conmigo; hablaremos. Me han ocurrido dos desgracias...

—No puedo; estoy invitado a comer en casa del príncipe Tiunenev; allí están invitados todos los Goriunov y ella, ella... Lidinka—dijo murmurando—. ¿Por qué ha dejado de visitar al príncipe? ¡Qué casa tan alegre! ¡Qué *train de vic*! La villa está rodeada de flores. Han construido una galería *gothique* y dicen que en verano habrá bailes y cuadros vivos. ¿Irá usted?

—No, creo que no.

—¡Oh, qué casa! Este invierno, los miércoles habrá allí más de cincuenta invitados y algunos días más de ciento...

—¡Dios mío! ¡Cuánto aburrimiento habrá allí!

—¿Cómo? ¡Aburrimiento? Cuanta más gente, más alegría. Lidia estaba allí; yo no le hacía caso... y de repente.

En vano me esfuerzo por olvidarla,
y quiero vencer la pasión razonando...

Empezó a cantar y, distraído, se sentó en la butaca; pero de pronto se levantó de un salto y se puso a sacudirse el polvo del vestido.

—¡Cuánto polvo hay aquí!—dijo

—Es culpa de Zajar—se lamentó Oblomov.

—Me tengo que ir a comprar las camelias para el ramo de Micha—dijo Volkov—. *Au revoir.*

—Venga por la noche, después del teatro, a tomar el te y me contará lo que haya ocurrido.

—No puedo. Hoy es día de recepción en casa de los Musinsky y he dado palabra de ir. Venga usted también. ¿Quiere que le presente?

—¡No! ¿Qué voy a hacer allí?

—¿En casa de los Musinsky? ¡Hombre, por favor! ¡Si les visita la mitad de la ciudad! ¿Cómo que qué va a hacer? Es una casa donde se habla de todo...

—Precisamente por eso es muy aburrida.

—Entonces, vaya a casa de los Mezdrov—le interrumpió Volkov—. Allí no se habla mas que de arte. No se oye hablar mas que de la escuela veneciana, de Beethoven, Bach, Leonardo de Vinci...

—Sí, siempre de lo mismo. ¡Qué aburrido! ¡Serán unos pedantes!—dijo bostezando Oblomov.

—¡A usted no le gusta nada! Pues tiene usted dónde elegir. Ahora todos tienen días de recepción: los Savinov reciben los jueves; los Maklachin, los viernes; los Viaznikov, los domingos; el príncipe Tiumenev, los miércoles... Yo tengo todos los días ocupados—terminó Volkov con los ojos brillantes.

—¿Y no le da pereza correr así todos los días?

—¿Pereza? ¡Qué he de sentir pereza! ¡Es divertidísimo!—dijo indolentemente—. Por la mañana leo; hay que estar *au courant* de todo y saber las novedades. Gracias a Dios, tengo un empleo que no me obliga a ir a la oficina... Sólo dos veces por semana voy a comer a casa del jefe y después voy a hacer visitas a las casas donde no he estado hace tiempo; luego... una nueva actriz ya en el drama ruso o ya en el francés. Pronto habrá ópera y me abonaré. Y ahora, además, estoy enamorado... Ya empieza el verano; a Micha le han prometido permiso; iremos al campo por un mes, para variar. Allí hay caza. Tienen excelentes vecinos, dan *bals champêtres*. Daremos paseos con Lidia por el bosquecillo, iremos en barca, cogeremos flores... ¡Oh! —y de alegría hizo una pirueta—. Pero ya es hora... ¡Adiós!—dijo procurando, aunque inútilmente, mirarse por detrás y por delante en el espejo polvoriento.

—¡Espere!—decía Oblomov tratando de retenerle—. Quería hablar con usted de negocios.

—¡Pardon! No tengo tiempo—se apresuró a decir Volkov—. Otro día será. ¿Quiere usted venir conmigo a comer ostras? Allí puede hablar. Venga, es Micha quien convida.

—¡No, por Dios!—rehusó Oblomov.

—¡Entonces, adiós!

Se dirigió hacia la puerta, pero volvió.

—¿Ha visto usted esto?—preguntó mostrando una mano a la que ajustaba perfectamente el guante.

—¿El qué?

—¡Son los nuevos *lacets!* Mire usted qué bien aprieta; no hay que perder dos horas, como antes, con los botones. Basta tirar del cordoncito y ya está. Acaba de venir de París. ¿Quiere que le traiga un par para probar?

—Bueno, tráigamelo—consintió Oblomov.

—Y mire esto: ¿verdad que es una monada? —dijo buscando entre los dijes de la cadena uno que representaba una tarjeta de visita con un ángulo doblado

—No puedo comprender lo que hay escrito.

—Pr.—príncipe, M.—Michel—explicó Volkov— y para el apellido Tiumenev no ha habido sitio. Esto me lo regaló el día de Pascua de Resurrección en vez del huevecito. ¡Pero, adiós, *au revoir!* Tengo que ir aún a diez sitios. ¡Dios mío, qué divertido es el mundo!

Y desapareció.

—¡A diez sitios en un día, qué desgraciado!—pensó Oblomov—. ¡Y a eso le llama vivir!—se encogió de hombros—. ¿En qué se nota que es un hombre? ¿Para qué se multiplica y se gasta? ¡No está mal el echar una mirada al teatro ni enamorarse de una Lidia...; es muy mona! Está bien recoger con ella flores en el campo, pasear; pero ¡a diez sitios en un día! ¡Desgraciado!—concluyó volviéndose boca arriba y alegrándose de no tener tan vanos deseos e ideas, de no tener que correr tras la comida y la cena y de poder quedarse allí acostado, conservando su dignidad de hombre y su tranquilidad.

Un nuevo campanillazo interrumpió sus reflexiones.

Entró una nueva visita.

Era un señor vestido con un frac color verde oscuro con botones blasonados, bien afeitado, con patillas que bordeaban por igual toda su cara, ojos de expresión consciente y tranquila, pero cansados, cara ajada y sonrisa enigmática.

—¡Buenos días, Sudbinsky!—le saludó alegremente Oblomov—. ¡Por fin vienes a visitar a tu viejo colega! ¡No te acerques, me enfriarás!

—Buenos, Ilia Illich—dijo el visitante—. Hace tiempo que quería venir a verte, pero ya sabes lo infernal que es nuestro servicio. ¡Mira, aquí llevo toda una maleta de informes! Y ordeno al portero que si me llaman me venga a buscar aquí. No puedo disponer de mí un minuto.

—¿A estas horas vas a la oficina? ¿Cómo tan tarde?—preguntó Oblomov—. Antes, a eso de las diez...

—Antes sí, pero ahora ya es otra cosa; voy a las doce y en coche.

Y recalcó esta última palabra.

—¡Ah, ya lo adivino!—dijo Oblomov—. ¡Has ascendido a jefe de sección! ¿Hace tiempo?

—Por Semana Santa—contestó—; ¡pero trabajo una barbaridad! Desde las ocho hasta las doce, en casa; desde las doce hasta las cinco, en la oficina, y además trabajo por la noche. ¡He perdido la costumbre de ver gente!

—¡Vaya, vaya! ¡Jefe de sección!—dijo Oblomov.

mov—. ¡Mil felicidades! ¡Qué carrera! Y pensar que éramos los dos unos modestos empleados... ¡El año que viene, si sigues así, serás ya consejero de Estado!

—¡Quia! ¡Qué cosas dices! Tengo aún que recibir este año la corona; pensé que me propondrían «por mérito», pero resultó que recibí un nuevo empleo; no se puede dos años seguidos...

—¡Ven a comer y beberemos por tu ascenso!— propuso Oblomov.

—No, hoy voy a comer a casa del subdirector. Hay que preparar un memorándum para el jueves, ¡un trabajo infernal! No se puede uno fiar de los informes de provincias. Hay que comprobar las listas. Fomá Fomich es tan escrupuloso que todo lo quiere hacer él mismo. Hoy, después de comer, nos pondremos a trabajar juntos.

—¿Es posible? ¡Después de comer?—preguntó Oblomov con desconfianza.

—¡Qué te figuras? Y me daré por contento si acabo temprano y tengo tiempo de ir a Ekateringof... He venido a preguntarte si quieres ir conmigo. Vendría a buscarte.

—No puedo, no me encuentro bien—dijo Oblomov arrugando la cara—. Además, tengo mucho que hacer, ¡no, no puedo!

—¡Es lástima!—dijo Sudbinsky—. Hace un día hermoso. ¡Es el único de que dispongo para respirar!

—¿Y qué hay de nuevo?—preguntó Oblomov.

—Mucho y en todo: en las cartas han suprimido el «su más sumiso servidor», y ahora escriben

«reciba la seguridad»; no hay que presentar mas que dos copias de las hojas de servicio. En nuestra sección aumentarán dos mesas más y nombrarán dos empleados de comisiones especiales. Han suprimido nuestra comisión... ¡Hay mucho!

—¿Y qué tal nuestros antiguos colegas?

—Bien. Svinkin ha perdido un acta.

—¿De veras? ¿Y qué dijo el director?—preguntó Oblomov con voz temblorosa sintiendo miedo por antigua costumbre.

—Ordenó que le retrasasen la gratificación hasta que la encuentre. Es un acta importante: de «recaudaciones». El director cree—añadió por lo bajo Sudbinsky—que la ha perdido... a propósito.

—¡No puede ser!—exclamó Oblomov.

—No, no, eso no es verdad—confirmó con aire de importancia y de protección Sudbinsky—. Svinkin es un atolondrado; a veces hace unas sumas disparatadas y Dios sabe los jaleos que arma en los informes. Yo ya me he cansado de él; pero respecto a otra cosa, no he notado nada... No sería capaz de hacerlo, no. El acta se habrá trasapelado y de seguro que la encontrarán.

—¿De modo que siempre trabajando?—dijo Oblomov.

—¡Una atrocidad! Claro es que da gusto servir con un hombre como Fomá Fomich; no deja sin recompensa ni aun a los que no hacen nada. Cuando llega el plazo de «por mérito» siempre hace propuesta, y si alguno no puede recibir aún la cruz o ser propuesto, solicita para él una gratificación...

—¿Cuánto cobras ahora?

—¿Yo? Mil doscientos rublos de sueldo, setecientos cincuenta rublos para víveres, seiscientos para casa, novecientos de subsidio, quinientos para comisiones y unos mil rublos de gratificación.

—¡Caramba!—exclamó Oblomov saltando de la cama—. ¿Acaso tienes la voz de un cantante italiano?

—¡Eso no es nada! Mira: Peresvetov recibe aún más; cobra suplementos, trabaja menos que yo y no entiende nada. Desde luego que no tiene una reputación como la mía; a mí me aprecian mucho—añadió con modestia y bajando la vista—. Hace poco el ministro, hablando de mí, dijo que era «un adorno del ministerio».

—¡Bravo!—dijo Oblomov—. Únicamente tiene de malo el tener que trabajar de las ocho a las doce y de las doce a las cinco, y luego todavía seguir en casa, eso...

Y meneó la cabeza.

—¿Y qué hubiera hecho si no?—preguntó Sudbinsky.

—¿Acaso hay pocas cosas a qué dedicarse? Hubieras leído, escrito...—dijo Oblomov.

—¡Pero si ahora no hago más que leer y escribir!

—No es lo mismo; hubieras publicado...

—No todos servimos para literatos. Tú tampoco escribes—objetó Sudbinsky.

—Pero en cambio tengo el peso de mis tierras sobre mis hombros—suspirió Oblomov—. Estoy meditando un plan para hacer varias reformas. Me

preocupa mucho... Tú te ocupas de los negocios ajenos y no de los tuyos.

—¿Qué le voy a hacer? Hay que trabajar, ya que le pagan a uno. Descansaré en el verano; Fomá Fomich me ha prometido que inventará una comisión expresamente para mí...; en ese caso, recibiré la tasa de unos tres rublos diarios por los cinco caballos y luego las dietas...

—¿Cuánto ganáis!—dijo con envidia Oblomov, y luego suspiró y se quedó pensativo.

—Necesito dinero; me caso en el otoño—explicó Sudbinsky.

—¿Qué me dices? ¿De veras? ¿Con quién?—preguntó compasivamente Oblomov.

—No es broma; con Murachina. ¿Te acuerdas? Vivían en la villa, cerca de mí. Me parece que la viste un día que estabas tomando te conmigo.

—No me acuerdo. ¿Es bonita?—preguntó Oblomov.

—Sí, es bonita. Si quieres iremos un día a comer a su casa...

—Sí..., bueno...; sólo que....

—La semana que viene—dijo Sudbinsky.

—Sí, sí, la semana que viene—dijo más animado Oblomov—. Aún no me han hecho mi traje. ¿Y es buen partido?

—Sí, su padre es jefe de administración; nos da diez mil rublos. La casa es del Estado; nos cede la mitad del piso, doce habitaciones. Los muebles son también del Estado; la calefacción y la luz también; podremos vivir...

—¿Si podréis? ¡Ya lo creo! ¡Vaya con Sudbinsky!
—dijo con cierta envidia Oblomov.

—Ilia Illich, te invito a que me acompañes en la boda; ya sabes...

—¡Acepto desde luego!—contestó Oblomov. ¿Y qué es de Kuznetzov, de Vasiliev y de Majov?

—Kuznetzov se casó hace tiempo, Majov me substituyó a mí y a Vasiliev le trasladaron a Polonia. A Iván Petrovich le hicieron caballero de la orden de San Vladimiro; Olechkin es excelencia.

—¡Es bueno!—dijo Oblomov.

—Sí, es bueno. Lo merece.

—Es muy bueno; tiene un carácter dulce e igual
—repitió Oblomov.

—¡Es tan afable!—añadió Sudbinsky—. Y luego no es así, no tiene eso de ... ya sabes... de echar una zancadilla, de afán de sobresalir...; hace todo lo que puede.

—Es un hombre excelente. Me acuerdo de que cuando alguno armaba un lío en un documento o equivocadamente citaba una ley en un informe, él no decía nada; se limitaba a encargar a otro que lo rehiciese. ¡Es un hombre ideal!

—Semen Semenovich es incorregible—dijo Sudbinsky—. No sabe más que echarse polvo en los ojos. ¿Sabes lo que hizo hace poco? De provincias enviaron un proyecto para que al lado de los edificios de nuestro ministerio se instalasen perreras con objeto de que los perros guardasen los bienes de la Hacienda. Nuestro arquitecto, hombre inteligente, experto y honrado, presentó un prespues-

to muy moderado. Pues a él, de repente, le pareció que era demasiado caro y empezó a tomar informes de cuánto podría costar la construcción de una perrera. Encontró en alguna parte que la perrera podría salir treinta copecas más barata, y en seguida, ¡zas!, un memorándum...

La campanilla sonó de nuevo.

—¡Adiós!—dijo el empleado—. Estoy aquí charlando y quizá haga falta allí...

—¡Quédate aún un rato!—le instaba Oblomov—. Quiero consultarte. Me han ocurrido dos desgracias...

—No, no; pasaré por aquí otro día—dijo el otro marchándose.

Amigo mío, te has enterrado hasta las orejas —pensó Oblomov siguiéndole con la vista—. Está ciego, sordo y mudo para todo el mundo. Pero será un personaje; con el tiempo dirigirá grandes negocios, llegará a altos cargos... A esto le llaman «hacer carrera». Y qué poco se necesita para eso; basta el hombre: su inteligencia, su voluntad y sus sentimientos, ¿para qué sirven? ¡Son un lujo! Vivirá toda su vida y serán pocas las cuerdas de su alma que hayan vibrado... Y sin embargo, trabaja desde las ocho hasta las doce en casa y desde las doce hasta las cinco en la oficina. ¡Desgraciado!

Experimentó una sensación de tranquila satisfacción al pensar que podría estar echado en su sofá desde las nueve hasta las tres de la tarde y desde las ocho hasta las nueve de la mañana si-

guiente, orgulloso de no tener que presentar informes ni escribir documentos y de poder desplegar sus sentimientos y dejar volar su fantasía.

Filosofando, no notó Oblomov que al lado de su cama estaba un señor muy flaco, moreno y de patillas, bigote y perilla crecidos. Iba vestido con un abandono premeditado.

—¡Buenos días, Ilia Illich!

—Buenos días, Penkin. ¡No se acerque, no se acerque usted que trae frío!—dijo Oblomov.

—¡Oh qué excéntrico!—dijo el otro—. Siempre será usted un incorregible y despreocupado holgazán.

—Sí, sí, despreocupado!—refutó Oblomov—. Ahora le enseñaré la carta de mi administrador: ¡me llama usted despreocupado y me va a estallar mi cabeza! ¿De dónde viene usted?

—De la librería: he ido a saber si habían publicado ya las revistas. ¿Ha leído mi artículo?

—No.

—Se lo enviaré. Léalo.

—¿Artículo sobre qué?—preguntó con un bostezo formidable Oblomov.

—Sobre el comercio, la emancipación de la mujer, los hermosos días de abril que hemos tenido la suerte de disfrutar y sobre el producto recién inventado contra los incendios. ¿Cómo no lee usted? Es nuestra vida diaria. Yo lo que con más calor defiendo es la tendencia realista en la literatura.

—¿Trabaja mucho?—preguntó Oblomov.

—Sí, bastante. Escribo dos artículos semanales para el periódico, luego hago la crítica literaria y ahora he escrito un cuento...

—¿De qué?

—De cómo en una ciudad el alcalde pegaba a los mercaderes...

—Eso, efectivamente, es una «tendencia realista»—apuntó Oblomov.

—¿Verdad?—confirmó muy contento el literato—. Desarrollo esta idea que sé que es nueva y audaz. Un viajero es testigo de la paliza y se queja de ello en una entrevista con el gobernador. Este ordena a un empleado que vaya allí a enterarse y tomar informes del alcalde y de su conducta. El empleado reúne a los mercaderes fingiendo que se interesa por el comercio y entre tanto procura enterarse de lo otro. ¿Y sabe qué hacían los mercaderes? Le saludaban, se reían y elogiaban al alcalde. El empleado se informa en otros sitios y le dicen que los mercaderes son unos grandísimos bribones que venden mercancías podridas y engañan a todo el mundo; que eran unos inmorales, y que los golpes que les daban era un castigo merecido...

—¿Entonces, los golpes del alcalde desempeñan en la novela el papel del *fatum* de los antiguos trágicos?—dijo Oblomov.

—Precisamente—contestó Penkin—. ¿Usted, Ilia Illich, tiene mucho talento y debería escribir! Y trato de hacer ver cómo el alcalde se toma la justicia por su mano, la depravación de las costum-

bres del vulgo, la mala organización de los empleados subalternos y la necesidad de severas pero legítimas medidas... ¿Verdad que esta idea... es bastante nueva?

—Sí, sobre todo para mí—dijo Oblomov—; yo leo tan poco...

—¿Verdad que aquí no veo libros!—dijo Penkin—. Le suplico que lea una obra que está en preparación; un poema hermosísimo: *Amor de un prevaricador por una mujer perdida*. No puedo decirle quién es el autor: es todavía un secreto.

—¿Y de qué trata?

—Desenmascara todo el mecanismo de nuestro movimiento social y todo está *descrito* poéticamente. Se tocan todos los resortes y todos los grados de la escala social. El autor reúne, como ante un tribunal, a un gran señor débil y vicioso y a toda una banda de prevaricadores que le están engañando. Aparecen todas las categorías de mujeres perdidas... francesas, alemanas, finlandesas..., y todo, todo con una fidelidad admirable, vibrando de vida... He oído leer trozos. ¡El autor es inmenso! Se parece ya a Dante, ya a Shakespeare...

—¡Caracoles! ¡Qué alto ha llegado!—exclamó con asombro Oblomov incorporándose.

Penkin se calló de pronto, notando que, en efecto, había llegado a demasiada altura.

—Léalo usted y verá—añadió ya sin calor.

—No, Penkin, no lo leeré.

—¿Por qué? Está haciendo mucho ruido, hablan de esto...

—¡Que hablen! Algunos no tienen otra cosa que hacer sino hablar. Tienen esa vocación.

—Léalo siquiera por curiosidad.

—¿Qué voy a leer allí que no haya visto?—dijo Oblomov—. ¿Para qué escriben? Parece que escriben sólo para distraerse a sí propios.

—¿Cómo a sí propios? ¡Qué fidelidad tan admirable!... ¡Son retratos vivos! Es para morir de risa. Todos los tipos que describe, el comerciante, el empleado, el oficial o el guardia, todos parecen vivos.

—¿Para qué ese esfuerzo? ¿Para pasar el rato? «¡Mirad, todos aquellos a quienes describe parecen retratos!» Pero no hay vida en ello; no hay inteligencia ni amor, no hay lo que ustedes llaman «humanidad». Sólo hay amor propio. Representan ladrones y mujeres perdidas como si los cogieran en la calle y los llevaran a la cárcel. En sus novelas no se perciben las «lágrimas ocultas», sino una risa grosera y rabia...

—¿Y qué más quiere usted? ¡Usted mismo lo ha expresado muy bien: es una rabia fogosa, una biliosa repulsa al vicio, la risa de desdén que merece el hombre caído...; todo está allí!

—¡No, todo no!—exclamó Oblomov inflamándose de pronto—. Se puede describir un ladrón, una mujer perdida o un tonto engañado, pero no hay que olvidar al hombre. ¿Dónde aparece en esas novelas la humanidad? ¡Queréis escribir sólo con el cerebro!—decía casi silbando Oblomov—. ¿Creéis que para las ideas no hace falta corazón? ¡Oh, no!

La idea es fecunda por el amor. Tended la mano al hombre caído para levantarlo o llorad con amargura si perece, pero no os burléis de él. Amadlo, veos en él y tratadlo como a vosotros mismos, y entonces leeré vuestras obras e inclinaté la cabeza ante vosotros...—dijo echándose de nuevo tranquilamente en el sofá—. «Describen a un ladrón y a una mujer caída»—continuó—y olvidan al hombre o no saben describirlo. ¿Qué arte es ese y qué colores poéticos ha encontrado usted en ello? Decid que describís la depravación y las porquerías, pero, por favor, no pretendáis decir que hacéis poesía.

—¿Entonces cree que debemos describir la naturaleza, las rosas, el ruiseñor o una mañana fría, mientras todo a nuestro alrededor hierve y se agita? A nosotros nos importa la fisiología de la sociedad y no podemos dedicarnos ahora a hacer canciones...

—¡Dadme el hombre, el hombre!—repitió Oblomov—. ¡Amadlo!

—¿Amor a un usurero, a un hipócrita o a un empleado ladrón o imbécil? ¡Vamos! Se ve que no se ocupa usted de literatura—decía Penkin exultándose—. ¡No! Es necesario castigarlos, expulsarlos de la sociedad, del medio social...

—¡Expulsarlos del medio social!—exclamó de repente Oblomov poniéndose ante Penkin—. Eso significa olvidar que en ese vaso inútil hay un elemento supremo, que es un hombre corrompido, pero no obstante un hombre como usted mismo.

¡Expulsar! ¡Y cómo lo va a expulsar de la humanidad entera, del seno de la naturaleza, de la misericordia divina?—casi gritó con los ojos ardientes.

—¡Caracoles! ¡Adónde ha llegado!—dijo a su vez Penkin con asombro.

Oblomov vió que, en efecto, también él había llegado a demasiada altura. Se calló de pronto, permaneció en pie un minuto, bostezó y se acostó lentamente en el sofá.

Ambos quedaron en silencio.

—Entonces, ¿qué lee usted?—preguntó Penkin.

—Yo... relatos de viajes.

Un nuevo silencio.

—Entonces, ¿leería el poema cuando esté publicado? Yo se lo traería...—dijo Penkin.

Oblomov hizo con la cabeza un gesto negativo.

—¿Le envió mi cuento?

Oblomov inclinó la cabeza afirmando.

—¡Tengo que ir a la imprenta!—dijo Penkin—.

¿Sabe usted a qué vine aquí? Porque quería proponerle que viniese conmigo a Ekateringof; tengo coche. Mañana debo escribir un artículo sobre el paseo y hubiéramos observado juntos. Usted me haría notar lo que yo no notase; sería divertido. Vamos...

—No, no me encuentro bien—dijo Oblomov arrugando la cara y tapándose con la manta—; tengo miedo; aun no se ha secado la humedad. Si usted quiere venir a comer conmigo hablaríamos. Me ocurren dos desgracias...

—No, toda nuestra redacción se reúne hoy en

San Jorge y de allí nos vamos al paseo. Por la noche escribiré; al amanecer habrá que enviar original a la imprenta. ¡Adiós!

—¡Adiós, Penkin!

«Escribir por la noche—pensó Oblomov—y dormir, ¿cuándo? ¿Y todo por unos cinco mil rublos al año que será lo que gane? ¿Es eso pan? Escribir, escribir siempre, gastar las ideas y el alma en pequeñeces, cambiar opiniones, comerciar con la inteligencia y la imaginación, violentar la naturaleza, agitarse, hervir, arder, no conocer el descanso y moverse sin saber con qué objeto... Y siempre escribir, escribir como una rueda, como una máquina; escribir mañana y pasado mañana; llegará una fiesta, llegará el verano y seguir escribiendo. ¿Y cuándo para y descansa? ¡Desgraciado!»

Volvió la cabeza hacia la mesa, donde no había nada, la tinta seca y no se veía una pluma y se alegró de quedarse acostado, sin preocupaciones, como un niño recién nacido que no disipa su energía, que no vende nada...

De pronto se acordó: «¿Y la carta del administrador? ¿Y la casa?» Y se quedó pensativo.

Otra vez sonó la campanilla.

—¡Qué reunión tengo hoy en mi casa!—dijo Oblomov esperando que entrase alguien.

Entró un hombre de edad indefinida y cara inexpresiva; de esa edad en que es difícil adivinar los años. Ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni rubio ni moreno. La naturaleza no había puesto en él ningún

rasgo acusado, ni bueno ni malo. Muchos le llamaban Iván Ivanovich, otros Iván Vasilievich, otros Iván Mijailovich.

También le daban varios apellidos; unos decían que era Ivanov, otros le llamaban Vasiliev o Andreiev y otros decían que era Alexeiev. Si le decían su nombre a un forastero lo olvidaba en seguida, así como la cara; ni aun haría caso de lo que hablaba. La sociedad no debía nada a la presencia de este individuo, así como su ausencia tampoco se hubiera notado. Del mismo modo que su cuerpo carecía de rasgos distintivos, igualmente su espíritu carecía de ingenio, de originalidad y de cualquier otra cualidad.

Quizá hubiera servido para contar lo que viese u oyese, y de este modo distraer a los demás; pero desde que había nacido no había salido de San Petersburgo; por consiguiente, no podía contar nada que no supieran todos.

¿Puede ser simpático un hombre así? ¿Ama? ¿Odia? ¿Sufre? Por lo visto, debía amar y no amar, y en cuanto a sufrir, sufriría, porque nadie está libre de ello. El se ingeniaba de un modo incomprendible para amar a todos. Hay hombres de tal modo de ser, que por más que uno se esfuerce, no consigue encender en sus almas el fuego del deseo, de la venganza, etc. Por mal que se les trate, siempre procuran agradar. Sin embargo, hay que hacerles justicia: si se admiten grados en el amor, el suyo no llega nunca a ser intenso. De estos hombres se suele decir que quieren a todos y por eso

son buenos; en el fondo no aman a nadie y son buenos sólo porque no son malos.

Si en presencia de uno de estos hombres se le da una limosna a un mendigo, él también dará su óbolo; y si se insulta a un pobre y se le expulsa o se burlan de él, también él le insultará y se burleará como los demás. No se puede decir que es rico, porque más bien es pobre; pero tampoco se puede decir que es pobre, sólo porque hay muchos que son más pobres que él.

Tiene una renta de trescientos rublos anuales y además tiene un empleo modesto, por el que recibe un modesto sueldo; no padece miseria ni pide dinero a nadie y, desde luego, a nadie se le ocurre ir a pedírselo a él.

En la oficina no tiene ninguna ocupación especial y fija, porque sus colegas y sus jefes no han podido averiguar qué es lo que hace mejor o peor para poderle asignar aquel trabajo para el que tenga más disposición. Si le dan a hacer algo, lo hace de tal modo, que el jefe siempre duda; mirará el trabajo, lo leerá y se limitará a decir:

—Déjelo ahí, que luego lo veré...; sí, es casi así como debe ser.

Nunca se pueden sorprender en su cara señales de preocupación o meditación, algo que denuncie que en aquel momento habla consigo mismo, y tampoco se verá que fije nunca una mirada escrutadora en ningún objeto del cual quiera adquirir algún conocimiento.

Si algún conocido le encuentra en la calle y le

pregunta: «¿Adónde va usted?» «Voy a la tienda, o a la oficina, o a hacer una visita», contestará. «Venga conmigo—le dirá el otro—al correo, o al sastre, o a dar un paseo.» Y él irá al sastre, o al correo, o a pasear por el lado de la población opuesto a aquel adonde iba antes.

Es probable que nadie, aparte de su madre, haya notado su aparición en el mundo; muy pocos notan su presencia en el transcurso de su vida, y de seguro nadie se dará cuenta de su muerte cuando desaparezca de la Tierra; nadie preguntará ni tendrá compasión de él ni se alegrará de su muerte. No tiene amigos ni enemigos, pero sí un mar de conocidos. Tal vez sólo llamará la atención el día de su entierro; algún transeúnte honrará por primera vez con un humilde saludo a este individuo desconocido; quizá algún curioso correrá hasta el principio de la comitiva para enterarse del nombre del difunto y olvidarlo en el acto.

Este Alexeiev, Vasiliev o Andreiev, o llámese como quiera, es un atisbo de representación de la raza humana, un sordo eco, un reflejo vago.

Hasta el mismo Zajar, que en las conversaciones libres que sostenía ante las puertas o en la tienda describía las visitas que venían a casa de su amo, vacilaba siempre cuando llegaba el turno a éste... llamémosle Alexeiev. Quedaba pensativo mucho tiempo esforzándose en encontrar algún rasgo saliente en el exterior o en los modales o en el carácter de este individuo y, por fin, accionando con la mano, decía:

—Y éste no tiene ni piel, ni hocico, ni entendimiento.

—¡Ah!—dijo Oblomov al verle—. ¿Es usted, Alexeiev? ¡Buenos días! ¿De dónde viene? ¡No se acerque; no le daré la mano, porque viene usted de la calle!

—¿Qué dice usted? ¡Si no hace frío!—dijo Alexeiev—. No pensaba pasar por aquí, pero encontré a Ovchinin y me trajo consigo. ¡Vengo a buscarle, Ilia Illich!

—¿Para ir adónde?

—A casa de Ovchinin. ¡Vamos! Allí estarán Mateo Andreevich Allanov, Casimiro Albertovich Pjailo y Basilio Sevastianovich Kolimaguin.

—¿Para qué se han reunido y para qué me necesitan?

—Ovchinin le invita a comer.

—¡Hum!, a comer...—repitió Oblomov

—Y después todos van a Ekateringof; me encargaron que le diga que alquile un coche.

—¿Y qué van a hacer allí?

—¿Cómo? Hoy hay allí paseo. ¿No sabe usted? ¡Hoy es el primero de mayo!

—Espere, lo pensaré...—dijo Oblomov.

—¡Levántese! ¡Hay que vestirse!

—Espere un poco, aun es temprano.

—¿Qué va a ser temprano! Han citado a las doce; comeremos en seguida, a eso de las dos, y luego nos iremos al paseo. ¡Vamos, pronto! ¡Diga que le den la ropa!

—¿Vestirme? Aun no me he lavado.

—Bueno, entonces lávese.

Alexeiev se puso a pasearse por la habitación; luego se detuvo ante un cuadro que había visto ya más de mil veces, miró, al pasar, por la ventana, cogió un *bibelot* del aparador, le dió vueltas entre las manos, lo miró por todas partes, lo volvió a dejar de nuevo en su sitio y luego siguió paseándose y silbando.

Todo esto sólo tenía por objeto no estorbar a Oblomov para que se lavase y vistiese. Así pasaron diez minutos.

—¿Qué hace?—preguntó de pronto Alexeiev a Ilia Illich.

—¿Qué?

—¿Por qué sigue acostado?

—¿Es que hay que levantarse?

—¿Claro! Nos están esperando. ¿No pensaba usted ir...?

—¿Ir adónde? Yo no pensaba ir a ninguna parte...

—¿Vaya, Ilia Illich! Ahora mismo me decía usted que íbamos a comer a casa de Ovchinin y luego a Ekateringof...

—¿Ir con esta humedad? ¿Y a mí qué se me ha perdido allí? Mire, va a llover; está nublado—dijo perezosamente Oblomov.

—No hay ni una nube en el cielo y la lluvia es una invención de usted. Está obscuro porque... ¿desde cuándo no han fregado las ventanas? ¿Qué sucias están, y cuánto polvo! No se ve nada, y además la cortina está corrida.

—Sí, pero ¡pruebe a decir algo a Zajar! En se-

guida le dirá que hay que traer mujeres para que limpien y me echará de casa todo el día.

Oblomov se quedó pensativo y Alexeiev tamboreaba sobre la mesa al lado de la cual estaba sentado, dirigiendo miradas distraídas a las paredes y al techo.

—¿Entonces qué hace? ¿Se viste o se queda así?—preguntó al cabo de unos minutos.

—¿Para qué?

—Pues para ir a Ekateringof...

—¿Cuánto le interesa Ekateringof!—contestó con disgusto Oblomov—. ¿No le gusta estar aquí? ¿Está esta habitación fría o huele mal para que no piense mas que en marcharse?

—No, yo estoy siempre bien aquí; estoy a gusto—dijo Alexeiev.

—¿Y si está bien, para qué quiere marcharse? Quédese conmigo todo el día, comeremos juntos y luego por la noche haremos lo que quiera. Además, se me había olvidado; no me puedo ir. Hoy es sábado y viene a comer Tarantiev.

—Una vez que...; bueno..., como usted quiera—dijo Alexeiev.

—¿No le he hablado de mis asuntos?—preguntó con viveza Oblomov.

—¿De qué asuntos? No sé—dijo Alexeiev mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Sabe por qué no me levanto? Porque estoy echado pensando cómo salir del apuro.

—¿Qué pasa?—preguntó Alexeiev procurando poner cara de asustado.

—Me ocurren dos desgracias. No sé qué hacer.

—¿Qué desgracias?

—Me echan de la casa; ¡figúrese! ¡Hay que mudarse! ¡Cuánto trastorno y jaleo...; me da miedo pensarlo! Hace ya ocho años que vivo aquí y vea qué sorpresa tan agradable me ha dado el casero: «¡Desocupe el piso, y pronto!»

—¿Pronto? Si le mete prisa será porque lo necesita. Es muy molesto mudar de casa; siempre hay mucho trastorno con la mudanza—dijo Alexeiev—; se pierden cosas, se rompen, ¡molestísimo! ¡Y tiene usted una casa tan cómoda!... ¿Cuánto paga?

—¿Dónde podría encontrar otra como ésta?—dijo Oblomov—. Y además con prisa. El piso es seco y caliente y la casa tranquila. ¡No ha habido mas que un robo! Mire: parece que el techo no es sólido; el estuco está completamente desprendido y, sin embargo, no cae.

—¡Es asombroso!—dijo Alexeiev meneando la cabeza.

—¿Cómo me las voy a arreglar... para no mudarme?—decía Oblomov pensativo.

—¿Tiene usted hecho contrato?—preguntó Alexeiev examinando la habitación desde el techo hasta el suelo.

—Sí, pero ya ha caducado. Durante ese tiempo pagaba al mes... no me acuerdo cuánto fué.

—¿Y qué piensa hacer?—preguntó después de un corto silencio Alexeiev—. ¿Mudarse o quedarse?

—No pienso nada—contestó Oblomov—, no tengo ni aun ganas de pensar en ello ¡Que Zajar invente algo!

—Y hay algunos a quienes les gustan las mudanzas—dijo Alexeiev—; encuentran un placer en cambiar de casa...

—Pues que se muden esos «algunos». ¡Yo no puedo tolerar los cambios! Y lo del piso no es nada—dijo Oblomov—; ¿quiere ver lo que me escribe el administrador? Ahora verá la carta... ¿Dónde estará? ¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Oh Virgen Santísima!—gruñó Zajar bajando de un salto de la estufa—. ¿Cuándo me enviará Dios la muerte?

Entró en el despacho y miró con ojos turbios a su señor.

—¿Por qué no has buscado la carta?

—¿Y dónde la he de buscar? ¿Yo qué sé qué carta es la que usted necesita? No sé leer.

—No importa; tienes que buscarla—dijo Oblomov.

—Usted estuvo leyendo una carta ayer por la tarde—dijo Zajar—y después no la he visto.

—¿Pero dónde estará?—decía Ilia Illich irritable—. Yo no me la he tragado. Me acuerdo perfectamente que la cogiste y la pusiste allí, o quizá aquí. ¡Mira!

Sacudió la manta y de entre los pliegues cayó la carta al suelo.

Amo y criado gritaron al mismo tiempo:

—¡Siempre soy yo el que tiene la culpa!

—Bueno, bueno, ¡vete!

Zajar se fué y Oblomov se puso a leer la carta escrita como con *letras*, en un papel gris con sello de lacre pardo. Unas letras pálidas y enormes se extendían en solemne procesión sin tocarse unas a otras, en línea diagonal, desde el ángulo superior hacia el inferior. La comitiva quedaba a veces interrumpida por una gran mancha parda de tinta.

«Muy señor mío—empezó a leer Oblomov—, nuestro padre y bienhechor Ilia Illich...»—aquí Oblomov omitió algunos cumplimientos y deseos de salud y continuó—: «Anuncio a tu merced señorial que en tu propiedad, bienhechor nuestro, todo va bien. Ya es la quinta semana que no llueve; se ve que hemos irritado a Nuestro Señor, porque no hay lluvias. De una tal sequía ni los ancianos se acuerdan; los trimesinos se queman como con llamas. Las sementeras de otoño están en unos sitios roídas por los gusanos y en otros heladas por los fríos tempranos; las hemos labrado de nuevo para los trimesinos, pero no sabemos si crecerá algo. Tal vez el Señor misericordioso se apiade de tu merced señorial; y de nosotros no nos preocupamos, que perezcamos. Y la víspera de San Juan se fueron tres campesinos más: Laptev, Bolochov y separadamente Vaska, el hijo del herrero. Yo mandé a las mujeres que fueran en busca de sus maridos; éstas no volvieron y dicen que viven en Chelki y allí ha ido mi compadre de Verjlevo; el administrador le había enviado allí porque han traído un arado nuevo y el administrador mandó a mi

compadre a Chelki para ver este arado. Yo pedí al compadre que se enterase de los campesinos fugitivos; rogué al comisario de la policía y éste dijo: «Haz una denuncia por escrito y entonces se pondrán todos los medios para obligar a volver a sus domicilios a los campesinos fugitivos», y más de esto no me dijo nada, y yo caí de rodillas a sus pies y le supliqué llorando y él gritó: «Vete, vete; ya te he dicho que se hará, haz la denuncia.» Y la denuncia no la hice. Y aquí no hay nadie a quien contratar; todos se fueron al Volga a trabajar en los barcos; tan tonto se ha vuelto el pueblo ahora aquí, ¡bienhechor y padre nuestro Ilia Illich! Este año no habrá lienzo nuestro en la feria; he cerrado con llave el secadero y el sitio de blanquear y puse de guarda a Sichug, que está allí día y noche; es un campesino sobrio y para que no robe algo de los bienes señoriales le vigilo día y noche. Los otros beben demasiado y piden pagar el censo para librarse del trabajo. Muchos no pagan los atrasos; este año te enviaremos, padre y bienhechor nuestro, meros renta, unos dos mil menos que el año pasado; sólo que no nos arruine la sequía, entonces te enviaremos de lo que a tu merced anunciamos.»

Luego seguían manifestaciones de abnegación y la firma: «tu administrador, tu muy humilde siervo Prokofy Vitiáguchkin puso la mano con su propia mano». Por no saber firmar el administrador, había una cruz: «Y escribió por las palabras de este administrador su cuñado Demka Tuerco.»

Oblomov miró el final de la carta.

—No hay ni mes ni año—dijo—; de seguro la carta está en casa del administrador desde el verano pasado; aquí habla del día de San Juan y de sequía. ¡Cuándo se acuerda de escribir!

Y se quedó pensativo.

—¡Ah!—continuó—¿Qué le parece? ¡Me anuncia dos mil menos! ¡Cuánto me queda entonces? ¡Cuánto me envió el año pasado?—preguntó mirando a Alexeiev—. ¿No se lo dije entonces?

Alexeiev miró al techo como si quisiera recordar.

—Habrás que preguntar a Stolz cuando vuelva—continuó Oblomov—. Me parece que eran unos siete..., ocho mil... ¡Hago mal en no apuntarlo! ¡En ese caso me reduce a seis! ¡Me moriré de hambre! ¡De qué vivir?

—¿Para qué apurarse, Ilia Illich?—dijo Alexeiev—. Nunca debe uno desesperarse; todo se arreglará.

—¿Pero no ve usted lo que escribe? En vez de enviarme el dinero para consolarme, sólo me da disgustos, como si quisiera burlarse de mí. ¡Y esto todos los años! Estoy completamente trastornado. ¡Unos dos mil menos!

—¡Sí, es una gran pérdida!—dijo Alexeiev—. ¡Dos mil no es una pequeñez! Dicen que también Alejo Loguín recibirá este año sólo doce mil en vez de diez y siete.

—Sí, pero son doce y no seis—interrumpió Oblomov. ¡Este administrador me ha trastornado por

completo! Si es realmente así, si hay sequía y mala cosecha, ¿para qué afligirme por anticipado?

—Sí... realmente...—empezó Alexeiev—no debería hacerlo; pero ¿qué delicadeza puede usted esperar de un campesino? El vulgo no entiende de eso.

—Bueno, ¿qué haría usted en mi lugar?—preguntó Oblomov mirando interrogativamente a Alexeiev con la esperanza de que éste inventara algo para tranquilizarle.

—Habría que pensarlo, Ilia Illich; no se puede decidir así, de repente.

—¿Escribiré al gobernador?—dijo Ilia Illich pensativo.

—¿Quién es el gobernador?—preguntó Alexeiev.

Ilia Illich no contestó; continuó pensativo. Alexeiev se calló y también parecía reflexionar sobre algo.

Oblomov, arrugando la carta, apoyó la cabeza en las manos y los codos en las rodillas, y así se quedó un rato atormentado por un aflujo de ideas inútiles.

—¡Si Stolz hubiese llegado antes!—dijo—. Me escribe que vendrá pronto y anda errante sabe el diablo por dónde. El lo hubiera arreglado todo.

Se entristeció de nuevo. Ambos guardaron un largo silencio. Por fin, Oblomov rompió a hablar el primero.

—¡He aquí lo que hay que hacer!—dijo enérgicamente, y por poco se levanta de la cama—. Y hacerlo lo más de prisa que se pueda, no hay que perder tiempo... Primero...

En aquel momento resonó en la antesala un campanillazo tan violento que Oblomov y Alexeiev se estremecieron y Zajar saltó en el acto de la estufa al suelo.

III

—¿Está en casa?—preguntó groseramente alguien en la antesala.

—¿Dónde podría estar a esta hora?—contestó aún más groseramente Zajar.

Entró un hombre como de unos cuarenta años, corpulento, alto, voluminoso, de anchos hombros y tronco, facciones bastas, cuello corto y ancho, grandes ojos abultados y labios gruesos. Su simple presencia denunciaba algo grosero y falta de aseo. Se veía que no pretendía ser elegante en el vestir y nunca se lograba verle bien afeitado. Por lo visto no concedía gran importancia a esas cosas, y lejos de avergonzarse de su traje, lo llevaba con óptica dignidad. Era Mijey Andreevich Tarantiev, paisano de Oblomov.

Tarantiev miraba tétricamente, con cierto desprecio y evidente falta de complacencia a todo lo que le rodeaba. Pronto a insultar a todo y a todos, parecía un hombre agriado por la injusticia, como si sus méritos no fuesen reconocidos o como un hombre de carácter violento perseguido por el Destino y que, rebelde, se somete a él a la fuerza. Sus gestos eran amplios y atrevidos y hablaba fuerte, de prisa y casi siempre como enfadado; al oírle

hablar de lejos se percibía el mismo ruido que harían tres carros pasando por un puente. No le turbaba la presencia de nadie ni «buscaba las palabras en el bolsillo»; en general era siempre grosero en su trato con todos, sin exceptuar a los amigos, como si quisiera dar a entender que al hablar con alguien o comer y cenar en alguna casa, concedía un gran honor.

Tarantiev era astuto y atrevido; nadie como él sabía resolver teóricamente un asunto o una embrollada cuestión jurídica; en seguida indicaba un camino a seguir y presentaba con gran habilidad los argumentos, y para concluir, dedicaba algunas de sus groserías a la persona que le había consultado.

Se había colocado hacía veinticinco años de escribiente en una oficina y continuaba allí en el mismo empleo, con la cabeza ya canosa, sin que ni a él y a nadie se le hubiese ocurrido que podía ascender.

Tarantiev era diestro sólo en hablar; hablando resolvía clara y fácilmente todas las cuestiones, sobre todo cuando se trataba de los demás; pero en cuanto había que moverse, llevar a la práctica la solución indicada por él en teoría, o mostrar actividad, era otro hombre; parecía como si, de pronto, le faltase algo; unas veces le era difícil o molesto, otras pretextaba que tenía otro negocio, que luego tampoco llevaba a cabo, y si lo hacía, resultaba Dios sabe qué. Lo mismo que un niño, descuidaba algo, o bien ignoraba algún pequeño deta-

lle, o ya perdía tiempo y acababa por abandonar el negocio a la mitad; o lo empezaba por el final y lo embrollaba de tal modo que luego no había medio de arreglarlo, y terminaba vomitando injurias.

Su padre, jurista de provincias al estilo antiguo, pensaba dejar a su hijo como herencia su experiencia en el arte de ir y venir por causas ajenas y su carrera hecha con destreza ante los tribunales, pero el Destino lo dispuso de otro modo. El padre, que antaño había estudiado en calderilla, esto es, en ruso, no quiso que su hijo fuese un anticuado y deseó que aprendiese un poco más de aquella difícil y complicada ciencia. Durante tres años le envió a estudiar latín con el pope.

El chico, de inteligencia despejada, aprendió en tres años la síntesis latina y empezaba ya a trabar conocimiento con Cornelio Nepote, cuando su padre decidió que ya sabía bastante, que aquellos conocimientos le daban ya una enorme superioridad sobre la generación anterior y que el prolongarlo quizá pudiera perjudicarle en su carrera en los estrados.

Mijey, que tenía entonces diez y seis años, no sabiendo qué hacer en casa de su padre con el latín, empezó a olvidarlo, y en espera del honor de informar ante los tribunales del distrito o de la provincia, presenciaba todas las francachelas de su padre, y en esta escuela, escuchando aquellas demasiado libres conversaciones, se desarrolló sutilmente su inteligencia.

Quedaba juvenilmente impresionado al escuchar

las conversaciones de su padre y los compañeros de éste acerca de varias causas civiles y criminales curiosas que traían entre manos todos aquellos juristas de la época antigua.

Pero todo esto no conducía a nada. Mijey no consiguió dominar la casuística y la trapacería a pesar de todos los esfuerzos que para ello hizo su padre, el que hubiese tenido éxito si el destino no hubiese torcido sus proyectos.

Mijey quedó enterado de todas las teorías que se desprendían de las conversaciones paternas y sólo le faltaba ponerlas en práctica; pero a causa de la muerte de su padre no tuvo ocasión de presentarse ante el tribunal y fué llevado a San Petersburgo por un protector, quien le buscó una colocación de escribiente en un departamento oficial y luego no volvió a acordarse de él.

De este modo, Tarantiev se quedó en teórico para toda la vida. En su oficina no le servían para nada el latín y las sutiles teorías para resolver arbitrariamente las causas justas e injustas; al mismo tiempo tenía conciencia de la fuerza que llevaba en su interior y que dormitaba encerrada para siempre, por condiciones hostiles del medio, sin esperanza de manifestarse, así como en los cuentos aparecen prisioneros, tras muros encantados, los espíritus del mal, para que no puedan hacer daño. Acaso el saber que encerraba en sí una fuerza inútil fuese la causa de que Tarantiev apareciese grosero en el trato, maldiciente, siempre enfadado e insultante.

Miraba con amargura y desprecio sus ocupaciones actuales de copiar documentos y coser papeles. En la lejanía, le sonreía tan sólo una última esperanza: conseguir una colocación en los arrendamientos del vino. Esta colocación era la única que consideraba como digna de substituir a la que, sin conseguirlo, le había querido legar su padre. En espera de ella desarrollaba la teoría de actividad, de prevaricaciones y astucias que aquél le había inculcado y que perdía fuerza al sacarla de la provincia, su campo natural, y tratar de aplicarla a las pequñeces de su miserable existencia en San Petersburgo y a sus relaciones particulares, ya que no podía extenderla a las esferas oficiales.

Era prevaricador hasta el fondo, y ya que no podía admitir cohechos por falta de causas y de solicitantes, comprometía con astucia y con inoportunidad a los colegas y amigos para que le convidasen, exigiendo de todos un respeto que no merecía. No le preocupaba su traje usado, pero se inquietaba cuando en el día no veía en perspectiva una comida suculenta con abundancia de vino y aguardiente.

Por todo esto, en el círculo de sus conocidos hacía el papel de un gran perro de presa, que ladraba a todos y no dejaba que nadie se moviese, pero que cogía al vuelo y con seguridad el pedazo de carne, viniera de donde viniera.

Alexeiev y Tarantieff eran dos de los más asiduos visitantes de Oblomov.

¿Por qué le visitaban con tanta frecuencia estos

dos casi proletarios? Ellos lo sabían perfectamente: para beber, comer y fumar buenos cigarros. Encontraban allí un refugio caliente y tranquilo y una acogida que, si no era cordial, era al menos indiferente y siempre la misma.

Pero ¿por qué los recibía Oblomov? Probablemente él no sabría por qué. Y parece ser que lo hacía por la misma razón que, aun ahora, en nuestros apartados Oblomovkas, en cada casa acomodada hay un enjambre de individuos de ambos sexos semejantes a éstos, sin pan, sin profesión, sin manos para trabajar y provistos de un estómago para consumir.

Hay todavía gentes que necesitan a su alrededor estos suplementos de la vida; se aburrirían sin este sobrante. ¿Quién si no les buscaría la tabaquera perdida o recogería el pañuelo caído al suelo? ¿A quién podrían quejarse de dolor de cabeza con derecho a exigir compasión? ¿A quién contar su sueño desagradable y tener derecho a que se lo expliquen? ¿Quién les va a leer un libro al acostarse y les ayudará a dormirse? A un tipo de éstos se le puede enviar, si es necesario, a un recado a la ciudad vecina o hacerle ayudar en el trabajo de la casa, evitando que los dueños tengan que molestarse.

Tarantiev producía mucho ruido y sacaba a Oblomov de su estado inerte y de su aburrimiento. Gritaba, discutía y constituía una especie de espectáculo que evitaba al perezoso señor tener que hablar y hacer. Tarantiev traía ruido y movimiento,

y a veces noticias, de la habitación donde reinaban el sueño y la tranquilidad. Oblomov podía escuchar y mirar, sin necesidad de tener que mover ni un dedo, a algo vivo que hablaba y se movía ante él. Además creía aún ingenuamente que Tarantiev era capaz de aconsejarle algo sensato.

En cuanto a las visitas de Alexeiev, Oblomov las toleraba por otra razón no menos importante. Cuando quería vivir a su modo, es decir, acostado, en silencio y dormitando, o bien paseándose por la habitación, Alexeiev parecía no existir; se quedaba también silencioso, dormitaba o miraba un libro y examinaba los cuadros y *bibelots* bostezando perezosamente hasta saltársele las lágrimas. Así podría permanecer hasta tres días. Si Oblomov, aburrido de estar solo, sentía la necesidad de hablar, leer, discutir o emocionarse, allí tenía siempre un agente sumiso y dispuesto a la conversación, lo mismo que antes al silencio, y a tomar parte en su emoción o en sus opiniones, fuesen las que fueran.

Raramente y sólo por un minuto venían visitas como las tres primeras. Las relaciones iban enfriándose poco a poco. Oblomov se interesaba a veces por alguna novedad y sostenía la conversación cinco minutos y luego, satisfecha su curiosidad, guardaba silencio; y al visitante hay que pagarle con reciprocidad interesándose en aquello que a él le importa. Estos visitantes, viviendo en contacto con las muchedumbres comprendían la vida de un modo muy distinto a como quería com-

prenderla Oblomov, lo enredaban y zambullían en ella y esto le desagradaba y lo rechazaba.

Sólo un hombre le era simpático; éste tampoco le dejaba en paz; amaba el progreso, la luz, la ciencia y la vida, pero las amaba más íntima, sincera y profundamente. Oblomov, aunque cariñoso con todos, sólo a este amigo quería sinceramente, tal vez porque juntos se habían criado, estudiado y vivido. Este hombre era Andrés Carlovich Stolz.

Estaba ausente, pero Oblomov esperaba su llegada de un momento a otro.

IV

—Buenos días, paisano—dijo bruscamente Tarantiev tendiendo su velluda mano a Oblomov—. ¡Cómo es que estás a estas horas tumbado como un tronco?

—¡No te acerques, que me das frío!—dijo Oblomov envolviéndose en la manta.

—¡Qué tonterías! ¡Frío...!—vociferó Tarantiev—. ¡Anda y toma la mano ya que te la dan! ¡Van a ser las doce y aun no te has levantado!

Pretendió hacer levantar a Oblomov, pero éste se anticipó echando fuera rápidamente los pies y metiéndolos en las zapatillas.

—Iba a levantarme ahora mismo—dijo bostezando.

—¡Ya sé a lo que llamas tú ahora mismo! Te hubieras quedado acostado hasta la hora de co-

mer. ¡Hola, Zajar! ¿Dónde estás, viejo imbécil? ¡Tráele la ropa a tu señor! ¡Pronto!

—¡Busque antes un Zajar para usted y luego ladre!—dijo Zajar entrando en la habitación y mirando con rabia a Tarantiev—. ¡Cómo ha puesto el suelo! ¡Parece que ha entrado un mercader ambulante!—añadió.

—¡Anda! ¡Prueba a seguir hablando, idiota!—exclamó Tarantiev y levantó el pie para dar una patada a Zajar que en aquel momento pasaba ante él; pero Zajar se detuvo, se volvió hacia él y se engalló.

—¡Pruebe a tocar a un pelo de mi ropa!—dijo con rabia—. ¿Qué es esto? Me iré...—agregó volviéndose hacia la puerta.

—¡Basta, Mijey Andreevich! ¡Qué turbulento eres! ¡Para qué le maltratas?—dijo Oblomov—. ¡Ven, Zajar!

Zajar volvió atrás, y mirando de soslayo a Tarantiev, pasó rápidamente por delante de éste.

Oblomov, apoyándose perezosamente en Zajar como si estuviese muy cansado, se levantó del sofá que le servía de lecho y se acercó lentamente a una gran butaca en la que se dejó caer, quedándose inmóvil y en la misma postura en que se había sentado.

Zajar cogió de la mesita la pomada, el peine y los cepillos, le untó con la pomada los cabellos, le sacó la raya con el peine y luego le peinó con el cepillo.

—¿Se va usted a lavar ahora?—preguntó.

—Aun esperaré un poco—contestó Oblomov—. Ahora vete.

—¡Ah! ¿Está usted también aquí?—dijo Tarantiev dirigiéndose a Alexeiev, mientras Zajar peinaba a Oblomov—. No le había visto. ¿Cómo es que está usted aquí? ¿Qué cochino es su pariente! Tenía ganas de decírselo a usted.

—¿Qué pariente? No tengo ninguno—contestó el atudido Alexeiev tímidamente y con los ojos desencajados.

—Ese que es empleado, ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí, Afanasiev! ¿No es pariente de usted? ¡Ya lo creo!

—Yo soy Alexeiev y no Afanasiev—dijo Alexeiev—; no tengo parientes.

—¿Que no? Pues es tan feo como usted y se llama también Basilio Nicolaevich.

—A fe mía que no es pariente mío; yo me llamo Iván Alexeiev.

—Bueno, lo mismo da, pues se parece a usted. Es un cochino; dígaselo cuando lo vea.

—No lo conozco y no lo he visto nunca—dijo Alexeiev abriendo la tabaquera.

—¡Deme un polvo de tabaco!—dijo Tarantiev—. ¿No es francés, sino del corriente?—dijo sorbiéndolo—. ¿Por qué no compra tabaco francés?—añadió severamente—. Pues sí; no he visto nunca un cochino tan grande como su pariente—continuó—. Hace dos años que me prestó cincuenta rublos. ¿Acaso cincuenta rublos son una fortuna? ¡Creo que debía de haberlos olvidado! ¡Quia! Se acorda-

ba; todos los meses, cuando me veía, me preguntaba: «¿Y la deuda?» ¡Qué fastidio! Pero no es esc todo: ayer se presentó en mi oficina. «Seguramente que cobrará usted y podrá pagarme ahora.» Le di un sueldo y empecé a avergonzarle hasta el punto que apenas podía encontrar la salida. «¡Soy pobre y necesito dinero!», me decía. ¡Como si yo no lo necesitase! ¡Acaso soy yo rico para poderle regalar cincuenta rublos?—y dirigiéndose a Oblomov añadió: —¡Dame un cigarro, paisano!

—Los puros están allí, en el paquete—contestó Oblomov indicando la librería

Continuaba sentado y pensativo en la butaca, en una postura negligente y elegante, sin notar lo que pasaba a su alrededor y sin escuchar lo que estaban hablando. Contemplaba con cariño sus manos blancas y pequeñas, acariciándolas.

—¡Siempre de los mismos!—dijo enfadado Tarrantiev cogiendo un puro y mirando a Oblomov.

—Sí, los mismos—contestó de un modo automático Oblomov.

—¿No te he dicho que compres de los extranjeros? ¡Es que no te acuerdas de lo que te dicen? ¡Oye! ¡Que el sábado próximo haya otros; si no no volveré en mucho tiempo. ¡Vaya una porquería!—continuó, encendiendo el puro, echando una nube de humo al aire y aspirando otra—. ¡Es imposible fumarlos!

—Hoy has venido muy temprano, Mijey Andreevich—dijo Oblomov bostezando.

—¿Y qué, te molesto?

—No. Lo he dicho porque generalmente sueles venir a la hora de comer y hoy sólo son las doce y pico.

—He venido expresamente para enterarme del menú. Siempre me obsequias con porquerías y quiero enterarme de lo que has mandado preparar para hoy.

—Pregunta en la cocina—dijo Oblomov.

Tarantiev salió del despacho.

—¡Qué gracia!—exclamó volviendo—. ¡Carne y ternera! Ea, amigo Oblomov, no sabes vivir, y eso que eres un propietario. ¡Qué clase de señor eres tú? Vives como un plebeyo; no sabes obsequiar a un amigo. Y qué, ¿has comprado vino de Madera?

—No lo sé; pregúntale a Zajar—dijo casi sin escuchar Oblomov—. Allí hay vino.

—¿Es del de siempre? ¿Del alemán? ¡Muchas gracias! Hazme el favor de comprarlo en el almacén inglés.

—Con éste basta—dijo Oblomov—; no hay que ir a buscar otro.

—Espera, dame dinero, que yo he de pasar por allí y lo traeré; tengo que ir todavía a un sitio.

Oblomov buscó en el cajón y sacó un billete encarnado de diez rublos, de los de entonces.

—El vino de Madera cuesta siete rublos—dijo— y aquí hay diez.

—Dámelo; allí me darán la vuelta, no tengas cuidado.

Arrancó el billete de manos de Oblomov y lo escondió rápidamente en su bolsillo.

—Ahora me voy—dijo poniéndose el sombrero— y volveré a las cinco; tengo que ir a un sitio; me han prometido un empleo en el monopolio de vinos y tengo que ir a enterarme... ¡Ah!, Ilia Illich, ¿no quieres tomar un coche para ir a Ekateringof? ¡Me hubieras llevado contigo!

Oblomov movió negativamente la cabeza.

—Qué, ¿te da pereza o es que no quieres gastar? ¡Qué tío! ¡Bueno, pues, adiós!

—Espera, Mijey Andreevich—le interrumpió Oblomov—, tengo que hacerte una consulta.

—¿Qué es? Dilo pronto, que no tengo tiempo.

—¡Me han caído encima dos desgracias! Me echan de la casa...

—Será que no pagas. ¡Hacen muy bien!—dijo Tarantiev y quiso marcharse.

—No. Pago siempre adelantado; es que van a hacer obra en el piso... ¡Espera! ¿Adónde vas? ¿Qué debo hacer? Me meten prisa; dicen que me mude en esta semana...

—¿Te figuras que soy tu consejero? No te lo creas...

—Yo no me creo nada—dijo Oblomov—. No hagas ruido ni grites y en cambio piensa en lo que debo hacer. Tú eres un hombre práctico...

Tarantiev ya no escuchaba; estaba meditando.

—Bueno, dame las gracias—dijo quitándose el sombrero y sentándose—, y da orden que sirvan champaña en la comida; ese asunto está resuelto.

—¿Qué dices?—preguntó Oblomov.

—¡Habrás champaña?

—Bueno, si el consejo lo vale...

—Tú mismo no vales lo que el consejo. ¿Crees que te lo voy a dar de balde? Mi-a, consúltaselo a éste—dijo señalando a Alexeiev—o a su pariente.

—Bueno, basta ya. ¡Dime!—suplicó Oblomov.

—Pues es muy sencillo: mañana mismo te mudas a otra casa.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? Eso lo sabía yo también...

—¡Espera y no me interrumpas!—le gritó Tarrantiev—. Mañana te mudas a casa de mi comadre, a Viborgskaia Storóná...

—Pero ¿qué es eso? ¿A Viborgskaia Storóná? Dicen que por allí se pasean los lobos en el invierno.

—Sí, algunas veces vienen a las islas; pero ¿qué te importa eso?

—¡Es un desierto aburrido! ¡Allí no hay radie!

—¡Mentiras! Allí vive mi comadre; tiene una casa con hermosa huerta. Es una mujer noble, viuda con dos hijos; con ella vive un hermano soltero; tiene una cabeza bastante mejor que la de éste que está ahí en el rincón—dijo señalando a Alexeiev—. ¡Nos dejaría atrás a ti y a mí!

—¿Pero qué me importa a mí todo eso?—dijo con impaciencia Oblomov—. No pienso mudarme allí.

—¡Ah, pues ten cuidado si no te mudas! Ya que me has pedido consejo, sigue el que te doy.

—No me mudaré—dijo con decisión Oblomov.

—¡Pues que te lleven los diablos!—contestó Ta-

rantiev encasquetándose el sombrero y dirigiéndose a la puerta.

—¡Qué raro eres!—dijo volviendo atrás—. ¿Por qué te agrada tanto vivir aquí?

—¿Por qué? Aquí todo está cerca—dijo Oblomov—. Aquí hay tiendas y teatros, están mis conocidos..., es el centro de la ciudad..., todo...

—¡Eh!—interrumpió Tarantiev—. ¿Me quieres decir cuándo fué la última vez que has salido de casa? ¿Cuándo has estado en el teatro? ¿A quién visitas? Permíteme que te pregunte para qué diablos necesitas vivir en el centro.

—¿Acaso te parece que hay en él pocas cosas?

—¡Ves, tú mismo no lo sabes! Y allí, piénsalo bien, vivirás en casa de mi comadre, que es una mujer noble; vivirás tranquilo y en paz, nadie te estorbará, no habrá ruido ni gritos y todo estará limpio y aseado. ¡Tú eres un señor, un propietario y vives como en una posada! Allí tendrás limpieza y silencio y tendrás también con quien hablar si te aburres. No siendo yo, nadie irá a verte. Hay dos niños y podrás jugar con ellos cuando tengas gana. ¿Qué más quieres? Y hay otra ventaja: ¿cuánto pagas aquí?

—Mil quinientos.

—¡Allí pagarás sólo mil por casi toda la casa! ¡Y qué habitaciones tan claras y bonitas! Ella está deseando hace tiempo un huésped tranquilo y formal; por eso te recomendaré...

Oblomov, con aire distraído, movió la cabeza en señal de negación.

—¡Nada, te mudarás!—dijo Tarantiev—. Tú calcula: te costará la mitad; sólo en la casa ya te ahorras quinientos rublos. La comida será doble mejor y más limpia; ni la cocinera ni Zajar te robarán más...

En la antesala se oyó un gruñido.

—Y habrá más orden—continuó Tarantiev—. ¡Si ahora da asco sentarse a tu mesa! Buscas la pimienta y no está, el vinagre tampoco, los cuchillos no están limpios; dices que se te pierde la ropa, hay polvo en todas partes; en una palabra, ¡un asco! Y allí la casa estará dirigida por una mujer; ni tú, ni tu viejo imbécil de Zajar...

El gruñido en la antesala se hizo más fuerte.

—Ni ese viejo perro—continuó Tarantiev—tendréis que pensar en nada; todo estará siempre a punto. ¿Para qué pensar? ¡Múdate!

—Sí, así, de repente..., sin saber por qué..., me voy a mudar a Viborgskaia Storóná...

—¡Qué pesado!—dijo Tarantiev secándose el sudor de la cara—. Estamos en verano y aquello es lo mismo que una villa. ¿Qué haces aquí en verano pudriéndote en la Gorojovaia? Allí tienes al lado el jardín de Bezborodkin y el barrio de Ojta, el Neva a dos pasos, hay una huerta, ¡ni polvo ni bochorno! ¡No hay que pensar más! Ahora mismo, antes de comer, voy a verla... ¡Dame para pagar el coche y mañana te mudas!

—¡Qué hombre!—dijo Oblomov—. ¡El demonio sabe las cosas que se le ocurren! ¡A Biborgskaia Storóná!... Eso no es difícil de inventar. No, tú

discurre algún medio para que me pueda quedar aquí. Hace ocho años que vivo en esta casa y no quiero cambiar...

—Ya está decidido; te mudarás. Voy ahora a ver a mi comadre y dejaré para otro día lo de mi empleo...

Y se dirigió a la puerta.

—¡Espera, espera! ¿Adónde vas?—le detuvo Oblomov—. Tengo aún otro asunto más importante todavía. Verás qué carta he recibido del administrador; ¡dime lo que debo hacer!

—¡Cómo eres!—dijo Tarantiev—. No sabes hacer nada. ¡Siempre yo y yo! ¿Para qué sirves? ¡Eres un hombre de paja!

—¿Dónde estará la carta? ¡Zajar, Zajar! ¡Ya no se sabe dónde la habrá puesto!

—Aquí está la carta—dijo Alexeiev cogiendo la carta arrugada.

—Sí, ésta es—y se puso a leer en voz alta.

—¿Qué te parece? ¿Qué debo hacer?—preguntó Ilia Illich al terminar la lectura—; «sequía, atrasos...»

—¡Eres hombre perdido!—dijo Tarantiev.

—¿Por qué? Y si lo soy, dime al menos lo que debo hacer.

—¿Y qué me darás por ello?

—Ya te he dicho que habrá champaña. ¿Qué más quieres?

—El champaña es por haberte encontrado casa. ¡Te estoy colmando de favores y tú ni te das cuenta y aun regateas! ¡Eres un ingrato! ¡Prueba tú a

buscar una casa! Y que no es sólo la casa; lo mejor es que vivirás en paz como si estuvieses en casa de una hermana. Hay allí dos niños y un hermano soltero y yo te visitaré todos los días...

—Está bien, está bien—le interrumpió Oblomov—; dime ahora lo que tengo que hacer con el administrador.

—No. Te lo diré si añades *porter* a la comida.

—¿También *porter*? Todo te parece poco...

—¡Bueno, entonces, adiós!—dijo Tarantiev poniéndose de nuevo el sombrero.

—¡Dios mío! ¡Me escribe el administrador que tendré dos mil menos de renta y todavía quiere que compre *porter*! ¡Bueno, cómpralo!

—¡Dame más dinero!—dijo Tarantiev.

—¡Pero si aun te queda la vuelta del billete!

—¿Y para pagar el coche a Vïborgskaia Storóná?—contestó Tarantiev.

Oblomov sacó un rublo y se lo dió de mala gana.

—¡Tu administrador es un canalla!—empezó a hablar Tarantiev escondiendo el rublo en su bolsillo—, y tú estás con la boca abierta. ¡Yaya con los cuentos que te dice! «¡Sequía!, ¡mala cosecha!, ¡atrasos!, ¡han huído los campesinos!» ¡Todo eso es mentira! He oído que en nuestro lugar, en la propiedad de Chumilov, gracias a la cosecha del año pasado han podido pagar todas las deudas; y en cambio en tu tierra hay sequía y mala cosecha. La hacienda de Chumilov está sólo a unos cincuenta kilómetros de la tuya; ¿por qué a él no se le queman los centenos? ¿Y lo de los atrasos? ¿Qué

hacía antes? ¿Por qué los ha consentido? ¿De cuándo son? ¿Es que no se vende ni se trabaja en nuestra región? ¡Oh qué bandido! ¡Ya le diría yo! Y los campesinos se han ido porque probablemente él les habrá cobrado algo para dejarse marchar y ni siquiera ha pensado en ir a quejarse al comisario de policía.

—No, no puede ser—rechazó Oblomov—; me describe en la carta hasta la contestación del comisario... de un modo tan natural...

—¡Oh, tú no sabes nada de nada! Todos los canallas escriben siempre de un modo muy natural, créeme. Mira, por ejemplo—continuó indicando a Alexeiev—: esta alma honrada que está ahí sentado y quieto como una oveja, ¿crees que podría escribir con tanta naturalidad? ¡Nunca! Y su pariente, que es un canalla y un cochino, sí podría. ¡Tampoco podrías tú! De modo que tu administrador es un canalla precisamente porque escribe diestra y naturalmente. ¡Mira aquí! ¡Cómo ha escogido las palabras! «Obligar a volver a sus domicilios...»

—¿Y qué hago con él?—preguntó Oblomov.

—Substituirlo inmediatamente.

—¿Y a quién voy a nombrar? Otro será peor todavía. ¿Cómo voy a conocer a los campesinos si hace doce años que no he estado allí?

—Ve tú mismo al campo, es necesario. Pasa allí el verano y en el otoño ven ya a la nueva casa. Mientras tanto, yo cuidaré de que todo esté en orden.

—¡Mudarme a una nueva casa y que vaya al

campo yo mismo! ¡Qué medidas tan violentas me propones!—dijo con descontento Oblomov—. ¿No podrías huir de los extremos y quedarte en un justo medio?...

—¿Sabes, amigo Ilia Illich, que estás perdido? Yo, en tu lugar, hace muchísimo tiempo que hubiera hipotecado la propiedad y hubiera comprado otra, o una casa aquí en buen sitio. Y luego hubiera hipotecado la casa y comprado otra... ¡Dame tu hacienda y ya oírían hablar de mí!

—Basta de jactarte e inventa algo para que no tenga que mudarme y para que sin necesidad de que tenga que ir al campo se arregle el asunto... —dijo Oblomov.

—Pero ¿serás capaz de moverte alguna vez?—dijo Tarantiev—. Por favor, mírate: ¿para qué sirves? ¿Qué provecho saca de ti la patria? ¿No puedes ir a la aldea!...

—Es aún pronto para que vaya—contestó Oblomov—. Déjame antes terminar el plan de reformas que tengo intención de realizar en la hacienda. ¿Sabes lo que se me ocurre, Mijey Andreevich? —dijo de repente Oblomov—. ¡Ve tú al campo! Tú conoces el asunto, los lugares te son también conocidos y yo no seré avaro contigo en los gastos.

—¿Acaso soy tu administrador?—dijo con altivez Tarantiev—. Además, he perdido la costumbre de tratar a los campesinos...

—¿Y qué voy a hacer?—dijo Oblomov pensativo—. Verdaderamente que no lo sé.

—Escribe al comisario y pregúntale si es verdad

que el administrador le ha hablado de los campesinos fugitivos—aconsejó Tarantiev—, y pídele que vaya a la aldea. Luego escribe al gobernador pidiéndole que dé orden al comisario de que le informe de la conducta del administrador; dile así: «Que Su Excelencia tome interés paternal y mire con mirada misericordiosa la inminente y horrible desgracia que me amenaza, a causa de la conducta de mi administrador, y la ruina a que nos expone inevitablemente a mí, a mi mujer y a mis doce hijos pequeños que quedarán sin amparo y sin un pedazo de pan.»

Oblomov se echó a reír.

—¿De dónde había de sacar tanto chico si me dijeran que los querían ver?

—¡Tonterías! Escribe «mis doce hijos». Eso pasará; no van a tomar informes porque es una cosa muy «natural». El gobernador remitirá la carta al secretario, a quien tú escribirás al mismo tiempo, metiéndole en el sobre alguna cantidad, y él se encargará de dar las órdenes. Escribe además a los vecinos. ¿Quién vive por allí?

—Dobrinin vive cerca—dijo Oblomov—. Nos vemos aquí con frecuencia; ahora está allí.

—Pues escríbele también pidiéndole y diciendo: «Me hará un inmenso favor y le quedaré obligado como cristiano, como amigo y como vecino.» Y añade a la carta un recuerdo de San Petersburgo, por ejemplo, unos puros. Eso es lo que tienes que hacer. ¡No entiendes ni una palabra de nada! ¡Eres un hombre perdido! ¡Ya haría yo bailar al adminis-

trador! ¡Habría que verlo! ¡Cuándo sale correo para allí?

—Pasado mañana—contestó Oblomov.

—Bueno, pues siéntate y escribe ahora mismo.

—Si no sale hasta pasado mañana, ¿para qué voy a escribir ahora?—objetó Oblomov—. Mañana escribiré. Deja, Mijey Andreevich—añadió—, Haz el «favor» completo y añadiré a la comida pescado o un ave.

—¿Qué quieres?—preguntó Tarantiev.

—Siéntate y escribe. ¿Tanto tiempo te va a llevar escribir tres cartas? Sabes hablar tan «naturalmente...»—añadió esforzándose en ocultar una sonrisa—. Iván Alexeiev las iría copiando en limpio.

—¿Qué fantasías se te ocurren!—contestó Tarantiev—. ¿Que me ponga a escribir! Hace ya tres días que no escribo en la oficina; apenas empiezo a hacerlo me llora el ojo izquierdo, y se me entumece el cuello al tener la cabeza inclinada; se conoce que me he enfriado... ¡Qué holgazán eres! ¡Perecerás, hermano Ilia Illich, perecerás!

—¡Oh, si Andrés hubiera venido!—dijo Oblomov—. El lo hubiera arreglado todo...

—¡Vaya con el protector que has encontrado!—interrumpió Tarantiev—. ¡Maldito alemán! ¡Astuto y bribón!

Tarantiev sentía una instintiva repugnancia por todos los extranjeros. Para él, francés, alemán o inglés eran sinónimos de fullero, embustero, trapacero o bandido. No hacía diferencia entre unas naciones y otras; para él todas eran iguales.

—Oye, Mijey Andreevich— dijo severamente Oblomov—, te he suplicado varias veces que seas más moderado en el lenguaje, sobre todo cuando hables de una persona a quien quiero...

—¡Un hombre a quien quieres!—dijo con odio Tarantiev—. ¿Es acaso pariente tuyo? Ya se sabe lo que es: un alemán.

—Me es más querido que todos los parientes; me he criado con él, hemos estudiado juntos y no permitiré impertinencias...

Tarantiev se puso rojo de rabia.

—¡Ah, si me cambias por un alemán, entonces no pisaré más el suelo de tu casa!

Se puso el sombrero y se dirigió hacia la puerta. Oblomov se suavizó en el acto.

—Debieras respetar en él a mi amigo y hablar de él con más prudencia... ¡es todo lo que exijo! Me parece que el favor no es grande.

—¿Respetar a un alemán?—dijo con el mayor desprecio Tarantiev—. ¿Y por qué?

—Ya te he dicho que se ha criado y estudiado conmigo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Qué importa con quién hayas estudiado!

—Si él hubiese estado aquí, estaría yo libre de preocupaciones, sin que me hubiera pedido ni champaña ni *porter*...—dijo Oblomov.

—¡Ah! ¿Me lo echas en cara? ¡Vete al diablo con tu *porter* y tu champaña! ¡Toma tu dinero! ¡Caramba! ¿Dónde lo habré metido? He olvidado dónde he puesto ese maldito dinero.

Sacó del bolsillo un papel grasiento escrito por completo.

—¡No, esto no es!—dijo—. ¿Dónde lo he metido?...

Revolvió todos los bolsillos.

—Déjalo, no lo busques—dijo Oblomov—. No te echo en cara nada, únicamente te ruego que hables con más prudencia de un hombre a quien quiero y que ha hecho tanto por mí...

—¡Tanto!—dijo rabiando Tarantiev—. Pues aun hará más, sigue haciéndole caso.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque cuando tu alemán te desplume sabrás lo que es haber cambiado un ruso, tu paisano, por un vagabundo...

—Oye, Mijey Andreevich—empezó Oblomov.

—No tengo nada que oír; he oído ya bastante y me has hecho sufrir mucho. ¡Sólo Dios sabe cuántas ofensas he soportado...! Cuando el padre de tu alemán vivía en Sajonia es probable que no conociese el pan, y vino aquí dándose importancia.

—¿Para qué te metes con los muertos? ¿De qué tiene la culpa el padre?

—Los dos la tienen; el padre y el hijo—dijo lúgubrementemente Tarantiev afirmando con la mano—. No en vano me aconsejaba mi padre que desconfiara de estos alemanes; ¡y me parece que mi padre había visto bastante gente en su vida!

—¿Y qué le tienes que reprochar al padre?—preguntó Ilia Illich.

—Pues que vino en un septiembre a nuestra provincia no trayendo mas que la levita y los zapatos, y cuando murió dejó herencia a su hijo. ¿Qué significa esto?

—Sí, legó a su hijo unos cuarenta mil rublos. Algo de ello era la dote de su mujer y el resto lo había adquirido dando lecciones y administrando la hacienda; tenía un buen sueldo. Ya ves cómo el padre no es culpable. Ahora, vamos al hijo: ¿qué culpa tiene?

—¡Es un chico muy bueno! De pronto, de los cuarenta mil del padre, hizo un capital de trescientos mil rublos y pronto será, en su servicio, jefe de administración. Además es sabio y ahora está viajando. El muy pillo siempre llega a tiempo. ¿Acaso un buen ruso hubiera hecho eso? ¡Un ruso elige una ocupación y eso sin darse prisa, despacito y ligeramente, como con negligencia y no como ése! Si aun hubiese servido en el monopolio del vino, estaría todo explicado; pero así, sin nada, no se sabe cómo, eso no es limpio. A los hombres así, yo los entregaría a los tribunales. Ahora anda sabe el demonio por dónde—continuó Tarantiev—. ¿Para qué vaga tanto por el extranjero?

—Quiere estudiar, ver y conocer todo.

—¡Estudiar! ¿Acaso le han enseñado poco? ¡Qué estudiar! Miente, no le creas, te engaña como a un niño. ¿Acaso los hombres estudian? ¡Esos son cuentos! ¿Acaso estudia un funcionario de su categoría? Tú, por ejemplo, has estudiado en la escuela y ¿acaso estudias ahora? Y éste—y señaló a Ale-

xeiev—, ¿estudia? Y su pariente, ¿estudia también? ¿Qué hombre honrado estudia? ¿Es que estará ahora sentado en una escuela alemana aprendiendo las lecciones? ¡Miente! He oído decir que ha ido a examinar una máquina para comprarla; ¡serán unas tenazas para sacar el dinero a los rusos! Yo le metería en la cárcel... Acciones... ¡Ay, esas acciones me revuelven las tripas!

Oblomov lanzó una carcajada.

—¿Por qué enseñas los dientes? ¿Acaso no digo la verdad?—dijo Tarantiev.

—Bueno, dejemos eso—dijo Ilia Illich—. Vete con Dios adonde tengas que ir y entre tanto yo con Iván Alexeiev escribiré esas cartas y procuraré desarrollar mis planes en el papel; será mejor que lo haga todo de una vez...

Tarantiev se fué a la antesala, pero aún volvió otra vez.

—¡Me había olvidado por completo! Había venido aquí por un asunto—dijo ya no tan groseramente como antes—. Mañana estoy invitado a una boda: se casa Rokotov. Déjame, paisano, tu frac, porque el mío está ya un poco usado...

—¡Cómo!—dijo Oblomov frunciendo las cejas al oír esta nueva petición—. Mi frac no te sentará bien...

—¡Ya lo creo que me está bien!—dijo Tarantiev sin dejarle acabar—. Acuérdate de que me probé tu levita y estaba como hecha para mí. ¡Zajar, Zajar! ¡Ven aquí, viejo bruto!—gritó.

Zajar rugió como un oso, pero no se movió.

—¡Llámalo, Ilia Illich; qué desobediente es!—se quejó Tarantiev.

—¡Zajar!—llamó Oblomov.

—¡Oh, así revienten!—se oyó en la antesala, y en seguida el salto desde la estufa.

—¿Qué quiere?—preguntó dirigiéndose a Tarantiev.

—Trae mi frac negro—le ordenó Ilia Illich—; Mijey Andreevich se lo quiere probar para ver si le está bien; lo necesita mañana para una boda...

—No le daré el frac—dijo Zajar resueltamente.

—¿Cómo te atreves a desobedecer a tu señor?—vociferó Tarantiev—. Ilia Illich, ¿por qué no metes en la cárcel a este desvergonzado?

—¡Hombre, no faltaba más! ¡Meter en la cárcel a un viejo!—dijo Oblomov—. ¡Dale el frac, Zajar, no seas terco!

—No se lo daré—dijo fríamente Zajar—. Que nos devuelva antes el chaleco y la camisa; hace cuatro meses que los conserva. Se los llevó para el día de su santo y no han vuelto. El chaleco es de terciopelo, y la camisa, de tela fina de Holanda, vale veinticinco rublos. ¡No le daré el frac!

—¡Bueno, adiós! ¡Idos al diablo!—dijo enfadado Tarantiev, marchándose y amenazando con el puño a Zajar—. Mira, Ilia Illich, te tomaré el piso, ¿oyes?

—Está bien, está bien—contestó con impaciencia Oblomov para librarse de él.

—Y escribe lo que tienes que escribir—continuó Tarantiev—, y no olvides el decir al gobernador que tienes doce hijos «cada uno más pequeño». Que

a las cinco esté servida la sopa. ¿Has mandado hacer el pastel?

Pero Oblomov no le contestó; hacía tiempo que no le escuchaba y con los ojos cerrados pensaba en algo. Después que se fué Tarantiev, durante diez minutos reinó en el despacho un profundo silencio. Oblomov estaba disgustado por la carta del administrador y por la inminente mudanza, y también cansado de la mareante charla de Tarantiev. Por fin suspiró.

—¿Por qué no escribe usted?—preguntó Alexeiev con voz moderada—. Yo le tajaré la pluma.

—Bueno, hágalo y déjeme—dijo Oblomov—. Trabajaré solo y usted lo copiará después de comer.

—Muy bien—contestó Alexeiev—. La verdad es que le estorbaría... Iré a decir que no nos esperen para ir a Ekateringof. ¡Adiós, Ilia Illich!

Pero éste ya no escuchaba; casi acostado en la butaca y con las piernas encogidas se sumió tristemente en una semisomnolencia semimeditación.

V

Oblomov, de estado noble y secretario de grado, hacía ya once años que, sin interrupción, vivía en San Petersburgo. En vida de sus padres vivía más estrechamente; tenía alquiladas dos habitaciones y se contentaba con un solo criado, Zajar, que había traído de la aldea. Pero cuando sus padres mu-

rieron, se vió dueño de trescientas cincuenta *almas de siervo*, que recibió como herencia, en una provincia apartada, situada casi en Asia.

En vez de cinco mil, empezó a recibir de siete a diez mil rublos de renta y entonces su vida tomó proporciones de mayor amplitud. Alquiló un piso mayor, contrató un cocinero y se compró un par de caballos.

Era entonces todavía joven y si no se puede decir que era activo, por lo menos era más activo que ahora y tenía aspiraciones, guardaba ilusiones y esperaba mucho del Destino y de sí mismo; se preparaba para desempeñar un papel importante, ante todo en la esfera oficial, que era lo que le había traído a San Petersburgo. Pensaba también desempeñar un buen papel en la sociedad y, por último, veía en perspectiva, en su imaginación, allá en el límite entre la juventud y la madurez, la felicidad de un hogar.

Pero los días pasaron tras los días, los años siguieron a los años; el vello de su cara se transformó en fuerte barba; sus ojos, de rayos brillantes, se cambiaron en dos puntos opacos; su talle se redondeó, el pelo empezó a caérsele sin piedad al cumplir los treinta años y, sin embargo, no había conseguido avanzar un paso en ningún camino; continuaba siempre en el mismo sitio en que estaba hacía diez años.

Siempre estaba dispuesto y preparándose a empezar la vida; constantemente trazaba en su imaginación planes para el porvenir, pero cada año

que pasaba rápidamente sobre su cabeza le obligaba a cambiarlos.

La vida, según él, se dividía en dos partes: una, de trabajo y aburrimiento, para él sinónimos; otra, de tranquilidad y pacíficas distracciones. Por eso, el servicio oficial, su principal campo de actividad, le sorprendió desde el principio de un modo muy desagradable.

Criado en el seno de una provincia, entre cariñosas costumbres y hábitos patriarcales, pasando sus primeros veinte años entre los abrazos de sus parientes y amigos, había quedado tan impregnado de la vida familiar y casera que se representaba su futuro empleo como una especie de ocupación doméstica, algo por el estilo de las anotaciones que perezosamente hacía su padre en el cuaderno de *Ingresos y Gastos*.

Suponía que los empleados de una oficina eran una familia unida por estrechos lazos y que velaban infatigablemente por la felicidad mutua; que el ir a la oficina no era una obligación a la que había que atender diariamente; que la lluvia, el calor o simplemente la falta de gana sería siempre un pretexto suficiente y legítimo para no ir.

¡Y qué desilusión cuando supo que para que un empleado en buena salud dejase de ir a la oficina era necesario por lo menos un terremoto! ¡Y por desgracia, no había terremotos en San Petersburgo! También podía servir de obstáculo una inundación, pero las inundaciones eran poco frecuentes.

Oblomov se preocupó aún más cuando vio apa-

recer ante sus ojos legajos con las inscripciones «urgente» y «muy urgente», cuando le obligaron a informar, hacer extractos, revolver documentos y escribir cuadernos de dos dedos de grueso que, para burlarse, llamaban «cartas»; además, todo lo pedían con prisa, todos se apresuraban sin detenerse un momento; aun no habían acabado una cosa, cuando cogían otra con tal calor como si precisamente ésta tuviera la mayor importancia, y luego, al terminarla, la olvidaban y cogían una tercera. ¡Y así sin llegar nunca al fin!

Un par de veces le hicieron levantarse durante la noche para escribir «cartas» y otras cuantas veces le llamaban por medio del portero, cuando estaba de visita, y siempre a causa de aquellas «cartas». Sintió miedo y un fastidio tremendo. «¿Cuándo hay que vivir? ¿Cuándo vivir?», repetía.

En su casa había oído decir que el jefe es el padre de sus subordinados y por esto se había formado del jefe una idea risueña y familiar. Se le imaginaba como un segundo padre, pensando siempre en repartir recompensas a sus subordinados y cuidando no sólo de las necesidades, sino de las distracciones de éstos.

Ilia Illich creía que el jefe tomaba parte de tal modo en la vida de sus subordinados que le preguntaría con interés: «¿Qué tal ha pasado la noche?» «¿Por qué tiene usted la mirada apagada?» «¿Le duele la cabeza?»

Pero el primer día que fué a la oficina tuvo una gran desilusión. Apenas llegaba el jefe se armaba

un jaleo enorme, todos se turbaban y corrían empujándose unos a otros para ponerse en orden cada uno en su sitio, temerosos de no tener bastante buen aspecto.

Esto provenía, como más tarde notó Oblomov, de que hay jefes que en la cara tonta y asustada del inferior que les sale corriendo al encuentro creen ver no sólo respeto, sino interés y hasta disposiciones especiales para el servicio.

Ilia Illich no tenía que temer a su jefe, el cual, bueno y agradable en el trato, no hacía nada malo; los subordinados estaban contentísimos con él y no podían desear otro mejor. Nadie había escuchado nunca de sus labios una palabra desagradable ni gritos; nunca mandaba, sino rogaba. Rogaba cuando quería que se hiciese un trabajo y cuando quería que fuesen a visitarle a su casa. A nadie hablaba nunca de «tú», sino a todos de usted.

Pero los inferiores, no se sabe por qué, se apuraban en presencia del jefe; a las preguntas cariñosas de éste contestaban con una voz que no era la propia, la que tenían cuando hablaban con los demás.

También Ilia Illich se volvía tímido sin que él mismo supiese la causa y también él perdía su voz natural, que era substituída por otra aguda y repugnante, cuando el jefe le dirigía la palabra.

Ilia Illich se consumía en la oficina de miedo y de angustia, a pesar de que su jefe era bueno y complaciente. ¡Sólo Dios sabe lo que hubiera sido de él si llega a ser severo y exigente!

Oblomov estuvo de empleado unos dos años y tal vez hubiera resistido el tercero para llegar al ascenso, pero un caso extraordinario le obligó a dejar antes la oficina.

Un día envió un documento de importancia a Arjanguelsk en vez de enviarlo a Astrajan. La equivocación se descubrió y empezaron a buscar al culpable.

Todos esperaban con curiosidad el momento en que el jefe llamaría a Oblomov y frío y tranquilo le preguntaría: «¿Es usted el que ha enviado el documento a Arjanguelsk?», y todos aguardaban escuchar la voz con que contestaría Ilia Illich.

Algunos suponían que ni podría contestar.

Oyendo a sus colegas, Ilia Illich se asustó también, aunque tanto él como los demás sabían que el jefe se limitaría a hacerle una advertencia; pero su propia conciencia era mucho más severa.

Oblomov no fué capaz de esperar el castigo merecido, se marchó a su casa y envió un certificado médico.

Este certificado decía:

«Yo, el infrascrito, certifico, con mi firma y sello, que el secretario Ilia Oblomov sufre de un exceso de grasa en el corazón con dilatación del ventrículo izquierdo (*hypertrophía cordis cum dilatatione ejus ventriculæ sinistri*) y además cólicos crónicos al hígado (*hepatitis*), cuyo crecimiento peligroso amenaza a la salud y vida del enfermo; hay que suponer que los ataques provienen de las diarias idas a la oficina. Por consiguiente, y para evitar la re-

petición y recrudescencia de los dolorosos ataques, considero necesario que el Sr. Oblomov suspenda temporalmente el trabajo en la oficina, y en general le prescribo que se abstenga de realizar labor mental y cualquier otro género de actividad.»

Pero esto sólo le sirvió para una temporada; algún día tenía que ponerse bueno y veía de nuevo en perspectiva las diarias idas a la oficina. Oblomov no resistió más y presentó la dimisión. Así terminó para siempre su trabajo en el servicio del Estado.

Su papel en sociedad fué un poco mejor.

En los primeros años de su estancia en San Petersburgo, aquellos años de su juventud, los rasgos tranquilos de su rostro se animaban con más frecuencia, los ojos le brillaban con fuego de vida y lanzaban rayos de luz, de esperanza y de vigor. Se emocionaba como todos los demás, tenía esperanzas y se alegraba o sufría por pequeñeces.

Pero todo esto había sido hacía mucho tiempo, en aquella divina edad en que el hombre cree tener un amigo sincero en todos los demás, se enamora de casi todas las mujeres y hasta está dispuesto a ofrecer a cada una la mano y el corazón, cosa que algunas llegan a realizar para desgracia de todo el resto de su vida, en la mayoría de los casos.

En estos dichosos días, también Ilia Illich tuvo la suerte de recibir dulces, aterciopeladas y hasta apasionadas miradas del grupo de las hermosas, un sinnúmero de prometedoras sonrisas, dos o tres

besos de los no privilegiados y una mayor cantidad de apretones de manos tan fuertes que hasta hacían saltar las lágrimas de dolor.

Pero él nunca cayó prisionero en aquellas redes, nunca fué esclavo ni siquiera asiduo adorador, tal vez porque las relaciones con las mujeres llevan consigo grandes zozobras. Oblomov se limitaba a adorar desde lejos, desde una distancia respetuosa.

El Destino le dió raramente ocasión para interesarse por una mujer hasta el punto de que pudiese inflamarse por algunos días y considerarse como enamorado. Por eso, sus intrigas amorosas se desarrollaban en unas horas, se detenían apenas empezadas, y por su inocencia, sencillez y pureza podían competir con las novelas de amor de una colegiala.

Huía sobre todo de las vírgenes pálidas y melancólicas, generalmente de ojos negros en los que se reflejan «días dolorosos y noches de insomnio», «vírgenes» con dolores y alegrías desconocidos por todos, que siempre tienen algo que confiar y que cuando lo dicen se estremecen, prorrumpen en lágrimas repentinas; después, de improviso, enlazan con los brazos el cuello del amigo, le miran largamente a los ojos, luego al cielo, dicen que su vida está condenada a la maledicencia y a veces se desmayan.

Oblomov eludía con miedo a tales vírgenes. Su alma era aún pura y quizá esperaba su amor, su compañera, su pasión patética; pero luego, con los años, parece ser que dejó de esperar y se desesperó.

Con más frialdad aún se separó del grupo de sus amigos. Cuando recibió la primera carta de su administrador hablando de atrasos en el pago y de mala cosecha, substituyó su primer amigo, el cocinero por una cocinera, luego vendió los caballos y, por fin, despachó a los demás «amigos».

No había casi nada que le sacase fuera de su casa y cada día se clavaba a su piso con más solidez.

Al principio le pareció fatigoso permanecer vestido todo el día; luego le dió pereza comer en casa de los conocidos, salvo en las de los más íntimos, amigos solteros, donde podía quitarse la corbata, desabrocharse el chaleco y tumbarse a dormirar un ratito.

Pronto también le fastidiaron las reuniones por la noche; había que ponerse el frac y afeitarse todos los días. Leyó en un libro que las emanaciones de la mañana con las únicas sanas y las de la noche dañinas, y empezó a tener miedo a la humedad.

A pesar de todas estas extravagancias, su amigo Stolz lograba sacarlo de casa; pero Stolz se ausentaba con frecuencia de San Petersburgo y se iba a Moscú, a Nijny o a Crimea, y más tarde también al extranjero. Oblomov, al quedar solo, se sumergía de nuevo hasta las orejas en su aislamiento y soledad, de donde sólo podía sacarle algo extraordinario, algo que se saliese de los límites de la vida cotidiana; pero no ocurría nada parecido ni se entreveía en el porvenir.

Además de todo esto, con los años se volvió de

una timidez infantil, siempre en espera de desgracias y viendo peligros en todo lo que no estaba en la reducida esfera de su vida diaria; todo esto era consecuencia de haber perdido la costumbre de rozarse con las diversas manifestaciones de la vida exterior.

No se asustaba, por ejemplo, de una grieta que había en el techo de su dormitorio, se había acostumbrado ya a ella; tampoco se le ocurría pensar que el aire viciado de la habitación y la continua permanencia en ésta fueran quizá más perniciosos para la salud que la humedad nocturna; no veía que el cargar diariamente con exceso el estómago es una especie de suicidio gradual; se había acostumbrado a hacerlo así y no le daba miedo.

Había perdido el hábito del movimiento, de la vida, de la presencia de mucha gente, de la agitación.

Se sofocaba en las apreturas; se sentaba en la barca no teniendo muy segura la esperanza de llegar a la orilla opuesta; iba en coche temiendo que de un momento a otro se desbocasen los caballos y le matasen.

A veces se sentía presa de un temor nervioso; se asustaba del silencio que le rodeaba o, él mismo no sabía por qué, tenía la sensación de que le corrían hormigas por todo el cuerpo. A veces se escondía, miedoso y asustado, en un rincón obscuro esperando que la imaginación le jugase alguna mala pasada, haciéndole ver algún fenómeno sobrenatural.

De este modo desempeñó su papel en la sociedad hasta que, haciendo perezosamente un ademán desdenoso, abandonó todas las esperanzas juveniles que le habían engañado, o a las que él había hecho traición, y todos los agridulces recuerdos que hacen latir el corazón de algunos hasta la vejez.

VI

¿Qué hacía en casa? ¿Leía? ¿Escribía? ¿Estudiaba? Sí; cuando encontraba a mano un libro o un periódico, lo leía.

Cuando oía hablar de una obra notable, sentía el deseo de conocerla; la buscaba, pedía el libro, y si se lo traían pronto empezaba a leerlo, y cuando empezaba a formarse una idea del asunto, cuando con un poco más hubiera llegado a dominarlo por completo, lo abandonaba y se tumbaba de nuevo en el sofá, mirando con apatía al techo y dejando que el libro, sin terminar de leer y no comprendido, yaciese en el suelo a su lado.

Se apoderaba de él la indiferencia con más rapidez que el entusiasmo y ya no volvía a coger nunca el libro que había abandonado.

Sin embargo, había hecho sus estudios como los demás, es decir, había estudiado hasta los quince años en el colegio; luego, los viejos Oblomov, después de larga lucha interna, decidieron enviar a Illich a Moscú, donde de grado o por fuerza tuvo que terminar toda la carrera.

Su carácter tímido le impedía hacer públicos sus

caprichos y su pereza cuando estaba ante extraños, como ocurría en el colegio, donde no se hacían excepciones al régimen para favorecer a los niños mimados. Por necesidad se sentaba muy derecho en clase, escuchaba lo que decían los profesores porque no podía hacer otra cosa, y a costa de trabajo, sudar y suspiros, aprendía las lecciones.

Todo ello lo consideraba como un castigo que el cielo enviaba por nuestros pecados.

No leía nunca más allá del renglón señalado por la uña del profesor y no hacía nunca preguntas ni pedía aclaraciones. Se contentaba con lo que decía el cuaderno y no mostraba curiosidad ni siquiera cuando no comprendía lo que oía o estudiaba.

Quedaba completamente satisfecho cuando conseguía terminar un libro que se llamase «Estadística» o «Historia» o «Economía política».

Cuando Stolz le traía libros para que los leyese, además de los que tenía que estudiar, Oblomov, guardando silencio, miraba largo rato a su amigo.

—*¡Tu quoque Brutus!*—decía suspirando. Y empezaba a leer.

Esta lectura le parecía desmesurada, no natural y penosa.

¿Para qué entonces todos aquellos cuadernos en los que se gastaba tanto papel, tinta y tiempo? ¿Para qué los manuales? ¿Para qué, por último, los seis o siete años de encierro, las severidades, los castigos, el penar sentado en las aulas, la prohibición de correr, loquear y divertirse? ¿Para qué, si resultaba que con aquello no había bastante?

«¿Cuándo se vive?—preguntaba—. ¿Cuándo hay que poner en circulación este capital de conocimientos, la mayor parte de los cuales no se empleará nunca en la vida? ¿Qué voy a hacer, por ejemplo, con la economía política, el álgebra y la geometría en Oblomovka? La historia no sirve más que para sumirle a uno en melancolía; se entera uno de que se está en un período desgraciado; el hombre sufre, reúne sus fuerzas, trabaja, hormiguea, aguanta, construye pensando siempre en días de felicidad. Por fin llegan éstos y parece natural que hasta la historia misma tome descanso; ¡pero no!, de nuevo aparecen las nubes, otra vez se derrumba el edificio, hay que trabajar de nuevo... Los días felices no se detienen, huyen, y la vida fluye y fluye sin descanso y siempre con destrucciones y derrumbamientos...»

La lectura seria le cansaba. Los pensadores y filósofos no lograron despertar en él la sed de verdades abstractas.

En cambio los poetas le conmovieron hasta lo más íntimo de su alma; fué un joven como todos. También para él llegó un momento dichoso de vida, de expansión de fuerzas, de esperanzas, de amor al bien, de valor y de actividad; ¡ese momento que no hace traición a nadie y sonrío a todos! Llegó también para él la época en que el corazón late violentamente, de sacudidas, de discursos extáticos y dulces lágrimas. El cerebro y el alma se le aclararon, sacudió su somnolencia y su espíritu pidió actividad.

Stolz contribuyó a prolongar este momento tanto como era posible en un temperamento como el de su amigo. Aprovechó el interés de Oblomov por los poetas, y durante año y medio lo mantuvo en contacto con la ciencia.

Aprovechando el vuelo de las ilusiones juveniles le hacía ver en la lectura de los poetas algo más que el placer y le señalaba en la lejanía los caminos de sus vidas arrastrándolo hacia el porvenir. Ambos se emocionaban, lloraban y cambiaban entre sí solemnes promesas de seguir un camino justo y luminoso.

El ardor juvenil de Stolz se contagiaba a Oblomov, el cual se consumía de sed de trabajo y entrevía un fin.

La flor de la vida se abrió, pero no dió fruto. Oblomov volvió en sí y sólo raramente, por indicación de Stolz, leía algún que otro libro, pero sin apresurarse, sin avidez, dejando correr perezosamente la vista por los renglones. Aunque fuese muy interesante el párrafo que leía, si en aquel momento llegaba la hora de comer o de dormir dejaba el libro abierto y con la encuadernación hacia arriba y se dirigía a comer, o bien apagaba la vela y se acostaba para dormir.

Si le daban un primer tomo, al terminarlo no pedía el segundo, y si se lo traían, lo leía lentamente.

Más tarde ya no podía leer ni siquiera el primero, y la mayor parte de las horas que le quedaban libres se le pasaban con el brazo puesto sobre la

mesa y la cabeza sobre el brazo; a veces, en vez del brazo empleaba el libro que Stolz le había recomendado que leyera.

De este modo hizo su carrera. El día en que escuchó la última conferencia fué el de la apoteosis de su saber. La firma del director del establecimiento puesta en el diploma fué como la señal que antaño hacía en el libro el maestro con la uña, la línea más allá de la cual nuestro héroe no consideraba necesario extender sus aspiraciones.

Su cabeza era un archivo de cosas muertas, personajes, épocas, cifras, religiones, principios sueltos de economía, matemáticas y otras verdades, problemas, tesis, etc.

Era como una biblioteca formada por hojas sueltas de varias ramas del saber.

Los estudios habían hecho formar una opinión a Ilia Illich. Para él, entre la ciencia y la vida había un abismo que ni siquiera intentaba salvar; la vida era algo aparte de la ciencia.

Había estudiado todos los derechos que existen y los que habían existido hacía tiempo; estudió también un curso de práctica; pero cuando tuvo que escribir una denuncia por un robo cometido en la casa, cogió una hoja de papel y la pluma, meditó, pensó, y por fin mandó a buscar a un copista. En la aldea era el administrador el que llevaba las cuentas. «¿Dónde he de aplicar mis conocimientos?», decía perplejo.

Y volvió a su aislamiento sin la carga de aquellos estudios que no dejaban libre el pensamiento

que ahora se paseaba o dormitaba ocioso en su cabeza. ¿Y qué hacía? Pues continuaba trazando el plan de su propia vida. Encontraba en ella, no sin razón, tanta ciencia y poesía sin necesidad de libros, que no podrían agotarse nunca. Abandonando su servicio y la sociedad, se puso a estudiar el problema de su existencia y a examinar su destino, y por fin descubrió que el campo de su actividad y de su vida estaba encerrado en él mismo.

Comprendió que le había tocado la suerte de gozar de la felicidad de su casa y de cuidar de su hacienda. Hasta entonces no conocía sus negocios; cuidaba de ellos algunas veces Stolz. No sabía a cuánto ascendían sus ingresos ni sus gastos, nunca hacía un presupuesto y, en una palabra, no se cuidaba de nada.

El viejo Oblomov entregó a su hijo la hacienda tal como la recibiera de su padre. Aunque vivió toda su vida en la aldea, no se preocupó de los nuevos inventos, como hacen los propietarios de ahora; nada de eso de buscar nuevos manantiales de riqueza o de mejorar los actuales, etc. Continuó mientras vivió sembrando los campos como en los tiempos del abuelo y utilizando las mismas vías para vender sus productos. Sin embargo, el viejo estaba siempre contento; si la cosecha era buena o los precios altos le producían un ingreso mayor que el año antes, decía que aquello era la bendición del Señor. No le gustaban los inventos y prodecimientos para adquirir más dinero.

«Nuestros padres y abuelos no han sido más ton-

tos que nosotros—decía contestando a algunos consejos; en su opinión malos—; ellos han vivido felices, también nosotros viviremos así, ¡y Dios quiere que no tengamos hambre!

Obteniendo de su hacienda, sin necesidad de acudir a reformas, tantos ingresos como necesitaba para comer y cenar desmesuradamente con su familia y sus visitas, daba gracias a Dios y consideraba como un pecado el procurar adquirir más.

Si el administrador le traía dos mil, escondiendo en el bolsillo el tercer millar y con lágrimas en los ojos le hablaba de granizadas, sequía o mala cosecha, el viejo Oblomov se persignaba y también con lágrimas decía:

—¡Sea la voluntad del Señor! ¡No se puede discutir con Dios! ¡Hay que darle las gracias por lo que nos envía!

Después de la muerte de los padres, los negocios de la tierra no sólo no mejoraron, sino que, como ya hemos visto por la carta del administrador, empeoraron. Lo natural hubiera sido que Ilia Illich fuese personalmente a la aldea y buscase allí la causa de la gradual disminución de sus rentas.

Tenía intención de hacerlo, pero siempre lo retrasaba, en gran parte porque el viaje era para él una hazaña casi nueva y desconocida.

Sólo había hecho un viaje en su vida, en coche, sin cambiar de caballos, entre colchones de pluma, con baúles, maletas, jamones ahumados, panes, carnes y aves asadas y cocidas y escoltado por unos cuantos servidores.

De este modo efectuó su único viaje de la aldea a Moscú y lo tomó como modelo de todos los viajes. Pero ahora, según oía, ya no se viajaba así; había que galopar a rienda suelta. Además de esta razón, Iliá Illich retrasaba su viaje porque todavía no estaba preparado como era necesario para ocuparse de sus negocios.

Era distinto de su padre y de su abuelo. Había estudiado, vivía en sociedad y todo ello hacía que pensase de modo muy diferente que aquéllos. Comprendía que el procurar aumentar los bienes no era pecado, sino todo lo contrario; era deber de todo ciudadano tender por medio del trabajo honrado a aumentar la prosperidad común.

Por esto, en el plan de vida que estaba trazando en su aislamiento entraba la reorganización de la administración de la hacienda y de los campesinos.

La idea fundamental de aquel plan, las líneas principales estaban hacia tiempo trazadas en su mente; quedaban sólo los detalles, presupuestos y cifras. Durante varios años estuvo trabajando sin descanso en ello, pensaba y meditaba andando, acostado y cuando estaba entre la gente; ya lo completaba, ya reformaba varias partes, ya resucitaba en su memoria lo que se le había ocurrido la víspera y olvidado durante la noche; a veces, de repente, se le ocurría una nueva idea inesperada que como un rayo pasaba por su cabeza y empezaba el trabajo con nuevo vigor.

No se limitaba a ser un pobre ejecutor de ideas

ajenas; era creador y ejecutor. Se levantaba por la mañana e inmediatamente después de tomar el te se tumbaba en el sofá, apoyaba la cabeza en la almohada y reflexionaba sin ahorrar ningún esfuerzo hasta que la cabeza se le cansaba de trabajo tan difícil y la conciencia le decía: ya has hecho hoy bastante por el bien común.

Sólo entonces se atrevía a descansar de tanto trabajo y cambiaba la postura de preocupación por otra menos severa y más cómoda para soñar lánguidamente.

A Oblomov, después de haber terminado sus ocupaciones y negocios, le gustaba encerrarse en sí y vivir en el mundo creado por él mismo.

Era accesible al placer que proporcionan los pensamientos elevados y no era ajeno al dolor humano.

A veces, en su interior lloraba con amargura las desgracias de la humanidad, experimentaba sufrimientos desconocidos y vagos, angustia y fuerte impulso hacia algo lejano, de seguro allá, aquel mundo hacia el que antaño le arrastraba Stolz...

Y por sus mejillas corrían dulces lágrimas. Otras veces sentía el desprecio por los vicios humanos, por las mentiras e imposturas, por el mal que hay derramado en el mundo y se inflamaba en el deseo de indicar al hombre sus llagas, y de repente, en la cabeza le nacían ideas que crecían y alborotaban como olas del mar y luego se desarrollaban en intenciones, le encendían la sangre, hacían que se movieran sus músculos y se hinchasen sus venas; y las intenciones se transformaban en aspiraciones;

movido por aquel impulso moral, cambiaba rápidamente de postura dos o tres veces en un minuto y con ojos fulgurantes, medio se incorporaba en el lecho, extendía la mano y lanzaba a su alrededor miradas llenas de inspiración... Ya estaba la aspiración para realizarse, a punto de transformarse en hazañas..., y entonces, ¡oh Señor!, ¡cuántos milagros, cuántas consecuencias felices se podría esperar de tan elevados esfuerzos!...

Pero pasaba la mañana, el día ya declinaba y con él tendían al reposo las cansadas fuerzas de Oblomov; la tempestad de su alma se apaciguaba, su cerebro se desembriagaba y la sangre fluía con más lentitud por sus venas.

Oblomov, despacio y pensativo, se ponía boca arriba, y fijando la triste mirada en la ventana, hacia el cielo, acompañaba con ojos melancólicos al Sol que, en plena magnificencia, se ponía por detrás de una casa de cuatro pisos. ¡Y cuántas, cuántas veces acompañó así con la mirada al Sol poniente!

A la mañana siguiente, ¡otra vez vida, otra vez emoción y sueños! A veces le gustaba imaginarse que era un invicto jefe de un ejército y que ante él, no sólo Napoleón, sino el mismo Eruslan Lazarevich (1) carecían de importancia; e inventaba la guerra y la causa de ella; en su imaginación veía precipitarse de Africa a Europa pueblos enteros, organizaba nuevas cruzadas, decidía de la suerte

(1) Héroe de leyendas populares rusas.

de las naciones, destruía pueblos, perdonaba, castigaba y realizaba proezas de generosidad.

Otras veces escogía la imagen del pensador o de un gran pintor; todos le adoraban, gozaban con sus triunfos y la muchedumbre le seguía exclamando:

—¡Mirad! ¡Aquí viene Oblomov, nuestro célebre Ilia Illich!

En momentos de amargura se sentía inquieto, se volvía de un lado a otro, se acostaba boca abajo y a veces perdía completamente el ánimo; entonces se levantaba de la cama, se arrodillaba y empezaba a rezar fervorosamente pidiendo al cielo que desviase de él alguna tempestad que le estaba amenazando.

Luego, encomendando su destino a los cielos recobraba la serenidad e indiferencia para todo el mundo y dejaba a la tempestad el campo libre.

De este modo gastaba sus fuerzas morales, se agitaba a veces el día entero y volvía en sí con un profundo suspiro, abandonando el sueño seductor o la penosa preocupación solamente al anochecer, cuando el Sol, como un globo enorme, se ponía espléndido por detrás de la casa de cuatro pisos.

Entonces le acompañaba con mirada pensativa, sonreía triste y descansaba pacíficamente de sus emociones.

Nadie conocía ni veía esta vida interior de Ilia Illich: todos creían que Oblomov no hacía mas que estar tumbado en el sofá y comer cuando le daba la gana, y que no había que esperar de él nada más;

quizá ni podría coordinar dos ideas. Así pensaban de él en todas partes donde le conocían.

Sólo Stolz le conocía a fondo y hubiera podido hablar de la capacidad y del volcánico trabajo interior de aquella cabeza y de aquel corazón humanitario; pero Stolz casi nunca estaba en San Petersburgo.

Únicamente Zajar, que durante toda la vida había estado al lado de su señor, conocía aún más detalladamente la vida íntima de éste; pero estaba persuadido de que su señor y él trabajaban y vivían normalmente, como se debía, y que no había que vivir de otro modo.

VII

Zajar tenía cincuenta años cumplidos. No era ya un descendiente directo de aquellos *calebos* rusos, hidalgos de la servidumbre, sin miedo y sin tacha, llenos de abnegación para sus señores y que poseían todas las virtudes sin ser poseídos por ningún vicio.

Este hidalgo tenía miedo y tacha.

Pertenecía a dos épocas y ambas habían puesto en él su sello. De la primera heredó la adhesión sin límite para la casa Oblomov, y de la segunda, más moderna, el refinamiento y las malas costumbres.

Aunque completamente sometido a su señor, raro era el día en que no le mentía en alguna cosa.

Un criado de los antiguos procuraba que su se-

ñor no malgastase ni fuese glotón. En cambio, a Zajar le gustaba beber una copita con sus amigos a costa de su señor.

El criado antiguo era casto como un eunuco, pero Zajar visitaba a una comadre de sospechosa reputación. Aquél guardaba el dinero señorial como en una caja de caudales, mientras Zajar sisaba todos los días unas diez copecas al hacer la compra e infaliblemente hacía desaparecer la moneda de cobre que quedaba olvidada encima de una mesa. Si Ilia Illich se olvidaba de pedir a Zajar la vuelta de un pago, ésta no volvía nunca a su bolsillo.

Si no robaba sumas más importantes era quizá porque medía por copecas sus necesidades o porque temiese ser descubierto; pero de ningún modo por probidad.

El antiguo *calebo*, igual que un perro amaestrado, hubiera muerto mirando la comida que le habían confiado, antes que tocarla; Zajar no pensaba mas que en comer y beber aquello que no le confiaban. El primero cuidaba de que su señor comiese más y se afligía si no comía, y en cambio Zajar se afligía cuando su señor se comía todo lo que le habían servido en el plato.

Además de esto, Zajar era chismoso. Todos los días se lamentaba en la cocina, en la tienda y en las tertulias que se formaban en las puertas del patio de que su vida era insoportable, que nunca había oído hablar de un señor tan malo como el suyo, tan caprichoso, avaro y de tan mal genio

que era imposible aguantarlo; en una palabra, que era mejor morir que servirle.

Zajar no hacía esto por maldad o por deseo de perjudicar a su señor, sino por la costumbre heredada de su padre y su abuelo de hablar mal de su señor siempre que tenía ocasión.

A veces, por aburrimiento o por falta de motivo de conversación, o bien para inspirar mayor interés a los que le escuchaban, improvisaba alguna historia absurda a cuenta de su señor: «Mi señor se ha aficionado a visitar a cierta viuda—decía con voz ronca y en tono confidencial—. Ayer le escribí.»

O bien decía que era un jugador y un borracho como no había otro en el mundo, que se estaba bebiendo y jugando hasta la madrugada.

Y nada era verdad: Ilia Illich no visitaba a ninguna viuda, pasaba las noches durmiendo en paz y no cogía nunca una carta en la mano.

Zajar no era aseado. Se afeitaba de tarde en tarde, y aunque se lavaba todos los días la cara y las manos, parecía más bien que lo hacía por cumplir una formalidad; además, era imposible limpiarlas con ninguna clase de jabón. Cuando se bañaba y lavaba en la casa de baños, las manos, de negras, se le volvían coloradas, y luego, a las dos horas, otra vez negras.

Era muy torpe: cuando abría las puertas de las habitaciones o de la casa, abría una hoja y se le cerraba la otra, y al querer abrir ésta, se le cerraba la primera.

Nunca lograba coger a la primera vez el pañuelo u otro objeto caído al suelo: se inclinaba unas tres veces como si lo estuviese cogiendo al vuelo y sólo a la cuarta lo cogía para, con frecuencia, dejarlo caer de nuevo.

Cuando atravesaba una habitación llevando una pila de platos o un montón de objetos, al primer paso empezaban los de arriba a desertar al suelo; caía el primero y él hacía un movimiento tardío e inútil para impedirle caer y dejaba que cayesen algunos más; se quedaba mirando asombrado y con la boca abierta los objetos caídos y no a los que le quedaban en las manos, y la bandeja bailaba, los objetos seguían cayendo y a veces conseguía llegar a su destino sólo con una copa o un plato, si ya no lo arrojaba al suelo vomitando maldiciones.

En las habitaciones tropezaba con el pie o con un costado en la mesa o en las sillas y no siempre lograba entrar limpiamente por la mitad abierta de una puerta, sino que el hombro daba en la otra hoja, llenando al mismo tiempo de injurias a la puerta, al dueño de la casa y al carpintero que la había hecho.

En el despacho de Oblomov estaban rotos casi todos los objetos, especialmente los menudos, que exigían un trato más delicado, y todo ello por culpa de Zajar.

Su habilidad para tener algo en las manos la aplicaba a todos los objetos en general, sin establecer diferencias entre unos y otros.

Cuando le ordenaban, por ejemplo, despabilar una vela o llenar un vaso de agua, empleaba en ello tanta fuerza como la que se necesitaba para abrir el portal.

¡Dios nos libre de que Zajar, lleno de celo por agradar al señor, se decidiese a arreglar la casa, limpiarla, fregarla y poner las cosas en orden con rapidez! Ocurrían un sin fin de accidentes; es poco probable que un soldado, penetrando con violencia en una casa enemiga, hiciese tanto daño.

Los objetos caían y se rompían, la vajilla se hacía pedazos, las sillas se volcaban y todo terminaba en echar todo fuera de la habitación o en marcharse él mismo maldiciendo.

Por fortuna, era muy raro en él sentir tanto celo.

Desde luego, que todo esto ocurría porque se había criado en la aldea al aire libre, donde hay amplitud en las habitaciones y no había adquirido la costumbre de moverse en la estrechez y semi-obscuridad de despachos y saloncitos lujosos y caprichosamente amueblados, donde sólo el diablo sabe el sinnúmero de objetos que hay.

Allá se había acostumbrado a servir sin tener necesidad de medir sus movimientos y entre herramientas sólidas y macizas, palas, palancas y garfios de hierro y donde las sillas eran tan pesadas que costaba trabajo moverlas.

Algunos objetos como el candelero, la lámpara, la pantalla, el tintero, permanecían tres o cuatro años sin romperse en el mismo sitio; pero apenas los cogía Zajar, se rompían.

—¡Ay!—decía entonces a veces, asombrado, a Oblomov—. ¡Mire, señor, qué cosa tan rara! ¡No he hecho mas que coger esto y ya se ha roto!

O bien no decía nada, sino que calladamente lo dejaba otra vez en su sitio y luego echaba la culpa al señor; otras veces se disculpaba, como hemos visto al principio, afirmando que a cada objeto le tenía que llegar su fin y que, aunque fuese de hierro, no podría durar un siglo.

En los dos primeros casos aun se podía discutir con él; pero cuando utilizaba éste último argumento, toda contradicción era inútil y quedaba proclamado inocente sin apelación.

Zajar se había señalado de una vez para siempre su círculo de actividad, fuera del cual no salía nunca por su propia voluntad. Por la mañana preparaba el *samovar*, limpiaba los zapatos del señor y el traje que éste le pedía, pero de ningún modo el que no le pedía, aunque éste permaneciese en el armario durante diez años.

Luego barría—no todos los días—el centro de la habitación, sin llegar a los rincones, y quitaba el polvo de la mesa sólo en los sitios donde no había nada, para no tener que mover los objetos. Después se consideraba ya con derecho a dormirar sobre la estufa y a charlar con Anisia en la cocina, o en el portal con la servidumbre de la casa, sin preocuparse de nada.

Si le mandaban hacer alguna cosa más, cumplía la orden de mala gana, después de mucho discutir que era inútil o imposible cumplirla; no había modo

de que a la lista de los señalados por él agregase un nuevo deber de carácter permanente.

Si le mandaban limpiar un objeto o llevar o traer alguna cosa, obedecía gruñendo, según su costumbre; pero el pretender que saliese de él mismo el continuar haciéndolo diariamente era algo imposible de conseguir.

Al día siguiente era forzoso volver a mandarle lo mismo y entablar con él discusiones desagradables.

No obstante todo esto, es decir, a pesar de que a Zajar le gustaba beber y chismorrear, de que le robaba a Oblomov las monedas de cobre, de que rompía las cosas y de que era holgazán, era un criado entregado con toda su alma a su señor.

No hubiera vacilado en dejarse quemar o ahogar por él, sin considerar esto como una hazaña digna de asombro o recompensa, sino pensando que era la cosa más natural, como algo que no podía ser de otro modo, o mejor dicho, sin pensar nada, pues obraba siempre sin hacer ningún razonamiento.

No tenía ninguna teoría acerca de este asunto, nunca se le ocurría analizar sus relaciones con Ilia Illich; sus sentimientos habían encarnado en él, los había heredado de su padre, de su abuelo, de sus hermanos y de la servidumbre, entre la cual había nacido.

Zajar hubiera muerto por su señor considerando esto como un deber inevitable y hereditario, y se hubiera arrojado en brazos de la muerte del mismo modo que un perro se lanza en el bosque sobre una

fiera, sin preguntarse por qué lo hace él y no su señor.

Pero, en cambio, si fuese necesario velar toda una noche al lado del lecho de su señor, aunque de ello dependiese la salud o la vida de éste, Zajar se hubiera dormido infaliblemente.

En el trato con el señor no sólo no era servil, sino que era demasiado familiar y hasta grosero; se enfadaba con él seriamente por cualquier tontería y hasta le calumniaba al hablar de él ante la servidumbre; pero, sin embargo, este enfado sólo nublabá temporalmente, sin amenguarlo, el sentimiento instintivo de adhesión, no a Ilia Illich personalmente, sino a todo lo que llevaba el nombre de Oblomov y que sólo por ello le era algo íntimo y querido.

Quizá este sentimiento estaba en contradicción con el concepto de Zajar sobre la persona de Oblomov; quizá el estudiar el carácter de su señor hubiese inspirado otras opiniones al criado; de seguro que si a Zajar le hubiesen explicado el grado de su cariño para Ilia Illich lo hubiera discutido.

Zajar amaba a Oblomov como el gato ama a su buhardilla, el caballo a su cuadra y el perro a su perrera en la que nació y se crió. Y en este amor a Oblomov había impresiones personales especiales.

Por ejemplo: quería más al cochero de Oblomovka que al cocinero; a la lechera Barbara más que a los dos primeros y a Ilia Illich menos que a todos ellos; pero no obstante, el cocinero de Oblo-

movka era para él superior a todos los cocineros del mundo, e Ilia Illich superior a todos los señores.

No podía sufrir a Taraska, el jefe de cocina, pero no lo hubiera cambiado por el mejor hombre del mundo, por la única razón de que Taraska era de Oblomovka.

Trataba a Oblomov con la misma familiaridad y grosería que un *chaman* a su ídolo; éste le quita el polvo, lo deja caer y alguna vez, enfadado, le da un golpe, pero, sin embargo, en el fondo de su alma subsiste siempre el reconocimiento de la superioridad del ídolo sobre él.

Bastaba el menor pretexto para hacer subir este sentimiento de las profundidades del alma de Zajar y que mirase a su señor con veneración y a veces hasta llorase enternecido. ¡Dios nos libre que al quien quisiese poner a otro señor no sólo más alto sino al nivel del suyo! ¡Que nadie intentase hacerlo!

A todos los señores y visitantes que iban a ver a Oblomov les miraba altivamente y les servía el te con cierta condescendencia, como dándoles a entender el honor que disfrutaban por estar en casa de su señor.

Les negaba la entrada con grosería:

—El señor está durmiendo—decía con altivez al visitante, mirándole de pies a cabeza.

A veces en las tiendas y en las reuniones del portal, en vez de calumniar y chismorrear, empezaba a ensalzar a Ilia Illich elevándolo a una altura

desmesurada, y su entusiasmo no tenía límites. Enumeraba las buenas cualidades de su señor: su inteligencia, afabilidad, generosidad y bondad; y si le faltaban cualidades para terminar el panegírico, las tomaba prestadas de otros señores y le atribuía distinción, riqueza y poder sin igual.

Si era necesario atemorizar al portero, al administrador de la casa o al mismísimo dueño, tenía siempre el mismo procedimiento.

—¡Espera, se lo diré al señor—decía amenazador—y ya verás!

Ni siquiera sospechaba que pudiera existir una autoridad superior.

Sin embargo, las relaciones externas entre Oblov y Zajar eran siempre algo hostiles. Viviendo juntos, se molestaban. El trato íntimo y diario entre dos hombres les cuesta siempre algo al uno y al otro; se necesita mucho trato social, mucha lógica y cariño para aprovechar las buenas cualidades y no reñir por los defectos mutuos.

Ilia Illich conocía una admirable cualidad de Zajar, su abnegación por él, y se había acostumbrado a ella considerando, lo mismo que el criado, que no podía ni debía ser de otra manera; y una vez hecho a esta idea, ya no apreciaba aquella cualidad y, en cambio, a pesar de toda su indiferencia, no podía tolerar con paciencia los innumerables pequeños defectos de Zajar.

Si Zajar, teniendo en el fondo del alma la adhesión a su señor propia de los criados antiguos, se diferenciaba de éstos por los defectos propios de

la época, del mismo modo Ilia Illich, apreciando en su fuero interno aquella abnegación, no sentía para su criado aquel afecto cariñoso que sentían por los suyos los antiguos señores. A veces reñía duramente a Zajar.

También éste estaba muy molesto con su señor. Después de haber servido en su juventud como lacayo en la casa señorial fué destinado a cuidar de Ilia Illich, y desde entonces se consideró como un objeto de lujo, un atributo aristocrático de la casa, destinado sólo a sostener el prestigio y resplandor de la familia y no como un ser necesario. Por esta razón, fuera de vestir al señorito por la mañana y desnudarle por la noche, no hacía absolutamente nada en el resto del día.

Perezoso por naturaleza, lo era aún más por su educación de lacayo. Se daba importancia entre la servidumbre; no descendía a preparar el *samovar* o barrer los suelos, dormitaba en la antesala o se iba a charlar al cuarto de servicio o a la cocina, o bien se quedaba delante de las puertas del patio con los brazos cruzados, mirando pensativo y soñoliento a su alrededor.

¡Y después de esta vida le habían echado sobre los hombros la obligación de cuidar de toda una casa!

¡Servir al señor, barrer, limpiar e ir a los recados! Con tanto quehacer, su alma se volvió sombría y su carácter grosero y áspero; por eso gruñía siempre que la voz del señor le obligaba a abandonar la estufa.

A pesar de su exterior taciturno y salvaje, Za-

jar tenía buen corazón. Le gustaban los niños y a menudo se le veía entretenido jugando en el patio con todo un tropel de chicos. Los reconciliaba, los animaba, jugaba con ellos o sencillamente se sentaba con uno en cada rodilla, mientras un tercero, más travieso, le apretaba el cuello y le tiraba de las patillas.

Así, pues, Oblomov no dejaba vivir a Zajar exigiendo de él servicios a cada minuto, mientras que el corazón, el carácter comunicativo, el amor a la ociosidad y la permanente y nunca satisfecha necesidad de mascar algo atraían a Zajar ya a la tertulia, ya a la cocina, ya a la tienda o al portal.

Se conocían mutuamente hacía muchísimo tiempo y hacía muchísimos años que vivían juntos. Zajar había llevado en brazos al pequeño Oblomov, y Oblomov se acordaba de los tiempos en que su ayo era un mozo diestro, voraz y astuto. La antigua unión entre los dos era indestructible. Así como Ilia Illich no podía levantarse, ni acostarse, ni peinarse, ni calzarse, ni comer sin ayuda de Zajar, del mismo modo éste no podía admitir otro señor que no fuese Ilia Illich, ni imaginar otra existencia en que no tuviese que vestirle, darle de comer, decirle groserías, engañarle y al mismo tiempo venerarlo en lo más íntimo de su ser.

VIII

Después de cerrar la puerta tras Tarantiev y Alexeiev cuando se marcharon, Zajar no se subió

a la estufa esperando que su señor le llamase en seguida, pues le había oído decir que tenía intención de ponerse a trabajar. Pero en el despacho de Oblomov reinaba un silencio sepulcral.

Zajar miró por la rendija de la puerta y vió que Ilia Illich estaba tendido en el sofá con la cabeza apoyada en la palma de la mano; ante él había un libro abierto. Zajar abrió la puerta.

—¿Cómo es que está usted de nuevo acostado?—preguntó.

—No me molestes. ¿No ves que estoy leyendo?—dijo bruscamente Oblomov.

—Ya es hora de levantarse y ponerse a escribir—dijo el importuno de Zajar.

—¡Sí, la verdad es que ya es hora!—respondió Ilia Illich volviendo en sí—. ¡En seguida voy! Vete.

—¡Qué diestro es!—gruñía Zajar subiendo a la estufa—. ¿Cómo había podido en tan poco tiempo tumbarse de nuevo?

Oblomov leyó la página, amarillenta por el tiempo, en la cual había interrumpido la lectura hacía un mes. Puso el libro en su sitio y bostezó, luego se sumió en la meditación de «sus dos desgracias».

—¡Qué aburrimiento!—murmuraba estirando y encogiendo los pies.

Sentía deseo de soñar; volvía los ojos hacia el cielo buscando el astro predilecto, pero éste estaba por el cenit y derramaba su luz deslumbradora sobre la fachada encalada de la casa, por detrás de la cual se ponía al anochecer.

—No, ante todo los asuntos—se dijo severamente—, y luego ya...

La mañana aldeana había terminado hacía ya tiempo y la de San Petersburgo estaba para terminar. Desde el patio llegaba hasta Ilia Illich un rumor confuso de voces y gritos; los cánticos de artistas vagabundos con el acompañamiento de ladridos de perros; también el pregón de los que enseñaban una fiera marina y los de los vendedores ambulantes anunciando a pleno pulmón sus mercancías.

Ilia Illich se echó boca arriba, puso las manos debajo de la cabeza y se dedicó a desarrollar el plan de reformas y explotación de su hacienda. Pasó rápidamente por algunos capítulos fundamentales sobre el pago de los siervos, el modo de labrar la tierra y la implantación de nuevas y severas medidas para combatir la pereza y holgazanería de los campesinos; y luego se dedicó a arreglar su propia vida en la aldea.

Se entretuvo en construir la casa, deteniéndose con placer en la distribución de las habitaciones; fijó el largo y ancho del comedor y de la sala de billar, reflexionó acerca de qué orientación debían tener las ventanas del despacho y pensó en los muebles y alfombras.

Luego se trazó el plano del ala aneja a la casa, calculando las visitas que recibiría, señaló el sitio para las cuadras, cobertizos, cabañas para la servidumbre y otras construcciones de servicio. Por último, se ocupó del jardín; decidió conservar to-

tos los tilos y robles y cortar los manzanos y perales, plantando, en vez de ellos, acacias; pensó también en hacer un parque; pero al calcular el presupuesto, lo encontró demasiado caro y lo dejó para más adelante. Se ocupó de los parterres e invernaderos.

En aquel momento tuvo la idea seductora de futura descendencia, y con tal viveza, que se vió de improviso en la aldea algunos años más tarde, cuando su propiedad estaba ya organizada y él vivió allí sin salir nunca.

Se imaginaba cómo estaría sentado en la terraza al anochecer de un día de verano bajo el frondoso follaje de los árboles, a través del cual no pasaban los rayos del sol, teniendo ante sí la mesita del te, aspirando perèzosamente el humo de su larga pipa, gozando, soñador, del paisaje que se veía más allá de los árboles, del fresco y del silencio; en la lejanía amarilleaban los campos, el sol se ponía por detrás de la alameda de abedules y ponía reflejos bermejos en el estanque, liso como un espejo; los campos exhalaban su perfume, hacía fresco, llegaba el crepúsculo y los aldeanos volvían en tropel a la casa.

La servidumbre, ociosa, se divertía a la entrada del patio; de allí llegaban voces alegres, cargadas y sonidos de balalaica y las doncellas jugaban a la gallina ciega. A su alrededor jugaban los niños, se le subían a las rodillas y se le colgaban del cuello; junto al *samovar* estaba sentada la reina de todo aquello, su diosa..., su mujer. ¡Su mujer!

Mientras tanto, en el comedor, amueblado con elegante sencillez, brillaban simpáticas lucecitas; estaban poniendo la mesa; Zajar, con patillas blancas, ascendido a mayordomo, ponía la cristalería, que tintineaba alegremente, y los cubiertos de plata, dejando caer a cada instante ya un vaso ya un tenedor. Toda la familia se sentaba a cenar suculentamente y entre ella estaba también el compañero de su infancia, su invariable amigo Stolz, y otras visitas conocidas; luego iban a acostarse...

Por toda la cara de Oblomov se extendió un rubor de felicidad; la ilusión era tan brillante, tan viva, tan práctica, que se volvió boca abajo escondiendo el rostro en la almohada.

Experimentó de pronto un vago deseo de amor, de tranquila felicidad, de ansia de ver los campos y colinas de su patria, la necesidad de tener su casa, sus mujer y sus hijos...

Después de posar unos cinco minutos en aquella postura, se volvió lentamente boca arriba. Su cara reflejaba dulce emoción: era feliz.

Estiró lentamente y con satisfacción sus piernas y los pantalones se le subieron algo arriba, pero no hizo caso de este pequeño desorden. Volaba libre y ligero por un lejano porvenir adonde servicialmente le llevaba la fantasía.

Se había apoderado de él su sueño favorito; pensaba en la reducida colonia de amigos que se instalarían en los pueblecillos y granjas de alrededor, en un radio de quince o veinte kilómetros, y en cómo se reunirían todos los días, ya en casa de uno,

ya en la de otro, para comer, cenar y bailar; se imaginaba días de sol, rostros serenos, sin preocupaciones ni arrugas, risueños, redondos, colorados, de doble barbilla e invariable apetito; habría un verano eterno, alegría dulce, comida y dulce pereza...

—¡Dios mío!—murmuró rebotando felicidad y volvió en sí.

Desde el patio llegó el vociferar de cinco voces:

—¡Patatas!... ¡Arena! ¡Quién quiere arena?... ¡Carbón! ¡Carbones!... ¡Piadosos señores, dad una limosna para construir una iglesia!

Desde la casa vecina, que estaba en obra, resonaban los golpes de hacha y los gritos de los obreros.

—¡Oh!—suspiró penosamente Ilia Illich hablando en voz alta—. ¡Qué vida ésta! ¡Qué ruido tan atroz el de la capital! ¡Cuándo llegará la deseada vida paradisíaca? ¡Cuándo viviré en los campos y bosques queridos? ¡Qué bien estaría ahora tumbado en la hierba al pie de un árbol, mirando al sol a través de las ramas y contando los pajarillos que se posasen en ellas! Me llevaría la comida o el almuerzo una doncella de mejillas coloradas, de brazos remangados redondos y suaves y de cuello curtido por el sol; la muy pícara bajaría la mirada sonriendo... ¡Cuándo, por fin, llegará esta felicidad?... ¡Y el proyecto? ¡Y el administrador? ¡Y la casa?—pasó rápidamente por su cabeza—. ¡Sí, sí!—dijo apresuradamente—. ¡Ahora, en seguida!

Oblomov se incorporó prontamente y se sentó en el sofá, luego bajó los pies al suelo, los metió

suavemente en las zapatillas y se quedó así; después se levantó por completo y permaneció de pie dos minutos.

—¡Zajar! ¡Zajar!—gritó mirando a la mesa y al tintero.

—¿Qué quiere?—se oyó en la antesala al mismo tiempo que el salto—. ¡No sé cómo puedo mover los pies!—añadió con ronco murmullo Zajar.

—¡Zajar!—repitió Ilia Illich pensativo y sin apartar la mirada de la mesa—. Oye, amigo...

Empezó indicando el tintero; pero sin acabar la frase se sumió de nuevo en meditaciones.

Alzó las manos, dobló las rodillas y se desperezó bostezando...

—Ayer quedó allí—dijo a intervalos y continuando estirándose—queso... y... dame el vino de Madera; la comida no estará tan pronto, almorzaré entre tanto...

—¿Dónde quedó?—contestó Zajar—. No quedó nada...

—¿Cómo que no?—le interrumpió Ilia Illich—. Me acuerdo muy bien; quedó un pedazo así...

—¡No, no lo hay! ¡No quedó nada!—repitió tericamente Zajar.

—¡Sí había!—insistió Ilia Illich.

—¡No había!—contestó Zajar.

—Entonces cómpralo.

—Haga el favor de darme dinero

—Allí hay suelto, cógelo.

—Aquí hay mas que un rublo cuarenta copecas y el queso cuesta un rublo sesenta.

—Había también calderilla.

—¡No la he visto!—dijo Zajar apoyándose ya en un pie, ya en el otro—. Había plata, que está aquí, pero calderilla no había.

—Había; ayer el buhonero me la dió a mí mismo.

—Se la dió delante de mí—dijo Zajar—y vi que le daba plata, pero no calderilla...

—¿La habrá cogido Tarantiev?—pensó con indecisión Iliá Illich—. Pero no, ése hubiera cogido también la plata. Entonces, ¿qué hay en la cocina?

—No hay nada. Preguntaré a Anisia si ha quedado jamón de ayer—dijo Zajar—. ¿Lo traigo?

—Trae lo que haya. ¿Pero cómo es que no hay queso?

—¡Pues que no lo hay!—dijo Zajar y se fué.

Iliá Illich se puso a pasear lentamente, meditando, por el despacho.

«¡Cuántas preocupaciones!—decía en voz baja—. Por ejemplo, el proyecto ¡cuánto trabajo me falta aún!... Pero había queso—añadió pensativo—. Se lo ha comido Zajar y ahora me dice que no lo había. ¿Y adónde habrán ido a parar las monedas de cobre?», dijo buscando con la mano en la mesa.

Un cuarto de hora después Zajar abrió la puerta empujando con la bandeja que traía en ambas manos, y entrando en la habitación quiso cerrar con el pie; pero calculó mal y dió el golpe en vano: se le cayeron la copa, la tapa del jarro y el panecillo.

—¡No andes más!—dijo Iliá Illich—. Recoge lo que has dejado caer. ¿Qué haces ahí mirándolo?

Zajar, con la bandeja en las manos, se agachó para recoger el panecillo; pero de pronto vió que tenía las dos manos ocupadas y no podía cogerlo.

—¡Anda, cógelo!—dijo burlonamente Ilia Illich—. ¿Qué te pasa?

—¡Oh, que revienten los malditos!—dijo Zajar dirigiéndose a los objetos caídos—. ¿Dónde se ha visto almorzar casi a la hora de comer?

Y poniendo la bandeja en la mesa recogió del suelo lo que había dejado caer; al coger el panecillo, lo sopló y lo dejó sobre la mesa.

Ilia Illich empezó a almorzar y Zajar se quedó a cierta distancia de él mirándole de soslayo y con intención de decirle algo.

Pero Oblomov almorzaba sin hacerle caso.

Zajar tosió unas dos veces.

Oblomov seguía comiendo.

—El administrador ha mandado que nos digan—dijo por fin con timidez—que ha llegado el contratista y quiere ver nuestro piso. Se trata de la obra...

Ilia Illich comía sin contestar nada.

—Ilia Illich—dijo Zajar aún con más timidez después de un silencio.

Ilia Illich hizo como que no lo oía.

—Dicen que nos tenemos que mudar la semana que viene—casi silbó Zajar.

Oblomov bebió una copa de vino y callaba.

—¿Qué hemos de hacer, Ilia Illich?—preguntó casi murmurando Zajar.

—Te he prohibido hablar conmigo de ese asun-

to—dijo severamente Ilia Illich, y levantándose se acercó a Zajar.

Este retrocedió.

—¡Eres un hombre venenoso!—dijo Oblomov.

Zajar se ofendió:

—¡Venenoso?—dijo—. ¡Por qué soy venenoso? No he matado a nadie.

—¡Cómo que no eres venenoso? ¡Me estás envenenando la vida!

—¡No soy venenoso!—repitió Zajar.

—¡Para qué me fastidias tanto con lo del piso?

—¡Y qué debo hacer?

—¡Y qué voy a hacer yo?

—¡No iba usted a escribir al dueño?

—Sí, le escribiré; espera, no se puede así, de improviso.

—Podría usted escribir ahora mismo.

—¡Ahora, ahora! Tengo otro asunto aún más importante. ¡Te figuras que es lo mismo que cortar leña? Mira—dijo Oblomov revolviendo con la pluma seca en el tintero—. ¡Ni siquiera hay tinta! ¡Cómo voy a escribir?

—Echaré un poquito *kvas*—dijo Zajar, y cogiendo el tintero se dirigió apresuradamente a la antesala en tanto que Oblomov buscaba el papel.

—¡A que tampoco hay papel?—decía revolviendo el cajón y tocando la mesa—. ¡Efectivamente, no lo hay! ¡Oh, este Zajar no me deja vivir! ¡Ves cómo eres un hombre venenoso?—preguntó a Zajar, que entraba—. No cuidas de nada. ¡Cómo puede ser que no haya papel en casa?

—¿Pero qué castigo es ése, Ilia Illich? Soy un cristiano para que me insulten diciendo que soy venenoso. ¡Venenoso! He nacido y me he criado en vida del antiguo señor y me solía regañar llamándome cachorro y me tiraba de las orejas, pero nunca le oí decir tal palabra; no le gustaban las invenciones. ¡Qué pecado! ¡Aquí está el papel!

Cogió de un estante media hoja de papel gris basto y se lo entregó a Oblomov.

—¿Crees que se puede escribir aquí?—preguntó Oblomov tirando el papel al suelo—. He tapado con él el vaso durante toda la noche para que no cayese en él algo... venenoso.

Zajar había vuelto la cara y miraba a la pared.

—Bueno, no hay más remedio; dámelo, escribíre el borrador y Alexeiev lo copiará en limpio.

Ilia Illich se sentó ante la mesa y escribió rápidamente: «Muy señor mío...»

—¡Qué tinta más mala!—exclamó—. ¡Otra vez ten cuidado, Zajar, y preocúpate de tu obligación!

Meditó un rato y continuó escribiendo:

«El cuarto el cual estoy ocupando en el segundo piso de la casa en *la cual* usted quiere hacer algunas obras se ajusta perfectamente a mi modo de vivir y a los hábitos adquiridos por mí durante mi larga residencia en dicha casa. Enterado por mi siervo Zajar Trofimov de que usted ha ordenado que me anuncien que el piso *que* ocupo...»

Oblomov se detuvo y leyó lo escrito.

—¡Está mal!—dijo—. Aquí hay dos veces «que» y al principio dos veces «cual».

Murmuró algo y cambió las palabras, de tal modo, que el cual se refería al piso y estaba mal. Lo arregló por fin y se puso a pensar cómo evitar el doble «que».

Escribía y borraba de nuevo una palabra: unas tres veces cambió el «que»; pero resultaba o algo absurdo o la proximidad de otro «que».

—¿Y no se puede suprimir este segundo «que»? —dijo con impaciencia—. ¡Qué los diablos se lleven la carta! ¡Romperme la cabeza por estas tonterías! He perdido la costumbre de escribir cartas oficiosas. ¡Y pronto serán ya las tres! ¡Zajar, tómala!

Rompió la carta en cuatro pedazos y los tiró al suelo.

—¿Has visto?

—He visto—contestó Zajar recogiendo los papeles.

—Y no me fastidies más con lo del piso. ¿Qué hay allí?

—Son las cuentas.

—¡Oh Señor! ¡Me estás matando! ¡Cuánto es? ¡Dímelo pronto!

—Al carnicero ochenta y seis rublos y cincuenta y cuatro copecas.

Ilia Illich juntó las manos.

—¿Te has vuelto loco? ¡Sólo al carnicero ese di-neral?

—¡No hemos pagado hace tres meses y es claro que sube mucho! ¡Aquí está apuntado todo, yo no robo!

—¿Ves como eres venenoso?—dijo Oblomov—.

Has gastado un capital en carne. ¡Cómo has podido comerte todo eso? ¡Si siquiera te luciese...!

—¡No me la he comido yo!—gruñó Zajar.

—¿No?

—¿Por qué me echa en cara lo que se gasta en comer? ¡Mire aquí!—y le metía las cuentas en la mano.

—¿A quién más se debe?—dijo Ilia Illich rechazando con enfado aquellos cuadernos grasientos.

—Hay que pagar ciento veintiún rublos diez y ocho copecas al panadero y al verdulero.

—¡Es para arruinarme! ¡No se ha visto cosa igual!—dijo Oblomov perdiendo la serenidad—. ¿Eres acaso una vaca para comer tanta verdura?...

—No. ¡Yo soy un hombre venenoso!—contestó amargamente Zajar volviéndose por completo de lado—. Si no recibiese con tanta frecuencia a Mijey Andreevich, no gastaría tanto—añadió.

—Bueno; entonces ¿cuánto es en total? Echa la cuenta—dijo Ilia Illich y se puso a contar.

—El diablo lo sabe. ¡Cada vez me resulta una cosa distinta!—dijo por fin—. ¿Cuánto te sale a ti? ¿Doscientos?

—¡Espere, deme tiempo!—contestó Zajar cerrando los ojos y gruñendo—. Ocho decenas y diez decenas son diez y ocho y dos decenas...

—¡Anda, no acabarás nunca!—exclamó Ilia Illich—. Te puedes ir y me lo dirás mañana. Ocupate de la tinta y el papel... ¡Qué dineral! Ya te he dicho que pagues poco a poco; ¡pero no! ¡Siempre has de dármelas todas a la vez!... ¡Qué gentuza!

—Son doscientos cinco rublos setenta y dos copecas—dijo Zajar acabando de echar la cuenta—. ¡Quiere darme el dinero?

—¿Cómo? ¡En seguida? ¡Vamos! Espera; mañana comprobaré...

—Por Dios, señor, que me piden que les pague...

—¡Basta! Déjame en paz. Te he dicho que mañana y mañana te lo daré. Vete ahora que me voy a poner a trabajar; me preocupan asuntos más importantes.

Ilia Illich se sentó en la silla encogiendo las piernas, y no había tenido tiempo de entregarse a sus reflexiones cuando en la antesala sonó la campanilla.

Entró un hombre bajito, vientre de desarrollo moderado, cara blanca, mejillas coloradas y calva cercada de espesos cabellos negros. Esta calva era redonda, limpia y tan brillante como si fuese tallada en marfil. El rostro de sonrisa discreta y expresión de modestia y oficiosidad parecía prestar cuidadosa atención a todo lo que miraba. Vestía un cómodo frac que con sólo tocarlo se abría ampliamente como las puertas del portal. La pechera, en armonía con la calva, deslumbraba por su blancura. En el índice de la mano derecha llevaba un gran anillo de oro macizo con una piedra oscura.

—¡Doctor! ¡Usted aquí?—exclamó Oblomov tendiendo una mano a la visita y apartando con la otra la silla.

—Estaba triste porque usted se encuentra bien

y no me llama. Por eso he venido yo mismo—contestó en broma el médico y luego añadió ya en serio—: He venido arriba a casa de su vecino y de camino he entrado a verle a usted.

—Muchas gracias. ¿Y qué tal el vecino?

—Mal; aun resistirá unas tres o cuatro semanas, tal vez hasta el otoño...; hidropesía del pecho, el final es ya sabido. ¿Y usted qué tal?

Oblomov sacudió melancólicamente la cabeza.

—Mal, doctor. Ya había pensado llamarle. ¡No sé qué hacer! El estómago casi no digiere, tengo como un peso aquí..., me molestan los ardores, y respiro con dificultad...—dijo Oblomov con gesto doliente.

—Deme la mano—dijo el médico.

Tomó el pulso cerrando un momento los ojos y luego preguntó:

—¿Tiene tos?

—Sí, sobre todo por la noche, después de cenar.

—¡Hum! ¿Palpitaciones? ¿Dolor de cabeza?

El médico hizo algunas preguntas más, luego inclinó la cabeza y se quedó reflexionando. Dos minutos después la levantó y dijo con decisión.

—¡Si usted continúa viviendo en este clima dos o tres años más y sigue acostado y comiendo cosas pesadas y grasientas, morirá de apoplejía!

Oblomov se agitó.

—¿Pues qué he de hacer? ¡Dígamelo, por amor de Dios!

—Tiene que hacer lo que los demás: ir al extranjero.

—¿Al extranjero?—repitió con asombro Oblomov.

—Sí; ¿qué pasa?

—¡Tenga piedad de mí, doctor! ¡Al extranjero!
¿Cómo puede ser?

—¿Y por qué no?

Oblomov, en silencio, se examinó a sí mismo, luego a su despacho y repitió automáticamente:

—¿Al extranjero?

—Sí, ¿qué se lo impide?

—¿Cómo qué? Todo...

—¿Qué es «todo»? ¿No tiene dinero?

—Sí, precisamente eso, no tengo dinero—dijo con viveza Oblomov alegrándose de haber encontrado un obstáculo tan natural detrás del cual podía esconderse por completo—. ¿Quiere ver lo que me escribe mi administrador? ¿Dónde está la carta? ¿Dónde la habrán metido? ¡Zajar!

—¡Está bien, está bien!—le interrumpió el médico—. No tengo nada que ver con eso; mi deber es sólo advertirle que tiene usted que cambiar de modo de vivir, de sitio, de aire y de ocupación; en fin, ¡de todo!

—¡Bueno, lo pensaré!—dijo Oblomov—. ¿Y adónde debo ir y qué debo hacer?—preguntó.

—Vaya a Kissingen o a Ems—empezó el médico—; allí pasará los meses de junio y julio y beberá las aguas; luego vaya a Suiza o al Tirol a seguir un tratamiento a base de uvas; allí pasará septiembre y octubre...

—¡Caracoles! ¡Al Tirol!—murmuró casi para sus adentros Oblomov.

—Luego iré a algún país de clima seco, por ejemplo, Egipto...

—¡Atiza!—pensó Oblomov.

—Procure eludir las preocupaciones y los disgustos...

—¡Eso es fácil de decir!—objetó Oblomov—. Usted no recibe del administrador cartas como ésta...

—Hay que evitar también el pensar—continuó diciendo el médico.

—¿Los pensamientos?

—Sí, toda clase de tensión mental.

—¿Y el plan de reorganización de mi propiedad? ¡Qué desgracia! ¿Acaso soy un tronco de pobo...?

—Haga lo que quiera; mi deber es advertirle. Tiene que evitar también las pasiones; éstas son muy perjudiciales. Hay que procurar distraerse, montar a caballo, bailar, dar paseos moderados al aire libre, sostener conversaciones agradables, sobre todo con señoras, para que el corazón lata ligeramente.

Oblomov escuchaba con la cabeza baja.

—¿Y luego?—preguntó.

—Luego Dios le libre de leer y escribir. Alquile una villa con ventanas al Mediodía. Muchas flores, música, mujeres...

—¿Y la comida?

—Evitar comer carne y en general comida animal; tampoco féculas ni gelatinas. Puede tomar caldos ligeros y verduras; pero tenga cuidado, aho-

ra hay cólera en todas partes y hay que prevenirse...; debe andar unas ocho horas al día. Cómprese una escopeta.

—¡Oh Señor!—gimió Oblomov.

—Por último—concluyó el médico—. Vaya a pasar el invierno a París y allí láncese al torbellino de la vida y diviértase sin preocuparse de nada; vaya al teatro, al baile, al baile de máscaras, al campo, a hacer visitas para que siempre tenga a su alrededor amigos, ruido, risas...

—¿Y tal vez haga falta algo más?—preguntó Oblomov con enfado mal disimulado.

El médico se quedó pensativo.

—Quizá le convendría el aire del mar; embárguese en Inglaterra y dese un paseíto hasta América...

Se levantó para despedirse.

—Si cumple todo el plan puntualmente...—dijo.

—Está bien, muy bien, seguramente que lo haré—contestó sarcásticamente Oblomov acompañándole.

El médico se marchó dejando a Oblomov en un estado lamentable; con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos, estaba hecho un ovillo, sentado en la silla, sin ver ni oír nada. A sus espaldas se oyó una voz tímida.

—¡Ilia Illich!

—¿Eh?—contestó.

—Entonces, ¿qué he de decirle al administrador?

—¿De qué?

—¡De la mudanza!

—¿Pero ya empiezas otra vez?—preguntó con asombro Oblomov.

—¿Pero qué voy a hacer, padre mío Iia Ilich? Piénselo: ya sin esto mi vida es amarga y estoy para acostarme en el ataúd...

—¡No! ¡Es a mí a quien quieres matar hablándome siempre de esa mudanza!—dijo Oblomov—. ¿Has oído lo que ha dicho el médico?

Zajar no supo qué contestar y lanzó un suspiro tan fuerte que en su pecho temblaron las puntas del pañuelo del cuello.

—¿Has decidido matarme?—preguntó de nuevo Oblomov—. Dime, por favor, ¿es que te estorbo?

—¡Dios le guarde! ¡Viva cuanto quiera! ¡Quién le desea la muerte?—gruñía Zajar completamente desconcertado por el giro trágico que empezaba a tomar el coloquio.

—¡Tú!—exclamó Iia Ilich—. Te he prohibido hablarme de la mudanza y no pasa día sin que me la recuerdes por lo menos cinco veces; es un verdadero trastorno para mí, compréndelo. Sin necesidad de eso, estoy ya bastante delicado.

—He pensado, señor, que... he pensado ¿por qué no nos hemos de mudar?—dijo Zajar con voz temblona que denunciaba una gran angustia.

—¿Por qué no nos mudamos? ¿Lo crees tan fácil?—dijo Oblomov volviendo la butaca hacia Zajar—. ¿Has examinado bien el problema de la mudanza? ¿Eh? ¿De seguro que no!

—Sí, es verdad; no lo he examinado—contestó

Zajar humildemente y dispuesto a aprobar todo lo que dijese el señor con tal de no llegar a escenas patéticas que le eran más amargas que los rábanos.

—Bueno, si no lo has examinado, escucha y analiza si podemos mudarnos o no. ¿Qué significa una mudanza? Significa que el señor tiene que irse de casa por todo el día y andar vestido desde por la mañana...

—¿Y por qué no se ha de ir de casa?—objetó Zajar—. ¿Por qué no marcharse por todo el día? No es bueno para la salud estar siempre encerrado. ¡Mire qué cara tiene! ¡Antes estaba usted como un pepinillo y ahora, desde que no sale de casa, mire cómo se ha vuelto! Podría pasearse por las calles, ver gente o cualquier otra cosa...

—¡No digas más tonterías y escucha—le interrumpió Oblomov—. ¡Pasearse por las calles!

—¡Sí, de veras!—continuó Zajar con más calor—. Dicen que han traído un monstruo maravilloso; podía usted ir a verlo. O, por ejemplo, al teatro, al baile de máscaras. Nosotros haríamos la mudanza sin usted.

—¡No digas tonterías! ¡Qué interés te tomas por la tranquilidad de tu señor! Según tú, tengo que vagar un día entero y no te importa dónde y cómo comeré y si podré dormir siesta. ¡Harían la mudanza sin mí! ¡Vamos! Si yo no cuidasè bien, no llegarían más que añicos. Yo sé—continuó Oblomov con convicción creciente—lo que quiere decir la mudanza. Quiere decir demolición y alboroto; to-

dos los objetos amontonados en el suelo; maleta y respaldo de sofá, cuadros y pipas, libros y frascos que nunca se les veía y ahora aparecen sin que ni el diablo sepa de dónde salen. Es necesario cuidar para que no pierdan o rompan todo...; la mitad está aquí y la otra en el carro o en la nueva casa; uno quiere fumar, coge la pipa y, ¡adiós!, el tabaco ya se lo han llevado... Quiere sentarse y no hay dónde; apenas toca un objeto, ya se ha manchado; todo está cubierto de polvo; no hay con qué lavarse y hay que andar con unas manos tan limpias como las tuyas...

—Tengo las manos limpias—objetó Zajar enseñando dos suelas en vez de manos.

—Bueno, mejor es que no me las enseñes—dijo Ilia Illich volviendo la cara al otro lado—. Quiere uno beber—continuó—, ¡coge el jarro y no hay vaso!...

—Se puede beber por el jarro—dijo Zajar con aire bonachón.

—Sí, eso es lo que sucede siempre en esta casa: ¡se puede no barrer, no quitar el polvo, no sacudir las alfombras! Y la nueva casa—continuó Ilia Illich seducido por el cuadro que la mudanza ofrecía a su imaginación—no estará arreglada en tres días ni habrá orden ninguno: en el suelo estarán los cuadros apoyados en la pared, en la cama, chanclos y zapatos revueltos con el te y la pomada... Aquí han roto una pata de la butaca, allí el cristal de un cuadro o han manchado el sofá. Pide uno algo y no lo hay, o nadie sabe dónde está, si

se ha perdido o lo han dejado olvidado en la otra casa; hay que volver corriendo allí...

—A veces habrá que correr y volver más de diez veces—interrumpió Zajar.

—¡Ya ves!—continuó Oblomov—. ¡Y qué fastidio al levantarse por la mañana en el nuevo piso! No hay agua ni carbón, y en el invierno se muere uno de frío y no hay leña; hay que pedírsela a los vecinos...

—¡Y sabe Dios qué vecinos habrá!—objetó de nuevo Zajar—. ¡Los hay que no dan no ya un haz de leña, sino ni un cazo de agua!

—¡Eso es!—dijo Ilia Illich—. Se muda uno y parece que al llegar la noche se acaba el jaleo, pero ¡quia! ¡Durante dos semanas habrá aún que zarandearse! Parece que está ya todo en orden, pero no, siempre queda algo que hacer: colgar las cortinas, clavar los cuadros...; ¡cuántas torturas! Así no gusta vivir... ¡Y los gastos?...

—La vez pasada, hace ocho años, nos costó doscientos rublos; me acuerdo como si fuese hoy—afirmó Zajar.

—¡Ya ves que no es poco!—exclamó Ilia Illich—. ¡Y qué extrañeza da vivir al principio en la casa nueva! ¡Cuándo me acostumbraría? ¡Lo menos en cinco noches no podría dormir en el nuevo sitio! Me roerá la melancolía al levantarme y ver que enfrente, en vez de la muestra del tornero habrá alguna otra cosa y que no está la ventana a la que antes de la hora de comer se asoma la vieja de pelo cortado... ¡Ves ahora cuántas molestias

causas a tu señor?—preguntó con tono de reproche Iliá Illich.

—Veo—murmuró Zajar humildemente.

—Entonces, ¿por qué me propones que nos mudemos? ¿Crees que hay fuerzas humanas capaces de resistir todo eso?

—He pensado que «otros», que no son de peor condición que nosotros, se mudan y por eso podríamos también...

—¿Qué? ¿Qué?—preguntó de repente con asombro Iliá Illich levantándose de la butaca—. ¿Qué has dicho?

Zajar se turbó de pronto sin comprender con qué había podido dar pretexto a tan patético gesto y exclamación de su señor y guardó silencio.

—¡Los «otros» no son peores!—repitió horrorizado Iliá Illich—. ¿Es así como me hablas? ¡Ahora me entero de que soy para ti igual que cualquier «otro»!

Oblomov saludó irónicamente a Zajar y adoptó aire de sumamente ofendido.

—¡Por compasión, Iliá Illich! ¿Acaso le pongo al nivel de alguien?...

—¡Fuera de mi vista!—dijo imperiosamente Oblomov indicando la puerta con la mano—. ¡No puedo verte! ¡Ah! ¡«Otros»! ¡Muy bien!

Zajar se marchó suspirando profundamente.

—¡Caramba, qué vida!—gruñía sentándose en su cama.

—¡Dios mío!—gemía al mismo tiempo Oblomov—. ¡Quería dedicar la mañana a trabajar y me

han trastornado por completo! ¡Y para todo el día! ¡Y quién? Mi propio criado abnegado y fiel. ¡Lo que ha dicho! ¡Cómo podría decirlo!

Durante un largo rato, Oblomov no pudo tranquilizarse: se acostaba, se levantaba, paseaba por la habitación y volvía a acostarse. En la comparación que había hecho Zajar, rebajándolo al nivel de «otros», creía ver una violación de sus derechos a la exclusiva preferencia de Zajar por la persona de su señor entre todos y cada uno.

Analizaba profundamente esta comparación tratando de determinar quiénes eran los «otros» y quién era él mismo; hasta qué grado era admisible el paralelo y qué gravedad tenía la ofensa que le hiciera Zajar, y si Zajar le había insultado dándose cuenta, es decir, si estaba persuadido de que él, Ilia Illich, era igual que cualquier «otro» o si sólo eran palabras que habían salido de su boca sin que la cabeza las pensase. Oblomov se sintió atacado en su amor propio y decidió demostrar a Zajar la diferencia que había entre él y los demás a los que Zajar llamaba «otros» y hacerle sentir toda la ruindad de su acción.

—¡Zajar!—llamó solemne y lentamente.

Zajar, al oír esta llamada no saltó, según su costumbre, de la estufa, golpeando con los pies en el suelo, sino que bajó lentamente y fué despacio, enganchándose y tropezando en todo, como el perro que siente, en el tono de la voz de su amo, que han descubierto algún desaguisado y lo llaman para castigarle.

Zajar abrió la mitad de la puerta, pero no se atrevió a pasar.

—¡Adelante!—dijo Ilia Illich.

Aunque la puerta se abría libremente, Zajar la abrió de tal modo como si fuese imposible pasar, y en vez de entrar, quedó allí como atascado.

Oblomov estaba sentado en el borde de la cama.

—¡Ven aquí!—dijo insistiendo.

Zajar salió con dificultad de entre la puerta, pero en seguida la cerró tras sí y apretó la espalda contra ella.

—¡Aquí!—dijo Ilia Illich señalando un sitio al lado suyo.

Zajar dió un medio paso y se quedó a dos toesas del punto indicado.

—¡Más!—dijo Oblomov.

Zajar fingió dar un paso, pero en realidad no hizo mas que balancear el cuerpo y dar un golpe con el pie y se quedó en el mismo sitio.

Ilia Illich, viendo esta vez que no lograría hacer acercarse a Zajar, le dejó donde estaba y durante un rato le miró en silencio.

Zajar, sintiéndose a disgusto por aquella muda contemplación de su persona, fingía no ver al señor y se ponía más que nunca de costado sin ni siquiera mirar de soslayo a Ilia Illich.

Miraba fijamente al otro lado, a la izquierda; allí vió algo que le era hacía tiempo conocido: la orla de telaraña alrededor de los cuadros y una araña, testigo vivo de su negligencia.

—¡Zajar!—pronunció despacio y con dignidad Ilia Illich.

Zajar no contestó. Parecía que pensaba: «¿Qué quieres? ¿Es que hay otro Zajar? ¡Si estoy aquí!» Y evitando mirar al señor, pasó la mirada de izquierda a derecha; allí, el espejo, como cubierto de tarlatana por el espeso polvo, le recordó también su persona: a través del polvo le miraba oblicuamente, como a través de la niebla, su propia faz sombría y fea.

Apartó con disgusto la mirada de aquel objeto triste y demasiado conocido y se decidió a posarla un instante en Ilia Illich. Las miradas de ambos se cruzaron.

Zajar no pudo resistir la repulsa que había en los ojos del señor y bajó los suyos al suelo; también aquí, en la alfombra, llena de polvo y manchada, vió el diploma de su celo por el servicio.

—¡Zajar!—repitió expresivamente Ilia Illich.

—¿Qué desea?—murmuró con voz apenas perceptible Zajar y se estremeció presintiendo el discurso patético.

—¡Dame *kvas!*—dijo Ilia Illich.

Zajar experimentó un gran alivio; alegre como un chico, se precipitó hacia el aparador y trajo el *hvas*.

—¿Y qué? ¿Qué tal estás?—preguntó con sencillez Ilia Illich después de haber bebido el vaso y conservándolo en la mano—. ¿Te encuentras bien?

La expresión salvaje de Zajar se suavizó en el acto por un rasgo de arrepentimiento que brilló en

sus facciones. Sintió las primeras señales de que despertaba en su alma su veneración por el señor y de repente empezó a mirarle directamente a los ojos.

—¿Comprendes tu delito?—preguntó Ilia Illich.

«¿Qué «delito» será éste?—pensaba Zajar con amargura—. Será algo *lastimero*; aunque no quiera, me voy a echar a llorar como empiece a reprenderme de ese modo.»

—Ilia Illich—dijo Zajar empezando con la nota más baja de su voz—, no he dicho nada... que...

—No, espera—le interrumpió Oblomov—. Dime si comprendes lo que has hecho. Toma el vaso, ponlo sobre la mesa y contéstame.

Zajar no contestó nada y no comprendía en absoluto qué es lo que había hecho; pero no obstante, miró con veneración a su señor y hasta bajó algo la cabeza reconociendo su culpa.

—¿Y dices que no eres un hombre venenoso?—dijo Oblomov.

Zajar callaba siempre; únicamente parpadeó tres veces.

—¿Tú has afligido al señor!—dijo lentamente Ilia Illich mirando fijamente a Zajar y gozándose en su turbación.

Zajar, angustiado, no sabía dónde meterse.

—¿Le has afligido?

—Sí, le he afligido—murmuró Zajar completamente aturdido por esta nueva palabra *lastimera*.

Miró a derecha y a izquierda y ante sí buscando la salvación en algo, y de nuevo pasaron ante él

la telaraña, el polvo, su propia imagen y la cara del señor.

Sentía que parpadeaba cada vez más y que iba a romper a llorar. Por fin contestó al señor con la canción conocida, sólo que en prosa.

—¿«Con qué le he afligido», Ilia Illich?—dijo casi llorando.

—¿Con qué?—repitió Oblomov—. ¿Has pensado lo que quiere decir «otro»?

Se calló y continuó mirando a Zajar.

—¿Quieres que te diga lo que es?

Zajar se revolvió como un oso en su cueva y suspiró ruidosamente.

—El «otro» de que has hablado es un pobre diablo, un hombre grosero e ignorante, que vive lleno de suciedad y miseria en una buhardilla; no le importa dormir sobre un fieltro en un patio cualquiera. ¿Qué le puede ocurrir? Nada. Devora patatas y arenques. La miseria le persigue de un rincón a otro y trota por todas partes días enteros. Quizá ése se mude de piso. Mira, Liagaev, por ejemplo, cogerá su regla debajo del brazo, atará dos camisas en un pañuelo y se pondrá en camino... «¿Adónde vas?» «Me mudo de casa», dice. Ese sí que es «otro», y yo, según tu opinión, ¿también lo soy?

Zajar miró al señor, cambió de pie y calló.

—¿Quién es «otro»?—continuó Oblomov—. El «otro» es un hombre que se limpia él mismo las botas y se viste él mismo; aunque a veces tenga aspecto de señor, ¡mentira!, ni siquiera sabe lo que

es un criado; no tiene a quien mandar a buscar algo, va él mismo; él mismo atiza la leña en la estufa, a veces, quita el polvo...

—Hay muchos como esos entre los alemanes— dijo lúgubrementes Zajar.

—¡Eso es! ¡Y yo? ¡Crees que yo soy un «otro»?

—¡Usted es completamente otro!—dijo Zajar no pudiendo comprender lo que quería decir el señor—. Dios sabe qué es lo que se ha imaginado usted...

—Yo soy completamente otro, ¿eh? ¡Espera, mira lo que estás diciendo! Mira cómo vive el «otro»: el «otro» trabaja sin descanso, se precipita, se zarranda—continuó Oblomov—, no come. El «otro» saluda inclinándose, el «otro» pide, se humilla... ¡Y yo? dime: ¿crees que el «otro» es como yo? ¡Eh?

—¡Deje, padre mío, de torturarme con palabras lastimeras!—suplicó Zajar—. ¡Oh Dios mío!

—¡Soy yo el «otro»? ¡Acaso me apresuro? ¡Acaso trabajo? ¡Como poco? ¡Soy flaco y tengo aspecto miserable? ¡Me falta algo? Creo que tengo quien me sirva y haga todo. ¡Desde que nací, gracias a Dios no me he puesto yo mismo las medias ni una sola vez. ¡Voy yo a molestarme? ¡Para qué? ¡Y a quién se lo estoy diciendo? ¡No eres tú el que ha cuidado de mí desde mi infancia? Tú lo sabes; has visto que he recibido una educación delicada, que nunca he padecido hambre ni frío, no he conocido la miseria, no he tenido que ganar mi pan ni me he ocupado en trabajos manuales. ¡Cómo entonces has tenido valor para ponerme al nivel

de los «otros»? ¿Tengo acaso la misma salud que esos «otros»? ¿Puedo hacer y resistir lo que ellos?

Zajar perdió por completo la capacidad de entender el discurso de Oblomov, pero sus labios se hincharon de emoción; la escena patética retumbaba como un trueno por encima de su cabeza. Callaba.

—¡Zajar!—repitió Ilia Illich.

—¿Qué desea?—dijo con voz ronca e imperceptible Zajar.

—Dame más *kvas*.

Zajar le sirvió el *kvas*, y cuando Ilia Illich, después de haberlo bebido, le devolvió el vaso, se dirigió rápidamente hacia la puerta para marcharse.

—¡No, no; espera!—le detuvo Oblomov—. Te pregunto cómo has podido mortificar de ese modo a tu señor, al que desde niño llevaste en los brazos, al que hace un siglo que estás sirviendo y el que es tu bienhechor.

Zajar no resistió más: ¡la palabra «bienhechor» le mató! Se puso a parpadear con más rapidez. Cuanto menos comprendía del discurso de Ilia Illich tanto más triste se poría su alma.

—Perdóneme, Ilia Illich—empezó a decir arrepentido—; es por estupidez mía, de veras, por estupidez...

Y no comprendiendo qué era lo que había hecho, no sabía qué palabras emplear al final de la frase.

—Y yo—continuó Ilia Illich, con acento de hombre mortificado y no apreciado según su mérito—, yo me preocupo día y noche, me esfuerzo, alguna

vez me arde la cabeza, me late el corazón, no duermo por las noches, doy vueltas de un lado y del otro, siempre pensando lo que se debe hacer... ¿y en bien de quién? ¿Para quién? ¡Todo por vosotros, por los campesinos, es decir, también por ti! ¿Quizá te creas al ver que me tapo la cabeza con la manta que estoy tumbado y durmiendo como un tronco? No, yo no duermo, sino que pienso siempre, pienso cómo he de hacer para que los campesinos no padezcan miseria, para que no tengan envidia de los campesinos ajenos, para que no se quejen de mí al Señor el día del Juicio final, sino que recen por mi alma y conserven buena memoria de mí. ¡Ingratos!—terminó amargamente Oblomov.

Zajar quedó definitivamente conmovido por estas últimas palabras *lastimeras*. Empezó a sollozar poco a poco y su ronquido y estertor se unieron esta vez en una sola nota imposible de reproducir en ningún instrumento musical; tal vez en algún gongom chino o en un tantán de la India.

—¡Padre mío Ilia Illich!—suplicó—. ¡Basta ya! ¡Dios le guarde, las cosas que dice! ¡Virgen Santísima! ¡Madre de Dios! ¡Qué desgracia nos ha ocurrido tan inesperada... de repente!...

—¡Y tú—continuó sin escucharle Oblomov—, a ti debiera haberte dado vergüenza decirlo! ¡Qué serpiente he criado en mi seno!

—¡Serpiente!—exclamó Zajar juntando las manos.

Y prorrumpió en un llanto tal que parecía que

dos docenas de escarabajos habían entrado volando y zumbando en la habitación.

—¿Cuándo he hablado yo de serpiente?—decía entre sollozos—. ¡Ni siquiera en sueños vea a la maldita!

Ambos dejaron de comprenderse uno al otro y por fin cada uno a sí mismo.

—¿Cómo has podido hablar así?—prosiguió Ilia Illich—. ¡Yo, que en mi proyecto te destinaba una casa aparte, huerta, grano y sueldo! Te nombraba mi administrador, mayordomo y encargado de negocios. Todos los campesinos te saludarían inclinandose hasta el suelo: ¡Zajar Trofimovich! ¡Zajar Trofimovich! ¡Y tú aun no estás contento y me has ascendido a «otro»! ¡Buena recompensa! ¡Qué bien honras a tu señor!

Zajar seguía sollozando e Ilia Illich estaba también conmovido. Reprendiendo a Zajar tuvo conciencia en aquel momento de los favores que hacía a sus campesinos y concluyó las últimas frases con lágrimas en los ojos.

—Bueno, ahora vete con Dios—dijo a Zajar en tono reconciliador—. ¡Espera, dame más *kvas*! Tengo la garganta seca; debías haberlo adivinado; ¿no notas que el señor está ronco? ¡Qué has hecho conmigo? Creo que te habrás dado cuenta de tu delito—dijo Ilia Illich cuando Zajar le trajo el *kvas*—y que en adelante no intentarás comparar a tu señor con los demás. Para expiar tu culpa, procura ponerte al habla con el dueño de la casa para vencerle de que no tengamos que mudarnos de

aquí. ¡Qué mal cuidas de la tranquilidad de tu señor! Me has trastornado por completo cerrando el paso a alguna nueva idea fructífera. ¿Y en perjuicio de quién? De ti mismo; me he consagrado por completo a vosotros y por vosotros presenté la dimisión y me he encerrado aquí. ¡Que Dios te perdone! ¡Ya son las tres! Hasta la hora de comer sólo quedan dos horas; ¿qué se puede hacer en tan poco tiempo? Nada. Y tengo la mar de trabajo. No hay más remedio que dejar la carta para el correo siguiente y el proyecto lo redactaré mañana. Ahora me echaré un ratito. ¡Estoy tan cansado! Corre las cortinas y cierra bien la puerta para que no me estorben; a ver si consigo dormir un poco; despiértame a las cuatro y media.

Zajar empezó a empaquetar a su señor en el despacho: primero lo cubrió con la manta tapándole bien, luego corrió las cortinas, cerró bien todas las puertas y se fué a su cuarto.

—¡Así perezcas, demonio!—gruñía secándose las lágrimas y subiendo a la estufa—. ¡Qué brujo! ¡Una casa separada, huerta, sueldo!—decía Zajar, que sólo había comprendido estas últimas palabras—. Eres listo para decir palabras *lastimeras*; me corta el corazón como con un cuchillo... ¡He aquí mi casa y mi huerta y aquí estiraré las piernas!—decía golpeando con rabia su lecho—. ¡Sueldo! ¡Si no recogiera las monedas de cobre que quedan sobre las mesas no tendría con qué comprar tabaco y convidar a la comadre! ¡Así revientes!... ¡Por qué no me moriré?

Ilia Illich se acostó boca arriba, pero no logró dormirse en seguida. Meditaba agitándose...

«Dos desgracias a la vez—decía envolviéndose la cabeza con la manta—. ¡Cualquiera resiste!» Pero en realidad, estas dos *desgracias* ya no preocupaban a Oblomov y habían pasado al montón de los recuerdos desagradables.

«Aún están lejos las desgracias que me anuncia el administrador—pensó—; aun pueden cambiar las cosas; quizá las lluvias mejoren los sembrados, puede que el administrador consiga cobrar los atrasos o que los campesinos fugitivos vuelvan a sus domicilios.

»¿Y adónde se habrán ido los campesinos?—pensaba examinando el asunto desde un punto de vista menos personal—. Tal vez se hayan ido de noche, bajo la lluvia y sin pan. ¿Dónde dormirán? ¿En el bosque? ¿Por qué no se habrán quedado en sus casas? En la cabaña, aunque huelga mal, por lo menos se está caliente... ¿Y por qué apurarse? ¡Pronto habré terminado mi proyecto! ¿Para qué preocuparme por anticipado? Bueno; yo...»

La idea de la mudanza le preocupaba algo más. Era *una desgracia* más reciente, pero el deseo de tranquilidad de Oblomov hacía que la colocase también en la categoría de antiguo. Aunque de un modo vago, se daba cuenta de la inminencia de una mudanza, sobre todo por haberle hablado de ello Tarantiev; pero mentalmente retrasaba una semana aquel alarmante suceso y así ganaba una semana de paz.

«Quizá Zajar consiga arreglarlo todo y no sea necesario mudarse; *tal vez* les convenza y consientan en dejar la obra para el verano del año que viene o renuncien a hacerla; ¡ya lo arreglarán *de algún modo!* ¡Realmente, no es posible... mudarse!»

Alternativamente se agitaba y se tranquilizaba hasta que, al fin, en las palabras *tal vez, pueda ser y de algún modo*, encontró ahora, como encontraba siempre, un refugio lleno de esperanzas y consuelos en el que consiguió refugiarse.

Empezaba ya a sentir correr por sus miembros un ligero y agradable sopor que comenzaba a nublar sus sentidos del mismo modo que el primer soplo de brisa riza suavemente la superficie de las aguas; un minuto más y la conciencia hubiera volado Dios sabe adónde; pero de pronto Ilia Illich volvió en sí y abrió los ojos.

«¡Pero si no me he lavado! ¿Cómo puede ser? ¡Si no he hecho nada!—murmuró—. Quería haber desarrollado mi proyecto y no lo he hecho; no he escrito al comisario; tampoco al gobernador; he empezado a escribir al propietario de la casa, pero no he concluído; no he comprobado las cuentas y no he dado dinero para pagar; ¡así, pues, he perdido toda la mañana!»

Se quedó meditando...

«¿Por qué seré así? ¿Y el «otro» lo hubiera hecho todo?» Se sumió en comparaciones entre él y el «otro». Pensando, se formó una idea del «otro» completamente contraria a la descripción que le había hecho a Zajar.

Tuvo que reconocer que el «otro» hubiera escrito todas las cartas, sin tropezar ni una sola vez en *el cual* y el *que*; que el «otro» se hubiera mudado ya de casa y acabado el proyecto y se habría ido a la aldea...

«También yo podría...—pensaba—; me parece que sé escribir; ¡antaño escribía cosas bastante más complicadas que una carta! ¡Adónde ha ido todo? ¡Y acaso la mudanza es tan difícil? ¡Basta querer! El «otro» nunca lleva *jalat*—fué completando el cuadro en el «otro»—; el «otro»...—aquí bostezó— casi nunca duerme..., goza de la vida, visita a todos, ve todo, todo le interesa... Y yo... ¡yo no soy «otro»!, dijo ya con cierta melancolía y se sumió en profunda meditación. Hasta sacó la cabeza de debajo de la manta.

Llegó uno de los momentos más lúcidos y conscientes en la vida de Oblomov.

¡Qué espanto se apoderó de él cuando de pronto surgió en su alma viva y clara el concepto del destino y la misión del hombre y cuando estableció un paralelo entre esa misión y su propia vida; cuando en su cerebro se despertaron una tras otra varias cuestiones agitándose en desorden y asustadas como pájaros que despertasen en unas ruinas soñolientas por la aparición de un repentino rayo de sol!

Sintió tristeza y pena por su torpeza, por el estancamiento de su fuerza moral, por su lentitud y abandono que le estorbaba para todo; sintió envidia de los que vivían una vida amplia y completa,

en tanto que en el estrecho sendero de su vida parecía haber una maciza piedra, colocada allí para impedir el paso. Se dió cuenta de que en su alma había muchas cuerdas que no habían vibrado nunca, otras que apenas había tocado y que ninguna se había agitado intensamente.

Y al mismo tiempo sentía con dolor que en el fondo de su ser, enterrado como en una tumba, había un germen de luz y bondad que acaso estuviera ya muerto, que permanecía allí como el oro en las entrañas de la tierra y que ya era tiempo de que aquel oro se transformase en moneda corriente.

Pero el tesoro estaba profundamente enterrado bajo pesados escombros. Parecía como si alguien hubiese enterrado en su propia alma los tesoros que le fueran otorgados por el mundo y la vida. Algo le había impedido salir al campo de la vida y volar desplegando las alas de su inteligencia y su voluntad. Un oculto enemigo había puesto sobre él su mano pesada ya al principio del camino y lo había separado de su destino...

Le parecía ya imposible salir de la espesura del bosque y volver a encontrar la vereda. El bosque que rodeaba su alma era cada vez más espeso y sombrío; el camino era cada vez más largo; la lucidez venía a él cada vez más raramente y sólo por un instante conseguía despertar a las fuerzas dormidas. El pensamiento y la voluntad se habían paralizado hacía tiempo y al parecer irremediabilmente. Los sucesos de su vida tenían cada vez menos importancia y disminuyeron hasta tener di-

mensiones microscópicas, pero ni aun a éstos podía dominar; no iba de uno a otro, sino que se dejaba balancear por ellos como si fuesen olas; no tenía fuerza para oponer su voluntad a uno y seguir al otro con el pensamiento.

Al hacerse a sí mismo esta confesión, sintió gran amargura. El pesar estéril por el pasado y los remordimientos de conciencia le herían como espinas y con todas sus fuerzas procuraba arrojar de sí la carga de aquellos remordimientos, encontrar al culpable contra quien dirigirlos... Pero ¿contra quién?

«¡Es... Zajar!», murmuró.

Se acordó de los detalles de la escena con Zajar y su cara se encendió en un incendio de vergüenza.

«¿Qué pensaría alguien que le hubiese oído? —pensó turbándose por esta idea—. ¡Gracias a Dios, Zajar no sabrá contárselo a nadie! Además, nadie le creería. ¡Gracias a Dios!»

Suspiraba, se maldecía, se volvía de un lado y de otro, buscaba al culpable y no le encontraba. Sus suspiros y lamentos llegaron hasta los oídos de Zajar.

«¡Cómo le hincha el *kvas!*», gruñó éste con enfado.

«¿Por qué seré así?—se preguntó Oblomov casi llorando y escondiendo de nuevo la cabeza bajo la manta—. ¿Por qué?»

Después de haber buscado inútilmente la causa hostil que le impedía vivir como se debía, como vivían los «otros», suspiró, cerró los ojos y algunos minutos más tarde el sueño empezó poco a poco a encadenar sus sentidos.

«Yo también... quisiera...—dijo parpadeando pesadamente—algo semejante... Acaso la Naturaleza no haya sido pródiga conmigo... No, gracias a Dios no puedo quejarme...»

«A esto siguió un suspiro tranquilizador. Pasaba de la agitación a su estado normal de serenidad y apatía.

«¡Se ve que ése es mi sino! ¿Qué le voy a hacer?», murmuraba casi dominado por el sueño.

«Unos dos mil menos de renta...—dijo de pronto y como soñando en alta voz—. En seguida, ahora, espera...», y medio volvió en sí.

«Sin embargo... sería curioso saber... por qué... soy así...», dijo de nuevo murmurando.

Los párpados se le cerraron por completo.

«Sí, ¿por qué?... De seguro... esto... será por...», se esforzaba para hablar, pero no lo logró.

De este modo, no encontró la causa; la lengua y los labios se quedaron inmóviles a mitad de la palabra, se oyó un suspiro más y a éste siguió un roncar acompasado. propio del hombre que duerme un sueño pacífico y profundo.

El sueño detuvo el lento y perezoso curso de las ideas y en un abrir y cerrar de ojos transportó a Oblomov a otra época, entre otra gente, a otro sitio, donde le seguiremos también.

IX

El sueño de Oblomov.

¿Dónde estamos? ¿A qué bendito rincón del mundo nos ha transportado el sueño de Oblomov? ¡Qué país tan hermoso!

Verdad es que no hay mar, ni montañas altas, ni rocas, ni abismos, ni bosques; no hay nada grandioso, salvaje ni sombrío. ¿Y para qué lo salvaje y lo grandioso!

El mar, por ejemplo, ¿para qué? Sólo tristeza causa al hombre; al contemplarlo se sienten deseos de llorar. El corazón se siente pequeño ante aquella inmensa extensión de agua, y la mirada, cansada por la monotonía de aquel cuadro infinito, no tiene dónde descansar.

El bramar y estruendo de las olas no acaricia al oído delicado; repiten siempre la misma canción desde la creación del universo, la canción de tema triste y no adivinado; y siempre se oye en esta canción el mismo gemido, los mismos lamentos de monstruo condenado a suplicio y unas voces agudas y siniestras. Los pájaros no cantan alrededor; sólo las gaviotas se agitan silenciosas y tristes como condenadas en la orilla a volar por encima del agua.

El rugido de la fiera queda apagado ante estos lamentos de la Naturaleza; la voz del hombre queda también anulada y él mismo es tan pequeño y

débil que desaparece, hasta hacerse imperceptible, en los detalles menudos del grandioso espectáculo. Por esto quizá da tanta tristeza mirar al mar.

No; ¿para qué el mar? Tampoco su silencio e inmovilidad hacen surgir en el alma la sensación de delicia; en el estremecimiento imperceptible de la masa de agua el hombre ve siempre la misma fuerza inmensa, aunque dormida, que a veces se burla amargamente de su orgullosa voluntad y destruye sus audaces proyectos, sus esfuerzos y sus trabajos.

Tampoco las montañas y los abismos están creados para agrandar al hombre; son amenazadores y espantosos como las garras y dientes de una fiera que se dirigiese contra él; nos recuerdan demasiado vivamente nuestra inconstancia y nos hacen temblar y temer por nuestra vida.

El cielo, allá arriba, tendido por encima de las crestas y los abismos, parece tan lejano e inaccesible como si hubiese abandonado a los hombres.

No es así el pacífico rinconcito donde de improviso se encontró nuestro héroe.

El cielo allí parece que se acerca más a la tierra, pero no para lanzar sus flechas sobre ella, sino para abrazarla más estrecha y amorosamente; se extiende tan cerca por encima de las cabezas, como el techado paterno, para proteger contra todas las desgracias al rinconcito elegido.

El sol alumbra allí luminoso y caliente durante la mitad del año y luego se aleja, pero no de repente, sino de mala gana, como volviéndose atrás para

echar al país predilecto dos o tres miradas más y regalarle en las lluvias del otoño con algún día caliente y hermoso.

Las montañas parecen ser modelos reducidos de aquellas espantosas que se elevan para horrorizar la imaginación. Las de aquí constituyen una serie de colinas de suave pendiente por la que da gusto bajar resbalando sobre la espalda ó sentarse arriba para contemplar la puesta del sol.

El río corre alegremente jugando y loqueando; ya se extiende como en un amplio estanque, ya se precipita angosto y rápido, ya se tranquiliza como si soñase, y se arrastra lentamente sobre el lecho de piedras formando a los lados arroyuelos orgullosos cuyo murmullo hace soñar dulcemente.

En quince o veinte kilómetros alrededor de aquel rinconcito todo es una sucesión de paisajes alegres y pintorescos: las orillas del limpio río, arenosas y de pendiente suave, la maleza que baja de las colinas hacia el agua, el curvo barranco por el fondo del cual corre un arroyo y el bosquecillo de abedules, todo parece hecho y pintado de mano maestra.

El corazón atormentado por las emociones desea esconderse en este rincón, olvidado de todos y vivir allí una vida de felicidad.

Todo allí le promete tranquila y larga vida, hasta que sus cabellos sean amarillos, y una muerte dulce e insensible.

Las estaciones del año se suceden allí de un modo sereno y regular.

Al anunciar el calendario el mes de marzo, em-

pezará la primavera, correrán sucios los arroyos de las colinas, se deshelerá la tierra, exhalando emanaciones tibias; el aldeano se quitará la anguarina, saldrá al aire libre en mangas de camisa, y protegiendo los ojos con la mano, contemplará durante un buen rato el sol, encogiendo con delicia los hombros; luego tirará del carro voleado, cogiendo ya un timón, ya el otro, o preparándose para las labores de siempre examinará y dará una patada al arado, que, ocioso, está tirado bajo el alero.

En la primavera ya no vienen las repentinas borrascas que cubren de nieve los campos y quiebran los árboles.

El invierno, como una hermosa fría e inaccesible, no cede por completo hasta la llegada de la estación calurosa; pero ya no bromea con deshielos inesperados ni atormenta con fríos extraordinarios; todo sigue el orden corriente prescrito por la Naturaleza.

En noviembre empiezan la nieve y el frío, el cual aumenta de tal modo hasta el día de la Epifanía que el campesino que sale por un instante de su cabaña vuelve infaliblemente con las barbas llenas de escarcha; y en el mes de febrero, el olfato fino siente ya en el aire el suave sople de la cercana primavera.

Pero el verano, sobre todo el verano, es encantador en este país. En él es donde hay que buscar allí el aire fresco y seco impregnado, no de aromas de limones y laureles, sino de olor a pinos, a ajenojo y a cerezo silvestre; entonces es cuando apare-

een los días luminosos, los rayos de sol algo cálidos, pero no abrasadores, y un cielo sereno durante tres meses.

Cuando empiezan los días tranquilos, duran tres o cuatro semanas; el anochecer es tibio y la noche sofocante. Las estrellas parpadean en el cielo como con cariño.

Cuando llueve en el verano, ¡oh qué lluvia tan benéfica! Las gotas de agua se precipitan audaces y abundantes, saltan alegres como las gruesas lágrimas de un hombre regocijado, y apenas acaba la lluvia, el Sol, con plácida y amorosa sonrisa, contempla y seca los campos y colinas, y de nuevo toda la región sonríe de felicidad contestando al Sol.

El campesino acoge con júbilo la lluvia de verano: «La lluvia moja y el sol seca», dice exponiendo a la tibia lluvia su cara, hombros y espaldas.

Allí las tormentas no son temibles; siempre ocurren en la misma época, sin olvidar casi nunca el día de San Elías, como para mantener entre el pueblo la conocida leyenda. El número y la intensidad de los truenos parece ser igual todos los años, como si el Estado despachase anualmente una cierta cantidad de electricidad para toda la región.

Allí no se ven ni se oye hablar de violentos temporales destructores. Nunca ha leído uno en los periódicos que haya ocurrido nada de esto en aquel rinconcito bendito por Dios. Y nunca se hubiera escrito nada ni nadie hubiera oído hablar de este país si no fuese porque en él la aldeana Ma-

rina Kulkova, viuda de ventiocho años, dió a luz cuatro niños a la vez, fenómeno que era imposible callar.

El Señor no castigó nunca a este país con ninguna epidemia. Ninguno de los habitantes recordaba haber visto alguna de esas espantables manifestaciones de la Naturaleza: ni globos de fuego ni tinieblas repentinas; no hay allí reptiles venenosos ni aparece nunca la langosta; no rugen allí los leones ni los tigres; ni siquiera hay lobos ni osos, porque no hay bosques. Por los campos y por la aldea vagan profusamente las vacas rumiando, balan ovejas, cloquean las gallinas. Sabe Dios si un poeta o un soñador se hubieran contentado con este pacífico rincón. A estos señores les gusta contemplar la Luna y escuchar los trinos del ruiseñor. Adoran a la Luna coqueta cuando, engalanada con nubes amarillentas, se desliza misteriosamente por detrás de las ramas de los árboles o derrama haces de rayos plateados en los ojos de sus adoradores.

Y en este país nadie conocía a esa Luna. Esta miraba con aire bonachón, abriendo los ojos, las aldeas y los campos y se parecía mucho a una sartén de cobre bien limpia.

En vano el poeta la hubiera mirado con ojos extáticos; ella le miraría con la misma sencillez que una belleza rústica, de cara redonda, mira contestando a las apasionadas y elocuentes miradas de un galán ciudadano.

Tampoco se podía oír a los ruiseñores, quizá

porque allí no había frondosos refugios; pero en cambio, ¡qué profusión de codornices! En verano, al recoger el centeno, los chicos las cogían con la mano.

Y que nadie crea que las codornices eran allí un artículo de lujo gastronómico; no, no habían llegado a tal corrupción las costumbres de los habitantes de aquel país; la codorniz era un pájaro no castigado por el código de leyes para comer. Allí acariciaban el oído con su canto; por eso, casi en todas las casas, debajo del techado, había colgada una jaula con una codorniz.

Tampoco hubieran quedado satisfechos el poeta y el soñador con la vista general de aquellos lugares modestos y poco ingeniosos. No hubieran logrado ver allí un anochecer por el estilo de los suizos o los escoceses, cuando toda la Naturaleza —bosques, agua, paredes de cabañas y colinas arenosas— parece arder con una luz purpúrea, y cuando en aquel fondo purpurino se destaca cor-tante una cabalgata de hombres que marcha por el sinuoso camino arenoso acompañando a una *lady* en su paseo a ruinas melancólicas y regresan apresurados al castillo donde les espera la narración, por el abuelo, de algún episodio de la guerra de las Dos Rosas, un asado de cabra para cenar y alguna balada cantada por una *miss*, con acompañamiento de laúd, cuadros todos de que tan espléndidamente ha poblado nuestra imaginación la pluma de Walter Scott.

No, nada de esto había en este país.

¡Qué silencio, qué somnolencia reinaban en los tres o cuatro pueblecitos que formaban este rinconcito! Situados a corta distancia uno de otro, parecían haber sido arrojados al azar por una mano gigante y se habían esparcido cayendo en varios puntos en los que se quedaron para siempre.

En la pendiente del barranco había una cabaña, que estaba allí desde tiempo inmemorial, una mitad de la cual colgaba en el aire apoyada en tres postes. Tres o cuatro generaciones habían vivido allí tranquilas y felices.

Parecía que a una gallina le habría dado miedo entrar allí y, sin embargo, allí vivía, con su mujer, Onisim Suslov, hombre robusto que no podía ponerse en pie en su vivienda.

No todos hubieran sabido entrar en la cabaña de Onisim; haría falta que el visitante le suplicase que «se ponga con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia él».

La entrada estaba en la parte suspendida por encima del barranco, y para poner el pie en ella era preciso agarrarse con una mano a la hierba y con la otra al techado, y luego dar un paso.

Otra cabaña se había quedado pegada a la pendiente como un nido de golondrina; más allá había tres juntas y otras dos estaban en el mismo fondo del barranco.

El pueblo es silencioso y soñoliento; las puertas de las cabañas están abiertas de par en par; no se ve ni un alma y sólo las moseas, formando nubes, vuelan zumbando en el aire sofocante.

Hubiera sido inútil llamar al entrar en una cabaña; un silencio sepulcral hubiera sido la contestación; sería rara la cabaña en la que alguna vieja contestara con un gemido enfermizo o con una tos sorda, o apareciera un niño de tres años, descalzo y de pelo largo, que miraría fijamente y en silencio al visitante y luego se escondería de nuevo tímidamente.

El mismo profundo silencio y la misma paz reinaban en los campos; sólo aquí y allí, sobre la negra tierra labrada, se agita un labrador, abrasado por el sol, que sudando empuja el arado. También en las costumbres de los habitantes de esta región reina una tranquilidad incommovible. Allí no hay robos, ni asesinatos ni sucesos espantosos; no se agitan por pasiones violentas y por empresas audaces.

¿Y qué pasiones o empresas podrían agitarles?

Vivían alejados de otros hombres y todos ellos se conocían. Las aldeas vecinas y la ciudad quedaban a veinticinco o treinta kilómetros. En ciertas épocas, los aldeanos llevaban el grano al embarcadero del Volga más próximo, y algunos de ellos, una vez al año, iban a la feria; y a esto se reducía el contacto con el resto de la humanidad.

Sus intereses estaban en ellos mismos sin entrelazarse ni estar en contacto con los de nadie.

Sabían que a unos ochenta kilómetros del pueblo estaba «la provincia», es decir, la capital de la provincia, pero eran pocos los que iban allá; luego sabían que más lejos estaban Mijuy y Saratov;

habían oído que había un Moscú y un Piter (1), y que más allá de éste vivían los franceses o alemanes y todavía más allá suponían, como los antiguos, que se extendía un mundo misterioso, países desconocidos poblados de monstruos, de hombres de dos cabezas, de gigantes; a éste mundo seguían las tinieblas y, por fin, todo acababa en el pez que sobre sí sostenía la Tierra.

Como este rinconcito era casi inaccesible, no recibían noticias más recientes de lo que pasaba en el mundo; los carreteros, que comerciaban con vajilla de madera, vivían a unos veinte kilómetros de distancia y no sabían más. Ni siquiera podían comparar su modo de vivir con el de otro; así, pues, no sabían si vivían bien o mal, si eran ricos o pobres o si podían desear algo más.

Estas gentes felices vivían creyendo que no se puede ni se debe vivir de otro modo, persuadidos de que todos los demás vivían como ellos y de que sería un pecado vivir de otra manera.

Ni aun siquiera hubieran creído al que les dijera que hay quien labra, siembra, recoge y vende de modo distinto. ¿Qué pasiones y emociones podían agitarlos? Tenían, como los demás, preocupaciones y debilidades, la obligación de pagar los impuestos, pereza y sueño; pero nada de esto les costaba caro ni encendía su sangre. En los últimos cinco años no había muerto, ni aun de muerte natural, ninguno de los varios centenares de vecinos.

(1) Corrupción de San Petersburgo.

Y cuando alguno descansaba en paz, de vejez o a consecuencia de alguna antigua enfermedad, los vecinos, durante largo tiempo, no volvían en sí del asombro que les causaba este hecho extraordinario.

En cambio, no extrañaron que el herrero Tarás por poco se asfixiase en la choza del baño, habiendo sido menester echarle agua para que volviese en sí.

En cuanto a crímenes y delitos sólo era frecuente el robo de guisantes, zanahorias y nabos; también una vez desaparecieron dos lechoncillos y una gallina, hecho que indignó a toda la vecindad y que fué atribuído unánimemente a los que conducían un tren de carros que pasara por allí la víspera llevando a la feria vajilla de madera. Fuera de esto, los delitos eran muy raros.

Es verdad que un día encontraron en las afueras del pueblo, en el foso de al lado del puente, un hombre que por lo visto era un regazado de la cuadrilla de obreros que pasara por allí camino de la ciudad.

Los primeros que lo vieron fueron los chicos y vinieron al pueblo corriendo y horrorizados, trayendo la noticia de que en el foso había un duende o una serpiente espantosa y añadiendo que les había perseguido y por poco había devorado a Kuzka.

Los campesinos más valientes se armaron de horcas y hachas y se dirigieron en tropel al foso—¿Adónde vais?—les decían los ancianos—.

¿Acaso tenéis el cuello robusto? ¿Qué queréis? Dejadlo, nadie os obliga a ir.

Pero ellos se encaminaron hacia allá, y a unas cincuenta toesas de distancia del foso empezaron a dar voces llamando al monstruo; no tuvieron contestación; se pararon y luego avanzaron otra vez.

En el foso estaba un hombre con la cabeza apoyada en la pendiente; al lado de él había un saco y un bastón del que colgaban dos pares de calzado de liber.

Los campesinos no se atrevían a acercarse ni a tocarle.

—¡Eh, tú, hermano!—gritaban al mismo tiempo que se frotaban la nuca o la espalda—. ¿Cómo te llamas? ¡Eh! ¿Qué te pasa?

El transeúnte hizo un movimiento como para levantar la cabeza, pero no pudo; por lo visto estaba enfermo o muy cansado.

Uno de los campesinos se decidió a tocarle con la horquilla.

—¡No le toques!—le gritaron los otros—. ¿Quién sabe cómo es? Ves, no dice nada; quizá sea uno de esos... ¡Jóvenes, no le toquéis!

—¡Vámonos!—dijeron algunos—. ¡A fe mía, vámonos! ¿Es acaso pariente nuestro? ¡Nos traerá desgracia!

Y todos se volvieron al pueblo contando a los ancianos que en el foso había un forastero que no hablaba y Dios sabe lo que hacía allí...

—¿Forastero? ¡No le toquéis!—decían los ancianos sentados en los bancos de tierra y con los co-

dos apoyados en las rodillas—. ¡Dejadlo allí! ¡Y no debíais haber ido!

Así era el rinconcito donde el sueño había transportado a Oblomov.

De los tres o cuatro pueblecitos allí esparcidos, uno de ellos se llamaba Sosnóvka, y otro Vavílovka y estaban uno de otro a un kilómetro de distancia.

Sosnóvka y Vavílovka eran propiedad hereditaria de la familia Oblomov y por eso se les conocía generalmente por Oblomovka.

En Sosnóvka estaba la casa señorial; a unos cinco kilómetros estaba el pueblo de Verjlevo, antaño perteneciente a los Oblomov, pero que hacía tiempo que había pasado a otras manos, así como algunas cabañas aisladas agregadas a este último pueblo.

Verjlevo pertenecía ahora a un rico propietario que nunca aparecía por su hacienda, regentada por un gerente alemán.

He aquí toda la geografía de este rinconcito.

Ilia Illich se despertó por la mañana en su camita. Tenía sólo siete años. Estaba alegre y contento. ¡Qué hermoso, coloradito y gordito era! Sus carrillos estaban tan llenos, que aunque un muchacho travieso inflase los suyos no lograría igualarlos. La niñera estaba esperando el despertar y empezó a ponerle las medias; él, moviendo los pies, no se dejaba; la niñera se los atrapaba y ambos se reían.

Por fin consiguió levantarlo, le lavó la carita, le peinó y lo llevó a saludar a su madre.

Oblomov al percibir, aún en sueños, a su madre hacía tiempo muerta, se estremeció de alegría y de amor por ella; por debajo de los párpados asomaron lentamente y quedaron detenidas dos lágrimas ardientes.

La madre le cubrió de besos apasionados y luego le examinó con ojos vigilantes para ver si tenía la mirada despejada; le preguntó si le dolía algo, interrogó a la niñera para saber si el niño había dormido bien, si se había despertado durante la noche, si había tenido el sueño agitado y si no había tenido fiebre. Luego le cogió de la mano y lo llevó ante los iconos.

Allí, poniéndose de rodillas y teniendo abrazado al niño con un brazo, le susurraba al oído las palabras de una oración.

El niño las repetía distraído, mirando por la ventana, por la que entraba el fresco de la mañana y el perfume de las lilas.

—Mamaíta, ¿vamos a ir hoy de paseo?—preguntó de repente en medio de la oración.

—Iremos, corazón mío—contestó ella de prisa, sin apartar los ojos del icono y apresurándose a terminar las santas palabras.

El niño las repetía sin hacer caso, pero la madre ponía en ellas toda su alma.

Luego fueron a saludar a su padre y después a tomar el te.

Al lado de la mesa del te vió Oblomov a una tía lejana suya, de ochenta años, que vivía con ellos y que sin cesar reprendía a «su chica», que

con la cabeza temblona por la vejez le servía permaneciendo en pie detrás de la silla. Allí estaban tres señoritas, ya entradas en años, parientes lejanas de su padre; un cuñado de su madre, algo loco; el propietario Chekmenev, que poseía siete *almas de siervo* y estaba de visita, y algunos viejos y viejas. Toda esta corte de casa de Oblomov acogió a Iliá Illich colmándole de caricias y alabanzas; el niño no tenía tiempo de secar las huellas de tantos besos no solicitados.

Después empezaron a rellenarlo de pan, bizcochos y natillas.

Luego su madre, dándole algunos besos más, le permitió ir a dar un paseo por el jardín, el patio y la pradera, con orden a la niñera de que no perdiese al niño de vista, no le dejase acercarse a los caballos, a los perros y al macho cabrío, ni se alejase mucho de la casa, y sobre todo que no le dejase aproximarse al barranco, que era el lugar más espantoso y tenía mala fama.

Un día encontraron allí un perro que fué desde luego calificado de rabioso sólo porque había echado a correr al verse perseguido por la gente armada de horquillas y hachas y había desaparecido detrás de la colina; al barranco tiraban toda clase de inmundicias y suponían que allí había bandidos, lobos y otras alimañas que no existían en aquella región ni en el resto del mundo.

El niño, sin esperar a que su madre terminase sus advertencias, hacía ya tiempo que se había ido al patio.

Con asombro y alegría, como si fuese la primera vez, contempló y dió una vuelta alrededor de la casa paterna, de portal torcido, techado de madera, hundido en el centro y en el que crecía un musgo verde y suave, entrada movediza, varios pabellones y construcciones posteriores y jardín abandonado.

Sentía un inmenso deseo de subir a la galería volada que rodeaba toda la casa para desde allí mirar el río; pero la galería estaba ruinosa, apenas se sostenía y sólo podía pasar por ella la «gente», pero no los «señores».

Sin hacer caso de la prohibición de su madre, se dirigía ya hacia la escalera cuando la niñera apareció en la entrada y, aunque con dificultad, consiguió atraparlo.

Huyó de ella hacia el henil con intención de subir por la escalera de mano, y apenas la niñera acudió allí, fué ya necesario desbaratar el proyecto de subir al palomar, luego el de penetrar en el corral, y por último, ¡Dios nos libre!, ir al barranco.

—¡Oh Señor, qué niño! ¡Cuándo te quedarás quieto?—dijo la niñera.

Los días y las noches se le pasaban a la niñera en un continuo ir y venir; ya intranquila, ya alegre, ya asustada de que el niño se cayese y se rompiese la nariz, ya enternecida al contemplar la inocente carita infantil, ya vagamente angustiada por el porvenir; sólo estas emociones hacían latir su corazón y aceleraban el curso de la sangre de

aquella vieja, sosteniendo su vida soñolienta que, sin ellas, quizá se hubiera apagado hacía tiempo.

Pero el niño no siempre estaba inquieto.

A veces se quedaba tranquilo de improviso, sentándose al lado de la niñera y mirando fijamente a todo. Su espíritu infantil observaba todo lo que pasaba ante sus ojos, dejándose penetrar profundamente por las impresiones que recibía y que luego crecían y maduraban con él.

La mañana era hermosísima, el aire fresco y el sol aun no estaban alto. La casa, los árboles, el palomar y la galería proyectaban sombras alargadas. En el jardín y en el patio había rincones frescos que convidaban al sueño y a la meditación. Sólo allá a lo lejos parecían arder los campos de centeno, y el río, iluminado por el Sol, brillaba con tal resplandor que hería la vista.

—Dime, chacha, ¿por qué está aquí obscuro y allí hay luz? ¿Habrá luego aquí luz?—preguntó el niño.

—Hijo mío, es porque el Sol va al encuentro de la Luna y no la ve; por eso se enfurruña, y cuando la vea desde lejos, volverá a sonreír.

El niño se quedó pensativo mirando a su alrededor; vió que Antip iba a buscar agua y que al lado de él, en el suelo, caminaba otro Antip diez veces mayor que el verdadero y que la cuba de agua parecía del tamaño de la casa y la sombra del caballo se extendía por toda la pradera. La sombra sólo anduvo dos pasos y, de repente, se escapó detrás de la colina en tanto que Antijs aun no había tenido tiempo de salir del patio.

El niño dió también dos pasos; con uno más desaparecería detrás de la colina. Quería correr allí para ver dónde se había metido el caballo. Se lanzó hacia la puerta, pero en la ventana sonó la voz de su madre.

—¡Ama! ¿No ves que el niño está al sol? Llévalo a la sombra, porque con el sol le dolerá la cabeza, tendrá náuseas y no podrá comer. Además se puede escapar al barranco.

—¡Oh qué travieso!—gruñó en voz baja la niñera llevándole hacia la entrada.

El niño observaba con mirada aguda e inteligente lo que hacían los mayores y en qué empleaban la mañana.

Ni la cosa más pequeña ni el menor detalle escapaban a la atención del pequeño; el cuadro de la vida doméstica se grababa de un modo indeleble en su alma; su tierno espíritu se impregnaba de ejemplos vivos y se moldeaba para la vida futura copiando la que le rodeaba.

No se puede decir que en la casa de Oblomov se perdiese inútilmente la mañana. El golpear de los cuchillos que picaban la carne y la verdura llegaba desde la cocina hasta el pueblo.

En el cuarto de la servidumbre se oía el ruido del huso y una aguda y apagada voz de aldeana; era difícil saber si estaba llorando o improvisaba una canción triste y sin palabras.

En el patio, apenas Antip volvió con la cuba, aparecieron por todas partes mujeres y cocheros llevando jarros, cubos y artesas. Luego pasó, del

almacén a la cocina, una vieja llevando una fuente con harina y un montón de huevos; allá, el cocinero tiró de improviso el agua por la ventana y mojó a *Arapka*, que durante toda la mañana no separaba los ojos de la ventana, moviendo amistosamente el rabo y relamiéndose.

Tampoco el viejo Oblomov estaba ocioso. Toda la mañana estuvo sentado a la ventana observando lo que pasaba en el patio.

—¡Eh, Ignat! ¿Qué llevas ahí, tonto?—preguntó a un hombre que pasaba por el patio.

—Llevo a afilar los cuchillos a la cocina—contestó sin mirar al señor.

—Bien, llévalos y afílalos bien, ¡cuidado!

Luego detuvo a una mujer.

—¡Eh, mujer! ¿Adónde has ido?

—A la cueva, padre mío—contestó parándose, y protegiendo los ojos del sol con la mano miró a la ventana—. Traigo leche para la mesa.

—Bueno, puedes irte—dijo el señor—, y ten cuidado de que no se derrame. Y tú, Zajarka, ¿adónde vas, pillete?—gritó después—. ¡Ya te enseñaré a correr! Es la tercera vez que pasas. ¡Anda, vuélvete a la antesala!

Y Zajarka se fué de nuevo a dormitar en la antesala.

Cuando las vacas volvían del campo, el viejo era el primero que cuidaba que les diesen de beber; si observaba por la ventana que el perro perseguía a alguna gallina, tomaba en seguida serias medidas contra tal desorden.

También su mujer estaba muy ocupada. Durante tres horas había estado deliberando con Averka, el sastre de la casa, sobre el modo de hacer una chaquetita para Illucha de una blusa de su marido, dibujando ella misma con cal y cuidando de que Averka no robase paño; luego había ido al cuarto de las doncellas encargando a cada una los encajes que tenían que hacer en el día; después invitaba a Anastasia Ivanovna o a Estepanida Agapovna o a otra mujer de su séquito a dar un paseo por el jardín para mirar cómo maduraban las manzanas y si habían caído las que estaban ya maduras la víspera, para injertar una rama o cortar otra, etc.

Pero la mayor preocupación era la cocina y la comida.

Este asunto lo discutían todos juntos. También la tía lejana estaba invitada a tomar parte en esta junta general. Cada uno proponía su plato: uno, sopa con menudillos de ave; otro, fideos o tripas; uno prefería la salsa roja y otro la salsa blanca.

Tomaban en consideración todas las opiniones y las discutían detalladamente, y luego la señora las admitía o las rechazaba definitivamente.

Enviaban de continuo a la cocina a Anastasia Petrovna o a Estepanida Ivanovna para recordar algo, añadir una cosa, cambiar otra, llevar la miel, el azúcar y el vino para la comida y cuidar de que el cocinero emplease todo lo que le daban. El cuidado de la comida era en Oblomovka el primero y más importante de todos.

¡Qué terneras cebaban allí para las fiestas! ¡Qué aves criaban! ¡Cuántos cuidados y trabajos dedicaban a ello! Los pavos y los pollos destinados para los días de santos estaban cebados con nueces; a los patos, para que no se moviesen y se cubriesen de grasa, los privaban de movimiento colgándolos inmóviles en sacos desde unos días antes de la fiesta.

¡Cuántas reservas de almíbares, mermeladas, legumbres en vinagre y galletas! ¡Qué hidromieles, qué *kvas* preparaban, qué pasteles hacían en Oblo-movka! Y de este modo, durante toda la mañana, hasta las doce, todos se movían, afanaban y preocupaban, todos vivían una vida de hormigas!

Tampoco los días de fiesta descansaban estas hormigas tan laboriosas; entonces, el golpear de los cuchillos en la cocina sonaba con más fuerza y más de prisa, y el ama de llaves hacía unos cuantos viajes del almacén a la cocina llevando doble cantidad de huevos y harina que los demás días. En el gallinero había más lamentos y matanza.

Hacían un pastel gigantesco del que los señores aun comían al día siguiente.

Al tercero o cuarto día llegaban los restos del pastel al cuarto de las doncellas.

El pastel duraba hasta el viernes, día en que el último pedazo, ya duro y sin relleno, lo recibía, en señal de especial favor, Antip, el cual persig-nándose deshacía crujendo aquella curiosa petri-ficación, gozando más bien de la conciencia de que aquél era un pastel señorial que del pastel mismo,

del mismo modo que un arqueólogo bebe con delicia un vino malo en un vaso de una vajilla milenaria.

El niño miraba y observaba todo con su alma infantil que no dejaba pasar nada. Veía que después de la mañana, que transcurría entre preocupaciones útiles, llegaba el mediodía y la comida.

El mediodía era abrasador; en el cielo no había ni una nube, y el sol, situado encima de la cabeza, quemaba la hierba. El aire había dejado de correr y estaba encalmado. No se movían ni las hojas de los árboles ni la superficie del agua. Sobre la aldea y los campos se extendía un sereno silencio, todo parecía desierto. La voz resonaba lejana como en el vacío. Se oía a veinte toesas el vuelo y el zumbido del escarabajo y en la hierba parecía que roncaba alguien que se había tumbado y dormía allí un sueño profundo.

También en la casa reinaba un silencio sepulcral. Había llegado la hora de la siesta. El niño veía que sus padres, la tía vieja y toda la escolta se habían ido cada uno a su rincón; y el que no lo tenía, se iba al henil o al jardín, otro buscaba el fresco del portal y alguno, tapándose la cara con el pañuelo para que no le molestasen las moscas, se quedaba dormido allí donde le vencían el calor y la comida succulenta.

El jardinero se tendía en el jardín debajo de un arbusto y el cochero dormía en la cuadra.

Ilia Illich echó una mirada al cuarto de la servidumbre; allí todos se habían tumbado en los ban-

cos, en el suelo y en el portal, abandonando los chicos a sí mismos; éstos se arrastraban en el patio jugando en la arena.

Los perros se habían escondido en las perreras, ya que no había nadie a quien ladrar.

Se podía atravesar toda la casa sin encontrar un alma viva; hubiera sido fácil robar todo y llevárselo en carros; nadie lo hubiera impedido. Pero en este país no había ladrones.

Era un sueño invencible, verdadera imagen de la muerte, que abrazaba a todos.

Todo estaba muerto y sólo en los rincones se escuchaban ronquidos de tonos diferentes; de cuando en cuando, alguno levantaba la cabeza, miraba con asombro y con cara de inconsciencia alrededor de sí y se volvía del otro lado. O bien, sin abrir los ojos, escupía medio dormido, moviendo los labios o gruñendo entre sus barbas y se dormía de nuevo.

Otro saltaba de repente de su lecho como temiendo perder un tiempo precioso, cogía el jarro con *kvass*, soplabas las moscas que en él nadaban para alejarlas al otro borde, y éstas, hasta entonces inmóviles, empezaban a moverse intensamente, con la esperanza de mejorar de situación; luego se refrescaba la garganta y caía de nuevo en la cama como muerto.

El niño observaba siempre.

Después de la comida, salía también con la niñera a tomar el aire; pero ésta, a pesar de las severas órdenes de la señora y de los esfuerzos de su propia voluntad, tampoco podía resistir la seduc-

ción del sueño. También ella se contagiaba de aquella epidemia que se extendía sobre Oblomovka.

Al principio vigilaba al niño y no le dejaba alejarse, reprendiéndole severamente; luego, sintiendo los síntomas del contagio, empezaba a rogarle que no saliese del patio ni molestase al macho cabrío ni subiese al palomar o a la galería.

Se sentaba a la sombra, en el umbral de la puerta o sencillamente en la hierba, al parecer a hacer calceta y vigilar al niño, pero no tardaba en prenderle perezosamente y dando cabezadas.

—¡Ay, se subirá de seguro a la galería este gorrion!—pensaba casi dormida—. Tal vez se vaya... al barranco...

Al llegar aquí, la cabeza de la vieja se bajaba hacia las rodillas, la calceta se le caía de las manos, perdía de vista al niño y, abriendo la boca, dejaba escapar un ligero ronquido.

Y el chico esperaba impaciente este feliz momento en el que podía hacer vida independiente.

Le parecía estar solo en todo el mundo; huía de la niñera en la punta de los pies, examinaba a todos los que dormían, se paraba contemplando fijamente al que se despabilaba, cómo volvía en sí, cómo escupía o gruñía en sueños, y luego, con el corazón latiendo subía a la galería, corría por las tablas que crujían, subía al palomar, penetraba en la espesura del jardín, escuchaba el zumbido del escarabajo y seguía con la vista su vuelo por el aire; escuchaba los chirridos que se oían en la hierba; buscaba y cazaba a aquellos turbadores del si-

lencio; cogía una libélula, le arrancaba las alas y miraba lo que hacía o bien la atravesaba con una brizna de paja y contemplaba cómo volaba con aquel suplemento; conteniendo la respiración, observaba con regocijo a la araña que chupaba la sangre de una mosca en tanto que la pobre víctima se debatía y zumbaba inútilmente. El niño terminaba la lucha matando a la víctima y al verdugo.

Luego se escondía en el foso, buscaba algunas raíces, las descortezaba y se las comía gustoso, prefiriéndolas a las manzanas y dulces que le daba su madre.

También se escapaba del patio; hubiera querido ir hasta el bosquecillo de abedules que parecía estar tan cerca y al que hubiera llegado en cinco minutos, no yendo por el camino que daba un rodeo, sino directamente, atravesando el foso, las cercas y las zanjas; pero tenía miedo; le habían dicho que allí había duendes, bandidos y fieras espantosas.

Quería también ir al barranco, que sólo estaba a cincuenta toesas del jardín. Se acercó al borde y cerró los ojos; quiso lanzar una mirada como si fuese al cráter de un volcán...; pero de repente surgieron ante él todos los rumores y leyendas que corrían acerca del barranco; se llenó de espanto y, asustado, volvió corriendo hacia atrás, temblando de miedo, y se precipitó en los brazos de la niñera, despertándola.

La vieja se despertó, se arregló el pañuelo de la cabeza, metiendo debajo de él los mechones de pelo

canoso, y, fingiendo no haber dormido, lanzó una mirada recelosa a Illucha y otra a las ventanas de la casa, y empezó con dedos temblorosos a mover las agujas de la cálceta que tenía sobre las rodillas.

Entre tanto, el bochorno comenzó a disminuir, la Naturaleza se animó, el sol estaba ya cerca del bosque.

Comenzaba a turbarse el silencio de la casa: en un rincón se oyó el crujido de una puerta, en el patio resonaron unos pasos y alguien estornudó en el henil.

Un criado salió apresurado de la cocina llevando, encorvado bajo el peso, un enorme *samovar*. Empezaron a reunirse para tomar el té: uno tenía la cara arrugada por el sueño y los ojos llenos de lágrimas; otro, manchas coloradas en las mejillas y las sienes; otro hablaba con una voz que no era la suya. Todos resoplaban, gemían, bostezaban, se rascaban la cabeza y se enderezaban con dificultad al volver en sí después del sueño.

La comida y el sueño les habían producido una sed inextinguible que les quemaba la garganta; cada uno bebía unos doce vasos de té, pero no servía; seguían gimiendo y lamentándose; recurrían al agua de peras, al *kvass* y algunos hasta a medicinas para lograr hacer desaparecer la sequedad de la garganta.

Todos buscaban librarse de la sed como de un castigo que el Señor les enviase; todos se agitaban y sufrían como los viajeros en una caravana en las estepas de Arabia, cuando no encuentran un

arroyo por ninguna parte. El niño estaba allí al lado de su madre; observaba las caras extrañas que le rodeaban y escuchaba las conversaciones soñolientas y apáticas. Sentía alegría al verlos y le parecían curiosas las tonterías que decían.

Después del te, todos buscaban alguna ocupación; uno se iba hacia el río y paseaba lentamente por la orilla, empujando las piedras con el pie para hacerlas rodar hasta el agua; otro se quedaba sentado a la ventana y seguía con la vista lo que pasaba ante él, la gata que cruzaba el patio o el volar de una chova; el observador perseguía a una o a otra con la mirada o con la punta de la nariz, girando la cabeza ya a la derecha, ya a la izquierda. Así a los perros les gusta permanecer a la ventana días enteros exponiendo la cabeza al sol y examinando con la vista a los transeúntes.

La madre puso la cabecita de Illucha sobre sus rodillas y le peinó lentamente los cabellos admirando su suavidad, obligando a admirarlos a Nastasia Ivanovna y a Stepanida Agapovna y conversando con ellas sobre el porvenir de Illucha, imaginándose a éste héroe de una brillante epopeya creada por ella misma. Las dos mujeres le profetizaban que tendría montañas de oro.

Pero empezaba a obscurecer. De nuevo crepitaba la lumbre en la cocina y sonaba el mesurado golpear de los cuchillos; estaban preparando la cena.

La servidumbre se reunía en las puertas del patio, se oían allí sonidos de balalaica y carcajadas, y jugaban a la gallina ciega.

El sol bajaba ya por detrás del bosque; lanzaba rayos apenas templados que atravesaban como barras de fuego todo el bosque dorando las cimas de los pinos. Luego los rayos se apagaron unos tras otros; el último aun permaneció largo rato atravesando la espesura como una aguja, pero al fin también se apagó.

Los objetos perdían sus formas; todo se fundía en una masa informe, al principio gris y luego negra. El canto de los pájaros disminuía poco a poco y pronto todos callaron, a excepción de un pajarillo terco que, a despecho de todos, continuó gorjeando monótonamente en medio del silencio general, pero cada vez con intervalos más largos, hasta que al fin lanzó un débil y sordo silbido, se agitó por última vez removiendo el follaje a su alrededor y... se durmió.

Todo calló. Sólo los grillos chirriaban a cual mejor. De la tierra subían vapores blancos que se extendieron sobre la pradera y el río. También éste se apaciguó; un poco más tarde algo se movió allí por última vez y luego el río quedó inmóvil.

Olía a humedad. Cada vez estaba más oscuro. Los árboles formaban como grupos de monstruos y el bosque se volvió espantoso; se oían allí crujidos misteriosos, como si un monstruo cambiase de sitio haciendo estallar una rama seca bajo el peso de sus patas.

En el cielo brilló como un ojo fulgurante la primera estrella y en las ventanas de la casa brillaron lucecitas.

Llegó el momento del solemne silencio general de la Naturaleza, ese momento en que el espíritu creador trabaja con más intensidad, en que hierven las ideas poéticas y en que la pasión se enciende espontáneamente en el corazón o atormenta más la angustia, en que en el alma cruel madura con más vigor y fuerza el germen de una intención criminal y en que en Oblomovka... todos duermen un sueño profundo y tranquilo.

—Mamaíta, vamos de paseo—dijo Illucha.

—¡Por Dios, hijito! ¡Pasear a estas horas!—contestó ella—. Hay humedad, te enfriarías los piececitos y además da miedo; a estas horas se pasea por el bosque el duende que se lleva a los niños pequeños.

—¿Adónde se los lleva? ¿Qué cara tiene? ¿Dónde vive?—preguntó el chico.

La madre dió rienda suelta a su fantasía deslocada.

El niño la escuchaba abriendo y cerrando los ojos hasta que al fin el sueño lo venció por completo.

Vino la niñera y cogiéndolo de las rodillas de su madre se lo llevó medio dormido a la cama, con la cabeza colgando por encima del hombro de la vieja.

—¡Gracias a Dios, hemos pasado el día!—decían los habitantes de Oblomovka al acostarse por la noche bostezando y persignándose—. Lo hemos pasado bien; quiera Dios que mañana sea lo mismo. ¡Que tu Santo nombre sea glorificado!

Luego Oblomov soñó con otra estación del año. En un interminable anochecer invernal se estrechaba temeroso contra la niñera y ésta le contaba cuentos hablándole de un país legendario, donde no había noches ni frío y donde sólo ocurrían milagros, corrían ríos de miel y leche y nadie hacía nada en todo el año, y en el que durante días enteros se paseaban bravos mancebos como Ilia Illich y jóvenes tan hermosas que es imposible describirlas.

Allí había también una buena hada que aparecía algunas veces tomando la figura de sollo y escogía como favorito a un inocente, mejor dicho, a un holgazán del que todos se burlaban y al que por razones desconocidas colmaba de innumerables favores, de tal modo que el elegido no tenía más que hacer que comer y engalanarse con vestidos espléndidos y luego se casaba con una hermosa de belleza indescriptible, con la mismísima Militrisa Kirbitievna.

El niño, aguzando los oídos y abriendo los ojos, escuchaba embebecido la narración.

La niñera y la leyenda evitaban con tal destreza la realidad que el espíritu y la imaginación se impregnaban de fantasías y quedaban esclavos de ellas hasta la vejez. La niñera narraba bondadosamente el cuento de Emiliano el Tonto, mordaz y cruda sátira contra nuestros bisabuelos y tal vez también contra nosotros mismos.

Aunque ya siendo mayor Ilia Illich se había enterado de que no hay ríos de miel y leche ni hadas

buenas, aunque se burlaba sonriendo de las narraciones de la niñera, no era sincera su sonrisa, a la que acompañaba un suspiro disimulado; para él, el cuento se mezclaba con la vida y a veces se entristecía de un modo inconsciente porque el cuento no era la vida ni la vida el cuento.

Soñaba sin querer con Militrisa Kirbitievna y se sentía atraído hacia aquel país donde no había más que hacer que pasearse y no existían las preocupaciones ni las penas; sentía siempre el deseo de tumbarse sobre la estufa y vestir trajes y comer a cuenta de la buena hada.

También el viejo Oblomov y el abuelo habían oído en su niñez los mismos cuentos, conservados desde tiempos remotos como estereotipados, pasando a través de los siglos de generación en generación y narrados por amas y ayos.

La niñera estaba ya trazando otro cuadro que impresionaba la imaginación del niño. Le contaba las hazañas de nuestros Aquiles y Ulises; la valentía de Ilia Murometz, de Dobrynia Mikitich, de Alejo Popovich, de Palkan el Valiente; de cómo erraban por toda la Rusia y vencían a numerosas legiones de infieles; de cómo rivalizaban en beberse de una vez y sin pestañear un jarro de vino generoso. Luego le hablaba de terribles bandidos, de Zarevnas encantadas, de hombres y ciudades convertidos en piedra; por fin llegaba a nuestra demonología, a los monstruos y a los duendes.

Con sencillez y bondad, como un Homero, con la misma intensidad de vida, fidelidad de detalle y

relieve de cuadros, grababa en la memoria y fantasía infantiles la *Iliada* rusa creada por nuestros rapsodas de aquellos tiempos nebulosos, cuando el hombre aun no había llegado a desvelar los peligros y misterios de la Naturaleza y de la vida, cuando aun temblaba ante el duende y el sátiro y buscaba la protección de Alejo Popovich contra los peligros que le rodeaban, y cuando el aire, el agua y el bosque eran reinos de milagros.

Antiguamente la vida del hombre era insegura y llena de espanto; era peligroso asomarse a la puerta de su casa; a cada instante corría el peligro de ser despedazado por una fiera, muerto por un bandido, despojado por el cruel tártaro o desaparecer del mundo sin dejar huella.

Ya de pronto aparecían en el cielo columnas y globos de fuego; ya encima de una tumba reciente se encendía una lucecita; ya por el bosque se paseaba alguien que parecía como si llevase una linterna, con ojos fulgurantes que brillaban en la obscuridad y lanzando carcajadas espantosas.

A los hombres les ocurrían también cosas incomprendibles; alguno que vivía toda su vida normalmente empezaba de pronto a decir cosas incoherentes o a gritar con voz extrahumana o a vagar dormido durante la noche; otro, por razón desconocida, empezaba a retorcerse y caía al suelo sacudido por estremecimientos. Y siempre, antes que esto ocurriera, la gallina cantaba como un gallo o el cuervo graznaba sobre el techado de la cabaña.

El hombre, débil, se extraviaba en la vida lan-

zando miradas de horror alrededor de sí y buscaba la clave del misterio de su propia naturaleza y de lo que le rodeaba.

Quizá el sueño, el eterno silencio de la vida inactiva y la falta de movimiento y de verdaderos peligros y aventuras obligaran al hombre a crear, en medio del mundo natural, otro sobrenatural para buscar en él divertimento y expansión a la imaginación ociosa, o tratando de buscar la cadena de razones y circunstancias de los fenómenos fuera de los fenómenos mismos.

Nuestros pobres antepasados vivían a ciegas; ni espoleaban ni trataban de moderar su voluntad, e ingenuamente se asombraban o se espantaban del mal y preguntaban la causa a los mudos y vagos jeroglíficos de la Naturaleza.

Sobrevenía la muerte por sacar de su casa a un difunto con la cabeza hacia delante y no con los pies; el incendio, porque el perro había aullado tres veces delante de la ventana; y procuraban llevar al muerto con los pies hacia delante, pero seguían comiendo lo mismo y en tan gran cantidad como antes y durmiendo sobre la hierba húmeda; pegaban al perro o lo echaban del patio, pero continuaban esparciendo virutas sobre las grietas del suelo podrido.

Aun ahora, en nuestros tiempos, en medio de la austera y desprovista de novedades realidad que lo rodea, le gusta creer en las seductoras leyendas de los tiempos remotos y tal vez en nuestro tiempo no consiga librarse de estas creencias.

Escuchando los cuentos de la niñera, oyendo hablar de nuestro Toisón de Oro, del Pájaro de Fuego, de obstáculos y de escondrijos en el castillo encantado, el chico ya demostraba valor imaginándose el héroe de la hazaña y sintiendo estremecimiento como si por su espalda corriesen hormigas, ya sufría por las desventuras del valiente.

Un cuento seguía al otro. La niñera relataba con entusiasmo, poéticamente, con calor y a veces con inspiración, porque ella misma medio creía en aquellos cuentos. Sus ojos brillaban, la cabeza le temblaba de emoción y la voz subía hasta tonos elevados.

El niño, presa de indescriptible terror, se apretaba contra ella con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando empezaban los cuentos de muertos que se levantaban a media noche de sus sepulcros, o de víctimas que sufrían cautivas de algún monstruo, o del oso de pata de madera que va por las aldeas y pueblos en busca de su pata natural, al niño se le erizaban los cabellos; la sangre ya se le helaba, ya hervía; experimentaba una sensación penosa, de una dulzura enfermiza y los nervios se le tendían como cuerdas.

Cuando la niñera repetía con voz lúgubre las palabras del oso:

«Cruje cruje, pata de tilo; voy por las aldeas, paso por los pueblos y todas las mujeres duermen; sólo una estará despierta, está sentada sobre mi piel, cosiendo mi carne e hilando mi lana...», etc.

Cuando el oso entraba por fin en la cabaña e

iba a coger al que le había cortado la pata, el niño no podía resistir más; temblando y chillando se lanzaba en brazos de la niñera; lloraba de miedo y al mismo tiempo reía de alegría por no estar en las garras de la fiera, sino sobre la estufa, al lado de su chacha.

La imaginación del muchacho se pobló de fantasmas extraños; el miedo y la angustia se apoderaron de su alma tal vez para siempre. Miraba con tristeza a su alrededor y no veía en la vida mas que daños y desgracias; no hacía mas que soñar con aquel país encantado en el que no existía el mal ni había preocupaciones ni penas, en el que vivía Militrisa Kirbitievna y daban de balde succulenta comida y vestidos espléndidos.

Los cuentos conservaban su dominio no sólo sobre los niños, sino también sobre los habitantes mayores de Oblomovka y hasta la vejez de éstos. Todos los de la aldea y de la casa, empezando por el señor y su mujer y acabando por Tarás, el robusto herrero, todos temían algo al llegar el anochecer; cada uno de los árboles se transformaba en un gigante y cada arbusto en una morada de bandidos.

El golpe de un postigo y los lamentos del viento en la chimenea hacían palidecer a hombres, mujeres y niños.

El día de la Epifanía nadie se hubiera atrevido a salir solo al patio después de las diez de la noche, y el día de Pascua de Resurrección ninguno hubiera entrado en la cuadra ante el temor de tropezar con el duende.

En Oblomovka todos creían en todo, así en los duendes como en los muertos. Si les decían que un haz de heno estaba paseándose por el campo, lo creían sin vacilar; si alguien hacía correr el rumor de que un cordero no era un cordero, sino alguna otra cosa, o que Marta o Estefanía era una bruja, tendrían miedo del cordero y de Marta. No se les ocurriría preguntar por qué el cordero no era tal y Marta era una bruja, sino que, al contrario, se enfadarían con el que intentase dudar de ello; ¡tanta era en Oblomovka la fe en lo milagroso!

Ilia Illich vería más tarde que en el mundo todo era sencillo y natural; que los muertos no se levantaban de sus sepulcros, que apenas aparecía un gigante lo exhibían en una barraca y que a los bandidos los metían en la cárcel; pero al desaparecer la fe en los fantasmas, siempre quedaba un sedimento de miedo y de angustia irracional.

Ilia Illich supo que no había monstruos que causasen desgracias, pero a cada paso esperaba y temía algo horrible. Aun ahora, cuando se quedaba solo y a obscuras en el cuarto o al ver en sueños de repente a su madre difunta, temblaba de la angustia sembrada en su alma durante la niñez; por la mañana se reía de sus temores, pero de nuevo palidecía por la noche.

Luego, Ilia Illich se vió de pronto en su sueño convertido en un muchacho de trece a catorce años.

Estaba ya estudiando en el pueblo de Verjlevo, situado a cinco kilómetros de Oblomovka, con el

alemán Stolz, que había organizado un pequeño colegio para los hijos de los nobles de la ciudad.

Stolz tenía un hijo, Andrés, casi de la edad de Oblomov, y además había otro chico que le habían confiado, un muchacho que en vez de estudiar estaba casi siempre enfermo de escrofulosis, que había pasado casi toda la niñez con las orejas y los ojos vendados y que lloraba a escondidas por no vivir con su abuela, sino en una casa ajena, en donde no tenía a nadie para acariciarle y hacerle los pasteles predilectos.

Fuera de estos niños, en el colegio no había aún otros.

Los padres no tuvieron más remedio que hacer estudiar al pequeño Illucha, y esta decisión les costó muchas lágrimas y lamentos y contrariar los caprichos del niño.

Por fin lo llevaron al colegio.

El alemán era sensato y severo como lo son casi todos los alemanes. Quizá Illucha hubiera aprendido algo en el colegio si Oblomovka hubiera estado a quinientos kilómetros de Verjlevo. Si no, ¿cómo estudiar? El encanto de la atmósfera y del género de vida y hábitos de Oblomovka se extendía también sobre Verjlevo porque también éste había sido antaño propiedad de los Oblomov, y de allí, excepto de la casa de Stolz, emanaba la misma pereza primitiva, había la misma sencillez de costumbres y el mismo silencio e inmovilidad.

El espíritu y el corazón del niño recibieron la impresión de todos los cuadros, escenas y costum-

bres de este modo de vivir antes que la del primer libro. ¿Y quién sabe cuándo empieza a germinar la mente en el alma infantil? ¿Cómo sorprender el nacimiento de las primeras impresiones y conceptos en su alma tierna?

Quizá cuando el niño apenas empieza a pronunciar las primeras palabras o cuando aun no las pronuncia ni sabe andar, sino que sólo mira a todo con esa fija y muda mirada infantil a la que los mayores llaman torpe, quizá entonces vea ya y adivine la importancia y coordine los hechos que ocurren en la esfera que lo rodea, sin dar cuenta de ello a los demás y sin darse cuenta él mismo.

Acaso también Illucha hacía tiempo que se daba cuenta de lo que se hacía y hablaba ante él; veía que su padre, llevando unos pantalones de felpa y chaqueta de paño pardo forrada de algodón, durante todo el día no hacía mas que pasearse de un rincón a otro con las manos cruzadas a la espalda, sorbiendo tabaco y sonándose, en tanto que su madre no vivía mas que de la hora del café a la del te y de la del te a la de la comida; que a su padre nunca se le ocurría contar cuántos haces habían segado y recogido y castigar algún descuido, en tanto que si no le traían inmediatamente el pañuelo que pedía, reprendía a todos gritando, decía que había gran desorden en la casa y producía un tremendo alboroto.

Quizá Illucha había decidido hacía tiempo que había que vivir precisamente como vivían los ma-

yores a su alrededor. ¿Y cómo iba a decidir otra cosa? ¿Qué vida hacían los mayores en Oblomovka?

Acaso se preguntasen a sí mismos para qué vivían. ¿Y qué se contestaban? De seguro que no se contestaban nada porque aquello les parecía muy sencillo y natural.

Ni siquiera habían oído hablar de trabajo rudo, de que hay seres que esconden en el alma preocupaciones y angustias, que se agitan corriendo de un lado a otro o que consagran su vida a un trabajo eterno e infinito.

Tampoco creían en las inquietudes anímicas; no consideraban que era vivir el sentir las eternas aspiraciones no se sabe adónde ni por qué; temían, como al fuego, a las pasiones; y mientras en otros sitios el cuerpo del hombre se consume rápidamente por el intenso fuego del trabajo interno, el alma de los habitantes de Oblomovka descansaba pacífica y sin estorbos en su cuerpo blando.

La vida no les dejaba, como a otros, el estigma de arrugas prematuras, ni de sacudidas morales destructoras, ni de enfermedades graves. Aquella buena gente no comprendía la vida mas que como una paz ideal y una ociosidad, turbada sólo de cuando en cuando por algunos sucesos desagradables, pérdidas, riñas y algún que otro trabajo.

Miraban el trabajo como un castigo impuesto a nuestros ascendientes, pero no podían amarlo, y cuando se presentaba ocasión propicia, lo rehuían.

No turbaban su tranquilidad los vagos problemas espirituales o morales, y por ello disfrutaban

de admirable salud y alegría y vivían una vida tan larga; los hombres a los cuarenta años parecían jóvenes, y los ancianos no luchaban con una muerte difícil y penosa, sino que al llegar a una edad avanzada morían como en secreto, inmovilizándose sin agonía y lanzando imperceptiblemente el último suspiro. Por eso dicen que antaño la gente era más robusta. Efectivamente, eran más robustos. Antaño no se daban prisa para explicar al niño el sentido de la vida y prepararlo para ésta como para algo complicado y serio; no le hacían pensar sobre los libros, que hacen surgir un sinnúmero de preguntas que roen el alma y el corazón y que acortan la vida.

La norma de vida estaba ya trazada y les era transmitida por sus padres, que a su vez la habían recibido hecha del abuelo y éste del bisabuelo, con el consejo de conservar la íntegra e intacta como el sagrado fuego de Vesta.

Del mismo modo que habían hecho las cosas en los tiempos de los abuelos, se hacían durante la vida del padre de Ilia Illich y tal vez continuaban haciendo ahora en Oblomovka.

¿En qué tenían que pensar, por qué emocionarse, de qué enterarse y qué fines tratar de alcanzar?

Nada les era necesario; la vida fluía ante ellos como un río tranquilo y no les quedaba otra cosa que hacer que sentarse en la orilla y observar las alteraciones que sin previo aviso se presentaban ante cada uno.

Y en la imaginación del dormido Ilia Illich em-

pezaron a desarrollarse como cuadros vivos los tres principales actos de la vida que tenían lugar en su familia, así como en las de sus parientes y conocidos. Estos eran: nacimiento, casamiento y muerte.

Luego presenció la abigarrada procesión de sucesos menores, alegres y tristes; bautizos, días de santos, fiestas de familia, ayunos, banquetes ruidosos, reuniones, cumpleaños, felicitaciones y lágrimas y sonrisas oficiales. ¡Todo esto lo hacían tan formal, grave y solemnemente!

Ante sus ojos pasaban rostros conocidos poniendo el gesto adecuado a la ocasión. Si había que combinar una boda o festejar un casamiento solemne o un día de santo lo hacían con toda formalidad y sin omitir ningún detalle. En la distribución de los invitados, en determinar el sitio de cada uno en la mesa, en lo que había que comer y con quién debía ir cada uno a la ceremonia mantenían los hábitos y costumbres de Oblomovka sin que nadie hiciese nunca la nueva alteración.

¿Y acaso no sabían criar un niño? Bastaba mirar los robustos cupidos sonrosados que las madres llevaban consigo; cuidaban de que los niños estuviesen gorditos, blanquitos y en buena salud. Renegarían de la primavera si al principio de ésta no comían ya un panecillo del tamaño de una alondra.

En esto consistía toda su vida y ciencia, todas sus aflicciones y alegrías; por eso alejaban de sí todas las demás preocupaciones y alegrías desconocidas; la vida de ellos se llenaba exclusivamente

con estos sucesos fundamentales e inevitables que proporcionaban un infinito alimento a su espíritu.

Esperaban, con el corazón latiendo de emoción, el bautizo, el banquete o el entierro, y después de haber bautizado, casado o enterrado a alguno le abandonaban a su suerte y se sumían en su apatía habitual, de donde les sacaba un nuevo caso semejante (día de santo, boda, etc.).

Apenas nacía el niño, la primera preocupación de los padres era cumplir con la mayor puntualidad, sin el menor descuido, todas las formalidades y requisitos que exigían las costumbres, es decir, organizar un banquete después del bautizo; luego empezaban los cuidados de la crianza del recién nacido.

La madre, en unión de la niñera, cuidaba de criar al niño robusto y preservarlo de enfriamientos, de desgracias y de otros elementos hostiles.

Sobre todo se preocupaban de que el niño estuviese siempre contento y de que comiese mucho.

Apenas se hacía mozo, es decir, cuando ya no necesitaba niñera, en el corazón de su madre nacía el secreto deseo de encontrarle una compañera también sana y colorada.

Empezaba de nuevo la época de festines y ceremonias y, por fin, la boda; en ésta se concentraba toda la vida.

Luego venían las repeticiones: nacimientos, bautizos, ceremonias y festines, hasta que la muerte cambiaba la decoración, pero no por mucho tiempo; unas caras cedían el sitio a otras; los niños se

volvían jóvenes y novios, se casaban, producían seres semejantes a sí, y la vida, siguiendo este programa, se extendía como una tela monótona y continua que se rompía imperceptiblemente al borde de la tumba.

Es verdad que a veces llegaban algunas preocupaciones de otra índole; pero los vecinos de Oblovka, con su estoica inmovilidad, las dispensaban una acogida tan fría, que aquéllas les daban unas vueltas por encima de la cabeza y se marchaban más allá, como pájaros que al acercarse a un muro liso y no encontrando dónde refugiarse baten inútilmente con sus alas la dura piedra y se alejan.

Así, por ejemplo, un día se derrumbó de repente una parte de la galería que rodeaba la casa y enterró entre sus ruinas a una gallina con sus pollitos; por poco se queda allí Aksinia, la mujer de Antip, que estaba sentada debajo, pero que por fortuna se había ido unos momentos antes.

En la casa se volvieron locos; todos, hasta los niños y los ancianos acudieron y se horrorizaron imaginándose lo que hubiera ocurrido si en vez de la gallina con los pollitos hubiera ido allí a pasearse la señora con Ilia Illich.

Todos gritaban a un tiempo, echándose en cara unos a otros el no haberseles ocurrido antes mandar reparar la galería.

¡Todos se asombraban de que la galería se hubiese hundido y la víspera se asombraban de que resistiese tanto!

Empezaron a deliberar sobre el modo de arreglarla, lamentaron la muerte de la gallina y sus pollitos y se fueron lentamente, prohibiendo terminantemente a Ilia Illich que se acercase a la galería.

Tres semanas después ordenaron a Andrés, Petrushka y Vaska que quitasen las tablas y balaustrada caídas y las llevasen junto al cobertizo, para que no estorbasen el paso, y allí quedaron hasta la primavera.

El viejo Oblomov cada vez que las veía desde la ventana se preocupaba del arreglo; llamaba al carpintero y discutía con él si sería mejor construir una galería nueva o acabar de derribar lo que quedaba de la antigua; luego le dejaba marchar a casa diciéndole:

—Vete, que ya lo pensaré.

Esto continuó hasta que un día Vaska o Motka anunciaron al señor que aquella mañana, al subir a la galería, habían observado que los ángulos se desprendían de las paredes y estaban para derrumbarse.

Entonces se llamó al carpintero para adoptar una solución decisiva, la cual fué apuntalar la parte restante con los fragmentos viejos, obra que quedó terminada a finales del mismo mes.

—¡Mira! La galería está otra vez como nueva —dijo el viejo a su mujer—. ¡Qué bien ha puesto Fedot las vigas! Parecen las columnas de la casa del decano de la nobleza. ¡Ahora ha quedado bien, durará mucho tiempo!

Alguien le recordó que sería conveniente arreglar también las puertas del patio y la entrada porque por entre los escalones de ésta penetraban en la cueva no sólo los gatos, sino también los cerdos.

—Sí, sí, habrá que hacerlo—contestó con aire preocupado Iliá Ivanovich y fué en seguida a examinar la entrada—. Realmente se mueve como si fuese una cuna—dijo balanceando el escalón con los pies.

—Se movía igual cuando la hicieron—objetó alguien.

—¿Y qué importa que se mueva?—contestó Oblomov—. No se ha caído, a pesar de que lleva diez y seis años sin arreglársela. ¡Qué bien la hizo Lucas!... ¡Qué carpintero era!...; pero se murió... ¡Descanse en paz! Los de ahora son más holgazanes y no la harían así.

Dirigió la mirada a otro lado y la entrada dicen que continúa igual, y si aun no se ha caído se comprende que es porque Lucas era un buen carpintero. Sin embargo, hay que hacer justicia a los señores: cuando ocurría alguna desgracia o algún desavío, se preocupaban mucho y hasta se enfadaban y emocionaban.

¿Cómo era posible dejar aquello sin arreglo? Había que tomar alguna decisión inmediatamente. Y no hablaban mas que del arreglo del puentecillo que atravesaba el foso, o de poner una cerca al jardín por un costado, para que el ganado no estropease los árboles, porque una porción de la cerca yacía completamente derribada.

Ilia Ivanovich llevó sus cuidados, un día que se paseaba por el jardín, hasta a levantar gimiendo, con sus propias manos, la cerca y ordenar al jardinero que la apoyase en dos pértigas; la cerca, gracias a la actividad de Oblomov, resistió todo el verano y sólo al llegar el invierno la nieve la derribó de nuevo.

Por fin llegaron también a poner tres tablas nuevas en el puentecillo después que Antip se cayó al foso con caballo y cuba. Aun no había tenido tiempo de reponerse de la caída, cuando ya el puentecillo estaba arreglado.

Las vacas y las cabras no ganaron mucho por la nueva caída de la cerca; no se pudieron comer mas que los arbustos de grosella, y empezaban a descortezar el décimo tilo, sin poder llegar a los manzanos, cuando se dió orden de poner de nuevo la cerca como se debía y rodearla de un foso. Las vacas y las cabras, cogidas in fraganti, recibieron, pues, el castigo merecido.

Ilia Illich soñó también con el gran salón obscuro de la casa paterna, amueblado con antiguas butacas de fresno, siempre enfundadas; con un enorme, poco elegante y duro sofá, tapizado de terciopelo azul desteñido, y con una gran butaca de cuero.

Era un largo anochecer invernal.

La madre estaba sentada en el sofá con los pies encógidos y perezosamente hacía medias para el niño, bostezando y rascándose de vez en cuando la cabeza con la aguja.

Al lado de ella estaban sentadas Nastasia Ivanovna y Pelagea Ignatievna, las que con la nariz metida en la labor cosían activamente un regalo para Illucha o para su padre, o algo para ellas mismas.

El padre, completamente satisfecho, se paseaba por la habitación con las manos cruzadas a la espalda o bien se sentaba en la butaca, y al cabo de un rato volvía a pasear otra vez, escuchando atentamente el ruido de sus propios pasos; luego, sorbía tabaco, se sonaba y volvía a sorber.

La habitación estaba alumbrada por la triste luz de una vela de sebo que sólo se encendía al anochecer de los días de otoño e invierno. En el verano todos procuraban acostarse y levantarse con la luz del día.

Esto se hacía así, parte por costumbre y parte por economía. Los habitantes de Oblomovka eran excesivamente avaros de todo lo que había que comprar porque no se producía en la casa.

No tenían inconveniente, y hasta lo hacían con gusto, en matar una pava hermosa o una docena de pollos por la llegada de una visita; pero no pondrían en la comida ni una pasa de más, y palidecían si el visitante intentaba llenarse él mismo la copa de vino.

Verdad es que este escándalo no se daba casi nunca; eso sólo podía hacerlo un sinvergüenza o un perdido, y a tales visitas no las dejarían entrar ni siquiera en el patio.

No, allí las costumbres eran muy diferentes; la

visita no tocaba ni un plato antes de que la invitasen tres veces, porque sabía que la primera invitación sólo significaba la petición de que rehusase el plato o el vino ofrecido.

No para todos se encendían dos velas: éstas se compraban por dinero en la ciudad y, como todos los objetos comprados, estaban guardados bajo llave por la señora. Los cabos de las velas estaban contados y guardados también cuidadosamente.

En general, no les gustaba gastar dinero, y por necesario que fuese un objeto, daban el dinero por él con mucho trabajo y sólo si el coste era reducido.

Un gasto de mayor importancia iba acompañado de gemidos, lamentos e imprecaciones.

Los vecinos de Oblomovka preferían soportar toda clase de incomodidades y hasta se acostumbraban a ellas antes que gastar dinero.

Por eso, el sofá del salón estaba hacía tiempo manchado y la butaca de cuero de Ilia Ivanovich era de cuero sólo de nombre, pero en realidad era de esparto o de cuerda; del cuero sólo quedaba un trozo en el respaldo y el resto hacía ya cinco años que se había caído a pedazos.

Por eso también, las puertas del patio estaban torcidas y la entrada movediza. Pero les parecía casi un suicidio gastar en algo, aunque fuese lo más necesario, doscientos, trescientos o quinientos rublos de una vez.

Al oír que uno de los jóvenes propietarios de la vecindad había ido a Moscú y se había gastado

allí trescientos rublos en una docena de camisas, veinticinco en los zapatos y cuarenta en un chaleco para su boda, el viejo Oblomov se persignó y dijo apresuradamente con expresión de horror:

—A ese mozo había que encerrarlo en la cárcel.

En general, eran sordos para todos los principios de economía social sobre la rápida circulación del capital, la producción forzada y el intercambio de productos. Ellos, en su sencillez, sólo comprendían y ponían en práctica un único empleo del capital: guardarlo en el cofre.

En las butacas del salón se sentaban y roncaban en varias posturas los habitantes y visitas habituales de la casa.

Entre los interlocutores reinaba generalmente un profundo silencio; todos se veían diariamente, los tesoros intelectuales eran conocidos mutuamente y estaban agotados, y las noticias de fuera llegaban muy rara vez.

Silencio; sólo se escuchaban las pisadas de las macizas botas, hechas en casa, de Ilia Ivanovich; el sordo tic tac del reloj, y de cuando en cuando el crujido del hilo al ser cortado por las manos o por los dientes de Pelagea Ignatievna o de Nastasia Ivanovna...

Así pasaba una media hora, hasta que alguno bostezaba y, haciendo la señal de la cruz en la boca, decía:

—¡Oh Señor!

Tras éste bostezaba su vecino, luego el siguiente abría lentamente la boca como obedeciendo a un

mandato, y así, el contagioso bostezo recorría a todos haciendo saltar las lágrimas a algunos.

A veces, Ilia Ivanovich se acercaba a la ventana y, echando una mirada afuera, decía ligeramente asombrado:

—¡Sólo son las cinco y qué oscuro está ya!

—Sí—contestaba alguno—; a estas horas es ya noche, ya empiezan las noches largas.

Y en primavera se asombraban y alegraban de que llegasen los días largos. Si se les hubiera preguntado para qué los necesitaban no hubieran sabido responder.

Y de nuevo se callaban.

L'ego, uno, tratando de despabilar la vela, la apagaba; todos se animaban en el acto. Infaliblemente decía alguno:

—¡Una visita inesperada!

Alguna vez, con este motivo se entablaba conversación.

—¿Quién podrá ser?—decía la señora—. ¿Acaso Nastasia Fadeevna? ¡Ojalá! Pero no..., no vendrá antes de la fiesta. ¡Qué alegrón me hubiera dado! ¡Cómo nos hubiéramos abrazado y llorado juntas! Hubiéramos ido a misa de alba y a la misa mayor. Pero no puedo competir con ella; aunque soy más joven no resisto tanto tiempo de pie...

—¿Y cuándo se marchó de aquí?—preguntó Ilia Ivanovich—. ¿No fué después de San Elías?

—¿Qué dices, Ilia Ivanovich? ¡Todo lo confundes! ¡Ni siquiera estuvo aquí por Pascua de Pentecostés!—dijo la mujer.

—Me parece que pasó aquí el ayuno de San Pedro—refutó Ilia Ivanovich.

—Siempre eres así—le dijo en tono de reproche su mujer—. Discutes siempre y siempre te equivocas...

—¿Cómo que no estuvo aquí por el ayuno de San Pedro? Precisamente recuerdo que no hicieron mas que pasteles de setas, que son los que le gustan...

—¡Si era María Onisimovna! Es a ella a la que le gustan los pasteles de setas. ¿No te acuerdas? Y luego, María Onisimovna no estuvo aquí hasta el día de San Pedro, sino que se marchó el día de San Nicanor.

Señalaban el tiempo por las fiestas, por las estaciones del año y por los sucesos salientes en la vida de la familia, pero no nombraban nunca ni los meses ni las fechas.

Esto ocurría tal vez porque, con la única excepción del viejo Oblomov, los demás confundían los nombres de los meses y no sabían contar.

Vencido Ilia Ivanovich, callaba y toda la reunión dormitaba de nuevo. Illucha, tumbado detrás de su madre, dormitaba también y a veces se dormía por completo.

—Sí—decía luego alguno de los presentes suspirando profundamente—, qué fuerte era el difunto Basilio Fomich, el marido de María Onisimovna, y sin embargo murió. ¡No llegó siquiera a los sesenta años! ¡Un hombre tan robusto que debía haber vivido lo menos cien años!

—Todos nos moriremos algún día. ¡Hágase la vo-

luntad del Señor!—contestó Pelagea Ignatievna suspirando—. Unos mueren y otros no celebran mas que bautizos...; por ejemplo, los Илópov; dicen que Ana Andreevna ha dado otra vez a luz, ¡y ya es el sexto!

—Y no es ella sola—dijo la señora—. Ya verán ustedes cuando se case su hermano y empiecen a aparecer hijos; ¡cuántas preocupaciones tendrá! Los menores van creciendo y pronto serán casaderos; habrá que casar a las hijas y no es fácil encontrar novio. Ahora todos buscan dote, y en cuanto a dinero...

—¿De qué estáis hablando?—preguntó Ilia Ivanovich acercándose al grupo.

—Decíamos que...

Y le repitieron la conversación anterior.

—¡Oh, lo que es la vida!—dijo sentenciosamente Ilia Ivanovich—. Unos mueren, otros nacen, otros se casan y nosotros envejecemos siempre; no ya los años, sino ni siquiera los días se parecen uno a otro. ¡Por qué será así? ¡Cuánto mejor que el hoy sea como ayer y ayer como mañana!... ¡Da pena pensar!...

—¡El viejo envejece y el joven crece!—dijo alguien con voz soñolienta desde un rincón

// —¡Es menester rezar más y no pensar en nada!—dijo severamente la señora.

—¡Es verdad, es verdad!—exclamó rápidamente y como con cierto temor Ilia Ivanovich, que ya se había dispuesto a filosofar un poco; y continuó paseándose por la habitación.

Callaron por un largo rato; sólo se oía el rumor del hilo al atravesar la tela. Alguna vez la dueña interrumpía el silencio general.

—¡Ya está obscuro!—decía—. Gracias a Dios pronto llegará Navidad y vendrán a pasarla con nosotros los parientes y los amigos; habrá más animación y pasarán los anocheceres sin darnos cuenta. ¡Qué gusto si viniese María Petrovna! ¡Cuántas diabluras inventaría! Derretir estaño y cera y correr a las puertas del patio; volverá locas a todas mis doncellas. ¡Y luego los juegos que organiza!... ¡Qué mujer tan graciosa!

—Sí, es una señora de mucho mundo—dijo uno de los interlocutores—. Me acuerdo de que hace dos años se le ocurrió el dejarse resbalar por las montañas de hielo...; fué cuando Lucas Savich se hirió en la ceja...

De pronto todos se animaron, miraron a Lucas Savich y rieron a carcajadas.

—¿Cómo? ¡Tú, Lucas Savich? ¡Anda, cuéntanoslo!—exclamó Iliá Ivanovich muriéndose de risa.

Todos continuaron riéndose y despertaron a Illucha, que también se echó a reír.

—¿Y qué voy a contar—dijo Lucas Savich confuso—. Es una cosa que inventó Alejo Naumovich, pero no pasó nada.

—¡Vaya!—exclamaron todos a coro—. ¿Cómo que no pasó nada? ¿Acaso estamos muertos ya? ¡Y la frente? ¡Mira la frente, aun tienes la cicatriz!

Y lanzaron una nueva carcajada.

—¿Por qué os reís?—se esforzaba en decir Lucas Savich aprovechando los intervalos de la risa—. Yo... nada...; la culpa es... de ese bandido de Voska...; me dió un trineo viejo... y se deshizo debajo de mí..., y yo...

Su voz quedó apagada por una carcajada general. En vano intentaba terminar el relato; la risa se derramó por toda la reunión, penetró en la antesala, llegó al cuarto de las doncellas y se apoderó de toda la casa; todos recordaron aquel suceso cómico, todos rieron a la vez durante un buen rato con risa feliz, como solían reír los dioses del Olimpo. Apenas empezaban a calmarse cuando alguno empezaba a reír de nuevo y otra vez la risa se apoderaba de todos.

Por fin, aunque con dificultad, se tranquilizaron.

—Y qué, Lucas Savich, ¿patinarás también este año por la montaña?—preguntó después de un corto silencio Iliá Ivanovich.

Otra carcajada general que duró cerca de diez minutos.

—¿Será necesario ordenar a Antip que haga una montaña para las fiestas?—dijo de pronto Oblomov—. Le diré a Antip que Lucas Savich es muy aficionado y que espera con impaciencia el momento de...

Una nueva carcajada general le impidió concluir.

—¿Y han arreglado ya... aquel trineo?—dijo ahogándose de risa uno de los presentes.

Más carcajadas. Rieron un buen rato y luego

poco a poco callaron; uno se secaba las lágrimas, otro se sonaba, otro tosía con violencia, escupía y decía articulando con dificultad:

—¡Oh Señor! Por poco me ahogo de risa aquel día... ¡Qué risa! Cuando cayó boca abajo y se le abrieron los faldones del caftán...

A esto siguió la última y más larga carcajada y luego todos y todo calló. Uno suspiró, otro bostezó ruidosamente y todo se sumió en silencio. De nuevo no se escuchó mas que el ruido del reloj, las pisadas de Oblomov y el crujido del hilo al ser cortado con los dientes.

De repente Ilia Ivanovich se detuvo en el centro de la habitación tocándose con cierta inquietud la punta de la nariz.

—¡Qué desgracia!—dijo—. Habrá alguna muerte; me pica la punta de la nariz.

—¡Oh Dios mío!—exclamó la mujer juntando las manos—. ¡Qué muerte puede haber porque pique la punta de la nariz? Eso es cuando pica la ternilla. ¡Por Dios, Ilia Ivanovich, qué memoria tienes! ¡Dices cada tontería en las visitas, delante de la gente...; qué vergüenza!

—Entonces ¿qué significa cuando pica la punta?—preguntó Ilia Ivanovich avergonzado.

—Eso significa que se va a mirar una copa. ¡No tiene nada que ver con los muertos!

—¡Siempre me equivoco!—dijo Ilia Ivanovich—. ¡Cómo es posible acordarse de todo? Unas veces me pica la punta, otras un lado, otras las cejas...

—Cuando pica un lado—dijo Pelagea Ivanov-

na—significa que habrá noticias; si las cejas, lágrimas; la frente, que habrá que saludar a un hombre si pica del lado derecho y a una mujer si del izquierdo; si pican las orejas, que va a llover; si los labios, besos; si el bigote, comer golosinas; si el codo, dormir en un sitio nuevo; si las plantas de los pies, que habrá que caminar...

—¡Viva Pelagea Ivanovna!—exclamó Iliá Ivanovich—. Y cuando la manteca ha de ser barata, creo que pica la nuca...

Las señoras se echaron a reír y se pusieron a hablar entre sí en voz baja; algunos hombres sonreían, y ya se preparaban para una nueva cargajada general, cuando en la habitación se oyó un ruido parecido al conjunto del gruñido de un perro y el bufido de un gato que están para lanzarse el uno sobre el otro. Este ruido lo produjo el reloj al dar la hora.

—¡Atiza! ¡Ya son las nueve!—exclamó con asombro y alegría Iliá Ivanovich—. ¡Cómo ha pasado el tiempo! ¡Hola! ¡Vaska! ¡Vanka! ¡Motka!

Aparecieron tres figuras medio dormidas.

—¡Por qué no servís la mesa?—preguntó con asombro y enfado Oblomov—. No os cuidáis de los señores. ¡Qué esperáis? ¡Andad, de prisa, el aguardiente!

—He aquí por qué le picaba la punta de la nariz—dijo vivamente Pelagea Ivanovna—. «Beberá aguardiente y mirará la copita.»

Después de la cena todos se abrazaron y persignaron los unos a los otros, cada cual se fué a

su cama y el sueño se apoderó de aquellas cabezas libres de preocupaciones.

Ilia Illich vió pasar en sueños no uno ni dos anocheceres como éste, sino semanas enteras, meses y años de anocheceres que transcurrían de igual modo.

Nadie ni nada turbaba la monotonía de esta vida, y los habitantes de Oblomovka no sentían el peso de ella porque ni siquiera imaginaban una existencia distinta, y si hubiesen podido concebirla se hubieran horrorizado y vuelto de espaldas.

No deseaban otra vida; les hubiera dado pena si por cualquier circunstancia hubiesen tenido que cambiar de modo de vivir. Se hubieran sentido llenos de angustia si mañana no fuese como hoy y pasado mañana como mañana.

¡Para qué necesitaban los cambios ni el azar que deseaban los demás? ¡Que éstos apuren el cáliz, porque los de Oblomovka no quieren nada con ello! ¡Qué vivan como quieran!

El azar, aunque sea ventajoso, siempre es inquietante; exige diligencia, preocupaciones, movimiento, y hay que comerciar, escribir, moverse; no se puede estar sentado.

Durante años y años roncaban, dormitaban, bostezaban o se morían de risa producida por un humorismo rústico, o bien reuniéndose en tertulia contaban lo que habían soñado. Si el sueño era espantoso, todos quedaban pensativos y medrosos; si era profético, se alegraban o se afligían sinceramente, según lo visto en el sueño.

A veces jugaban a los naipes, y los días de fiesta organizaban con las visitas un partido de boston, hacían juegos de paciencia o decían la buena ventura, profetizando alguna boda.

Alguna vez venía una tal Natalia Fadeevna a pasar con ellos una o dos semanas.

Primero, las viejas se dedicaban a chismorrear recorriendo toda la vecindad y criticando el modo de vivir de todos los vecinos; se metían, no sólo en la vida íntima de éstos, sino hasta en sus más ocultos pensamientos e intenciones; condenaban, sobre todo, a los maridos infieles. Luego hablaban de los sucesos que habían tenido lugar: días de santo, bautizos, nacimientos, refiriendo lo que habían comido, a quién habían convidado, a quién no...

Cansadas de tanto hablar, se enseñaban unas a otras las prendas nuevas: vestidos, capotes y hasta faldas y medias. La dueña se enorgullecía haciendo ver los finos lienzos de hilo y los encajes hechos en la casa.

Pero también este tema se agotaba. Entonces recurrían al café, el te y los dulces, y después quedaban silenciosas.

Durante un buen rato se quedaban sentadas mirándose una a otra y suspirando penosamente de cuando en cuando. A veces una de ellas prorrumpía en llanto.

—¿Qué te pasa, hija mía?—preguntaba la otra, alarmada.

—¡Ay qué pena!—contestaba suspirando la vi-

sita—. ¡Hemos irritado al Señor! ¡Pobres de nosotros! ¡Nos ocurrirá alguna desgracia!

—¡Oh, no me asustes!—interrumpía la dueña.

—Sí, sí—proseguía la visita—. ¡Llegan los últimos días; se levantará un pueblo contra otro y un reino contra otro...; llegará el fin del mundo!—decía con tono profético Natalia Fadeevna y ambas lloraban amargamente.

Natalia Fadeevna no tenía ningún motivo para sentar tal afirmación; nadie se había levantado contra nadie y ni aun siquiera había habido cometa aquel año; pero las viejas tienen a veces presentimientos siniestros.

De vez en cuando este modo de pasar el tiempo se turbaba por algún suceso inesperado; por ejemplo, porque se habían medio asfixiado todos, niños y viejos.

En el pueblo y en la casa casi no se conocían otras enfermedades; sólo de cuando en cuando tropezaba alguno en la obscuridad con una estaca, o se caía del henil, o se desprendía una tabla del techado y le daba a alguno en la cabeza.

Pero todo esto ocurría rara vez y contra tales accidentes se empleaban remedios caseros: frotaban con ortigas el sitio dolorido, bebían agua bendita o murmuraban exorcismos y todo pasaba.

Pero los casos de asfixia eran más frecuentes. Todos estaban tumbados en la cama; se oían lamentos y gemidos; uno se ponía rodajas de pepino alrededor de la cabeza y se la ceñía con una toa-

lla; otro se tapaba los oídos y aspiraba el olor de un rábano; otro salía al aire frío en camisa y otro yacía sin conocimiento en el suelo.

Esto ocurría periódicamente unas dos o tres veces al mes porque no les gustaba dejar que el calor escapase por la chimenea y mandaban cerrar las estufas cuando aun en éstas corrían lucecitas como las de «Roberto el Diablo».

Era imposible tocar una estufa o una chimenea porque seguramente esto haría salir vejigas en las manos.

Sólo una vez la monotonía de su vida fué turbada por un caso realmente extraordinario.

Un día, luego de haber descansado después de una comida indigesta, se reunieron todos a la hora del te, cuando, de pronto, llegó un campesino de Oblomovka que acababa de regresar de la ciudad; éste se puso a revolver en su pecho por debajo del caftán y por fin sacó una carta arrugada dirigida a nombre de Ilia Ivanovich Oblomov.

Todos quedaron como petrificados; la señora hasta cambió de color: todos los ojos se clavaron y todas las narices se tendieron hacia la carta.

—¡Qué maravilla! ¿De quién será?—dijo por fin la señora volviendo en sí.

Oblomov cogió la carta e indeciso le daba vueltas entre las manos, sin saber qué hacer con ella.

—¿De dónde la has cogido?—preguntó al campesino—. ¿Quién te la ha dado?

—En la posada donde me he alojado en la ciudad—contestó—. Han venido dos veces a pregun-

tar si había campesinos de Oblomovka, diciendo que tenían una carta para el señor.

—¿Y qué?

—Pues la primera vez me escondí y el soldado que traía la carta se marchó. Pero el sacristán de Verjevo me había visto y les dijo que volvieran otra vez. Y cuando volvieron empezaron a insultarme y me dieron la carta y aun me cobraron cinco copecas. Yo les pregunté qué tenía que hacer con ella y a quién debía entregarla y me contestaron que al señor.

—No debías haberla cogido—dijo con enfado la señora.

—¿Si yo no quería cogerla! ¿Para qué necesitamos la carta?—les dije—. No nos hace falta. ¡No me han ordenado que coja cartas y no me atrevo! ¡Llévesela! Pero el soldado empezó a injuriarme y quería quejarse al jefe; entonces la cogí.

—¡Imbécil!—dijo la señora.

—¿De quién podrá ser?—dijo Oblomov pensativo, examinando el sobre—. La letra me parece conocida.

Y la carta pasó por todas las manos; empezaron las opiniones y las conjeturas. ¿De quién sería y de qué trataría? Todos quedaron perplejos sin saber qué hacer ni qué decir.

Ilia Ivanovich mandó buscar sus gafas, las que tardaron en aparecer una hora y media. Por fin se las puso, y ya se preparaba a abrir la carta cuando su mujer le detuvo.

—¡Déjala, Ilia Ivanovich! ¡No la abras! ¡Quién

sabe qué carta será ésa! Quizá sea algo horrible... alguna desgracia... ¡Ya sabes cómo es la gente ahora! Mañana o pasado podrás leerla; no se te escapará.

La carta y las gafas fueron guardadas bajo llave. Todos se ocuparon del te. La carta hubiera permanecido intacta años y años si no constituyera un suceso tan extraordinario que turbó la serenidad de los habitantes de Oblomovka. Durante el te y al día siguiente no se habló mas que de la carta.

Por fin no pudieron resistir más, y el cuarto día, reunidos en montón, abrieron la carta. Oblomov miró la firma.

—Radischev—leyó—. ¡Vaya! ¡Es de Felipe Matveich!

—¡Ah! ¡Oh! ¡De él!—exclamaron todos a coro—. ¿Conque aun vive? ¡Vaya, gracias a Dios, aun no se ha muerto! ¡Y qué dice?

Oblomov leyó la carta en voz alta. Felipe Matveich pedía que le enviasen la receta de la cerveza que hacían en Oblomovka, que era especialmente buena.

—¡Hay que enviársela!—exclamaron todos—. ¡Hay que escribirle una carta!

Así pasaron dos semanas.

—¡Hay que escribirle!—repetía Iliá Ivanovich a su mujer—. ¿Dónde está la receta?

—¿Dónde está?—contestó ésta—. Habrá que buscarla. Espera, ¿para qué apresurarse? Esperaremos a la fiesta y entonces escribirás; aun hay tiempo...

—Es verdad, mejor es que escriba por la fiesta—aprobó Ilia Ivanovich.

Al llegar la fiesta, hablaron de nuevo de la carta. Ilia Ivanovich se dispuso a escribir. Se retiró a su despacho, se puso las gafas y se sentó a la mesa.

Todo en la casa quedó en silencio; se prohibió a la servidumbre que patalease ni hiciese ruido. «El señor está escribiendo», decían todos con voz tan tímida y respetuosa como si hubiese un muerto en la casa.

Apenas Ilia Ivanovich había escrito «Muy señor mío», trazando lentamente letras torcidas con mano temblorosa y con tal precaución como si estuviese haciendo un trabajo peligroso, cuando entró en el despacho su mujer.

—He buscado por todas partes y no encuentro la receta—le dijo—. Falta buscar en el armario del dormitorio. ¿Y cómo vas a enviar la carta?

—Habrás que mardarla por correo—contestó Ilia Ivanovich.

—¿Y cuánto cuesta?

Oblomov sacó un calendario viejo.

—Cuarenta copecas—dijo.

—¡No vale la pena tirar cuarenta copecas!—repuso ella—. Mejor es que esperemos hasta que haya ocasión de enviarla con alguien. Di a los campesinos que se enteren.

—Tienes razón, mejor será mandarla con alguien—contestó Ilia Ivanovich.

Y secando la pluma sobre la mesa, la dejó en el tintero y se quitó las gafas.

—Así será mejor—concluyó—. ¡No se nos escapará! Hay tiempo de mandarla.

No se sabe si Felipe Matveich recibiría al fin la receta pedida.

De cuando en cuando Ilia Ivanovich cogía algún libro entre sus manos, sin importarle cuál. No sospechaba que la lectura fuese una necesidad esencial, sino que la consideraba como un lujo sin el cual se podía pasar muy bien, del mismo modo que se puede tener un cuadro o no tenerlo, se puede ir de paseo o no ir; por eso no le importaba qué libro era; lo consideraba como un objeto de distracción y un remedio contra el aburrimiento y la ociosidad.

—Hace tiempo que no leo—decía, o bien alteraba la frase diciendo: —A ver si leo un libro—o sencillamente veía al paso un montoncito de libros heredados de su hermano y sacaba uno al azar.

Leía todo: obras de Golikov, *El moderno libro de los sueños*, *Rossiada*, de Jeroskov, tragedias de Sumarokov o diario del año antepasado. Todo lo leía con el mismo gusto, exclamando a veces:

—¡Vaya lo que ha inventado! ¡Qué bandido! ¡Así reviente!

Estas exclamaciones se referían a los autores cuyo modo de pensar no era el mismo que el suyo. Hasta había adquirido respecto a los literatos ese semidesprecio que tenía la gente de la época antigua. Los consideraba—sin diferenciarse en esto de otros muchos—como gente alegre, libertina, como borrachos y farsantes, algo por el estilo de bufones.

A veces leía en voz alta periódicos de hacía dos años y comunicaba a todos las noticias.

—«Escriben de La Haya que Su Majestad el Rey ha regresado a palacio después de un corto viaje» —decía mirando a todos por encima de las gafas.

O bien:

—«En Viena ha entregado sus cartas credenciales el embajador tal.»

—Aquí escriben—decía luego—que la obra de madame Janlis ha sido traducida al ruso.

Janlis

—Todos estas traducciones las hacen para sacarnos el dinero a nosotros los nobles—objetó uno de los oyentes, modesto propietario.

Entre tanto, el pobre Illucha continuaba yendo a estudiar a casa de Stolz. Los lunes, apenas se despertaba, se sentía lleno de angustia. Oía la voz chillona de Vaska que gritaba desde la entrada:

—¡Antipka! ¡Engancha el pío! ¡Hay que llevar al señorito al colegio!

Se le encogía el corazón; iba triste a saludar a su madre. Esta, que conocía la causa de su tristeza, empezaba a dorarle la píldora suspirando también por tener que separarse de él durante toda la semana. Nada les parecía bastante bueno para darle de desayuno aquella mañana; preparaban panecillos y rosquillas dulces y le daban, para que lo llevase consigo, galletas, dulces, mermeladas y otras golosinas y hasta víveres. Le proveían de todo esto porque en casa del alemán la comida no era suculenta.

—No engordarás allí—decían los de Oblomovka—. A la comida dan sopa y carne con patatas;

para el te dan mantequilla, y en cuanto a la cena..., ¡espérala!

Iliá Illich soñaba con los lunes en que no oía la voz de Voska mandando enganchar al pío y en que la madre le acogía con una sonrisa a la hora del desayuno dándole una noticia agradable:

—Hoy no irás, el jueves hay una gran fiesta y no merece la pena ir y volver por tres días.

O le anunciaban que era la semana de difuntos.

—¿Qué puedes estudiar? Tenemos que comer flanes.

Algún lunes por la mañana la madre le miraba fijamente y decía:

—Tienes la mirada apagada. ¿Te encuentras bien?

El muy pícaro estaba perfectamente, pero se callaba.

—Mejor será que esta semana te quedes en casa —decía—; ya veremos luego.

Y todos en la casa estaban completamente convencidos de que los estudios y el sábado de difuntos no son compatibles, o que la fiesta del jueves era un obstáculo insuperable para poder estudiar en toda la semana.

Sólo alguna vez, un servidor o una doncella a los que habían reprendido a causa del señorito gruñían:

—¡Ah pillo! ¡Cuándo te irás a casa de tu alemán!

Otras veces Antipka aparecía de improviso con el conocido pío en casa del alemán para recoger a Iliá Illich en medio o al principio de la semana.

—Haga el favor de volver a casa; ha llegado

María Savichna o Natalia Fadeevna a pasar una temporada con los señores, o bien Kuzovkory con sus hijos.

Y durante tres semanas seguidas Illucha se quedaba en su casa, y luego llegaba la Semana de Pasión y después la fiesta, pasada la cual, alguno de la familia opinaba que no se debía estudiar en la semana de Santo Tomás; luego sólo quedaban dos semanas hasta el verano y no valía la pena ir; y como en el verano descansaba Stolz, quedaban los estudios para el otoño.

Ilia Illich aprovechaba el medio año de vacaciones; recobraba salud y crecía. ¡Qué gordito se ponía! ¡Qué bien dormía! La familia no se cansaba de admirarlo, haciendo notar que, en cambio, los sábados, cuando volvía del colegio, el niño estaba flaco y pálido.

—¿Es tan difícil que ocurra una desgracia?—decían los padres—. Los estudios no se le escaparán, pero la salud no puede comprarse: la salud es el tesoro mayor de la vida. ¡Mira cuando vuelve del colegio! Parece que acaba de salir del hospital! Adelgaza y se pone tan flaco...; además, vuelve travieso: ¡no piensa más que en correr!

—Sí—añadía el padre—, no es fácil estudiar; ¡cualquiera lo resiste!

Y los tiernos padres continuaban buscando pretextos para tener a su hijo en casa. Estos no faltaban; en el invierno hacía demasiado frío, en el verano no era conveniente ir con el calor; además, a veces llovía; en el otoño servía de pretexto el

mal tiempo. Otras veces Antipka tenía un aspecto extraño; no es que estuviese borracho, pero parecía algo sospechoso. ¡Dios nos libre!, podría ocurrir alguna desgracia, hundirse en el lodo o caer en el foso...

Es verdad que los Oblomov procuraban dar a todos estos pretextos un aire de seriedad para disculparse ante sí, y sobre todo ante Stolz, el cual no escatimaba los «¡Carambas!» al ver tanta blandura.

Habían pasado ya los tiempos de los Prostakov y de los Skotinjn. El proverbio «la instrucción es luz y la ignorancia tinieblas» rodaba por pueblos y aldeas en los libros que llevaban los huhoneros.

Los viejos apreciaban las ventajas de la instrucción, pero no veían mas que la parte exterior. Veían que todos los que estudiaban una carrera adquirían grados, cruces y dinero con la sola ayuda de su ciencia, y que a los viejos juristas, hombres casuísticos, agotados por el trabajo y envejecidos en los embrollos, trapacerías y costumbres antiguas, les iba mal.

Surrieron rumores siniestros de que sería obligatorio no sólo saber leer, sino también tener conocimientos de otras ciencias hasta entonces nunca vistas ni oídas. Entre el consejero titular y el asesor colegial se abrió un abismo para cruzar el cual servía de puente el diploma. Los funcionarios viejos, hijos de la costumbre y pupilos de la prevaricación, desaparecían. Muchos que no tuvieron tiempo de morir se separaron del servicio

por falta de probidad, y otros, procesados; los más felices fueron aquellos que, desconfiando del nuevo régimen, se retiraron a tiempo a sus propiedades honestamente adquiridas.

Los Oblomov se daban cuenta de todo esto y comprendían las ventajas de la instrucción, pero sólo las ventajas exteriores. Aunque tenían una vaga y lejana idea de la verdadera ventaja, por el momento sólo deseaban conseguir para Illucha algunos privilegios brillantes.

Soñaban para él con un uniforme bordado; se lo imaginaban de consejero del tribunal y la madre llegaba hasta suponerlo gobernador; pero querían conseguir todo esto con el menor trabajo posible, por medio de astucias, procurando eludir las piedras y obstáculos del camino del saber y de los honores, sin molestarse en saltar por encima de ellos; es decir, estudiar un poco, pero no hasta el cansancio del espíritu y del cuerpo, sin llegar a perder la gordura de las carnes adquiridas durante la niñez, sino sólo lo necesario para cubrir las apariencias y conseguir de un modo cualquiera un diploma en el que constase que Illucha había terminado los estudios de ciencias y artes.

Este sistema de instrucción encontró gran oposición en Stolz. La lucha era tenaz por ambas partes; Stolz hería a sus adversarios abierta, directa y perseverantemente, y ellos eludían los golpes recurriendo a las astucias antes citadas.

La victoria estaba indecisa; tal vez la perseverancia alemana hubiera vencido a la inercia de los

habitantes de Oblomovka; pero el alemán encontró obstáculos en su propia casa y la victoria no se decidía ni por un lado ni por otro. Era el caso que el hijo de Stolz ayudaba a Oblomov, ya apuntándole las lecciones, ya haciéndole las traducciones.

Ilia Illich notaba claramente la diferencia entre su vida en su casa y su estancia en casa de Stolz.

En su casa, apenas se despertaba por la mañana, al lado de su cama estaba ya Zajarka, el que más tarde había de ser su célebre ayuda de cámara Zajar Trofimovich.

Este, igual que antaño la niñera, le ponía las medias y los zapatos, sin que Illucha, ya un muchacho de catorce años, tuviera mas que hacer que tenderle ya uno, ya otro pie, y apenas le parecía que no estaba bien alguna cosa, le daba a Zajarka con el pie en la nariz.

Si éste, disgustado, intentaba quejarse, recibía además los golpes de los mayores. Luego Zajarka le peinaba y le ponía la chaqueta, metiéndole con cuidado los brazos por las mangas para no molestarle demasiado, y le recordaba lo que tenía que hacer: al levantarse, lavarse, etc.

Y si Ilia Illich sentía algún deseo, no tenía mas que pestañear y tres o cuatro criados se precipitaban a satisfacerlo; si dejaba caer algo, si necesitaba algún objeto, si había que traer alguna cosa o ir a buscar a alguno, cuando llevado del impulso de sus catorce años intentaba hacerlo él mismo, sonaban las voces de sus padres y de tres tíos gritándole:

—¡Para qué, dónde, para qué están aquí Vaska, Vanka y Zajarka? ¡Eh, Vaska, Vanka, Zajarka! ¡Qué hacéis ahí como papamoscas? ¡De prisa!

Y nunca lograba Ilia Illich hacerse algo por sí mismo. Más tarde encontró que aquello era mucho más cómodo y aprendió a mandar.

—¡Eh, Vaska! ¡Vanka, tráeme esto, tráeme lo otro! ¡No quiero esto, quiero aquello! ¡Corre, tráemelo!

A veces le fastidiaba los exagerados cuidados de sus padres.

Si bajaba corriendo la escalera o corría por el patio, oía de pronto a sus espaldas los gritos de diez personas desesperadas.

—¡Ay, ay, detenedlo, paradlo!... Se va a caer y se hará daño... ¡Párate, párate!...

Si en el invierno intentaba salir al portal o abrir la ventana, sonaban de nuevo los gritos.

—¡Ay!... ¡Adónde vas? ¡Cómo es posible?... No corras, no salgas, no abras... ¡Te enfriarás, te matarás!

En su casa estaba triste Illúcha, mimado como una planta exótica en un invernadero, y lo mismo que en éste, bajo un fanal de cristal, crecía débil y lentamente. Las fuerzas que buscaban expansión se encerraban en el interior y se marchitaban.

Alguna mañana se despertaba fuerte, fresco y contento; sentía que en él hervía algo, como si en él se hubiera instalado un diablejo que le incitaba ya a subir al tejado, ya a montar en el rodado y galopar por las praderas donde segaban el heno,

o ya a montarse a horcajadas en la cerca e importunar a los perros del pueblo. O bien sentía de pronto deseos de echar a correr por la aldea, salir al campo, correr a la avenida de abedules y en tres saltos llegar al fondo del barranco o juntarse a los demás chicos, jugar, tirarse pelotas de nieve y probar sus fuerzas con ellos.

El diablejo le incitaba sin tregua; al principio resistía, pero por fin no podía más, y de pronto, sin gorro, a pesar del frío del invierno, saltaba de la entrada al patio, salía corriendo por las puertas, cogía con ambas manos una pelota de nieve y se precipitaba hacia el tropel de chicos. El viento fresco le cortaba la cara, el frío le picaba en las orejas, la boca y la garganta; bebía el aire frío y su pecho rebosaba alegría; corría siempre hacia adelante gritando y riendo.

—¡Eh, a mí los chicos! ¡Pum!—lanzaba la bola de nieve y no daba a nadie; no tenía destreza.

Apenas se inclinaba para coger otra cuando ya una bola le dió en la cara. Se cayó al suelo; por falta de costumbre le dolía y sentía alegría, le daba risa y tenía lágrimas en los ojos...

Y en casa se volvieron locos:

—¡No está Illucha!

Gritos y confusión. Zajarka salió corriendo al patio, tras él Vaska, Mitka y Vanka; todos corrían aturdidos por el patio.

Dos perros les persiguieron cogiéndolos por los talones; es sabido que los perros no pueden ver tranquilos a un hombre corriendo.

La gente gritando y lamentándose y los perros ladrando se precipitaron hacia la aldea. Por fin tropezaron con los muchachos y empezaron a hacer justicia; al uno le cogieron por el pelo, al otro por las orejas, a otro le dieron un pescozón y además amenazaron a los padres.

Luego se apoderaron del señorito, lo envolvieron en un ropón, después en el caftán de pieles de su padre y por último en dos mantas, y de este modo se lo llevaron solemnemente a casa.

La familia había perdido ya la esperanza de verlo, creyéndolo muerto; pero al verlo vivo y sano la alegría de los padres fué indescriptible; dieron gracias al Señor, luego le dieron a Illucha a beber te de menta, después saúco; por la noche aun le dieron te de frambuesa y lo tuvieron en cama tres días. Lo más conveniente hubiera sido que le dejaran volver a jugar de nuevo con las bolas de nieve...

X

Apenas los ronquidos de Ilia Illich llegaron a oídos de Zajar, éste bajó cuidadosamente y sin hacer ruido de la estufa, salió en las puntas de los pies a la escalera, dejó a su señor encerrado con llave y se dirigió al portal.

—¡Sea bien venido, Zajar Trofimovich! ¡Hace tiempo que no le vemos!—exclamaron a coro los cocheros, lacayos, mujeres y chicos reunidos en el portal.

—¿Y su señor, ha salido?—preguntó el portero.

—Está roncando—dijo tristemente Zajar.

—¿Cómo?—preguntó el cochero—. Parece aún temprano... ¿Está enfermo?

—¡Enfermo! ¡Está borracho!—dijo Zajar con tal seguridad como si él mismo estuviese convencido de ello—. Figúrese que se ha bebido él solo botella y media de Madera y dos pintas de *kvas*, y ahora se ha tumbado.

—¡Vamos!—dijo con envidia el cochero.

—¿Y por qué ha bebido hoy tanto?—preguntó una de las mujeres.

—No, Tatiana Ivanovna—contestó Zajar mirándola de soslayo—. No es sólo hoy. ¡Ya no sirve para nada, da asco hablar de él!

—¡Lo mismo que mi señora!—dijo ella suspirando.

—Y qué, Tatiana Ivanovna, ¿no va a ir hoy tu señora a algún sitio?—preguntó el cochero—. Tendré que ir aquí cerca.

—¿Adónde ha de ir!—contestó Tatiana—. Está con su amigo admirándose mutuamente.

—La visita a menudo—afirmó el portero—. El maldito me molesta por las noches. Cuando ya se han marchado todas las visitas y están en casa todos los señores, todavía queda él; es el último que sale y aun me regaña porque está ya cerrado el portal... ¿Acaso voy a estar toda la noche de guardia para él?

—Y qué tonto es, amigos míos—dijo Tatiana—.

No se encontraría otro igual. Ella se engalana como un pavo real y se pasea dándose importancia. ¡Y si se mirasen las faldas y las medias que lleva! ¡Da vergüenza verlas! Hace dos semanas que no se lava el cuello y lleva la cara llena de afeites...; a veces se me ocurre decir: «¡Eh, tú, mendiga!, mejor sería que te pusieses un pañuelo a la cabeza y te fueses a pedir a un monasterio como peregrina...»

Todos, excepto Zajar, se echaron a reír.

—¡Vaya con Tatiana Ivanovna!—dijeron aprobando.

—¡Sí, es verdad!—continuó diciendo Tatiana—. No sé cómo los señores la llevan consigo...

—¿Y adónde va usted? ¿Qué lío lleva?—preguntó uno de ellos.

—Llevo un vestido a la modista. ¡Figúrese que mi elegante señora dice que le está ancho! ¡Y cuando Duñacha y yo nos ponemos a apretarle el corsé, durante tres días no podemos mover los brazos de tanto apretar! Bueno, me tengo que ir. ¡Adiós, hasta luego!

—¡Adiós, adiós!—dijeron algunos.

—¡Adiós, Tatiana Ivanovna!—dijo el cochero—. No deje de venir esta noche.

—No sé; quizá venga, tal vez...; por ahora, ¡adiós!

—¡Adiós!—dijeron todos.

—¡Adiós..., hasta luego!—contestó ella marchándose.

—¡Adiós, Tatiana Ivanovna!—gritó el cochero.

—¡Adiós!—contestó ella gritando desde lejos.

Cuando Tatiana se hubo ido, Zajar tomó la ac-

titud de quien espera turno para hablar. Se sentó sobre el pequeño pilar de hierro fundido que había al lado del portal y se puso a columpiar los pies mirando con aire triste y distraído a los transeúntes.

—¿Qué tal hoy su señor, Zajar Trofimovich?—preguntó el portero.

—Pues como siempre: ¡se volverá loco!—dijo Zajar—. Y todo ello por culpa tuya. ¡Te debo muchos disgustos y regaños que he tenido que soportar por el dichoso piso! Se vuelve loco, no quiere mudarse...

—¿Y qué culpa tengo yo?—dijo el portero—. Por mí que viva aquí un siglo; ¿acaso soy yo el dueño? A mí me mandan...; si yo fuese el dueño..., pero como no lo soy...

—Y qué, ¿regaña?—preguntó uno de los cocheros.

—Me regaña tanto, que sólo Dios sabe cómo lo puedo resistir.

—¡Vaya, es un señor bueno si se contenta con regañar!—dijo un lacayo abriendo lentamente su tabaquera redonda de madera que crujió al abrirse.

Las manos de toda la reunión, excepto las de Zajar, se tendieron para coger tabaco. Empezó un sorber, estornudar y escupir general...

—Mejor es que regañe—continuó el lacayo—. Cuanto más regañe, mejor; siquiera mientras tanto no pega. Yo he tenido un señor que antes de que yo me diera cuenta de por qué ya me tenía cogido por el pelo.

Zajar esperó desdeñosamente hasta que el laca-

yo hubo acabado de hablar, y después, dirigiéndose al cochero, continuó:

—¡Sin saber por qué le llena a uno de insultos!

—¿Tiene mal genio, eh?—preguntó el portero.

—¡Oh!—roncó Zajar cerrando los ojos—. ¡Un genio que es un horror! Todo le desagrada; dice que no sé andar, que no sé servir, que rompo todo, que no limpio, que no barro, que robo y que me como todo; ¡qué asco!... Hoy se ha metido conmigo; ¡da vergüenza decir por qué! La semana pasada quedó un pedacito de queso que no servía ni para dárselo a un perro; pero ¡quia! ¡El criado no tiene derecho a comérselo! Me preguntó por él y le dije que no estaba, y entonces empezó a decir: «¡Hay que ahorcarte, cocerte en alquitrán hirviendo, arrancarte la carne con tenazas candentes, atravesarte con una estaca de palo!...» Y me enseñaba los puños... ¡Figúrense, hermanos! Hace poco le quemé un poco el pie con agua hirviendo; lleno de rabia, empezó a vociferar, y si no doy un salto atrás me hubiera dado un puñetazo en el pecho... hubiera podido matarme...

El cochero meneó la cabeza y el portero dijo:

—¡Vaya qué señor tan violento! No perdona nada.

—Pues es un buen señor si no hace mas que regañar—repitió apáticamente el mismo lacayo de antes—. Es peor el que no regaña, mira y coge del pelo antes de que uno sepa por qué.

—Sí—dijo Zajar sin hacer el menor caso de lo que decía el lacayo—. Aun no se le ha curado el

pie, y siempre está echándose unguentos. ¡Que se unte!

—¡Qué genio tiene!—dijo el portero.

—¡Dios nos libre!—continuó Zajar—. ¡Cualquier día mata a alguien, a fe mía que matará! Y por cualquier tontería me llena de insultos y me llama «calvo»... me molesta decirlo... Hoy ha inventado un insulto nuevo: me ha llamado «venenoso». ¡Qué lista tiene la lengua!

—Eso no es nada—dijo el mismo lacayo—. ¡Gracias a Dios que sólo regaña! ¡Que Dios le dé salud!... Pero el que se calla y cuando uno pasa por delante lo mira y le agarra del pelo, como hacía ése en cuya casa he servido... Pero regañar no es nada; eso no importa...

—¡Y lo merecerías!—dijo Zajar rabioso por las interrupciones—. Ya te hubiera yo enseñado...

—Zajar Trofimovich—preguntó un *kosachok* de unos quince años—, ¿por qué dice que le insulta llamándole «calvo»? Le diré «diablo calvo».

Zajar volvió lentamente la cabeza y fijó en el muchacho su mirada opaca.

—¡Ten cuidado!—dijo después—. Amigo, eres joven aún y demasiado listo; no me importa que seas del general para tirarte del mechón; ¡anda, vete a tu sitio!

El chico se alejó unos dos pasos, se detuvo y miraba sonriendo a Zajar.

—¡No me enseñes los dientes, tú!—rugió Zajar enfurecido—. ¡Espera, que ya caerás en mis manos y te tiraré de las orejas para que aprendas a reírte!

En aquel momento llegó corriendo de la entrada un lacayo enorme, vistiendo librea, calzón y polainas. Se acercó al chico, le dió una bofetada y le llamó tonto.

—¿Por qué, Mateo Moseich?—dijo el chico avergonzado, poniéndose la mano en la mejilla y pestañeando nerviosamente.

—¿Qué haces ahí hablando?—contestó el lacayo—. ¡Te estoy buscando por toda la casa y tú aquí divirtiéndote!

Le cogió por el pelo, le hizo agachar la cabeza y metódica y lentamente le dió tres pescozones...

—¡El señor ha llamado cinco veces—añadió a modo de moraleja—y me regañan por tu culpa, cochino! ¡Anda!

Y le indicó imperativamente la escalera. El muchacho permaneció un minuto perplejo, parpadeó dos veces, miró al lacayo, y viendo que de éste no podía esperar sino la repetición de lo sucedido, sacudió el pelo y se dirigió rápidamente hacia la escalera.

¡Qué triunfo para Zajar!

—¡Así, así, Mateo Moseich! ¡Más... más!—repetía alegrándose—. ¡Es poco! ¡Bien, Mateo Moseich! Muchas gracias, ese chico es demasiado listo... ¿Has visto al «diablo calvo»? ¡Me enseñas ahora los dientes?

Toda la servidumbre reía simpatizando con el lacayo que había pegado al chico y con Zajar, que se alegraba por ello. Nadie defendía al chico.

—Así hacía mi antiguo señor—empezó de nue-

vo el lacayo que constantemente interrumpía a Zajar—. Me acuerdo muy bien; estaba yo pensando en divertirme, y como si adivinase mi pensamiento, me cogía al paso, lo mismo que Mateo Moseich a Andreuja. El insultar no es nada; ¿qué importa que diga «diablo calvo»?

—A ti también te hubiera cogido el señor de Zajar—dijo el cochero—. Mira qué felpudo tienes en la cabeza; pero ¿cómo va a coger a Zajar Trofimovich si tiene la cabeza como una calabaza?... En cambio, puede cogerle por las barbas; ahí tiene por donde agarrarle.

Todos soltaron la carcajada, y Zajar se quedó estupefacto al escuchar la burla del cochero, con el que hasta entonces había sostenido una conversación amistosa.

—¡Espera, que ya se lo diré al señor!—empezó a rugir rabioso—. ¡El encontrará por dónde cogerte, y ya te acariciará esa barba de estropajo!

—¡Muy listo será tu señor si sabe acariciar las barbas de cocheros ajenos! Antes tiene que buscar cocheros propios.

—¿Te crees, ladrón, que te tomaría a ti de cochero?—rugió Zajar—. ¡No mereces ni que te enganchen a ti mismo en el coche de mi señor!

—¡Vaya con tu señor!—dijo sarcásticamente el cochero—. ¿De dónde lo has sacado?

Y él mismo, el portero, el peluquero y los dos lacayos se echaron a reír.

—Ríanse, ríanse, se lo contaré todo al señor—rugía Zajar—. Y tú—dijo dirigiéndose al porte-

ro—, en vez de reírte, debías hacer callar a esos bandidos. ¿Para qué estás aquí? ¿No estás para cuidar del orden? ¿Qué haces? Ya verás, yo se lo diré al señor.

—Bueno, basta, Zajar Trofimovich—dijo el portero procurando apaciguarlo—. ¿Qué te ha hecho?

—¿Cómo se atreve a hablar así de mi señor?—dijo Zajar indicando al cochero—. ¿Sabe él quién es mi señor?—dijo pronunciando «señor» con veneración—. Tú—dijo dirigiéndose al cochero—ni en sueños has visto un señor igual; es bueno, listo y guapo; ¡en cambio, el tuyo parece un rocín hambriento! Da vergüenza veros cuando salís de casa con vuestra yegua color de ala de mosca; ¡parecís mendigos! ¡No coméis mas que rábanos con *kvas*. Mira tu casacón, ¡no se pueden contar los agujeros!

Hay que advertir que el casacón del cochero no tenía ni un solo agujero.

—¡Verdad que no se puede encontrar uno igual!—interrumpió el cochero, y sacó bruscamente afuera el pedazo de camisa que asomaba por debajo del brazo de Zajar.

—¡Basta, basta ya!—repetía el portero separándolos.

—¡Ah! ¿Me rompes el vestido?—gritó Zajar sacando la camisa aún más—. ¡Se lo diré al señor! ¡Mirad, hermanos, lo que ha hecho; me ha roto el vestido!...

—¡Sí, yo!—dijo el cochero algo asustado—. Será que te ha pegado el señor...

—¡Que me ha pegado mi señor!—exclamó Zajar—. ¡Una buena alma! ¡Es oro molido, y Dios le mande salud! Estoy en su casa como en el paraíso; no sufro privación de nada y nunca me ha llamado ni siquiera tonto. Vivo en paz, como de su mesa y voy adonde quiero. Ya ves... en la aldea tengo casa aparte, huerta, grano y todos los campesinos me saludan hasta el suelo. ¡Soy administrador y mayordomo! Y vosotros, con vuestro...

La rabia le privó de voz para destruir por completo a su adversario. Se detuvo un momento para reunir sus fuerzas y encontrar alguna palabra ofensiva; pero la bilis no le dejó encontrarla.

—¡Espera, ya tendrás que disculparte por lo del traje! ¡Ya te enseñarán a romperlo!—exclamó por fin.

Al ofender a su señor fué como si le hubiesen ofendido a él mismo, hirieron su amor propio y su ambición; su adhesión al señor se despertó y se mostró en todo su vigor; estaba dispuesto a vomitar injurias no sólo contra su adversario, sino también contra el señor de éste y contra todos sus parientes y conocidos.

Repitió con asombrosa fidelidad todas las calumnias y chismes acerca de los señores que él mismo había escuchado otras veces de labios del cochero.

—¡Y vosotros, al lado de mi señor, sois mendigos, malditos, judíos, peor que alemanes!—dijo—. Ya sé quién era vuestro abuelo: un dependiente de la prendería. Ayer, cuando salían, por la noche,

las visitas de vuestra casa, creí que eran ladrones; ¡daba lástima verlas! Vuestra madre vendía también en la trapería prendas viejas y robadas.

—¡Basta, basta ya!—clamaba el portero.

—Mi señor, gracias a Dios, es un señor noble; sus amigos son generales, condes y príncipes. Y no permite que cualquier conde se siente a su lado; hay alguno que no pasaría de la antesala... Le visitan muchos «autores»...

—¿Y qué son «autores», amigo?—preguntó el portero deseando acabar la pelea—. ¿Son funcionarios?

—No; son unos señores que inventan ellos mismos todo lo que necesitan—explicó Zajar.

—¿Y qué hacen en casa de su señor?—preguntó el portero.

—¿Qué? Uno pide la pipa, otro Jerez...—dijo Zajar, y se detuvo al ver que casi todos sonreían con burla—. ¡Y todos vosotros sois unos canallas!—dijo rápidamente lanzando a todos una mirada de desprecio—. ¡Ya te enseñarán a romper las prendas ajenas! ¡Voy a decírselo al señor!—añadió dirigiéndose rápidamente a la casa.

—Basta, basta ya; espere, espere—gritó el portero—, Zajar Trofimovich, vamos a la cervecería, haga el favor...

Zajar se detuvo en el camino, dió una vuelta rápida y sin mirar a la servidumbre salió aún más rápidamente a la calle. Llegó sin volverse atrás a la puerta de la cervecería que estaba enfrente; allí se volvió, echó una mirada lúgubre a toda la re-

unión, hizo un gesto con la mano invitando a todos a que le siguiesen y desapareció tras de la puerta.

Todos se marcharon, unos a la cervecería y otros a casa; sólo quedó allí un lacayo que, abriendo lentamente su tabaquera, se decía a sí mismo:

—¿Qué más da que se lo cuente al señor? El señor es bueno, eso se ve en seguida. ¡Quizá regañe, pero eso no es nada! Otro se quedaría mirando y, de repente, se agarraría al pelo...

XI

A las cuatro y pico, Zajar, prudentemente y sin hacer ruido, abrió la puerta de la antesala y en la punta de los pies entró en su cuarto; una vez allí se acercó a la puerta del despacho y aplicó el oído, luego se puso en cuclillas y miró por el ojo de la cerradura.

En el despacho sonaba un ronquido mesurado.

—Está durmiendo—murmuró—. Habrá que despertarle, pronto serán las cuatro y media.

Tosió y entró en el despacho.

—¡Ilia Illich! ¡Ilia Illich!—empezó a decir, con voz moderada, desde la cabecera del lecho.

El ronquido continuaba.

—¡Cómo duerme!—dijo Zajar—. ¡Lo mismo que un albañil! ¡Ilia Illich!

Zajar tiró ligeramente de la manga de Oblomov.

—Levántese, son ya las cuatro y media.

Ilia Illich contestó con un rugido, pero no se despertó.

—Levántese, Ilia Illich; ¡qué vergüenza!—dijo Zajar alzando la voz.

No hubo contestación.

—¡Ilia Illich!—repitió Zajar tirándole de la manga.

Oblomov volvió un poco la cabeza y abrió pesadamente un ojo sin expresión.

—¿Quién es?—preguntó con voz ronca.

—Soy yo; levántese.

—Vete—gruñó Ilia Illich.

Y de nuevo se sumió en un sueño pesado. En vez del ronquido se dejó oír el silbido de la nariz. Zajar le tiró del faldón.

—¿Qué quieres?—preguntó en tono amenazador Oblomov, abriendo de repente los ojos.

—Me ha ordenado usted que le despierte.

—Bien, lo sé. Ya has cumplido tu deber y ahora vete; el resto me toca a mí...

—No me iré—dijo Zajar tirándole de nuevo de la manga.

—¡Pero déjame!—dijo suplicando Ilia Illich.

Y apoyando la cabeza en la almohada empezó a roncar.

—No puedo, Ilia Illich—dijo Zajar—. Yo lo haría con mucho gusto, pero no puedo—. Y continuó sacudiendo a su señor.

—¡Hazme el favor de no molestarme!—suplicó Oblomov abriendo los ojos.

—Sí, que le haga el favor y luego usted mismo se enfadará porque no le he despertado...

—¡Oh Dios mío, qué hombre!—dijo Oblomov—.

Déjame dormir un minuto más; ¿qué es un minuto? Yo mismo sé...

Ilia Illich cayó de pronto dormido.

—¡Ya sabes roncar, ya!—dijo Zajar convencido de que su señor no le oía—. ¡Cómo duerme, parece un tronco! ¿Para qué has venido al mundo? ¡Levántate cuando te lo dicen!—vociferó Zajar.

—¿Qué? ¿Qué?—preguntó amenazador Oblomov levantando la cabeza.

—¿Por qué no se levanta, señor?—contestó con voz suave Zajar.

—No, repite lo que has dicho. ¡Oh! ¿Cómo te atreves a hablar así? ¡Oh!

—¿Cómo?

—A hablarme tan groseramente.

—Usted ha soñado..., a fe mía que ha soñado.

—¿Tú crees que estoy durmiendo? Yo no duermo, oigo todo.

Y de nuevo se dormía.

—¡Vaya!—dijo Zajar desesperado—. ¡Oh qué hombre! ¿Por qué te quedas ahí como un tronco? Da asco mirarte. Mirad, buena gente... ¡uf! Levántese, levántese—dijo Zajar de pronto asustado—. Ilia Illich, mire lo que pasa...

Oblomov levantó rápidamente la cabeza, miró a su alrededor... y de nuevo se acostó con un profundo suspiro.

—¡Déjame en paz!—dijo gravemente—. Te he dado orden de que me despiertes y ahora cambio la orden, ¿sabes?... Me despertaré cuando me dé la gana.

Unos días Zajar lo dejaba diciendo: «¡Pues sigue durmiendo, que el diablo te lleve!», y otros insistía en despertarle. Este día insistió.

—¡Levántese, levántese!—gritaba a pleno pulmón.

Y cogió con ambas manos el faldón y la manga de Oblomov.

Este, de improviso, dió un salto y se echó encima de Zajar.

—¡Espera, que yo te enseñaré a molestar al señor cuando quiere dormir!—exclamó.

Zajar huyó de él; pero apenas Oblomov había dado el tercer paso, volvió completamente en sí y comenzó a desperezarse bostezando.

—Dame... el *kvas*...—dijo entre dos bostezos.

Detrás de Zajar sonó una carcajada; los dos se volvieron.

—¡Stolz, Stolz!—gritó Oblomov entusiasmado, lanzándose hacia el recién llegado.

—¡Andrés Ivanovich! ¡Andrés Ivanovich!—dijo Zajar con gesto sonriente.

Stolz continuaba retorciéndose de risa: había presenciado toda la escena anterior.

PARTE SEGUNDA

I

Stolz era alemán sólo por parte de su padre; su madre era rusa y él profesaba la religión griega. Su idioma natal era el ruso; lo había aprendido de su madre, jugando con los hijos de los campesinos, conversando con éstos, charlando en los mercados de Moscú y estudiando en las aulas de la Universidad. En cuanto al idioma alemán, lo había estudiado enseñándose lo su padre.

Stolz nació y se crió en la aldea de Verjlevo, de la que su padre era administrador. A los ocho años ya se sentaba al lado de su padre y estudiaba los mapas, deletreaba las obras de Garder y Wieland y los versículos de la Biblia, y hacía las cuentas de los campesinos y comerciantes y de los obreros de la fábrica; con su madre, leía la Historia Sagrada, aprendía las fábulas de Krilov y deletreaba el *Telémaco*.

Terminadas sus lecciones, corría con los chicos a coger nidos, y con frecuencia, en la clase o durante las oraciones en común de la familia, se oía chillar y piar en su bolsillo las crías de chova.

A veces, a la hora de la siesta, cuando su padre

se sentaba en el jardín al pie de un árbol para fumar la pipa y la madre trabajaba haciendo calceta o bordando en cañamazo, llegaban de repente desde la calle voces y ruidos y un tropel de gente invadía la casa.

—¿Qué pasa?—preguntaba la madre asustada.

—Será que traen a Andrés—contestaba flemático el padre.

Las puertas se abrían de par en par y una tropa de campesinos, mujeres y chicos irrumpía en el jardín; llevaban consigo a Andrés, pero ¡en qué estado!: sin zapatos, con el vestido destrozado y sangrando por la nariz él o alguno de sus compañeros.

La madre estaba inquieta en cuanto Andrés desaparecía de casa, y si no hubiese sido por la terminante prohibición del padre de que se le detuviera, le hubiera tenido siempre a su lado.

Le lavaba, le mudaba de ropa y durante unas cuantas horas le transformaba en un muchacho limpio y aseado; pero al llegar la noche o a la mañana siguiente volvía a casa sucio, desgreñado y desconocido, encima de un carro de heno de los aldeanos o durmiendo sobre las redes en la barca de los pescadores.

La madre se echaba a llorar y el padre se reía.

—¿Será un buen mozo!—decía a veces.

—¿Ten piedad, Iván Bogdanovich!—decía ella lamentándose—. No pasa un día sin que vuelva a casa lleno de cardenales y hace poco se ha roto la nariz.

—¿Qué hombre podrá ser si de chico no se rom-

pe alguna vez la nariz o se la rompe a algún otro? —decía el padre riendo.

La madre lloraba y luego se sentaba al piano y desahogaba su pena tocando obras de Herz mientras las lágrimas caían unas tras otras sobre las teclas. Pero apenas Andrés volvía, empezaba a charlar con su madre con tanta gracia y viveza que la hacía reír; ¡era tan listo! Pronto pudo leer el *Telémaco* con la misma facilidad que ella y tocar con ella el piano a cuatro manos.

Una vez, Andrés desapareció sin que supieran de él durante toda la semana; la madre casi perdió la vista de tanto llorar y el padre continuó paseándose por el jardín fumando despaciosamente su pipa.

—Si fuese el hijo de Oblomov—dijo contestando a su mujer que le instaba para que hiciese gestiones para encontrar a Andrés—hubiera revuelto toda la aldea y puesto en movimiento a la policía del distrito; pero Andrés volverá él solo. ¡Ah, es un buen mozo!

Al día siguiente encontraron a Andrés durmiendo pacíficamente en su propia cama; debajo de ésta había una escopeta, una libra de pólvora y perdigones.

—¿Dónde has estado? ¿De dónde has cogido la escopeta? ¿Por qué no dices nada?—decía la madre abrumándole con preguntas.

—¡Ya ves!—fué la contestación.

El padre le preguntó si había traducido al alemán el capítulo de Cornelio Nepote.

—No—contestó Andrés.

El padre le cogió por el cuello, le condujo fuera de la casa, le puso la gorra y dándole un puntapié, que lo derribó al suelo, le dijo:

—¡Vete por donde has venido, vuelve con la traducción de dos capítulos en vez de uno, aprende el trozo de la comedia francesa que te ha encargado tu madre y no te dejes ver por aquí hasta que lo hayas hecho todo!

Andrés volvió al cabo de una semana trayendo la traducción y sabiéndose el trozo de la comedia.

Cuando ya era algo mayor, el padre le hacía subir en el carretón, le confiaba las riendas para ir a la fábrica o al campo, o a la ciudad, a los comercios y las oficinas; luego lo llevaba consigo a examinar un barro nuevo con el que se untaba un dedo, lo olía, a veces lo lamía y luego se lo daba a oler también a su hijo, explicándole qué clase de barro era y para qué servía. Otras veces iban a ver extraer la potasa o el alquitrán, o a ver derretir el sebo.

A los catorce o quince años el muchacho iba ya, con frecuencia, solo a la ciudad, en el carretón o montado a caballo con una alforjilla atada a la silla, para hacer los encargos de su padre, y nunca ocurría que se olvidase de algo, se equivocase o tuviese algún descuido.

—*Recht gut, mein lieber Junge!*—le decía su padre cuando regresaba y le daba cuenta de su viaje, y acariciando con su ancha mano un hom- /J

bro de su hijo, le daba dos o tres rublos, según la importancia de la comisión.

Después de cada uno de estos viajes, la madre lavaba a Andrés y le fregoteaba durante un buen rato para quitarle el hollín, el lodo, el barro y el sebo. No le gustaba aquella educación, temía que su hijo se volviese un *bürger* alemán por el estilo de la familia de su marido. Consideraba a toda la nación alemana como constituida por un tropel de *bürgers*, le desagradaba la grosería, la independencia y el orgullo con que la masa alemana exhibía en todas partes sus derechos ganados durante siglos del mismo modo que una vaca exhibe los cuernos sin saber esconderlos.

Según ella, en toda la nación alemana no había ni podía haber un caballero. No encontraba en el carácter alemán ni dulzura, ni condescendencia, ni delicadeza, ninguna de esas cualidades que hacen tan agradable la vida de la sociedad distinguida y que permiten eludir una ley, quebrantar las costumbres o desobedecer algún precepto.

En cambio, aquellos groseros y vulgares no sabían salirse de lo prescrito, de aquello que les habían metido en la cabeza y serían capaces de romper la pared con la frente sólo por cumplir la ley.

Ella había sido institutriz en la casa de una familia rica; tuvo ocasión de visitar el extranjero y viajar por toda Alemania y se representó a los alemanes como un montón de dependientes, artesanos y comerciantes que fumaban pipas cortas y escupían entre dientes; de oficiales tiesos como

husos y de caras soldadescas; de funcionarios de rostros ordinarios, capaces sólo para un trabajo vulgar, una vida laboriosa y ordenada hasta en las cosas más nimias, una aburrida exactitud y un pedantesco cumplimiento del deber; y, por último, todos aquellos *bürgers* de modales torpes, grandes manos bastas, rostros vulgares de encendido color y habla ordinaria.

«Por mucho que se vista un alemán—pensaba ella—, aunque se ponga una camisa blanca y fina, zapatos de charol y guantes amarillos, siempre parecerá que está hecho de cuero: por debajo de los puños blancos asomarán las manos toscas y rojizas y el traje elegante no podrá disimular el aspecto de panadero o sumiller; aquellas manos parecen hechas para coger la lezna o a lo más el arco de violín de una orquesta.»

Pero a su hijo se lo representaba como a un caballero que, aunque con sangre de *bürger* alemán, era hijo de una rusa noble; un muchacho de cutis blanco, figura perfecta y elegante, manos y pies pequeños, facciones finas y mirada limpia e inteligente, semejante, en fin, a tantos muchachos nobles como ella había visto en la casa de aquella rica familia rusa y en el extranjero, excepto, claro está, en Alemania.

¿Y aquel hijo suyo estaba destinado a mover ruedas de molino y volver a casa, después de rodar por campos y fábricas, lo mismo que su padre: cubierto de sebo y de estiércol, con rojas manos sucias y toscas y con un apetito feroz?

Le cortaba a Andrés la uñas, le rizaba el cabello, le hacía cuellos y camisolines elegantes y encargaba a la ciudad las chaquetas para él. Le acostumbraba a escuchar las melancólicas armonías de Herz, le hablaba de flores y de la poesía de la vida y le susurraba al oído palabras de ensueño que hablaban de carreras brillantes, de guerreros, de literatos y de los elevados destinos que algunos desempeñan...

¡Y todas aquellas perspectivas iban a ser derrumbadas por el chirrido del contador, por el descifrar los grasientos recibos de los campesinos y por el trato con los obreros de la fábrica?

Aborreció hasta el carretón en que Andrés iba a la ciudad, la capa de hule que le había regalado su padre, los guantes verdes de piel agamuzada y todos aquellos objetos bastos de la vida de trabajo rudo.

Por desgracia, Andrés estudiaba muy bien y su padre le nombró pasante de su pequeño colegio. Esto aun podía pasar con tal de que al padre no se le ocurriera señalarle un sueldo como a un artesano—diez rublos al mes, por ejemplo—y le obligase a firmar recibo para formalizar las cuentas.

¡Consuélate, buena madre! Tu hijo ha crecido en tierra rusa y no entre gente ordinaria con cuernos de vaca y manos capaces de voltear las ruedas de molino. ¡Allí cerca está Oblomovka en fiesta continua! Allí se libran del trabajo como de un yugo; allí el señor no se levanta con la aurora y

no anda por las fábricas entre ruedas y muelles untados de sebo y aceite.

También en Verjlevo había una casa señorial, aunque cerrada y vacía la mayor parte del año; pero el travieso muchacho penetraba en ella a menudo y visitaba las largas salas y galerías, contemplando los obscurecidos retratos que no tenían rostros de basta frescura ni grandes manos ordinarias, sino lánguidos ojos azules, cabellos empolvados, rostros blancos y afeminados, pechos redondos, manos delicadas de venas azules y puños orgullosamente apoyados en la empuñadura de la espada; veía las generaciones pasadas, nobles e inútiles, sumidas en un mar de brocado, terciopelo y encajes.

Ante sus ojos pasaba la historia de tiempos gloriosos, de batallas y nombres; leía allí la novela de la época antigua, bastante distinta de la que su padre, con la pipa entre los dientes, le había contado más de cien veces cuando le hablaba de la vida de Sajonia, pasada entre nabos y patatas, el mercado y la huerta.

Una vez cada tres años aquel castillo se llenaba de pronto de gente, hervía en fiestas y bailes y las largas galerías resplandecían de luz durante las noches...

Llegaban los príncipes y su familia: el príncipe, viejo, canoso, de cara apergaminada, descolorido, de ojos opacos y abultados y de gran frente calva, condecorado con tres estrellas, con una tabaquera de oro, una caña con puño de rubíes por bastón y

zapatos de terciopelo; la princesa, mujer de gran belleza, estatura y volumen majestuosos, daba la impresión de que nunca se había acercado a ella nadie, y ni aun su marido la había besado ni abrazado nunca a pesar de que tenía con él cinco hijos.

Parecía estar fuera de aquel mundo, al que descendía tan sólo una vez cada tres años; no hablaba con nadie ni visitaba a ninguno y pasaba el tiempo en compañía de tres viejecitas, en el saloncito verde, o atravesando el jardín por la galería cubierta iba a la capilla, donde se sentaba en su silla detrás de un biombo.

Además de los príncipes, bullía en el palacio todo un mundo vivo y alegre en el que los infantiles ojos verdes de Andrés distinguían cuatro esferas distintas, observando con inconsciente avidez los tipos de aquella muchedumbre heterogénea como la de un baile de máscaras.

Estaban los príncipes jóvenes, Pierre y Michel, el primero de los cuales enseñó en seguida a Andrés cómo tocaban retreta en caballería y en infantería, cómo eran los sables y espuelas de los húsares y de los dragones, de qué pelo eran los caballos de cada regimiento y dónde se debía ingresar, una vez acabados los estudios, para no deshonrarse.

El segundo, apenas conoció a Andrés, le enseñó a ponerse en guardia y empezó a golpearle diestramente con los puños, dándole ya en la nariz, ya en la barriga, y explicándole que aquello se llamaba «pelea inglesa». Unos tres días después, An-

drés, valiéndose sólo de su robustez campesina y de sus manos musculosas, le pegó a su maestro un puñetazo en la nariz, según el «modo inglés» y ruso, con lo que adquirió el respeto de ambos príncipes.

Estaban también dos jóvenes princesas, chicas de once y doce años, altas, bien proporcionadas, vestidas con elegancia, que ni hablaban ni saludaban a nadie y tenían miedo de los campesinos.

Había una Mlle. Ernestina, institutriz de las princesas, que iba a tomar café con la madre de Andrés y a la que enseñó a peinar a éste con tirabuzones. A veces le cogía la cabeza, se la ponía sobre las rodillas y le enrollaba el pelo en papellillos y luego le cogía las mejillas con sus manos blancas y le daba besos cariñosos.

Luego había un tornero alemán que torneaba tabaqueras y botones, un profesor de piano que se emborrachaba de un domingo a otro y toda una banda de doncellas y, por fin, una trailla de perros y perritos.

Todo aquello llenaba la casa y la aldea de ruido, golpes, alboroto, voces y música.

Oblomovka de un lado y de otro el castillo de los príncipes con la amplitud de la vida señorial se combinaron con el elemento alemán de Andrés, y éste no fué ni un buen mozo ni siquiera pedante.

El padre de Andrés era perito agrónomo y profesor. De su padre, labrador, aprendió la agronomía práctica, en las fábricas sajonas estudió la tecnología y en la Universidad vecina, en la que

había cerca de cuarenta profesores, adquirió la afición a la enseñanza y lo que le pudieron explicar aquellos cuarenta sabios.

No quiso seguir adelante, sino que se obstinó en retroceder, decidiendo dedicarse a los negocios, y se volvió a su casa. El padre le dió cien *thalers* y una alforja nueva y le dejó que se marchase a donde quisiese.

A partir de aquel momento, Iván Bogdanovich no volvió a ver más a su padre ni a su patria. Durante seis años viajó por Suiza y Austria, y hacía ya veinte que vivía en Rusia bendiciendo su suerte.

Como había estudiado en la Universidad, quiso que su hijo estudiase también; le importaba poco que la Universidad no fuese alemana, sino rusa, sin fijarse en que ello implicaría una revolución en la vida de su hijo, apartándole del camino que él le había trazado mentalmente.

Y este camino lo había trazado con mucha sencillez; tomó por modelo la senda que trazara su abuelo y la prolongó como con una regla hasta su futuro nieto, tranquilo y sin sospechar que las variaciones de Herz, los sueños y cuentos de la madre y la galería y el saloncito del castillo transformarían la estrecha rodada alemana en un camino tan ancho que Andrés, ni aun en sueños, se parecería a su abuelo ni a su padre.

El no es que pretendiese acertar, sino que no hubiese sabido trazar otra senda para su hijo.

No se preocupó mucho de ello. Cuando su hijo volvió de la Universidad y pasó tres meses vivien-

do en casa, le dijo que allí, en Verjlevo, no tenía nada que hacer, que habían enviado a Oblomov a San Petersburgo y que también él debía marchar allá.

El viejo no se preguntó por qué Andrés tenía que marchar a San Petersburgo y por qué no podía quedarse en la casa ayudándole en la administración de la hacienda; sólo se acordaba de que cuando él acabó su carrera su padre le había hecho marchar de casa.

Y ahora, también él hizo que se fuese su hijo; tal era la costumbre en Alemania. La madre ya no vivía y no había quien protestase.

El día de la marcha, Iván Bogdanovich dió a su hijo cien rublos en billetes de Banco.

—Irás a caballo hasta la capital de la provincia—le dijo—; allí, Kalinnikov te dará trescientos cincuenta rublos y dejarás el caballo en su casa. Si él no está, vende el caballo: allí habrá pronto feria y encontrarás fácilmente quien te lo compre por cuatrocientos rublos. El viaje a Moscú te costará unos cuarenta rublos y de allí a San Petersburgo setenta y cinco; te quedará bastante. Luego haces lo que quieras. Has intervenido en mis negocios y sabes que tengo algún capital; pero no cuentas con él hasta mi muerte y de seguro que aun viviré unos veinte años, a no ser que me caiga una piedra en la cabeza. La lamparilla luce aún muy bien y tiene aún mucho aceite. Has recibido una buena instrucción y estás en condiciones de escoger: puedes ser empleado, puedes de-

dicarte a los negocios, escribir si quieres; yo no sé lo que harás ni a lo que tendrás más afición...

—Veré si puedo hacer... todo a la vez—dijo Andrés.

El padre lanzó una formidable carcajada y empezó a acariciar un hombro de su hijo con tal fuerza que tal vez un caballo no hubiera soportado la caricia; pero Andrés no se turbó.

—Bueno; si tú no supieras encontrar un camino y necesitases consejo o preguntar algo, ve a ver a Reingold, él te enseñará. ¡Oh!—añadió alzando un dedo y sacudiendo la cabeza—. Ese... ese... (quiso elogiarlo y no encontró el adjetivo). Vinimos juntos de Sajonia. Tiene una casa de cuatro pisos. Te daré su dirección.

—No hace falta, no me la des—contestó Andrés—. Iré a verle cuando tenga yo otra casa de cuatro pisos, y mientras tanto me pasaré sin él.

Más caricias en el hombro.

Andrés montó de un salto a caballo. A la silla estaban atadas dos alforjas: en una de ellas iba la capa de hule y unas cuantas camisas de lienzo de Verjlevo y asomaban unas sólidas botas claveteadas (objetos comprados por indicación del padre). En la otra había un elegante frac de paño fino, un gabán de velludo, una docena de camisas finas y zapatos encargados a Moscú (todo en memoria y recuerdo de la madre).

—¡Bueno!—dijo el padre.

—¡Bueno!—dijo el hijo.

—¿Está todo?—preguntó el padre.

—¡Está todo!—contestó el hijo.

Ambos se miraron en silencio, como si se atravesasen con la mirada.

Entre tanto, alrededor de ellos se reunió un grupo de vecinos curiosos y boquiabiertos que querían ver cómo el administrador dejaba marchar a su hijo de casa.

El padre y el hijo se estrecharon la mano y Andrés salió al trote.

—¡Vaya con el cachorro! ¡Ni una lágrima!—dijeron los vecinos—. ¡Mirad! Allí en la cerca están graznando dos cornejas augurándole una desgracia... ¡espera!

—¡Valiente cuidado le dan las cornejas! En la noche de San Juan se iba a vagar solo por el bosque; a éstos, hermanos, no les hacen daño. ¡Un ruso no pasaría en vano!

—¡Y bueno está ese viejo impío!—exclamó una madre—. ¡Como si hubiese echado a la calle al gato! ¡Ni le ha abrazado ni ha llorado!

—¡Párate, párate, Andrés!—gritó el viejo.

Andrés detuvo el caballo.

—¡Vamos, por fin se le ha movido el corazón!—dijeron los vecinos.

—¡Qué hay?—preguntó Andrés.

—Aprieta la cincha que está floja.

—Iré así hasta Chamchevka y allí la arreglaré; no tengo tiempo que perder, quiero llegar con día.

—¡Bueno!—dijo accionando con la mano el padre.

—¡Bueno!—repitió el hijo sacudiendo la cabe-

za; e inclinándose ligeramente quiso espolpear al caballo.

—¡Qué perros! ¡Como si fuesen dos extraños!— exclamaron en el grupo de vecinos.

Pero de pronto se oyó un llanto; era una mujer que no podía resistir más.

—¡Padre mío, querido mío!—repetía secándose las lágrimas con las puntas del pañuelo que llevaba a la cabeza—. ¡Pobrecito! No tienes madre y no hay quien te bendiga... ¡Ven aquí, hijo, que te persigne!...

Andrés se acercó a ella, se apeó de un salto, abrazó a la vieja y quiso marchar; pero de repente se echó a llorar en tanto que ella le persignaba y le besaba. En sus palabras cariñosas creyó oír la voz de su madre y ante él apareció por un instante la dulce imagen.

Dió otro fuerte abrazo a la pobre mujer, se secó rápidamente las lágrimas y montó a caballo; le picó en los ijares y desapareció en una nube de polvo. Tras él se lanzaron corriendo tres perros de guarda ladrando a cual más.

II

Stolz era de la misma edad que Oblomov; también tenía sus treinta años bien cumplidos.

Fué empleado y renunció al empleo para dedicarse a los negocios, con los que adquirió una casa y un capital. En la actualidad pertenecía a una Compañía que exportaba mercancías.

No paraba en ningún sitio: si la Compañía necesitaba enviar algún agente a Bélgica o a Inglaterra, le enviaban a él; si había que hacer algún proyecto o poner en práctica alguna idea nueva, era él el designado para hacerlo. Y a pesar de todo esto, Stolz frecuentaba la sociedad y leía. Cómo lograba atender a todo, sólo Dios lo sabe.

Estaba hecho de huesos, músculos y nervios, como un caballo inglés de raza. Era delgado, casi no tenía mejillas, es decir, se le acusaban los músculos sobre los huesos sin redondeces ni grasa, de tez moreno pálida y ojos algo verdosos y expresivos.

No hacía gestos inútiles. Si estaba sentado, estaba quieto; si gesticulaba, no empleaba mas mímica que la necesaria.

Del mismo modo que en su organismo no había nada superfluo, su espíritu, en las funciones de su vida, procuraba que guardasen equilibrio las delicadezas de su alma y las cuestiones prácticas. Ambas marchaban desarrollándose paralelamente, cruzándose y entrelazándose a veces en el camino, pero sin llegar nunca a embrollarse y formar nudos insolubles.

Avanzaba firme y animado; vivía sin salir de su presupuesto, sabiendo siempre cómo gastaba cada rublo y midiendo siempre el consumo de tiempo, de trabajo y de fuerza de la inteligencia y del corazón.

Parecía como si gobernase sus dolores y sus alegrías del mismo modo que dominaba los mo-

vimientos de sus manos o los pasos de sus pies, o como soportaba el tiempo bueno o malo.

Abría el paraguas cuando llovía, es decir, sufría mientras duraba el dolor, pero no se sometía cobardemente, sino que sufría con orgullo, soportando el dolor con paciencia porque la causa de su sufrimiento la buscaba en sí mismo y no la colgaba, como un caftán, en clavo ajeno.

Gozaba de la alegría como de una flor recogida en el camino, hasta que se le marchitaba en las manos, sin apurar nunca el vaso hasta la gota amarga que hay en el fondo de todos los placeres.

Su problema constante era el justo concepto de la vida y se esforzaba en resolverlo para vivir sencillamente, comprendiendo la dificultad de lograrlo y experimentando orgullo y placer al mirar la línea de su camino y conseguir dar un paso hacia adelante.

«¿Es complicado y difícil vivir con sencillez?», se preguntaba a sí mismo con frecuencia; y lanzaba rápidas ojeadas para ver si se desviaba, si el camino se torcía en algún sitio, si el hilo de su vida se enredaba formando un nudo.

Temía a la imaginación, a esa compañera falsa que tiene dos caras: amiga cuando se desconfía de ella y enemiga cuando se deja uno dormir tranquilo y confiando en su dulce murmullo.

Temía a los sueños, y si penetraba en su reino, lo hacía como si entrase en una gruta con la inscripción: *ma solitude, mon hermitage, mon repos,*

sabiendo de antemano la hora y el minuto en que saldría de allí.

En su alma no había lugar para los sueños, los misterios ni los enigmas. Lo que no podía someterse al análisis o reducirse a verdades prácticas era para él un engaño óptico, ilusiones de la retina o fenómenos a los que no había llegado todavía el turno para ser experimentados.

No estaba poseído por el *dilettantismo* de los que les gusta vagar por la región de los milagros o por el campo de las conjeturas sobre las cosas que han de descubrirse dentro de mil años. Se paraba tercamente en los umbrales de lo desconocido, sin manifestar credulidad de niño ni dudas de hombre fatuo, sino que esperaba el descubrimiento de la ley clave de todo el misterio.

En cuanto al corazón, lo vigilaba del mismo modo fino y prudente que a la imaginación. Pero frecuentes tropezones le hicieron reconocer que la esfera de las funciones del corazón era aún *terra incógnita*.

Daba calurosas gracias a la Fortuna, cuando, en esta región desconocida, lograba distinguir de antemano la afectada mentira de la pálida verdad; no se quejaba cuando, en vez de caer, daba un paso en falso al tropezar con un engaño diestramente cubierto de flores, que hacía que su corazón latiese apresurado y febril, y se alegraba, si lo vivido, después de hacer sangrar su corazón y cubrir de sudor frío su frente, no proyectaba una larga sombra sobre su vida.

Se consideraba feliz al poder sostenerse siempre en su altura y, cabalgando en el corcel del sentir, procurar no pasar más allá de la raya imperceptible que separa el mundo del sentimiento del mundo del sentimentalismo y de la mentira, el campo de las verdades del de lo ridículo, o bien, galopando atrás, no pisar el seco y arenoso terreno de la dureza, raciocinio, desconfianza, minucias y de la ausencia de corazón.

Cuando era arrastrado por la pasión, sentía siempre el terreno firme bajo sus pies y bastante fuerza interna para en caso necesario detenerse y libertarse. No se dejaba cegar por la belleza y no se olvidaba de su dignidad de hombre humillándose y dejándose esclavizar; no se arrodillaba a los pies de las hermosas aunque tuviese que renunciar a placeres ardientes.

No tenía ídolos, pero en cambio conservaba el vigor de su alma y la robustez de su cuerpo, y era castamente orgulloso; de su persona emanaba tal frescor y vitalidad que obligaba a turbarse ante él hasta a las mujeres menos tímidas.

Conocía el valor de estas raras y preciosas cualidades y las gastaba con tanta avaricia que le llamaban egoísta, reprochándole su moderación en los impulsos y el saber no pasar de los límites del natural y libre estado de ánimo, al mismo tiempo que absolvían y miraban con asombro y hasta con envidia a los que se arrojaban en el pantano destruyendo su vida y quizá la ajena.

—Las pasiones lo justifican todo—decían a su

alrededor—, y usted, en su egoísmo, sólo se cuida de sí, veremos para quién.

—Cierto que para alguien—decía Stolz pensativo, como mirando a lo lejos.

Y continuaba desconfiando de la poesía de las pasiones, y sin entusiasmarse con sus manifestaciones violentas y destructoras, sin querer dejar de ver el ideal de la vida y de las aspiraciones del hombre en el serio concepto y severas funciones de la vida.

Cuanto más seriamente discutían con él, más «se endurecía» en su obstinación, llegando a veces en las discusiones hasta el fanatismo puritano. Sostenía que la misión normal del hombre era vivir las cuatro estaciones del año, es decir, cuatro períodos de la vida, sin saltos bruscos, sin derramar en vano ni una gota del ánfora y que el fuego lento e igual era preferible a los incendios violentos, por mucha que fuese la poesía que ardiese en ellos. Concluía diciendo que sería feliz si conseguía conservar esta convicción, pero que no tenía esperanza de conservarla porque era cosa muy difícil.

Y seguía tercamente adelante por el camino elegido. Nadie había visto nunca que se quedase pensativo con pena enfermiza; por lo visto no sufría de fatiga del corazón, no le dolía el alma, nunca se perdía en circunstancias complicadas, difíciles o nuevas, sino que abordaba las situaciones acercándose a ellas como a antiguas conocidas, como si viviese por segunda vez y atravesase lugares familiares.

Empleaba siempre el procedimiento adecuado al hecho con que tropezaba, del mismo modo que el ama de llaves escoge, del manajo que lleva atado a la cintura, precisamente la correspondiente a la puerta que desea abrir.

Lo que más estimaba era la persistencia en conseguir el fin propuesto; consideraba esto como una señal de fortaleza de carácter y respetaba a la gente perseverante por insignificante que fuese el fin que persiguieran. «¡Esos son hombres!», solía decir.

¿Será necesario decir que él perseguía su fin valerosamente, venciendo todos los obstáculos y que sólo se hubiera detenido en su camino al ver surgir un muro infranqueable o abrirse un abismo sin fondo?

No poseía ese valor ciego que salta sobre el abismo o se lanza contra el muro. Medía la profundidad del uno y la altura del otro, y si comprendía que no había medio seguro de vencer, se apartaba sin importarle lo que pudiesen decir los demás.

Para formar un carácter así era necesaria la concurrencia de elementos tan heterogéneos como los que formaron a Stolz. Hace ya tiempo que nuestros hombres activos parecen vaciados en cinco o seis moldes; estos hombres ponen la mano en la máquina social mirando perezosamente alrededor y la mueven medio dormidos, llevándola por la rodada habitual y poniendo el pie en la huella dejada por el predecesor. Pero ya se animan los ojos, ya resuenan pasos enérgicos y grandes y vo-

ces vivas... ¡Cuántos Stolz aparecerán llevando nombres rusos!

¡Cómo era posible que un hombre como Stolz fuese amigo íntimo de Oblomov, cuando cada rasgo y cada paso en la vida de éste eran una protesta contra la vida de aquél? Parece que esta cuestión está ya resuelta y que si los extremos opuestos no son causa de simpatía, como creían antes, por lo menos, nunca la impiden.

Además, ambos estaban unidos por dos fuertes lazos: uno de ellos la infancia y la escuela, y el otro las caricias rusas prodigadas por la familia Oblomov al chico alemán; luego el papel de hombre fuerte, física y moralmente que desempeñó Stolz cerca de Oblomov, y, por fin y más que todo, que en el fondo del alma de este último había un germen de bondad puro, luminoso y lleno de profunda simpatía para todo lo bueno, que se abría y contestaba a las llamadas de su corazón sencillo, desprovisto de astucia y siempre confiado.

El que miraba casualmente o con intención al fondo de aquella alma infantil no podía negarle simpatía, y si las circunstancias impedían la amistad, por lo menos conservaba de ella un buen recuerdo.

Con frecuencia, Andrés, dejando los negocios o abandonando la muchedumbre elegante, el baile o una reunión, iba a casa de Oblomov para sentarse en el ancho sofá y tranquilizar y desahogar en una perezosa conversación su alma alarmada o cansada, y siempre que iba experimentaba la apa-

cible sensación del hombre que desde espléndidas salas vuelve a cobijarse bajo su modesto techo, o dejando las bellezas de la naturaleza meridional, entra en el bosquecillo de abedules donde se paseaba cuando niño.

III

—¡Buenos días, Ilia! Cuánto me alegro de verte. ¿Qué tal? ¿Estás bien?—preguntó Stolz.

—¡Ay, no! ¡Estoy mal, Andrés!—dijo suspirando Oblomov—. ¡Qué salud la mía!

—¿Qué, ¿estás enfermo?—preguntó Stolz inquieto.

—Me fastidian los orzuelos: la semana pasada tuve uno en el ojo derecho y ahora empieza a salirme otro en el izquierdo.

Stolz se echó a reír.

—¡Nada más que eso?—preguntó—. Es de mucho dormir.

—¡Sólo eso! Además, me atormenta el ardor de estómago. ¡Si hubieras oído lo que acaba de decirme el médico! «Váyase al extranjero»—me dijo—; «si no acabará mal, está usted amagado de apoplejía».

—¿Entonces?

—No iré.

—¿Por qué?

—¡Vamos! Escucha lo que me dijo: «Tiene usted que vivir en una montaña, váyase a Egipto o a América...»

—¿Y qué?—preguntó flemáticamente Stolz—. A Egipto llegas en dos semanas y a América en tres.

—¿Tú también, Andrés? ¡No había mas que un hombre inteligente y también se ha vuelto loco! ¿Quiénes van a América o a Egipto? Los ingleses. Para eso han sido creados por Dios, y además no podrían vivir en su isla. ¿Quién iría de los nuestros? ¡Tal vez algún desesperado para el que la vida no tenga importancia!...

—¡Sí, realmente es una hazaña! Sentarse en el coche o embarcarse en el vapor, respirar el aire puro, contemplar países, ciudades y costumbres extrañas y admirar todas las maravillas... ¡Nada! Bueno, dime cómo van tus negocios: ¿qué hay de Oblomovka?

—¡Oh!...—exclamó Oblomov haciendo un movimiento con la mano.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué? ¡Que me roza la Vida!

—¡Gracias a Dios!—exclamó Stolz.

—¿Cómo gracias a Dios? Si al menos me aca-riara...; pero no, me importuna como antaño en la escuela molestaban los muchachos traviosos al alumno tranquilo; ya me da un pellizco, ya me echa arena en la cara...; ¡no se puede resistir!

—Eres demasiado tranquilo. ¿Qué ha pasado?—preguntó Stolz.

—Dos desgracias.

—¿Cuáles?

—Estoy completamente arruinado.

—¿Cómo?

—Espera; te leeré lo que me escribe el administrador... ¿Dónde está la carta, Zajar?

Zajar buscó la carta, Stolz la leyó rápidamente y se echó a reír sin duda de la redacción.

—¿Qué fullero es este administrador!—dijo—. ¡Ha abandonado el cuidado de los campesinos y ahora se queja! Mejor sería darles pasaporte a todos y dejarles ir donde quisieran.

—¡Pero hombre! ¡Entonces todos querrán marcharse!—repuso Oblomov.

—¡Pues que se marchen!—dijo Stolz despreocupadamente—. Los que vivan bien y les convenga quedarse no se marcharán, y si no les conviene a ellos, tampoco a ti; ¿para qué obligarles a quedarse?

—¿Qué cosas se te ocurren!—dijo Ilia Illich—. En Oblomovka todos los campesinos son dóciles y sedentarios; ¿para qué quieren marcharse?

—¿Y tú no sabes—le interrumpió Stolz—que en Verjlevo van a hacer un embarcadero y construir una carretera, al borde de la cual estará Oblomovka, y que en la ciudad habrá feria...?

—¡Oh Dios mío!—dijo Oblomov—. ¡No faltaba más que eso! Oblomovka estaba en un remanso pacífico y apartado, y ahora... ¡feria!... ¡carretera! Los campesinos se acostumbrarán a ir a la ciudad, a nuestra aldea vendrán comerciantes... ¡Adiós tranquilidad! ¡Qué desastre!

Stolz se echó a reír.

—¿Cómo que no?—continuó Oblomov—. Los

campesinos eran ni blanco ni negro; no se oía hablar de ellos ni bien ni mal, se ocupaban de lo suyo y no tenían aspiraciones, y ahora ¡qué corrupción! Empezarán los tes y los cafés, aparecerán los pantalones de terciopelo, acordeones, botas untadas de alquitrán..., ¡no habrá nada de provecho!

—Claro, si es así, habrá poco provecho—asinó Stolz—. Pero tú tienes que abrir una escuela en la aldea...

—¿No será eso prematuro?—preguntó Oblomov—. La instrucción es perjudicial al campesino; quizá cuando sepa leer no quiera labrar...

—¡Pero si leyendo será como aprenderán a labrar la tierra! ¡Qué raro eres! Bueno, en serio, es necesario que este año vayas a la aldea.

—Sí, es verdad; sólo que mi proyecto no está aún todo...—objetó tímidamente Oblomov.

—¡Ni falta que hace!—dijo Stolz—. Tienes que ir, y una vez allí, verás lo que hay que hacer. Tengo entendido que hace mucho tiempo que trabajas en ese proyecto; ¿es posible que aun no esté terminado? ¿Qué has hecho en todo ese tiempo?

—¡Oh hermanito! ¿Crees que no tengo más asuntos de qué ocuparme que los de mi hacienda? ¡Y la otra desgracia?

—¿Qué desgracia?

—Me echan de la casa.

—¿Cómo? ¿Te echan?

—Pues sí, me dicen: «Desocupe el piso y basta.»

—¿Entonces?

—¿Cómo entonces? Me he rozado la espalda y los costados a fuerza de revolverme a uno y otro lado con tantas preocupaciones. Estoy solo; hay que hacer esto y lo de más allá, comprobar las cuentas, pagar a uno, pagar a otro; y encima la mudanza! Se me va el dinero que es un horror y ni siquiera sé en qué. Poco falta para quedarme sin una copeca...

—¡Vaya, qué hombre tan poltrón! ¡Le da pereza mudarse de casa!—exclamó con asombro Stolz—. A propósito, ¿tienes mucho dinero? Dame quinientos rublos que tengo que enviar hoy mismo; mañana cogeré dinero en la oficina...

—¡Espera! Tengo que hacer memoria... Hace poco me mandaron de la aldea mil y ahora me quedan... espera...

Oblomov se puso a revolver los cajones.

—Aquí hay... diez, veinte...; toma, doscientos rublos... y veinte más. También había calderilla... ¡Zajar! ¡Zajar!

Zajar saltó de la estufa y entró en el despacho

—¿Dónde están veinte copecas que dejé ayer sobre la mesa?...

—¿Por qué, Ilia Illich, se acuerda tanto de esas veinte copecas? Ya le dije que aquí no había calderilla...

—¿Cómo que no? Había la vuelta del dinero que di para comprar naranjas...

—Se lo habrá usted dado a alguien y se ha olvidado—dijo Zajar volviéndose hacia la puerta.

Stolz lanzó una carcajada.

—¡Oh, vosotros, vecinos de Oblomovka—dijo en tono de reproche—, nunca sabéis cuánto dinero tenéis en el bolsillo!

—¿Y qué dinero ha dado usted hoy a Mijey Andreévich?

—¡Ah, sí! Tarantiev cogió diez rublos—dijo animándose Oblomov y dirigiéndose a Stolz—; lo había olvidado.

—¿Por qué dejas entrar en casa a ese animal?—dijo Stolz.

—¡Dejar entrar!—interrumpió Zajar—. Viene aquí como a su propia casa o a la taberna. Se llevó un día el chaleco y la camisa del señor y... ¡adiós! Hoy ha venido a pedir el frac: «Trae que me lo ponga.» Si al menos usted, padre mío Andrés Ivanovich, le hubiese contenido...

—Eso no te importa a ti, Zajar. ¡Vete!—dijo severamente Oblomov.

—Dame un plieguecillo de papel, tengo que escribir un recado.

—Zajar, dale papel a Andrés Ivanovich...—dijo Oblomov.

—¡Si no lo hay! ¡Usted mismo ha estado buscándolo!—contestó Zajar desde la antesala.

Y ni siquiera entró en el despacho.

Oblomov buscó en la mesa; no había ni el más insignificante papel.

—Bueno, dame entonces una tarjeta.

—Hace tiempo que no las uso—dijo Oblomov.

—¿Qué te pasa?—dijo irónicamente Stolz—. ¡Es así como quieres hacer negocio y escribir tu pro-

yecto? Dime, por favor. ¿Vas a algún sitio? ¿Visitas a alguien? ¿A quién?

—¿Adónde voy? Salgo poco, generalmente me quedo en casa; me preocupa el proyecto y ahora, además, lo del piso... Gracias a Tarantiev: quería buscarme...

—¿Te visita alguien?

—Sí... Tarantiev, Alexeiev... Hoy ha venido el médico... También han estado Penkin, Sudbinsky, Volkov...

—Tampoco veo aquí libros—dijo Stolz.

—¿He aquí uno!—repitió Oblomov señalando el que estaba sobre la mesa.

—¿Qué es esto?—preguntó Stolz mirando el libro—. *El viaje a Africa*. La página en que lo has dejado se ha puesto amarilla. Tampoco veo periódicos... ¿Los lees?

—No. La letra es muy menuda y estropea la vista. Además, no hace falta; si hay alguna novedad, no oigo en todo el día hablar mas que de ella

—¿Pero por piedad, Iliá!—dijo Stolz mirando con asombro a Oblomov—. ¿Qué haces? Te has encogido haciéndote un ovillo y así te quedas.

—Tienes razón, Andrés..., como un ovillo—contestó melancólicamente Oblomov.

—¿Acaso reconocer la culpa es disculparse?

—¿No! Es sólo contestar a tus palabras: no trato de justificarme—dijo Oblomov suspirando.

—Tienes que sacudir esa modorra.

—Ya lo intenté antes sin conseguirlo y ahora... ¿para qué? Nada me interesa ni me conmueve, el

espíritu no pide nada, duerme en paz—concluyó con un dejo de amargura—. Basta de hablar de eso. ¿Y tú? ¿De dónde vienes?

—De Kiev. Dentro de dos semanas me voy a extranjero. Vamos juntos...

—Bien: quizá...—decidió Oblomov.

—En ese caso, coge la pluma y haz la solicitud, la entregas mañana...

—¿Mañana?—protestó Oblomov—. ¡Qué prisa! ¡Parece que alguien te arrea! Pensaremos, hablaremos y luego será lo que Dios quiera. Tal vez vaya antes a la aldea y después... al extranjero...

—¿Por qué después? ¿No te lo ha ordenado el médico? Tienes que sacudir de ti la grasa, quitarte peso de encima y entonces desaparecerá esa somnolencia. Te hace falta hacer gimnasia física y moral.

—No, Andrés, eso me cansaría; no estoy bien de salud. Mejor es que me dejes y te vayas solo.

Stolz miró a Oblomov tendido en el sofá y Oblomov le miró a él. Stolz meneó la cabeza y Oblomov suspiró.

—¿Parece que te da pereza vivir?

—¿Y qué? Es verdad, Andrés; me da pereza.

Andrés se devanaba los sesos preguntándose cómo podría animar a su amigo y entre tanto lo examinaba en silencio. De pronto se echó a reír.

—¿Qué es eso? ¿Por qué tienes una media de hilo y la otra de algodón?—preguntó de repente señalando los pies de Oblomov—. ¡Y tienes puesta la camisa del revés!

Oblomov miró sus pies y luego su camisa.

—Efectivamente—confesó turbándose—. Este Zajar es un verdadero castigo. No puedes imaginarte cuánto me atormenta: discute, dice groserías y no trabaja nada.

—¡Oh Ilia Illich!—dijo Stolz—. No puedo abandonarte así. Dentro de una semana no te conocerías a ti mismo. Esta noche te haré saber el plan detallado de lo que tengo intención de hacer contigo y conmigo, y ahora vístete. Espera, que ya yo te sacudiré. ¡Zajar!—llamó—. ¡Viste a tu señor!

—¿Adónde? ¡Ten piedad! ¡Qué quieres? Ahora mismo van a llegar a comer Tarantiev y Alexeiev. Luego, pensábamos...

—Zajar—dijo Stolz sin escucharle—, vístete.

—En seguida, padre mío Andrés Ivanovich; voy a limpiar antes los zapatos—dijo diligentemente Zajar.

—¿Cómo es eso? ¿Son ya las cinco y aun no has limpiado los zapatos?

—Los limpié la semana pasada; pero como el señor no ha salido, han perdido el lustre...

—Está bien, tráelos tal como estén. Lleva mi maleta al salón; me quedo aquí. Yo me visto en seguida y tú, Ilia, arréglate pronto. Comeremos en cualquier sitio y luego iremos a dos o tres casas y...

—¡Estás loco!... Cómo..., así..., de repente..., espera...; tengo que pensar..., no me he afeitado.

—No hay que pensar nada ni rascarse la nuca... Te afeitarás en una peluquería, yo te llevaré...

—¿Y adónde vamos a ir?—preguntó triste,

Oblomov—. ¿A ver a unos desconocidos? ¡Qué cosas se te ocurren! Mejor es que vayamos a casa de Iván Guerasimovich; hace ya días que no he ido.

—¿Quién es ese Iván Guerasimovich?

—Mi antiguo compañero de oficina...

—¡Ah! ¿Ese empleado canoso? ¿Y qué es lo que encuentras agradable en su cara? ¡Qué idea la de matar el tiempo con ese imbécil!

—¡Con qué dureza juzgas a veces a la gente, Andrés! No lo entiendo. Es un hombre bueno; no lleva camisas de tela de Holanda...

—¿Y qué haces allí? ¿De qué hablas con él?—preguntó Stolz.

—Tiene una casa tan bien arreglada y con un aspecto de intimidad... Habitaciones pequeñas, sofás tan anchos que se apoya en ellos la cabeza y no se ve a quien está sentado; las ventanas están cubiertas de hiedra y cactus, hay más de una docena de canarios y tres perros ¡tan buenos! La mesa, llena de entremeses. Grabados representando escenas de la vida de familia. Cuando estoy allí, no tengo gana de marcharme. Me quedo sentado sin preocuparme ni pensar en nada; sé que al lado mío hay un hombre...; es verdad que es un simple y que no se puede cambiar con él ni una idea, pero no tiene doblez, es bueno, cordial, sin pretensiones y no habla mal de los ausentes.

—¿Y qué hacéis?

—¿Qué? Pues entro, nos sentamos en los sofás uno frente a otro encogiendo las piernas, él fuma...

—¿Y tú?

—Yo fumo también, escucho cómo cantan los canarios... Luego, Marta trae el *samovar*...

—Tarantiev..., Iván Guerasimovich...—dijo Stolz encogiéndose de hombros—. Bueno, vístete pronto—y dirigiéndose a Zajar ordenó—: Cuando venga Tarantiev le dices que hoy no comemos en casa, que Iliá Illich no comerá en casa durante todo el verano y que en el otoño tendrá mucho que hacer y no podrá verle...

—Se lo diré todo, no se me olvidará—contestó Zajar—. ¿Y qué hago con la comida?

—¡Cómetela con cualquiera y que te aproveche!

—Muy bien, señor.

Diez minutos después Stolz salió del salón, vestido, afeitado y peinado, en tanto que Oblomov, sentado melancólicamente en el lecho se abrochaba lentamente la pechera de la camisa sin atinar a meter el botón en el ojal. Delante de él estaba Zajar, rodilla en tierra, teniendo en la mano un zapato, no limpio, como si fuese un plato, en espera de que su señor acabase de abrocharse la camisa.

—¿Todavía no te has puesto los zapatos?—dijo asombrado Stolz—. ¡Pero Iliá! ¡Pronto, pronto!

—¿Adónde vamos y para qué?—dijo con angustia Oblomov—. ¿Qué es lo que no habré visto ya? He perdido la costumbre, no tengo gana...

—¡De prisa, de prisa!—le acució Stolz.

IV

Aunque era ya muy tarde, tuvieron tiempo de despachar varios asuntos. Después, Stolz invitó a comer con ellos al dueño de unas minas de oro y fueron luego a tomar el te a casa de éste, en la que había una gran reunión, y Oblomov, de una absoluta soledad, pasó a encontrarse de improviso en medio de una muchedumbre. Volvieron a casa ya tarde, de noche.

Al día siguiente ocurrió lo mismo, al tercero también y toda la semana pasó imperceptiblemente. Oblomov protestaba, se quejaba, discutía, pero era arrastrado y acompañaba a su amigo a todas partes.

Un día, al volver ya tarde a casa, se rebeló con energía contra aquel zarandeo.

—Durante todo el día estoy con los zapatos puestos—gruñó poniéndose el *jalat*—. ¡Me arden los pies! No me gusta esta vida de San Petersburgo—concluyó tumbándose en el sofá.

—¿Y qué vida te gusta?—preguntó Stolz.

—Esta, no.

—¿Qué es lo que no te gusta aquí?

—¡Todo! El continuo correr a cual más, el constante juego de pasiones ruines, sobre todo la avaricia, las zancadillas que se echan unos a otros, chismes, cominerías, el mirarle a uno de pies a cabeza; al escuchar lo que hablan se marea uno y se atonta. Parecen gentes inteligentes y con ros-

tros de expresión digna y no se oye mas que: «A Fulano le han dado esto.» «A Zutano le han concedido el arriendo.» «¡Vaya! ¿Y por qué?», grita alguno. «Este ha perdido ayer en el juego y el otro ha ganado trescientos mil.» ¡Aburrimiento, aburrimiento y aburrimiento!... ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde su integridad? ¿Adónde se ha metido? ¿Cómo puede haberse transformado en una cosa tan pequeña?

—El mundo y la sociedad tienen que ocuparse de algo—dijo Stolz—. Cada uno tiene sus intereses. Así es la vida...

—¡Mundo! ¡Sociedad! Seguramente que tú, Andrés, quieres meterme en ese «mundo» y esa «sociedad» para que pierda el deseo de frecuentarlos. ¡Vida! ¿Qué vida es ésa? ¿Qué buscan en ella? ¿Hay allí algo interesante para el espíritu o para el corazón? Fíjate bien: ¿Cuál es el centro alrededor del cual gira todo eso? No lo hay; no hay nada profundo ni conmovedor. ¡Todos estos miembros del mundo y de la sociedad son unos muertos, gente dormida, peor que yo! ¿Cuál es el motivo de su vida? No se quedan tumbados, sino que durante todo el día van y vienen como moscas, ¿y para qué? Al entrar en la sala, ¡qué cuadro tan hermoso! Todos están sentados simétricamente, quietos y sumidos en profunda reflexión con unos naipes en las manos. ¡Ni que decir tiene que no se ocupan de ningún problema importante de la vida! ¡Excelente ejemplo para el espíritu que busca movimiento! ¿Acaso no son muertos? ¿Acaso no duer-

men sentados durante toda su vida? ¿Soy yo peor que ellos por quedarme tumbado en mi casa sin llenarme la cabeza de sotas y ases?

—Todo eso es viejo y se ha repetido ya miles de veces—objetó Stolz—. ¿No dices algo más nuevo?

—¿Y nuestra brillante juventud? ¿Qué hace? ¿Acaso no duerme paseándose por la perspectiva Mevsky o bailando? Mira con qué orgullo inaudito y dignidad, con qué desdén miran a los que no van vestidos como ellos ni llevan sus nombres y títulos. Y se imaginan, ¡desgraciados!, que son superiores a los demás. «Servimos allí donde no puede servir nadie mas que nosotros, estamos siempre en la primera fila de butacas, y en el baile del príncipe N., donde no dejan entrar mas que a nosotros.» ¡Y cuando se reúnen, se emborrachan y se pelean como salvajes! ¿Acaso son gente viva y despierta? Y no sólo la juventud; mira a los mayores: se reúnen y se obsequian unos a otros, pero no hay ni cordialidad ni bondad ni simpatía mutua. Se reúnen para comer o en el baile como si fuesen a la oficina, sin alegría, fríamente, para jactarse de su cocinero y de su salón y luego burlarse de las visitas a espaldas de éstas y echarse zancadillas. Anteayer, durante la comida, yo no sabía adónde mirar; estaba por esconderme debajo de la mesa cuando empezaron a desgarrar las reputaciones de los ausentes: «Este es tonto, ése ruin, aquél un ladrón, el de más allá ridículo.» ¡Una verdadera caza con perros! Hablando así, se

miran unos a otros como diciendo: «Vete y en cuanto vuelvas la espalda te tocará a ti...» Si son así, ¿para qué se reúnen? ¿Para qué se estrechan tan fuertemente las manos unos a otros? Ni la risa es sincera ni hay un solo detalle de afecto. Se esfuerzan por procurarse un título o un nombre brillante. Luego se alaban: «En mi casa ha estado Fulano.» «He visitado a Mengano...» ¿Qué vida es esa? No la quiero. ¿Qué voy a aprender o a ganar en ella?

—¿Sabes, Iliá, que razones de un modo anticuado? Lo mismo decían los libros viejos. Pero desde luego es preferible que, por lo menos, razones y no duermas. ¿Y qué más? Sigue.

—¿Qué más? Mira, ninguno tiene la cara fresca y sana...

—Eso es por el clima—interrumpió Stolz—. También tú tienes ajada la cara a pesar de que estás siempre acostado y de que no corres.

—Ninguno tiene la mirada lúcida y serena—continuó Oblomov—; todos se contagian de una penosa preocupación, de angustia, buscando algo con ansiedad enfermiza. Y si al menos buscasen una verdad o el bien para sí o para los demás...; pero no, palidecen al conocer el éxito de un compañero. Se preocupan porque mañana hay que ir al Tribunal, el pleito dura ya cinco años, el adversario va ganándolo y durante cinco años empolla una misma idea y un mismo deseo: derribar a su contrario y sobre la ruina construir el edificio de su propio bienestar. Durante cinco años, va a sentar-

se y a suspirar en la sala de visitas. ¡He ahí el ideal y el objeto de la vida! Otro sufre porque está condenado a ir diariamente a la oficina y permanecer allí hasta las cinco; otro suspira penosamente porque no ha conseguido alcanzar una dicha semejante...

—¡Eres un filósofo, Iliá!—dijo Stolz—. ¡Todos se agitan y sólo tú no necesitas nada!

—Por ejemplo, ese señor amarillo de las gafas —continuó Oblomov— me ha atacado preguntándome si había leído el discurso de no sé qué diputado y se le desencajaban los ojos cuando yo le dije que no leía periódicos. Luego empezó a hablar de Luis Felipe como si fuese su padre y me molestó preguntándome mi opinión acerca de por qué se ha marchado de Roma el embajador de Francia. ¿Cómo? ¿Consagran su vida a atiborrarse todas las semanas de noticias de todo el universo y gritar hasta vaciarse? Hoy Mohamed-Alí ha enviado un navío a Constantinopla y se quiebran los sesos queriendo averiguar por qué lo ha hecho; mañana fracasará don Carlos y esto les traerá sumamente preocupados; aquí están abriendo un canal, allá han enviado un ejército a Oriente, ¡socorro!, se vuelven locos, se agitan, vociferan como si el ejército fuese contra ellos mismos. Razonan, discuten a diestro y siniestro y... se aburren, no les interesan esos asuntos; ¡entre los gritos asoma un sueño mortal! ¡Nada de eso les importa! No tienen ocupaciones propias y se dispersan por todas partes sin concentrarse en algo. Debajo de esa uni-

versalidad se esconde un vacío, una absoluta ausencia de afición a nada. En cuanto a escoger una senda modesta y laboriosa y seguirla dejando una profunda rodada, ¡no!, eso es aburrido y obscuro, allí la omnisciencia no sirve para nada y no hay a quién echar polvo en los ojos.

—Bueno, Iliá, pero nosotros no nos hemos «dispersado». ¿Y dónde está nuestra modesta senda laboriosa?—preguntó Stolz.

Oblomov calló de pronto.

—Es que... apenas acabe... el proyecto—dijo—. ¡Que se queden con Dios!—añadió con enfado—. No les llamo, no busco nada, no veo en ello la vida normal. No, eso no es vida, sino mutilación de la norma del ideal de vida señalado por la Naturaleza como fin...

—¿Y qué ideal, qué norma de vida es éste?

Oblomov no contestó.

—Dime, ¿qué norma de vida te hubieras trazado tú?—insistió Stolz.

—Ya me la he trazado.

—¿Cuéntamela, por favor!

—¿Cuál?—dijo Oblomov volviéndose boca arriba—. ¡Verás! Me hubiera marchado a la aldea...

—¿Y quién te lo impide?

—No tengo terminado mi proyecto. Además, hubiera ido con mi mujer y no solo...

—¡Ah! ¿Esas tenemos? ¡Anda con Dios! ¿A qué esperas? Tres o cuatro años más y ninguna querrá casarse contigo...

—¿Qué se le va a hacer, no tengo suerte!—dijo

Oblomov suspirando—. No me lo permite mi fortuna.

—¡Pero hombre! ¿Y Oblomovka? ¿Tienes trescientos siervos!

—¿Qué más da! ¿De qué voy a vivir con mi mujer?

—¿Siendo dos de qué vivir?

—¿Y los hijos?

—A los hijos dales carrera y que se abran camino ellos mismos; tienes que guiarles de tal modo...

—No. ¿Para qué de nobles hacer artesanos?—le interrumpió secamente Oblomov—. Y luego, aparte de los hijos, no sé cómo será, pero se dice dos y apenas se casa uno se le llena la casa de mujeres. Observa cualquier familia: no se sabe si son parientes o amas de llaves, y si no viven en la casa, vienen todos los días a comer, a tomar el café... ¿Cómo ha de ser posible mantener tanta gente poseyendo sólo trescientos siervos?

—Bueno, vamos a ver: ¿Qué hubieras hecho tú si te hubiesen regalado trescientos mil rublos más? —preguntó Stolz curioso en alto grado.

—Los hubiera colocado en el Banco y viviría de la renta.

—¡Allí dan poco; mejor sería en una Compañía particular, por ejemplo, la nuestra!

—¡No, Andrés, a mí no me engañaría nadie!

—¿Cómo? ¿Ni aun de mí te hubieras fiado?

—¡Por nada del mundo! No es que no me fie de ti, sino que todo puede suceder. ¿Y si fracasara? Me quedaría sin una copeca. ¡El Banco es otra cosa!

—Está bien; ¿y qué harías?

—Pues hubiera llegado a mi casa nueva confortablemente arreglada... Tendría por vecinos a gente simpática; por ejemplo, a ti... Es decir, a ti no, tú no puedes quedarte quieto en ningún sitio...

—¿Y acaso tú podrías? ¿No irías a ninguna parte?

—¡Por nada del mundo!

—Entonces, ¿para qué se construyen ferrocarriles y vapores, ya que el ideal de la vida es quedarse quieto en algún sitio? ¡Iia, tenemos que presentar una proposición para que no sigan trabajando, puesto que nosotros no vamos a ir a ninguna parte.

—¡Habrá muchos sin nosotros! ¿Acaso son pocos los gerentes, dependientes, comerciantes, funcionarios y otros viajeros ociosos que viajan porque no tienen un rincón propio? ¿Que viajen ellos!

—Entonces, ¿qué eres tú?

Oblomov guardó silencio.

—¿A qué categoría social crees que perteneces?

—Pregúntaselo a Zajar—dijo Oblomov.

Stolz cumplió a la letra el deseo de Oblomov.

—¡Zajar!—llamó.

Este entró con los ojos soñolientos.

—¿Quién está acostado en el sofá?—le preguntó Stolz.

Zajar se despertó de pronto y miró de soslayo y con desconfianza a Stolz y luego a Oblomov.

—¿Cómo quién! ¿No lo ve usted?

—No, no lo veo—contestó Stolz.

—¡Qué maravilla! Es el señor Ilia Illich—y sonrió.

—Bien, puedes irte.

—¡Señor!—repitió Stolz y se echó a reír.

—No, *gentleman*—le corrigió con enfado Oblomov.

—¡No, no! ¡Tú eres un señor!—continuó Stolz riendo.

—¿Y qué diferencia hay?—preguntó Oblomov—. *Gentleman* es lo mismo que señor.

—Un *gentleman* es un señor—precisó Stolz—que se pone personalmente las medias y se quita él mismo los zapatos.

—Sí. Un inglés lo hace él mismo porque tiene pocos criados, pero un ruso...

—Bueno, sigue pintándome el ideal de tu vida... Estábamos en que tendrías a tu alrededor buenos amigos; y ¿qué más? ¿Cómo pasarías los días?

—Pues me levantaría por la mañana temprano—empezó Oblomov metiendo las manos debajo de la nuca y por su rostro se derramó una expresión de quietud; ya se veía en la aldea—. El tiempo es hermoso, el cielo de un azul oscuro, no se ve ni una nubecilla; en mi proyecto, una fachada de la casa mira al Este y con un balcón al jardín, hacia los campos, y la otra al pueblo. Esperando que mi mujer se despierte, me pondría mi bata y daría un paseo por el jardín para respirar el aire de la mañana; allí encontraría al jardinero, regaríamos juntos las flores y podaríamos los arbustos y árboles. Luego tomaría el baño o iría a bañar-

me al río. Al volver, las puertas del balcón estarían ya abiertas; allí estaría mi mujer en bata y con un gorrito airoso que apenas se sostiene y parece que va a subir volando por el aire... Me está esperando. «Ya está preparado el te», me dice. ¡Qué beso! ¡Qué te! ¡Qué butaca más cómoda! Me siento a la mesa sobre la cual hay bizcochos, nata, mantequilla fresca...

—¿Después?

—Después, vistiendo una levita amplia o una chaqueta y cogiendo a mi mujer por la cintura pasearíamos por una obscura avenida infinita, andando despacio, pensativos y silenciosos o soñando en voz alta contando los minutos de felicidad como los latidos del pulso, escuchando cómo late y se para el corazón; buscaríamos el contacto con la Naturaleza... e imperceptiblemente saldríamos a la orilla del río, al campo... El río apenas se estremece; las espigas se agitan por el viento, se siente bochorno...; nos sentamos en la barquilla, mi mujer guía, apenas levanta el remo...

—¡Tú eres un poeta, Iliá!—le interrumpió Stolz.

—Sí, soy un poeta de la vida porque la vida es poesía. ¿Por qué la desfiguran los hombres?... Luego entraríamos en el invernadero—continuó Oblomov deleitándose él mismo en el ideal de felicidad que estaba pintando.

Sacaba de su imaginación cuadros hechos y pintados hacía tiempo y por eso hablaba con animación y sin detenerse.

—Veríamos los melocotones y las uvas—prosi-

guió—; señalaríamos lo que habían de servir a la mesa y luego volveríamos a casa a almorzar ligeramente y a esperar las visitas..., y mientras tanto, me traerían ya una carta de una María Petrovna con un libro o cuadernos de música, ya una piña como regalo, o bien enviaría la sandía gigantesca, que ha madurado en mi invernadero, a un amigo para la comida del día siguiente e iría yo en persona..., y en aquel momento todo es bullicio en la cocina, el cocinero se agita con su gorro y delantal blancos como la nieve: pone una cacerola, quita otra, aquí revuelve, allí prepara la masa, allí tira el agua..., los cuchillos golpean..., están picando la verdura..., allí hacen helado... Es muy agradable entrar en la cocina un poco antes de comer, destapar una cacerola, oler, mirar cómo arrollan los pastelillos y cómo baten la nata. Luego acostarse en el sofá, mi mujer lee en alta voz un libro nuevo; nos paramos, discutimos... Pero ya vienen las visitas, por ejemplo, tú con tu mujer...

—¡Vaya! ¡También me casas a mí?

—¡Infaliblemente!... Dos o tres amigos más, siempre los mismos rostros. Empezamos la incabada conversación de la víspera, bromeamos, o bien pasa un momento de elocuente silencio y de meditación, no por haber perdido el empleo o preocupados por un pleito, sino por la completa satisfacción de todos los deseos, la meditación del bienestar y el deleite... No habrá palabras, dichas con la espuma en los labios, contra un ausente, ni miradas amenazadoras que prometen lo mismo

a los presentes en cuanto salgan de la habitación. Con quien no amo y con quien no sea bueno, no mojaré el pan en el salero. Los ojos de los interlocutores reflejarán amistad, las bromas, risa franca y sin malicia... ¡Todo con sinceridad! Lo que se vea en los ojos y en las palabras es lo que habrá en las almas. Después de la comida, un puro en la terraza...

—Me estás pintando lo mismo que había en tiempos de nuestros padres y abuelos.

—No, no es lo mismo—contestó Oblomov casi ofendido—. ¿Dónde está el parecido? ¿Crees que mi mujer se iba a ocupar de hacer almíbar y de preparar las setas? ¿Acaso iba a contar las piezas de lienzo? ¿Iba a pegar a las doncellas dándoles bofetadas? ¿No oyes? Habrá libros, música, piano de cola, muebles elegantes...

—Bueno; ¿y tú?

—Yo no leería periódicos del año anterior, ni iría en carroza ni comería fideos y patos, sino que haría que mi cocinero aprendiese en el Club inglés o en casa del embajador.

—¿Y luego?

—Luego, apenas pasado el bochorno de la siesta, enviaríamos el carro con el *samovar* y postres al bosquecillo de abedules o al campo cubierto con la hierba segada, pondríamos alfombras entre los haces y nos deleitaríamos hasta la hora de comer la *okrochka* (1) y los biftecs. De los campos vuel-

(1) *Okrochka*, especie de sopa fría hecha con *kvas*.

ven los campesinos con las guadañas al hombro; pasa un carro con heno que cubre todo el carro y el caballo; arriba asoma la gorra del campesino adornada con flores y una cabecita de niño. Allí viene un tropel de mujeres descalzas con hoces, cantan a gritos... De pronto, perciben a los señores y se callan; saludan inclinándose hasta el suelo. Una de ellas, de cuello curtido, brazos desnudos hasta el codo y ojos tímidamente bajos, pero pícaros, se defiende débilmente, y sólo por fórmula, de las caricias del señor, y es feliz... ¡Cuidado! ¡Que no lo vea mi mujer, por Dios!

Oblomov y Stolz lanzaron una carcajada.

—Ya se siente humedad en el campo—continuó Oblomov—, está obscuro; la niebla, como un mar volcado, se extiende por encima de los centenos; los caballos se estremecen y golpean el suelo con los cascos; ya es hora de volver. En casa brillan las luces; en la cocina se oye el golpear de cinco cuchillos; el chirriar de una sartén llena de chuletas, setas y bayas..., música... *¡Casta diva... Casta diva!*—cantó Oblomov—. No puedo acordarme sin emoción de la *Casta diva*—dijo acabando de cantar el principio de la cavatina; ¡cómo llora esa mujer! ¡Cuánta tristeza hay en esas notas!... Y nadie a su alrededor lo sabe..., está sola... El misterio la ahoga y se lo confía a la luna...

—¿Te gusta esa cavatina? Me alegro; Olga Illinskaia la canta divinamente. Te presentaré en su casa; ¡qué voz, qué manera de cantar! Y ella mis-

ma, ¡qué muchacha tan encantadora! Quizá la juzgue con cierta parcialidad; siento hacia ella alguna afición... Bueno, no te distraigas, sigue contando—añadió Stolz.

—¿Y qué más?—prosiguió Oblomov—. Eso es todo. Las visitas van cada una a su cuarto o a los pabellones, y a la mañana siguiente uno coge el sedal y se va a pescar, otro la escopeta, otro se queda en casa sentado...

—¿Cómo? ¿Así sentado, sin tener nada entre manos?—preguntó Stolz.

—¿Y qué quieres? Pues con un pañuelo quizá. ¿Y qué? ¿No quisieras vivir así?—preguntó Oblomov—. ¡Ah! ¿No es eso vida?

—¿Y toda la vida así?

—Hasta que tengas el pelo blanco, hasta el borde de la tumba. ¡Esa es la vida!

—¡Eso no es vida!

—¿Cómo que no? ¿Qué te falta? Piensa: no verías ninguna cara pálida y doliente, no tendrías ninguna preocupación ni oirías hablar del Senado, de la Bolsa, de acciones, informaciones ni recepciones en el ministerio; ni de grados ni aumentos de sueldo. Sólo conversaciones cordiales y francas. No tendrías nunca que mudarte de piso. ¡Sólo esto vale mucho! ¿No es eso vida?

—¡Eso no es vida!—repitió tercamente Stolz.

—Entonces, ¿qué es, según tu opinión?

—Es...—Stolz reflexionó buscando la palabra justa—. Es... oblomovchitis—dijo por fin.

—¡O-blo-movchitis!—dijo lentamente Oblomov

asombrado de la palabra rara y deletreándola—. ¡O-blo-mov-chitis!

Miró fijamente y extrañado a Stolz.

—Entonces, ¿dónde está el ideal de la vida? ¿Dónde no hay oblomovchitis?—preguntó tímidamente y con voz apagada—. ¿Acaso todos no procuran conseguir lo mismo con que sueño yo? ¡Mira!—añadió ya más atrevido—. ¿Acaso el motivo de nuestra agitación, pasiones, guerras, comercio y política no es por lograr el reposo, por conseguir ese ideal de paraíso perdido?

—También tu utopía huele a Oblomov—repitió Stolz.

—Todos buscan el descanso y la tranquilidad—dijo defendiéndose Oblomov.

—No todos; y tú mismo, hace diez años, tampoco lo buscabas.

—Entonces, ¿qué es lo que he buscado?—preguntó Oblomov perplejo y sumiéndose mentalmente en el pasado.

—Acuérdate, piensa. ¿Dónde están tus libros y tus traducciones?

—Zajar los habrá metido en algún sitio—contestó Oblomov—. Estarán aquí en un rincón.

—¡En un rincón!—dijo con reproche Stolz—. En ese mismo rincón yacen tus proyectos: «Servir hasta que se acaben las fuerzas porque Rusia necesita manos y cabezas para la explotación de manantiales inagotables» (son tus palabras). «Trabajar para descansar con más dulzura, y descansar significa vivir otra vida exquisita y artística, vida

de artistas y de poetas.» Todos estos proyectos, ¿ha sido también Zajar el que los ha metido en un rincón? ¿Te acuerdas? Querías, cuando terminases los estudios, visitar los países extranjeros para mejor conocer y amar el tuyo. «La vida toda es pensamiento y trabajo—decías entonces—, trabajo desconocido, oculto, pero continuo; hay que morir con la conciencia de haber cumplido con el deber.» ¡Ah! ¿En qué rincón yace ahora todo eso?

—Si..., sí...—dijo Oblomov inquieto siguiendo las palabras de Stolz—; me acuerdo que yo..., me parece... Si—dijo acordándose de repente—, queríamos antes hacer un viaje a lo largo y a lo ancho de Europa, recorrer a pie Suiza, quemarnos los pies en el Vesubio, bajar a Herculano. ¡Nos volvíamos casi locos! ¡Cuántas tonterías!

—¿Tonterías?—dijo Stolz con tono de reproche—. ¿No eras tú el que decía, con lágrimas en los ojos, mirando los grabados de las Madonas de Rafael, de la Noche de Corregio y del Apolo de Belvedere: «¡Dios mío! ¿Será posible que no logre nunca ver los originales y quedarme asombrado delante de las obras de Miguel Angel y de Ticiano y de pisar el suelo de Roma? ¿Es posible que pase mi vida viendo estos mirtos, cipreses y naranjos en los invernaderos y no bajo el cielo de su patria? ¿No respirar el aire de Italia y no gozar del azul de su cielo?» ¡Y cuántos castillos en el aire has hecho! ¿Tonterías?

—Sí, sí, me acuerdo—dijo Oblomov examinan-

do el pasado—. Y tú me cogiste la mano y dijiste: «Juremos no morir sin haberlo visto todo.»

—Me acuerdo—prosiguió Stolz—que el día de mi santo me trajiste la traducción de Sey con una dedicatoria para mí; aún la conservo. ¡Y cómo te encerrabas con el profesor de matemáticas queriendo comprender todo lo de los círculos y los cuadrados, pero lo dejaste a la mitad sin conseguirlo! ¡Empezaste a aprender inglés... y no lo has aprendido! Y cuando yo hice el proyecto de viaje al extranjero, te invité a visitar las Universidades alemanas, tú te levantaste de un salto, me abrazaste y me tendiste solemnemente la mano: «Soy tuyo, Andrés, contigo siempre»; son tus palabras. Siempre has sido un poco actor. ¡Y qué, Iliá? He estado dos veces en el extranjero, y después de todos nuestros estudios, me sentaba modestamente en los bancos de los estudiantes en Bohn, en Jena, en Erlangen, y luego estudié a Europa como a mi propia hacienda. Pero supon-gamos que el viaje es un lujo y que no todos pueden ni deben utilizar este medio. ¡Y Rusia? He visto toda Rusia, la conozco en todos sentidos. Trabajo...

—Algún día dejarás de trabajar—objetó Oblomov.

—Nunca. ¿Para qué?

—Cuando hayas duplicado tu capital—dijo Oblomov.

—Ni aunque lo cuadruplicase dejaría de trabajar.

—¿Entonces, para qué te esfuerzas—dijo Oblomov después de un corto silencio—, si tu fin no es el de asegurarte la vida y luego retirarte a descansar y disfrutar de quietud?...

—¡Oblomovchitis campestre!—dijo Stolz.

—O bien alcanzar por tu trabajo un puesto importante en la sociedad y luego, ocioso y honorable, gozar del reposo merecido...

—¡Oblomovchitis petersburguesa!—repitió Stolz.

—¿Y cuándo vivir entonces?—objetó Oblomov enfadado por las contestaciones de Stolz—. ¿Para qué penar todo un siglo?

—Para el trabajo mismo y nada más. El trabajo es la imagen, sentido, elemento y fin de la vida, por lo menos de la mía. Tú lo has expulsado de la tuya y ¿qué ha quedado? Intentaré levantarte quizá por última vez. Si después de esto sigues aquí encerrado con los Tarantiev y Alexeiev perecerás por completo y serás una carga para ti mismo. ¡Ahora o nunca!—concluyó Stolz.

Oblomov le escuchaba mirándole alarmado. Parecía como si su amigo le hubiera acercado un espejo y él se hubiese asustado al reconocer su misma cara.

—No me riñas, Andrés; mejor es que me ayudes—dijo suspirando—. Yo mismo sufro por ello, y si me hubieras visto y oído, por ejemplo, hoy, cuando yo mismo cavo mi fosa y me lamento de mi perdición, no hubieras tenido valor para prenderme. Todo lo sé, todo lo comprendo, pero no tengo ni fuerzas ni voluntad. Dame tu espíritu

y tu voluntad y llévame adonde quieras. Tal vez te siga a ti, pero solo no me movería de mi sitio. Tienes razón: «ahora o nunca». ¡Un año más y será tarde!

—¿Eres tú Ilia?—dijo Andrés—. Me acuerdo que eras un chico vivo y delgadito y que todos los días ibas desde Prechisteuka a Kudrino; allí en el jardín, ¿has olvidado a las dos hermanas? ¿Has olvidado a Rousseau, Schiller, Goethe y Byron, cuyas obras les llevabas quitándoles de las manos las novelas de Cottagne y Jeaulis?... Te dabas importancia de querer refinarles el gusto...

Oblomov se levantó de un salto.

—¿Cómo? ¿También te acuerdas de eso, Andrés? ¡Oh, sí! ¡Soñaba con ellas, les susurraba al oído esperanzas para el porvenir, desarrollando proyectos, ideas y también sentimientos, pero en secreto para que tú no te burlases de mí! Allí quedó todo y no ha vuelto a repetirse. ¿Adónde ha ido? ¿Por qué se ha apagado? ¡Es incomprendible! No he tenido en mi vida ni tormentos ni emociones; no he perdido nada; ningún yugo pesa sobre mi conciencia, está limpia como el cristal; mi amor propio no ha sufrido ningún choque, pero todo muere poco a poco, Dios sabe por qué...

Suspiró de nuevo.

—¿Sabes, Andrés? En mi vida no arde ni el fuego salvador ni el destructor. Mi vida no se parece a la mañana que se enciende poco a poco en calor y luz, que se transforma luego y todo arde, hierve y se mueve en el resplandeciente medio-

día y después se tranquiliza poco a poco y todo se apaga al anochecer. ¡No! ¡Mi vida ha empezado por apagarse! Es extraño, pero es así. Desde el primer momento que tuve conciencia de mí, sentí que ya me apagaba. Empecé a extinguirme escribiendo documentos en la oficina, luego leyendo en los libros verdades con las que no sabía qué hacer en la vida; me extinguía hablando con los amigos, escuchando los rumores, chismes y ridiculeces de su charla vacía y maligna, viendo la amistad sostenida por medio de reuniones sin objeto ni cordialidad; me apagaba y perecía con Mina, la que gastaba más de la mitad de mis rentas y a la que creía amar; me apagaba en los lentos y aburridos paseos por Nevsky entre los capotes de pieles de ratoncillo y los ouellets de nutria; en las reuniones de la noche, en las que me trataban con cierta cordialidad, como a un novio apetecible; me apagaba y gastaba en tonterías mi vida y espíritu mudándome de la ciudad a la casa de campo y de allí a la calle de Gorojovaia, definiendo la primavera como la época de las ostras y la langosta, el otoño y el invierno como una serie de días de recepción, el verano como el tiempo de los paseos y toda la vida como una perezosa y tranquila somnolencia, igual que los demás... ¿En qué he gastado mi amor propio? ¿En encargar los trajes a un sastre afamado? ¿En penetrar en alguna casa distinguida? ¿En estrechar la mano al príncipe N.? ¡Y el amor propio es la sal de la vida! ¿Adónde ha ido? O la vida no

sirve para nada o no la he comprendido, pero no he visto ni he conocido ni nadie me ha enseñado nada mejor. Tú aparecías y desaparecías como un cometa rápido y resplandeciente y yo lo olvidaba todo y me apagaba.

Stolz ya no comentaba con una sonrisa negligente el discurso de Oblomov. Le escuchaba guardando un silencio triste.

—Me has dicho que tengo la cara arrugada y ajada—prosiguió Oblomov—; es verdad; soy un caftán viejo y gastado, pero no por el clima o el trabajo, sino porque durante doce años he llevado encerrada en mí una luz que buscaba salida, pero que quemaba su cárcel, y no logrando salir, se ha apagado. De ese modo, mi querido Andrés, han transcurrido doce años y ya no tenía ganas de despertarme.

—¿Por qué no has hecho algo por libertarte y por huir en vez de perecer en silencio?—preguntó con impaciencia Stolz.

—¿Adónde huir?

—¿Adónde? Hacia el Volga, con tus campesinos: allí hay más movimiento, hay trabajo, hay alguna finalidad. ¡Yo hubiera ido a Siberia, a Sitja!

—¡Vaya! ¡Qué remedios tan enérgicos sueles prescribir!—objetó Oblomov abatido—. ¿Acaso soy yo el único? Ahí tienes a Mijailov, Petrov, Semenov, Alexeiev, Stepanov...; es imposible contarlos, ¡formamos legión!

Stolz estaba aún bajo la impresión de la confesión de su amigo y se callaba. Luego suspiró.

—¡Sí, ha pasado mucha agua!—dijo—. No te abandonaré en ese estado, te sacaré de aquí, irás primero al extranjero y luego a la aldea; adelgazarás un poco, sacudirás la modorra y luego ¡manos a la obra!...

—¡Sí, vámonos de aquí!—dejó escapar Oblomov.

—Mañana empezaremos las diligencias para obtener el pasaporte y después haremos los preparativos... No te dejaré, ¿oyes, Ilia?

—¡Mañana, siempre mañana!—dijo Oblomov descendiendo de las nubes.

—¿Y tú quisieras no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy? ¡Qué ímpetu! Hoy es ya tarde—añadió Stolz—; pero dentro de dos semanas estaremos ya lejos...

—¡Hombre, por Dios! ¡Dentro de dos semanas!... —objetó Oblomov—. Déjame pensarlo bien y prepararme... Necesitamos una silla de posta...; tal vez dentro de tres meses...

—¿Qué dices? ¿Silla de posta? Iremos en el coche correo hasta la frontera o en el vapor hasta Lübeck, según sea más cómodo, y una vez allí hay ferrocarriles por todas partes.

—¿Y el piso? ¿Y Zajar? ¿Y Oblomovka? Es menester dar órdenes—se defendía Oblomov.

—¡Oblomovchitis, oblomovchitis!—dijo Stolz riendo.

Luego cogió la vela, deseó a Oblomov una buena noche y se fué a dormir.

—¡Ahora o nunca, acuérdate!—dijo de nuevo

volviéndose hacia Oblomov y cerrando tras sí la puerta.

V

«¡Ahora o nunca!» Estas palabras aparecieron amenazadoras ante Oblomov apenas despertó por la mañana.

Se levantó, recorrió tres veces la habitación y echó una mirada al salón: Stolz, sentado ante la mesa, escribía.

—¡Zajar!—llamó Oblomov.

No se dejó oír el salto desde la estufa ni apareció Zajar; Stolz lo había enviado al correo.

Oblomov se acercó a su mesa escritorio, se sentó, cogió la pluma y quiso mojarla en el tintero, pero no había tinta; buscó papel, y tampoco lo había.

Se quedó pensativo e inconscientemente escribió con un dedo sobre el polvo; luego miró lo que había escrito: *Oblomovchitis*.

Borró rápidamente lo escrito frotando la mesa con la manga. Durante la noche había soñado con esta palabra que se le aparecía escrita con letras de fuego como en el festín de Baltasar.

Llegó Zajar, y al ver levantado a su señor, le miró con mirada de asombro. En aquella torpe mirada se leía «oblomovchitis». «Una sola palabra—pensó Ilia Illich—, pero qué venenosa...»

Zajar, como siempre, cogió el peine, el cepillo y la toalla y se acercó a Ilia Illich para peinarle.

—¡Vete al diablo!—dijo éste con enfado dándole un empujón que hizo caer el cepillo al suelo y Zajar dejó caer él mismo el peine.

—¿Se va a acostar otra vez?—preguntó Zajar—. En ese caso arreglaré la cama.

—Tráeme tinta y papel—ordenó Oblomov.

Y se quedó pensando en aquellas palabras: «¡Ahora o nunca!»

Escuchando atentamente esta llamada del espíritu, calculaba y se daba cuenta del resto de fuerza de voluntad que le quedaba pensando adónde le llevaría y en qué podría emplear aquel pobre tesoro. Después de penosas reflexiones, cogió la pluma, sacó un libro de un rincón y en una hora quiso leer, escribir y meditar todo lo que no había leído, escrito ni meditado en diez años.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Ir adelante o quedarse? Esta pregunta era para él más fundamental que la de Hamlet. Ir adelante, significaba para él quitarse de encima el amplio *jalat*, pero no sólo de los hombros, sino también del alma; al mismo tiempo que las telarañas y el polvo de las paredes, quitarse las telarañas de los ojos y recobrar la vista.

¿Qué era lo primero que debía hacer? ¿Por dónde empezar?

«No sé, no puedo..., no..., hago trampa, lo sé, y... Y además, Stolz estaba allí, al lado, y se lo diría en seguida.»

¿Y qué dirá? En una semana había que redactar unas instrucciones detalladas para el adminis-

trador y enviarlas a la aldea; hipotecar Oblomovka, comprar más terreno, enviar los planos de las contribuciones, desocupar el piso, sacar el pasaporte y marcharse al extranjero para seis meses, y allí, quitarse de encima la grasa sobrante, sacudir la modorra, refrescar el alma con aquel aire con el que, en unión de su amigo, tanto había soñado antes; vivir sin *jalat*, sin Zajar ni Tarantiev; ponerse las medias y quitarse él mismo los zapatos, dormir solo por la noche, ir donde van los demás, en el ferrocarril, en los vapores; luego... Luego establecerse en Oblomovka, saber lo que es la sementera y la recolección y por qué el campesino es rico o es pobre; ir a los campos, a las elecciones, a la fábrica, al molino y al embarcadero. Al mismo tiempo, leer periódicos y libros, preocuparse de por qué los ingleses han enviado un navío a Oriente...

¡He ahí lo que diría! ¡Eso significaba ir adelante! ¡Y así toda la vida? ¡Adiós poético ideal! ¡Eso sería una herrería, pero no vida! Habría siempre llamas, chirridos, calor, estruendo... ¡Y cuándo vivir? ¡No sería mejor quedarse?

Quedarse significaba ponerse la camisa del revés, escuchar los saltos de Zajar desde la estufa, comer con Tarantiev, pensar poco en todo, no acabar de leer el *Viaje a Africa*, envejecer en paz en casa de la comadre de Tarantiev...

¡Ahora o nunca! ¡Ser o no ser! Oblomov intentó levantarse de la butaca, pero el pie no encontró en seguida la zapatilla y se volvió a sentar.

Dos semanas más tarde, Stolz se fué a Inglaterra, después de haberle dado Oblomov palabra de que iría a encontrarle en París. Ya tenía el pasaporte y hasta se había hecho un abrigo de viaje y comprado un gorro. ¡Hasta tal punto habían adelantado las cosas!

Zajar trataba de convencer a su señor de que era bastante comprar un par de zapatos y que al otro se le podían poner suelas nuevas. Oblomov se compró una manta, un jersey de lana, un baúl de viaje y quiso comprar un saco para los víveres; pero más de diez personas le dijeron que en el extranjero no era costumbre llevar víveres.

Zajar corría de una tienda a otra todo sudoroso, y a pesar de que sisaba mucha calderilla, maldijo a Andrés Ivanovich y a todos los que habían inventado los viajes.

—¿Qué va a hacer allí solo?—decía en la tienda—. Dicen que allí sirven las muchachas. ¿Cómo podrá una doncella quitarle los zapatos? ¿Cómo le pondrá las medias en las piernas desnudas?

Hasta sonrió, abriendo las patillas hacia los lados, y meneó la cabeza.

Oblomov no fué perezoso e hizo una lista de lo que tenía que llevar consigo y lo que tenía que dejar en casa. Pidió a Tarantiev que llevase los muebles y otros objetos a casa de su comadre, a Viborgskaia Storoná, encargándole que los encerrase en tres habitaciones y los guardase hasta su vuelta del extranjero.

Ya los amigos de Oblomov, unos con descon-

fianza, otros con burla y algunos asustados, decían: «¡Figúrense que Oblomov se ha movido de su sitio!»

Pero Oblomov no se marchó ni al cabo de un mes ni en tres meses.

La víspera de la marcha se le hinchó el labio.

—Me ha picado una mosca, no es posible viajar por mar con un labio así—dijo, y se quedó hasta otro vapor.

Ya transcurría el mes de agosto. Stolz hacía tiempo que estaba en París y le escribía a su amigo cartas furiosas, pero no recibía contestación.

¿Qué significaba aquello? De seguro que la tinta se ha secado en el tintero y no hay papel. ¿Quizá en el estilo de Oblomov tropiezan a menudo el *que* y el *cual*, o bien Iliá Illich ante el dilema amenazador de «ahora o nunca» ha elegido lo último, ha metido las manos debajo de la nuca y en vano trata Zajar de despertarle?

No. El tintero estaba lleno de tinta, y sobre la mesa había cartas, papeles y hasta papel timbrado, escrito de su propia mano.

Al escribir, ni una sola vez vaciló en el empleo de un *cual*; su estilo fluía libre y a veces expresivo y elocuente como antaño, cuando soñaba con Stolz en los viajes y en una vida laboriosa.

Se levantaba a las siete, leía, compraba libros. Su cara no tenía huella de sueño ni de cansancio ni de aburrimiento. Hasta recobró el color y en sus ojos brillaba algo que, si no era audacia, era por lo menos aplomo. El *jalat* había desaparecido;

Tarantiev lo había llevado, en unión de otros objetos, a casa de su comadre.

Oblomov, sentado, leía algún libro o bien escribía; vestía un abrigo de casa, adornaba su cuello un pañuelo ligero y las puntas del cuello de la camisa asomaban resplandecientes y blancas como la nieve. Salía de casa vistiendo una levita correctísima y un sombrero elegante... Estaba contento..., cantaba a media voz... ¿Por qué todo esto?

Sentado a la ventana de su casa de campo (vivía a algunos kilómetros de la ciudad), tenía a su lado un ramo de flores y escribía rápidamente separando a cada instante la vista del papel para echar una mirada a la vereda, a través de los arbustos, y escribir de nuevo apresurado.

De pronto se oyó el crujido de unas pisadas ligeras sobre la arena; Oblomov tiró la pluma, cogió el ramo y se acercó corriendo a la ventana.

—¿Es usted, Olga Sergueievna? Voy en seguida—dijo cogiendo la gorra y el bastón.

Salió corriendo por la cancela, ofreció el brazo a una mujer hermosa y desapareció con ella en la sombra de los enormes abetos del bosque...

Zajar salió de un rincón, miró las espaldas de su señor, cerró la habitación y se fué a la cocina.

—¡Se ha ido!—dijo a Anisia.

—¿Comerá en casa?

—¡Cualquiera lo sabe!—contestó Zajar soñoliento.

Zajar era siempre el mismo: las mismas enormes patillas, la barbilla sin afeitar, el mismo cha-

leco gris y el mismo roto en la levita; pero se había casado con Anisia, ya porque había roto sus relaciones con la comadre, ya porque tenía la convicción de que el hombre debe ser casado. Se casó; pero, a despecho del refrán, no cambió.

Stolz había presentado a Oblomov a Olga y a su tía la primera vez que fueron a la casa de éstas; había allí visitas, y Oblomov, según su costumbre, se encontraba allí a disgusto.

«¡Si me pudiera quitar los guantes!—pensó—. Hace calor. ¡Cómo he perdido la costumbre de todo esto!...»

Stolz se sentó al lado de Olga, que estaba sola debajo de la lámpara, separada de la mesa de te; sentada y apoyándose en el respaldo de una butaca, le interesaba poco lo que pasaba a su alrededor.

Se alegró mucho al ver a Stolz, y aunque sus ojos no brillaron ni enrojecieron sus mejillas, toda su cara reflejó una luz tranquila y en sus labios apareció una sonrisa.

Ella le llamaba su amigo, le quería porque siempre le hacía reír y no la dejaba aburrirse; pero también le temía un poco porque se sentía una niña al lado de él.

Cuando en su espíritu nacía una pregunta o una duda, no se decidía en seguida a confiársela; era él demasiado superior a ella y su orgullo femenino sufría a veces por falta de madurez y por la distancia que separaba sus espíritus y sus edades.

Stolz la admiraba, desinteresadamente, como a

una criatura encantadora de aromática espontaneidad de espíritu y de sentimientos. Ella era para él tan sólo una graciosa niña que prometía mucho.

Sin embargo, Stolz hablaba con ella con más gusto y con más frecuencia que con otras mujeres, porque ella marchaba siempre, aunque de un modo inconsciente, por el sencillo y natural camino de la vida, y efecto de su modo de ser y de su sana educación, no disfrazaba las ideas, los sentimientos o la voluntad, ni disimulaba el más leve gesto de sus ojos, sus labios o sus manos.

Tal vez caminaba así porque sentía a su lado a «su amigo», en quien tenía fe, y a cuyos pasos firmes y mesurados procuraba acomodar los suyos.

Era raro encontrar una muchacha en la que poder hallar tal sencillez y tal espontaneidad en las miradas, palabras y actos. Nunca se hubiera podido leer en sus ojos: «ahora apretaré un poco los labios y me quedaré pensativa; así estoy más bonita. Miraré allí, me asustaré, lanzaré un ligero grito y se precipitarán hacia mí corriendo. Me sentaré al piano y asomaré la punta del pie...»

¡No, no tenía nada de amanerada coquetería ni mentía nunca! Tal vez sólo por esto la apreciaba Stolz. Por esto se quedaba sin pareja muchas mazurcas sin preocuparse de ocultar su aburrimiento; por esto, los jóvenes más amables, no sabiendo qué decirle, hablaban poco con ella...

Unos la consideraban como muy superficial porque no derramaba sabias sentencias y juicios acerca de la vida y el amor, ni réplicas atrevidas e

inesperadas, ni opiniones leídas u oídas sobre música o literatura; hablaba poco y siempre de lo suyo; de cosas de escasa importancia; los *caballeros* ingeniosos y atrevidos la evitaban y, en cambio, los tímidos la encontraban demasiado complicada y la temían. Sólo Stolz hablaba con ella sin tregua y la hacía reír.

A ella le gustaba la música, pero prefería cantar en voz baja para Stolz o para alguna amiga de colegio; pero Stolz afirmaba que cantaba mejor que ning na cantante.

Apenas Stolz se sentó a su lado resonó en la habitación la risa de Olga, tan sonora, sincera y contagiosa que bastaba oírla para, sin conocer la causa, echarse a reír.

Pero esto no duró mucho tiempo; una media hora después ella escuchaba a Stolz con curiosidad, y con más curiosidad aún dirigía a Oblomov miradas que producían en éste el efecto de desear que la tierra lo tragase.

«¿Qué estarán diciendo de mí?», pensaba inquieto, mirán道les de soslayo. Tuvo intención de marcharse, pero la tía de Olga le llamó a la mesa y le hizo sentar a su lado bajo los fuegos cruzados de las miradas de todos los presentes.

Se volvió hacia Stolz y vió que ya no estaba; miró a Olga y encontró clavada en él la curiosa mirada de la niña.

«¡Siempre me mira!», pensó turbado, examinando su vestido.

Temiendo tener manchada la nariz, se pasó el

pañuelo por la cara, luego se tocó la corbata para ver si estaba en desorden, cosa que le ocurría a veces; pero no, todo estaba bien y, no obstante, ella continuaba mirándole.

El criado le sirvió una taza de te y una bandeja con bizcochos. Oblomov quiso dominar su turbación y mostrarse desenvuelto, y en su azoramiento, se sirvió un montón tan grande de bizcochos, galletas y rosquillas, que la muchacha que estaba sentada a su lado se echó a reír. Los demás miraban aquel montón con curiosidad.

«¡Dios mío, también ella me mira!—pensó Oblomov—. ¿Qué voy a hacer con este montón?»

Vió, sin mirar, que Olga se levantaba y se iba a un rincón de la habitación y experimentó un gran alivio.

La muchacha aguzó la mirada para ver qué haría él con tanto bizcocho.

«¡Hay que comerlos de prisa!», pensó, y se puso a terminar con ellos rápidamente; por fortuna eran tiernos y se deshacían en la boca.

Ya sólo le quedaban dos; suspiró aliviado y se decidió a mirar hacia donde había ido Olga...

¡Dios mío! Estaba de pie apoyándose en el pedestal de un busto y seguía a Oblomov con la mirada. Había cambiado de sitio sólo para poder mirarle con más libertad; había visto la torpeza que había cometido con los bizcochos.

Durante la cena, ella estuvo sentada en el extremo opuesto de la mesa y parecía no ocuparse de él. Pero apenas Oblomov volvía tímidamente

la cabeza hacia ella, con la esperanza de que no le mirase, se encontraba con su mirada llena de curiosidad y al mismo tiempo de tanta bondad..

Acabada la cena, Oblomov se despidió apresuradamente de la tía, la cual le invitó a comer al día siguiente, rogándole que se encargase de invitar a Stolz. Ilias Illich se inclinó y atravesó toda la sala sin levantar la vista. Detrás del piano estaba un biombo y la puerta. Miró; Olga estaba sentada al piano y le miraba con la misma curiosidad. Le pareció que esta vez sonreía.

«De seguro que Andrés le ha dicho que ayer yo llevaba dos medias diferentes y tenía la camisa puesta del revés», pensó, y se fué a casa de mal humor a causa de esta hipótesis y más aún a causa de la invitación para el día siguiente, a la que había contestado con un saludo, lo que quería decir que aceptaba.

Desde aquel momento la insistente mirada de Olga no le dejaba en paz. En vano se echó boca arriba en el sofá, en vano tomaba posturas más perezosas y tranquilas, no lograba dormirse. Su *jalat* le pareció asqueroso; Zajar, tonto y molesto; el polvo y las telarañas, insoportables.

Ordenó que quitasen del cuarto unos cuadros malos que había adquirido de un protector de artistas pobres; arregló personalmente la cortina que hacía tiempo no corría, llamó a Anisia y le encargó que limpiase las ventanas y quitase el polvo, y luego se tumbó de costado y durante una hora se quedó pensando en Olga.

Primero recordó su figura dibujando su retrato en la memoria.

Olga no era hermosa en el sentido clásico; no tenía ni blancura de tez ni hermosos colores en las mejillas y labios, ni sus ojos echaban rayos de fuego; no tenía corales en los labios, ni perlas en la boca, ni manos pequeñas de niño de cinco años con dedos en forma de uva. Pero transformada en estatua resultaría una escultura llena de gracia y armonía.

Su elevada estatura armonizaba perfectamente con las proporciones de su cabeza, del óvalo de su cara, del torso y de los hombros. El que la veía, aunque fuera distraídamente, no podía por menos de pasear la mirada por aquella silueta tan severamente artística.

La nariz era graciosamente curvada; los labios eran finos y generalmente apretados como denunciando tener el pensamiento continuamente fijo en algo. La inteligencia brillaba vivamente en los ojos grisazulados; las cejas realzaban la belleza de los ojos; no eran arqueadas sombreando los ojos con dos finos trazos, eran dos rayas rubias, casi rectas, que rara vez estaban en posición simétrica, sino una más alta que otra y formando encima una pequeña arruga que parecía esconder un pensamiento.

Olga andaba inclinando ligeramente hacia delante la cabeza, que descansaba noble y graciosamente en el fino cuello orgulloso; movía todo el cuerpo mesuradamente, pisando de un modo ligero y casi imperceptible.

«¿Por qué me miraría tan fijamente ayer?—pensaba Oblomov—. Andrés jura que no le ha dicho nada de lo de las medias ni de la camisa, sino que sólo le ha hablado de nuestra amistad, de nuestra educación y estudios.»

Y así era; le había hablado de lo desgraciado que era Oblomov, de todo lo bueno que en él había, de cómo perecía por falta de compasión y de actividad y del débil resto de vida que aun brillaba en él...

«¿Por qué sonreía?—siguió pensando Oblomov—. Si tuviera un poco corazón se estremecería y lloraría de compasión, y en cambio... ¡Dios la perdone! ¡No hay que pensar en ello! Iré a comer y no volveré más.»

Pasaron días y días; Oblomov se había entregado a Olga por completo. Una mañana, Tarantiev se llevó los muebles a casa de su comadre, a Viborgskaja Storóná, y Oblomov pasó tres días como hacía mucho tiempo que no los pasaba: sin cama ni sofá y comiendo en casa de la tía de Olga.

Frente a la villa de éstas quedó una desocupada; Oblomov la alquiló sin verla y se estableció allí. Desde por la mañana hasta por la noche no se separaba de Olga, leía con ella, le enviaba flores, paseaba con ella por las colinas y por el lago... ¡él, Oblomov!

¿Cómo pudo ocurrir todo esto? Fué muy sencillo.

El día en que Oblomov comió con Stolz en casa de la tía de Olga sintió durante la comida la mis-

ma tortura de la víspera; comía y hablaba sabiendo y sintiendo sobre sí la mirada de Olga, que le quemaba como el sol, le inquietaba y le ponía los nervios de punta. Sólo cuando se asomó al balcón, a fumar un cigarro, pudo ocultarse por un instante a aquella mirada silenciosa e insistente. «¿Qué es esto?—decía volviéndose a uno y otro lado—. ¡Es un suplicio! ¿Acaso soy un mono para ella? No mira así a nadie, no se atrevería. Yo soy más tímido, y por eso... ¡Le hablaré! ¡Mejor es que sepa por mis palabras lo que está turbando mi alma con los ojos!»

De improviso ella vino al balcón; él le ofreció la silla y ella se sentó a su lado.

—¿Es verdad que se aburre usted mucho?—le preguntó.

—Sí, es verdad—contestó Oblomov—; pero no mucho..., tengo algunas ocupaciones.

—Andrés Ivanovich me ha dicho que estaba usted escribiendo un proyecto.

—Sí, quiero irme a vivir a la aldea y me preparo poco a poco.

—¿Irá usted al extranjero?

—Sí, desde luego; en cuanto Andrés Ivanovich arregle sus cosas.

—¿Va usted de buena gana?

—Sí, de muy buena gana...

Oblomov la miró; la sonrisa se extendía por todo el rostro de ella asomándose a los ojos y derramándose por las mejillas; sólo los labios, como siempre, estaban apretados. El no tuvo valor para mentir.

—Soy... un poco... perezoso—dijo—, pero...

Sintió enfado contra sí mismo al ver que ella con tanta facilidad, casi sin hablar, hubiese conseguido arrancarle aquella confesión de su pereza. «¿Qué es ella para mí?—pensó—. ¿Acaso le tengo miedo?»

—¿Perezoso?—contestó ella con un tono de astucia apenas perceptible—. ¿Es posible? ¿Un hombre perezoso? No lo entiendo.

«¿Qué será lo que no entiende?—pensó Oblomov—. Me parece que la cosa es sencilla.»

—Estoy casi siempre en casa y por eso cree Andrés que soy...

—Pero de seguro leerá y escribirá usted mucho—dijo ella—. ¿Lee?

Y le miraba fijamente.

—¡No, no leo!—dijo él bruscamente, como si las palabras se le escapasen de la boca asustado de que fuese a examinarle.

—¿Qué es lo que no lee?—preguntó ella riendo. El también se echó a reír.

—Creí que se refería a las novelas; no las leo.

—No ha adivinado. Quería preguntarle si lee relatos de viajes.

Oblomov la miró agudamente: todo su rostro reía, excepto los labios.

«¡Oh!... Hay que estar en guardia», pensó.

—¿Qué lee usted?—preguntó curiosa.

—Prefiero leer relatos de viajes.

—¿A Africa?—preguntó ella con malicia.

El se ruborizó comprendiendo, no sin razón, que

ella no sólo sabía qué era lo que leía, sino también cómo lo leía.

—¿Es usted músico?—dijo para sacarle del apuro. En aquel momento se acercó Stolz.

—¡Ilia! Le he dicho a Olga Sergueievna que tienes pasión por la música y le he pedido que nos cante algo... *¡Casta diva!*

—¿Por qué dices eso?—refutó Oblomov—. No tengo pasión por la música...

—¿Qué hombre!—interrumpió Stolz—. Parece que se ha ofendido. Lo presento como un hombre inteligente y él se empeña en deshacer la ilusión.

—Yo sólo trato de rechazar el papel de aficionado; es un papel dudoso y difícil.

—¿Qué clase de música le gusta más?—preguntó Olga.

—Es difícil contestar a esa pregunta. ¡Toda! A veces escucho con gusto un organillo que toca un motivo que se me ha quedado grabado en la memoria, y otras veces me voy del teatro a la mitad de una ópera. Un día me emociona Meyerbeer o la canción desde un barco; según mi estado de ánimo. A veces me taparía los oídos para no oír música de Mozart...

—Entonces es usted un verdadero aficionado...

—Cántenos algo, Olga Sergueievna—pidió Stolz.

—¿Y si el señor Oblomov viene hoy dispuesto a taparse los oídos?—dijo Olga dirigiéndose a él.

—Ahora parecía indicado decir alguna cortesía—contestó Oblomov—, pero ni sé ni si supiera me atrevería...

—¿Por qué?

—¿Y si luego resulta que usted canta mal?—objetó ingenuamente Oblomov—. Me encontraría después en una situación violenta...

—Como ayer con los bizcochos...—se le escapó a Olga, que se ruborizó y hubiera dado cualquier cosa por no haberlo dicho—. ¡Perdóneme!—añadió.

Oblomov, que no esperaba esta salida, se ruborizó.

—¡Es una traición!—dijo a media voz.

—No, tal vez una venganza y a fe mía que no premeditada; ¡como usted no ha encontrado alguna cortesía que decirme!...

—Tal vez la encuentre si la oigo.

—¿Quiere usted que cante?—le preguntó.

—¡No, es él el que quiere!—contestó Oblomov señalando a Stolz.

—¿Y usted?

Oblomov movió la cabeza negando.

—No puedo querer lo que no conozco.

—¡Eres un grosero, Ilia!—dijo Stolz—. He aquí la consecuencia de permanecer tumbado en el sofá y ponerse medias...

—¡Por Dios, Andrés!—le interrumpió Oblomov vivamente sin dejarle hablar—. A mí no me cuesta nada decir: «¡Oh, encantado! Canta usted divinamente—prosiguió dirigiéndose a Olga—. Tendré mucho gusto...», etc. Pero ¿acaso es preciso decirlo?

—Pero por lo menos, aunque sólo fuera por curiosidad, podía usted manifestar el deseo de que cante...

—No me atrevo—dijo Oblomov—. Usted no es una artista...

—¡Bueno, cantaré para usted!—dijo Olga a Stolz.

—Ilia, prepara un cumplido.

Entre tanto, había anochecido. Habían encendido la lámpara, que brillaba como si fuese la luna a través de la hiedra del enrejado. El crepúsculo difuminó los contornos de las caras y la figura de Olga parecía verse a través de una gasa; el rostro quedaba en la sombra, sólo se escuchaba su suave pero potente voz vibrando de expresión...

Cantó muchas tonadas y romanzas que Stolz le iba indicando; expresaban un sentimiento con un vago vislumbre de felicidad; otras eran más alegres, pero en todas ellas se ocultaba un germen de melancolía.

Aquellos sonidos y aquella voz pura, vigorosa y juvenil hacían latir el corazón, vibrar los nervios y llenarse de lágrimas los ojos. Se sentía el deseo de no despertar de aquel sueño de sonidos y de morir, y al mismo tiempo el corazón pedía vivir...

Oblomov se encendía, languidecía, difícilmente contenía las lágrimas y con más dificultad aún ahogaba en su alma un grito de júbilo pronto a escapar de su garganta. Hacía ya tiempo que no había experimentado una emoción tan intensa, ni había sentido brotar del fondo de su alma una fuerza tal que le hacía sentirse capaz de cualquier hazaña. En aquel momento, hasta se hubiera atre-

vido a ir al extranjero si no hubiera que embarcarse.

Como final, Olga cantó *Casta diva*; la emoción que sintió Oblomov, las ideas que, como un rayo, atravesaron su cabeza y el escalofrío que como agujas sintió correr por todo su cuerpo, acabaron con él; estaba sin fuerzas.

—¿Está usted hoy contento de mí?—preguntó Olga a Stolz cuando acabó de cantar.

—¡Pregunte a Oblomov! A ver qué dice—contestó Stolz.

—¡Oh!—dejó escapar Oblomov.

Cogió una mano de Olga, pero se turbó y en seguida la soltó.

—¡Perdone!...—balbució.

—¿Oye usted?—dijo Stolz a Olga—. Díme, Iliá, francamente, ¿cuándo has sentido una emoción semejante?

—Lo mismo ha podido ocurrirle esta mañana si por debajo de su ventana hubiera pasado un organillo...—dijo Olga con tanta bondad y dulzura que alejaba toda idea de sarcasmo.

Oblomov la miró protestando.

—Hasta ahora tiene las ventanas cerradas y no oye lo que pasa en la calle—dijo Stolz, y tomando la mano de Olga añadió: No sé explicarme por qué ha cantado usted hoy como nunca la he oído. ¡He aquí mis cumplidos!—dijo besándole cada uno de los dedos.

Stolz se marchó. Oblomov quiso imitarle, pero su amigo y Olga trataron de impedirlo.

—Yo tengo que hacer—dijo Stolz—y tú de seguro te tumbaría...; es aún temprano...

—¡Andrés! ¡Andrés!—dijo Oblomov con voz suplicante—. ¡No, hoy no puedo quedarme, me voy!—añadió y se fué.

Durante toda la noche no pudo cerrar los ojos; se paseaba triste y pensativo por la habitación.

Al amanecer se marchó de casa y anduvo sin rumbo por las calles y por el malecón del Neva sintiendo y pensando Dios sabe en qué...

Tres días después volvió allí otra vez, y al anochecer, cuando las demás visitas se marcharon, se encontró al lado del piano, junto a Olga. A la tía le dolía la cabeza y estaba sentada en el despacho aspirando alcohol.

—¿Quiere que le enseñe los dibujos que me ha traído de Odesa Andrés Ivanovich?—preguntó Olga—. ¿No se los ha enseñado él?

—¿Es que quiere usted entretenerme cumpliendo así con el deber de la señora de la casa?—preguntó Oblomov—. ¡No hace falta!

—¿Por qué no? Quiero que no se aburra, que se sienta usted aquí a gusto y sin molestias, como si fuera en su casa, ¡y que no se marche usted... para acostarse!

«¡Es una criatura mala y burlona!», pensó Oblomov, admirando sin querer cada uno de los gestos de Olga.

—¿Quiere usted que no me aburra, que esté a mi gusto y sin embarazo?—preguntó él.

—Sí—contestó ella mirándole como días atrás, pero con más curiosidad y bondad aún.

—Para que sea así es necesario, primero, que no me mire como ahora y como hace días.

La curiosidad de la mirada de Olga se duplicó.

—Sí, precisamente esa mirada es la que me confunde. ¿Dónde está mi sombrero?

—¿Por qué le confunde?—preguntó ella suavemente, al mismo tiempo que sus ojos perdían la expresión de curiosidad, acentuando la de bondad y dulzura.

—No sé; me parece que con esa mirada se entera usted de todo lo que me disgusta que sepan los demás y sobre todo usted...

—¿Por qué? Usted es amigo de Andrés Ivarovich y éste es amigo mío; por consiguiente...

—Por consiguiente no hay razón para que sepa usted de mí todo lo que sabe Andrés Ivanovich—concluyó él.

—No hay razón, pero hay posibilidad...

—Gracias a la indiscreción de mi amigo; ¡es un mal favor que me hace!...

—¿Acaso tiene usted algún secreto?—preguntó Olga—. ¿Quizá algún crimen?—añadió riéndose y apartándose.

—Puede ser—contestó él suspirando.

—Sí, es un gran crimen—dijo ella tímidamente y en voz baja—eso de ponerse medias diferentes. Oblomov cogió el sombrero.

—¡Es imposible!—exclamó—. ¡Y aun quiere us-

ted que esté aquí a gusto! Dejaré de querer a Andrés. ¿También le ha dicho eso?

—Me hizo reír mucho hoy contándomelo—explicó Olga—; siempre me hace reír. Perdóneme, no lo diré más y procuraré mirarle de otro modo...

Hizo un gesto pícaro de seriedad.

—Bueno, eso era *lo primero*—continuó—, ya no le miro como antes y estará usted a gusto. Y ahora, segundo: ¿qué hay que hacer para que no se aburra?

El miraba frente a frente aquellos cariñosos ojos grisazulados.

—Ahora es usted el que me mira de un modo raro—dijo ella.

Efectivamente, él la miraba con toda el alma puesta en los ojos, como un hipnotizador, pero la miraba sin querer, sin tener fuerzas para dejar de mirarla.

«¡Dios mío, que bonita es!—pensaba mirándola y casi asustado—. ¡Parece imposible que haya criaturas así! ¡Esa blancura, esos ojos oscuros como un abismo, pero en los que brilla el alma! En su sonrisa se puede leer como en un libro y detrás de la sonrisa qué dientes tan bellos; y la cabeza con qué suavidad descansa sobre los hombros; parece balancearse como una flor y exhalar perfume... Sí, algo de ella viene a mí—pensó—, algo de su ser pasa al mío. Aquí en el corazón hay algo que hierve y late. Siento algo que no había antes... ¡Dios mío, qué felicidad el contemplarla! ¡Hasta me cuesta trabajo respirar!»

Estas ideas bullían como un torbellino en su ca-

beza y continuaba mirándola, como quien mira a una cosa lejana, a un abismo sin fondo, con languidez, con olvido de sí mismo.

—¡Por Dios, señor Oblomov, deje de mirarme así!—dijo Olga volviendo con timidez la cabeza.

Pero la curiosidad la vencía y no podía apartar la mirada de su rostro. El no oía nada. Seguía mirándola sin oír sus palabras y comprobando lo que pasaba en él; se tocó la cabeza; también allí se agitaba algo precipitadamente. No podía coordinar las ideas; éstas volaban como una bandada de pájaros y algo había al lado del corazón que le dolía.

—No me mire de ese modo—dijo ella—. También yo estoy azorada...; seguramente que usted quiere también averiguar algo mío...

—¿Qué puedo yo averiguar?—preguntó Oblomov de un modo automático.

—También tengo yo proyectos empezados y sin acabar—contestó Olga.

Esta alusión a su proyecto inacabado le hizo volver en sí.

—¡Es extraño!—objetó él—. Es usted mala, pero su mirada es buena. No en vano dicen que no se debe fiar en las mujeres; ellas mienten intencionadamente con la lengua y sin intención con los ojos, la sonrisa, el rubor y hasta con los desmayos.

Ella no dejó que esta impresión tomase fuerza; le cogió el sombrero y se sentó en la banqueta del piano.

—¡No lo haré más!—exclamó con viveza—. ¡Per-

done mis indiscreciones, pero le aseguro que no eran en son de burla!—dijo casi cantando y en el tono de su voz se advertía sentimiento.

Oblomov se tranquilizó.

—¡Este Andrés!—dijo en tono de reproche.

—Bueno, dígame qué es *lo segundo* que hay que hacer para que no se aburra.

—¡Cantar!—dijo él.

—¡Ese es el cumplido que estaba esperando!—le interrumpió ruborizándose de contenta—. ¿Sabe?—continuó animada—. Si anteayer no me hubiera dicho usted algo después de mi canto, creo que no hubiera podido dormir en toda la noche y hasta hubiera llorado.

—¿Por qué?—preguntó con asombro Oblomov.

Olga se quedó pensativa.

—No lo sé—dijo por fin.

—Es porque es usted muy orgullosa.

—Sí, desde luego es por eso—dijo pensativa y tocando las teclas con una mano—; pero en todo hay orgullo, y mucho. Andrés Ivanovich dice que es el único móvil de la voluntad. Así, usted, por ejemplo, no lo tiene y por eso...

Ella no acabó.

—¿Qué?—preguntó él.

—No, nada—dijo ella titubeando—. Yo quiero a Andrés Ivanovich—continuó—no sólo porque me hace reír, pues a veces me habla y yo lloro, no porque él me quiera, sino porque me parece que... me quiere más que a las demás. ¡Vea usted hasta dónde llega el orgullo!

—¿Quiere usted a Andrés?—preguntó Oblomov clavando en los ojos de ella una intensa mirada escudriñadora.

—Sí, desde luego; una vez que él me quiere más que a las demás, yo también...—contestó seriamente.

Oblomov la miraba en silencio y ella le respondió con una mirada franca y silenciosa.

—El también quiere a Ana Vasilievna y a Zinaida Mijailovna, pero no del mismo modo—continuó—. No permanece dos horas al lado de ellas ni las hace reír ni pone toda su alma en lo que les cuenta; les habla de negocios, de teatro, de novedades y noticias, en tanto que conmigo habla como con su hermana... no, como con una hija—corrigió apresurada—; a veces hasta me regaña si no entiendo algo en seguida o no le obedezco o no estoy de acuerdo con él. Y a ellas no las riñe y creo que por eso le quiero más. ¡El orgullo!—dijo pensativa—. ¿Cómo es que ha penetrado en mi canto? Hace tiempo que me dicen muchas cosas agradables de él y usted ni siquiera quería escucharme, casi le obligaron. Y si después de oírme se hubiera usted ido sin decirme una palabra, si no hubiese notado su emoción en su cara, me hubiese puesto enferma... ¡Sí, efectivamente—concluyó—, esto es orgullo!

—¿Y usted notó algo en mi cara?—preguntó él.

—Sí, las lágrimas, aunque procuraba usted ocultarlas. ¡Es una mala costumbre de los hombres el avergonzarse de tener corazón! Eso es también un

falso amor propio. Mejor sería que se avergonzasen de su alma, ésta engaña con más frecuencia. Andrés Ivanovich siente también esa vergüenza. Yo he hablado con él de esto y está de acuerdo conmigo ¿Y usted?

—¿Cómo se podría no estar de acuerdo, mirándola?

—¡Otro cumplido! Y que...

Ella buscó 'el calificativo.

—¡Trivial!—acabó Oblomov sin apartar la mirada de ella.

Olga aprobó la palabra con una sonrisa.

—Eso es precisamente lo que temía cuando no quería rogarle que cantase... ¿Qué se puede decir cuando se escucha la primera vez? Y es necesario decir algo. Es difícil ser inteligente y sincero al mismo tiempo, sobre todo cuando se trata de sentimientos y estando bajo el influjo de una impresión como aquélla.

—Verdad es que aquel día canté como no lo hacía hace tiempo y quizá como no vuelva a cantar... No me pida que cante porque ya no cantaré así... Espere, cantaré una cosa...—dijo, y su rostro se iluminó y brillaron sus ojos.

Se sentó en la banqueta, hizo sonar dos o tres acordes y empezó a cantar.

¡Cuántas cosas expresaba aquel canto! Esperanzas, vagos temores de tormenta, la tormenta misma y aspiraciones a la felicidad, y todo ello vibraba intensamente no en la canción, sino en la voz.

Cantó largo rato volviéndose a veces hacia Oblomov y preguntándole como una niña:

—¿Es bastante? No, ahora esto—y cantaba de nuevo.

Tenía rojas las mejillas y las orejas; a veces, en su cara juvenil se reflejaban relámpagos de emoción y brillaba el rayo de una pasión tan madura como si con el alma estuviese viviendo un período lejano de su vida futura; y de repente, se extinguía y la voz resonaba fresca y plateada.

También Oblomov sentía vibrar en sí la misma emoción y le parecía que vivía y sentía no una hora, sino años enteros.

Los dos, exteriormente inmóviles, estaban agitados por el mismo fuego interior, se estremecían con el mismo temblor y sus ojos estaban llenos de lágrimas producidas por la misma emoción. Eran los síntomas de la pasión que algún día despertaría en sus almas y que por ahora se manifestaba sólo en las pasajeras explosiones de las dormidas fuerzas de la vida.

Ella acabó con un largo acorde armonioso en el que se extinguió su voz. Se paró de pronto, puso las manos sobre las rodillas y, enternecida y emocionada, miró a Oblomov.

En el rostro de éste brillaba la aurora de la felicidad recién despertada, surgida desde el fondo del alma; la mirada, llena de lágrimas, estaba clavada en ella.

Ahora fué Olga la que, involuntariamente, le cogió la mano.

—¿Qué le pasa?—preguntó—. ¡Qué cara tiene!
¡Por qué?

Ella sabía por qué tenía aquella cara e interiormente gozaba de su triunfo admirando el efecto que había sabido producir.

—¡Mírese en el espejo!—continuó sonriendo y señalándole la imagen del rostro de él en el espejo—. ¡Le brillan los ojos, tiene usted lágrimas! ¡Cómo siente usted la música!

—¡No, yo siento... no es la música..., sino el amor!—dijo Oblomov en voz baja.

Olga soltó en el acto la mano y la expresión de su cara cambió. Su mirada encontró la de él clavada en ella; aquella mirada fija, casi insensata, no era Oblomov, era la pasión.

Olga comprendió que se le había escapado una palabra que ya no era posible ocultarla. Esta palabra era: ¡Verdad!

Oblomov volvió en sí, cogió el sombrero y sin mirar atrás salió corriendo de la habitación. Olga ya no le seguía con mirada curiosa; durante largo rato se quedó sin moverse al lado del piano, como una estatua, y continuó mirando al suelo; sólo el pecho se levantaba y bajaba agitado...

VI

Oblomov, en su perezoso descanso en el sofá, en sus somnolencias y sus éxtasis, soñaba siempre con la mujer mirándola como esposa y, a veces, como amante.

En sus sueños se le aparecía la imagen de una mujer alta, esbelta, con los brazos cruzados sobre el pecho, de mirada tranquila, pero orgullosa, sentada negligentemente en el cenador sombreado por la hiedra o pisando ligera la alfombra de arena de la avenida, de talle flexible, cabeza graciosamente colocada sobre los hombros y mirada pensativa; un ideal, encarnación de una vida de tranquilidad y de paz y solemne como la paz misma.

Se la imaginaba primero toda cubierta de flores, ante el altar, con un largo velo; luego, a la cabecera del lecho matrimonial con los ojos bajos por el rubor, y por fin la veía madre rodeada de hijos.

Soñaba con su sonrisa que no era apasionada, sino complaciente para él, su marido, y afable para los demás; soñaba con sus ojos, no húmedos por el deseo, sino afectuosos para él y púdicos y hasta severos para los otros.

No quería verla estremecida, ni oír sus sueños ardientes, ni ver lágrimas o languideces repentinas, pasando luego a una alegría inmoderada. No quería romanticismos a la luz de la luna ni melancolías. No le gustaba verla palidecer de pronto y desvanecerse ni las explosiones intensas.

Estas mujeres—se decía—suelen tener amantes y además dan mucho que hacer: médicos, aguas y otras fantasías. ¡Así no se puede tener un sueño tranquilo! En cambio, al lado de una compañera serena, orgullosa y púdica, se duerme bien. Se duerme seguro de que al despertar se encontrará la misma mirada dócil y afectuosa, y al cabo de

veinte o treinta años continuará encontrándose en los ojos de ella el mismo apacible rayo de simpatía. ¡Y así hasta la muerte!

Sí, tal vez el fin ignorado de la vida de cada hombre y cada mujer fuera el encontrar en su compañero la invariable fisonomía de paz, el flujo igual y eterno de sentimiento. Esa era la norma de la vida, y apenas se desvía uno de ella o la vida cambia o se enfría y se hace dolorosa. Entonces, mi ideal—pensó—¿es el ideal común? ¿Consistirá quizá la clave del ideal en encontrar un sistema sencillo de mutuas relaciones entre los dos sexos? El encontrar a la pasión una salida franca indicándole, como a un río, la dirección de la corriente para la mayor prosperidad de la región, ése es el problema universal, la cúspide del progreso, a la que quieren subir todos los Jorge Sand, pero se desvían siempre y pierden el camino. Una vez resuelto esto, ya no hay traiciones ni olvidos, sino siempre un latir tranquilo del corazón feliz y, por consiguiente, una vida plena, el eterno jugo de vida, la eterna salud moral. Hay ejemplos de una tal dicha, pero son muy raros y se los señala como casos extraordinarios. Dicen que es necesario nacer para ello. ¡Y Dios sabe, quizá también haya que educarse hacia ello con plena conciencia!...

¡La pasión! Está bien en los versos y en la escena donde los actores se pasean con capas y espadas y luego se van juntos a cenar los asesinos y las víctimas...

Las pasiones estarían bien si acabasen de otro modo; ¡pero no!, sólo dejan tras sí humo, fetidez y desgracia. El recuerdo de ellas es sólo vergüenza y desesperación.

Luego al que le ocurre la desgracia de sufrir una pasión es lo mismo que al que, ya cerca de su pueblo natal, se encuentra en un pedregoso camino de montaña en el que se caen los caballos y el viajero pierde las fuerzas; no hay mas solución que salir lo más rápidamente posible del lugar peligroso...

Sí, es necesario ahogar la pasión casándose...

Hubiera huído con espanto de la mujer que le abrazase con la mirada o gimiese y se dejase caer con los ojos cerrados sobre su hombro y luego, volviendo en sí, le enlazase el cuello con los brazos hasta sofocarle... Eso era unos fuegos artificiales, la explosión de un barril de pólvora; y después, ¿qué? ¿Remordimiento, deslumbramiento y recuerdos amargos?

¿Pero qué clase de mujer era Olga?

Largo tiempo después de habersele escapado la declaración, no habían vuelto a verse a solas. Oblomov, al ver a Olga, se escondía como un colegial. Ella había cambiado respecto a él, pero no le evitaba ni le mostraba desdén; únicamente se notaba que se había vuelto más pensativa.

Parecía como si sintiese pesar porque hubiese ocurrido aquello que le impedía atormentar a Oblomov con la mirada curiosa fija en él y mortificarle burlándose bondadosamente de su torpeza,

de su pereza y de su continuo estar acostado. Continuaba en ella el espíritu burlón, pero ahora era como el de una madre que no puede dejar de sonreír al ver a su hijo con un vestido ridículo; Stolz se había ido, no tenía para quién cantar y el piano estaba cerrado. En una palabra, ambos se sentían confusos y mal a gusto.

¡Y qué bien había empezado todo! ¡Con qué sencillez se habían conocido y con qué facilidad habían entablado amistad! Oblomov era más sencillo y más bueno que Stolz, y aunque no la hacía reír ¡perdonaba las burlas con tanta facilidad!

Además, Stolz al marcharse había confiado a Oblomov al cuidado de ella, le había pedido que lo vigilase y no le dejase quedarse en casa. En la linda e inteligente cabecita de Olga se desarrolló un plan detallado para ver el modo de hacer perder a Oblomov la costumbre de dormir la siesta; y no sólo de dormir, sino que le haría jurar que en todo el día no se acostaría en el sofá.

Ella soñaba con «mandarle leer» los libros que había dejado Stolz; luego le acostumbraría a leer todos los días los periódicos, contarle las novedades y escribir cartas a la aldea; le haría terminar el proyecto de reorganización de su hacienda, prepararse para el viaje al extranjero y procuraría no dejarle dormir; le señalaría cuál era el objeto de su vida, le obligaría a recobrar la afición a lo que había dejado de agradarle, y a la vuelta de Stolz, éste no reconocería a su amigo.

¡Y todo este milagro lo haría ella, tan tímida y

silenciosa, que hasta ahora nadie la había obedecido; ella, que todavía no había empezado a vivir! ¡Ella, autora de tal transformación!...

Ya había empezado; apenas la oyó cantar, Oblomov había cambiado...

El viviría, trabajaría y la bendeciría. ¡Habría devuelto un hombre a la vida! ¡Cuánta gloria alcanza el médico que logra salvar un enfermo desesperado! ¡Y salvar un espíritu que perece?...

Se estremecía de orgullo y de júbilo considerándose encargada de una misión del cielo. Se nombró mentalmente bibliotecario y secretario de Oblomov.

¿Y ahora todo habría terminado? No sabía qué actitud tomar y por eso se callaba al encontrarse con Oblomov.

Este, a su vez, pensaba que la habría asustado y ofendido, esperaba miradas hoscas y severa frialdad y al ver a Olga temblaba y la eludía.

En aquellos días se había mudado a la casa de campo, y durante los tres primeros salía solo a través del pantano, hacia el bosque, o iba al pueblo y se sentaba ocioso a las puertas de una cabaña contemplando cómo corrían los chicos y los terneros o cómo se bañaban los patos.

Al lado de su casa había un lago y un parque enorme, pero él tenía miedo de ir por allí y encontrarse con Olga a solas.

«¿Cómo se le había ocurrido decirle aquello?», pensaba, y ni siquiera se le ocurría pensar en si lo que había dicho era algo firmemente sentido o

sólo consecuencia de la momentánea impresión producida por la música.

La confusión, la vergüenza que experimentaba a causa del «escándalo» que había dado le impedían examinar su impulso y lo que Olga era para él. No analizaba, no se daba cuenta de que al lado de su corazón había algo extraño que no había antes. Todas sus facultades habían quedado sometidas a un sentimiento de vergüenza:

Pero en el momento en que *ella* surgía en su imaginación, se le aparecía como su ideal de paz y de felicidad; este ideal era idéntico a Olga. Ambas imágenes se mezclaban y confundían en una sola. «¿Qué he hecho?—se decía—. ¡He destruído todo! Gracias a Dios, Stolz se ha ido y ella no ha tenido tiempo de decírselo; ¡sería para morir de vergüenza! ¡Acaso me convienen el amor y las lágrimas? La tía de Olga no ha vuelto a invitarme; de seguro que se lo ha dicho todo... ¡Oh Dios mío!»

Pensando en esto, penetraba en la espesura del bosque por una avenida lateral.

Olga no sabía qué actitud tomar en el primer encuentro. ¿Se callaría como si no hubiese pasado nada o tendría que decirle algo?

¿Y qué decir? ¿Adoptaría un continente severo mirándole con orgullo, o sería mejor no mirarle y decirle altiva y secamente que nunca había esperado tal proceder y que cómo se había permitido tal impertinencia?... Así había contestado So-nechka a un alférez con el que estaba bailando una

mazurca, aunque ella misma había hecho todo lo posible para impulsarle a hablar.

«Pero ¿dónde estaba aquí la impertinencia?—se preguntaba Olga—. Si es verdad, ¿por qué no ha de decírmelo? ¡Pero cómo es posible, así, de repente, sin apenas conocerme!... Ningún hombre hubiera sido capaz de decir nada a la segunda o tercera vez de ver a una mujer, ni nadie hubiera sentido tan pronto el amor... Sólo a Oblomov...»

Pero se acordó de que había oído y leído que a veces el amor nace de un modo repentino.

«El ha tenido un impulso, se ha sentido enamorado; ahora no viene—se decía—, siente vergüenza; luego su proceder no es incorrecto. ¿Y quién tiene la culpa? Desde luego Andrés Ivanovich porque él fué el que la hizo cantar. Al principio, Oblomov no quería oírla..., ella se enfadó..., le obligó...»

Se ruborizaba... Sí, ella había hecho todo lo posible para animarlo. Stolz le había dicho que Oblomov era apático, que nada le interesaba, que todo se había apagado en él... Y por eso ella quiso ver si era verdad que *todo* se había apagado y cantó como nunca...

«¡Dios mío! Yo soy la que tengo la culpa; le pediré perdón... ¿Y de qué?—se preguntó—. ¿Qué le diré?: Señor Oblomov, yo tengo la culpa, le he seducido... ¿Qué vergüenza! ¡Es mentira!—exclamó ruborizándose y golpeando el suelo con el pie—. ¿Quién puede pensar eso?... ¿Acaso sabía yo el resultado? Y si no fuese así, si él no hubiese dejado escapar... ¿qué pasaría entonces?... No sé...»

Desde aquel día tenía el corazón intranquilo..., sentía escalofríos y en sus mejillas ardían dos rosetas coloradas.

—Es una irritación..., una ligera fiebre—dijo el médico.

«¿Qué ha hecho Oblomov? ¡Oh, hay que castigarle para que no lo repita! Le diré a mi tía que no lo reciba; no tiene derecho a faltarme al respeto... ¡Cómo se habrá atrevido!...», pensaba paseando por el bosque. Sus ojos ardían...

De pronto oyó que alguien se acercaba.

«Alguien viene...», pensó también Oblomov.

Y se tropezaron uno con otro.

—¡Olga Sergueievna!—dijo él temblando como la hoja del árbol.

—¡Ilia Illich!—contestó ella tímidamente y ambos se detuvieron.

—Buenos días—dijo él.

—Buenos días—contestó ella.

—¿Adónde va usted?

—Por ahí...—contestó ella sin levantar la vista.

—¿Le estorbo?

—¡Oh no, de ningún modo!—respondió ella mirándole rápidamente y con curiosidad.

—¿Me permite que la acompañe?—preguntó él de pronto lanzando una mirada investigadora.

Anduvieron en silencio por la vereda. Ni la regla del maestro ni las cejas del director habían conseguido nunca hacer latir el corazón de Oblomov tan apresuradamente como ahora. Quería decir algo, se esforzaba, pero la lengua no le obedeció.

cía; sólo el corazón le palpitaba agitado como presintiendo una desgracia.

—¿Ha tenido carta de Andrés Ivanovich?—preguntó Olga.

—Sí—contestó Oblomov.

—¿Y qué dice?

—Me llama a París.

—¿Y usted?

—Iré.

—¿Cuándo?

—No sé..., mañana..., cuando esté todo listo.

—¿Por qué tan pronto?

El callaba.

—¿No le gusta el campo? Dígame, ¿por qué quiere marcharse?

«Impertinente! ¡Aun quiere irse!», pensó ella.

—Tengo dolores..., me encuentro a disgusto..., un ardor...—murmuró Oblomov sin mirarla.

Olga callaba; había cortado una rama de lilas y aspiraba el aroma escondiendo la cara.

—¡Mire qué bien huele!—dijo acercándole la rama a la cara.

—¡Ah, muguetes! Espere que le coja algunos—dijo Oblomov inclinándose—. Estos huelen mejor, huelen a campo y a bosque. Las lilas crecen al lado de las casas, sus ramas entran por las ventanas y tienen un aroma demasiado dulce. ¡Mire! Todavía no se ha secado el rocío en los muguetes. Le ofreció algunos.

—¿Le gusta la reseda?—preguntó ella.

—No, tiene un olor demasiado fuerte; no me

gustan ni la reseda ni las rosas. En general, no me gustan las flores; en el campo están bien, pero en las habitaciones... exigen tantos cuidados..., estorban la limpieza...

—¿Le gusta que las habitaciones estén limpias? —preguntó ella mirándole con malicia—. ¿No tolera la basura?

—Sí, pero tengo un criado...—tartamudeó Oblomov y añadió para sus adentros: «¡Oh mala!»

—¿Va usted directamente a París?

—Sí, Stolz me espera hace tiempo.

—Llévele una carta mía, la escribiré.

—Entonces démela hoy porque mañana me mudo a la ciudad.

—¿Mañana?—preguntó ella—. ¿Por qué tan pronto? Parece que alguien le persigue...

—Es verdad...

—¿Quién?

—La vergüenza...—murmuró él.

—¿La vergüenza?—repitió ella automáticamente, y al mismo tiempo pensaba: «Sí, ahora le diré: Señor Oblomov, yo nunca... podía esperar...»

—Sí, Olga Sergueievna—dijo por fin Oblomov dominándose—. Veo que usted se asombra..., se enfada...

Ella pensaba: «Sí, ahora... es el momento oportuno...», y le latía el corazón. «¡No puedo, Dios mío!»

El procuraba mirarle la cara para ver su expresión, pero ella aspiraba el olor de las lilas y los muguetes y no sabía qué decir ni qué hacer.

«¡Oh, Sonechka hubiera inventado algo—pensaba—, y yo soy tan tonta! ¡No sé hacer nada, qué martirio!»

—He olvidado completamente...—dijo.

—Créame, aquello fué contra mi voluntad..., no pude dominarme...—dijo envalentonándose poco a poco—. Hubiera hablado aunque se me hubiera caído el mundo encima; no estaba en mis fuerzas dominarme... No crea, por Dios, que yo quise... Yo mismo, un minuto después, no sé lo que hubiera dado por poder recoger aquella palabra imprudente...

Olga caminaba con la cabeza baja oliendo las flores.

—Olvídelo—prosiguió él—, olvídelo porque no es verdad...

—¿No es verdad?—repitió ella de pronto enderezándose y dejando caer las flores.

Sus ojos se abrieron ampliamente y brillaron de asombro...

—¿Cómo? ¿No es verdad?—repitió de nuevo.

—No. Por amor de Dios no se enfade y olvídelo. Le aseguro que fué sólo un impulso momentáneo... producido por la música.

—¿Sólo a causa de la música?

La cara de ella cambió; de las mejillas desaparecieron las dos manchitas sonrosadas y los ojos perdieron el brillo.

«¡Entonces no hay nada! ¡El reconoce que ha sido una palabra imprudente y no tengo por qué enfadarme! Está bien... ahora estoy tranquila... Ya puedo de nuevo hablar y bromear», pensaba

Olga, y al mismo tiempo arrancó con brusco gesto una rama de un árbol, separó una hoja con los labios y en seguida tiró al suelo la rama y la hoja.

—¿No está usted enfadada? ¿Ha olvidado?—dijo Oblomov inclinándose hacia ella.

—¿Qué hay? ¿Qué está pidiendo?—contestó Olga agitada, casi con enfado y volviendo la cara a otro lado—. He olvidado todo...; ¡tengo tan mala memoria!

El se calló; no sabía qué hacer. Veía sólo el enfado repentino y no veía la causa.

«¡Dios mío!—pensaba ella—. Ya está todo arreglado y como si no hubiese pasado nada. ¡Gracias a Dios! Pero... ¡Oh Señor! ¿Qué es esto? ¡Oh Sonechka, Sonechka, qué feliz eres!»

—Voy a casa—dijo de pronto apresurándose y entrando por otra averida.

Sentía que el llanto hinchaba su garganta y tenía miedo de romper a llorar.

—Por aquí es más cerca—objetó Oblomov.

«¡Imbécil!—se decía agobiado—. ¿Para qué he tratado de explicar nada? ¡Ahora la he ofendido aún más! Lo mejor hubiera sido no haberle recordado nada y todo hubiera pasado. Ahora no hay más remedio que pedirle perdón.»

«Seguramente estoy tan disgustada—pensaba ella—por no haberle podido decir: «Señor Oblomov, yo nunca creí que usted pudiera permitirse...» Se me ha adelantado... ¡Que no era verdad! ¡Es decir, que encima me dijo una mentira! ¿Cómo se atrevería?...»

—¿Ha olvidado de veras?—preguntó él en voz baja.

—¡Sí, he olvidado! ¡He olvidado todo!—dijo ella rápidamente apresurándose por llegar a casa.

—Deme la mano en señal de que no está enfadada.

Ella, sin mirarle, le tendió las puntas de los dedos, y apenas él las tocó, apartó la mano con brusco movimiento.

—¡No, usted está enfadada conmigo!—dijo él suspirando—. ¿Cómo podría asegurarle que no fué mas que un impulso y que nunca me permitiré faltarle al respeto? ¡Nunca volveré a escuchar su canto!...

—No es necesario; no necesito su promesa...—contestó ella vivamente—. ¡Soy yo la que no cantaré más!

—Bueno, me callo—dijo él—; pero, por Dios, no se vaya así..., me dolería el alma...

Olga caminó más despacio y se puso a escucharle atentamente.

—Si es verdad aquello que dijo de que hubiera usted llorado si no hubiese oído mi exclamación de entusiasmo al escuchar su canto..., figúrese... si ahora se va usted así, sin sonreírme, sin darme la mano amistosamente, yo... ¡tenga piedad de mí, Olga Sergueievna! No sé si estaré enfermo, me tiemblan las rodillas, no puedo tenerme en pie...

—¿Por qué?—preguntó ella de repente mirándole.

—No lo sé—dijo él—; ya no siento vergüenza;

ahora no estoy avergonzado por haberle dicho aquello...; me parece que en esto...

De nuevo sintió algo extraño al lado del corazón y de nuevo sintió sobre sí la cariñosa y curiosa mirada de Olga que le abrasaba.

¡Se volvía hacia él con tanta gracia y con tanta inquietud esperaba la respuesta!

—¿Qué había en aquello?—preguntó impaciente.

—No. Tengo miedo de decirlo; se enfadará usted de nuevo.

—¡Diga!—ordenó ella imperiosa.

Oblomov se callaba.

—¡Vamos!

—Quiero llorar de nuevo mirándola... No tengo orgullo, no estoy avergonzado de tener corazón...

—¿Por qué llorar?—preguntó Olga, y en sus mejillas reaparecieron las dos manchitas coloradas.

—Siempre me parece oír su voz..., de nuevo siento...

—¿Qué?—dijo ella sintiendo un gran alivio en el pecho y esperando ansiosamente.

Se acercaron a la entrada.

—Siento...—se apresuró a decir Oblomov y se paró.

Olga subía los escalones lentamente, como con dificultad.

—... la misma música..., la misma emoción..., el mismo sent...; perdone, perdóneme...; a fe mía que no puedo dominarme...

—Señor Oblomov—dijo severamente, pero de pronto un rayo de sonrisa iluminó su rostro—, no

estoy enfadada, le perdono—añadió con dulzura—; sólo que en adelante...

Sin volverse atrás le tendió la mano. Oblomov la cogió y besó la palma, ella le oprimió suavemente los labios y desapareció tras la puerta de cristales y él se quedó como petrificado.

VII

Durante largo rato permaneció ante la puerta con los ojos desencajados mirando los arbustos.

Pasaron unos desconocidos, voló un pájaro. Una aldeana le preguntó al pasar si quería bayas. Oblomov seguía allí como en estado cataléptico.

Luego volvió por la misma avenida, y al llegar a la mitad de ésta encontró los muguets que había dejado caer Olga y la rama de lilas que había arrancado y tirado, enfadada, al suelo.

¿Por qué la tiró?... Empezó a reflexionar acordándose.

«¡Imbécil! ¡Estúpido!—exclamó de pronto cogiendo las flores y la rama y casi echando a correr por la avenida—. Le he pedido perdón y ella... ¡Oh! ¡Será posible? ¡Qué idea!»

Feliz, radiante, «con la luna en la frente»—según su expresión de niño—volvió a casa, se sentó en el sofá y trazó rápidamente en el polvo de la mesa con letras grandes: «Olga».

«¡Cuánto polvo!»—dijo volviendo de su entusiasmo—. ¡Zajar! ¡Zajar!

Estuvo llamando un buen rato porque Zajar es-

taba entretenido con los cocheros en las puertas que daban al callejón.

—¡Tú, ve!—le dijo Anisia en voz baja y amenazadora tirándole de la manga—. ¡Te está llamando el señor!

—Mira, Zajar, ¿qué es esto?—dijo Ilia Illich dulcemente, pues no se sentía capaz de enfadarse ahora—. ¿Quieres que aquí esté también todo en desorden? ¡Mira cuánto polvo y telarañas! Perdona, pero no lo permitiré. Ya sin esto no me deja en paz Olga Sergueievna: «¿Se encuentra a gusto entre basura?»

—Sí, a ella le es fácil hablar; tiene cinco criados—objetó Zajar dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Adónde vas? Quita el polvo; aquí es imposible sentarse ni apoyarse. ¡Qué porquería! ¡Esto es oblomovchitis!

Zajar, enfurruñado, miraba de soslayo a su señor.

«¡Vaya!—pensó—. ¡Ya ha inventado otra palabra *lastimera*! ¡Y parece conocida!»

—¡Anda, barre! ¿Qué esperas?—dijo Oblomov.

—¿Para qué barrer? Ya he barrido hoy—contestó tercamente Zajar.

—¿Y si has barrido cómo es que hay polvo? Mira aquí y allí. ¡No quiero que haya más! ¡Quítalo en seguida!

—Ya he barrido—repitió Zajar—. ¿Es que voy a barrer diez veces al día? El polvo viene de la calle..., estamos en el campo, hay mucho polvo fuera.

—Oye, Zajar Trofimovich—dijo de pronto Ani-

sia asomando la cabeza por la puerta—, tienes la costumbre de barrer primero y luego quitar el polvo de los muebles y, claro está, el suelo se ensucia de nuevo... Si empezaras por...

—¿Tú a qué vienes a enseñarme?—rugió Zajar rabioso—. ¡Vete a tu sitio!

—¿Cuándo se ha visto barrer primero y luego quitar el polvo de las mesas?... Por eso se enfada el señor...

—¡Vete, vete!—gritó Zajar amenazando darle un empujón en el pecho.

Ella sonrió y desapareció. Oblomov hizo seña a Zajar de que se retirase, apoyó la cabeza en un cojín bordado, apretó la mano sobre el corazón y se puso a observar los latidos.

«¡Esto es malo!—dijo para sus adentros—. ¿Qué hacer? ¡Si consulto a algún médico tal vez me mande ir a Abisinia!»

Cuando Zajar y Anisia no estaban casados, cada uno de ellos se ocupaba de lo suyo y no se metía en las obligaciones del otro: Anisia trabajaba en la cocina, iba al mercado y tomaba parte en la limpieza de la casa tan sólo una vez al año, cuando se fregaban los suelos.

Pero después de casarse se le hizo más fácil el acceso a las habitaciones del señor. Ayudaba a Zajar y en la casa se notaba más orden; tomó para sí algunas obligaciones de su marido, ya por propia voluntad, ya porque Zajar se las impuso despóticamente.

—¡Toma, sacude esa alfombra!—ordenaba él

imperiosamente, o bien: —Mira aquel rincón, arréglalo un poco y lleva a la cocina lo que no sirva.

De este modo, Zajar fué feliz durante un mes; las habitaciones estaban limpias, el señor no le regañaba ni decía palabras *lastimeras* y él no tenía nada que hacer. Pero esta felicidad se acabó y la causa fué la siguiente:

Apenas Anisia empezó a intervenir en el arreglo y limpieza de las habitaciones del señor, se descubrió que Zajar no hacía mas que tonterías; todos sus movimientos eran inútiles. En los cincuenta y cinco años que Zajar tenía de vida se había convencido de que todo lo que él hacía no podía hacerse de otro modo mejor, y ahora, en dos semanas, Anisia le demostró que él no servía para nada, y además lo hizo con un gesto de condescendencia mortificante y callado, mirándole sonriente como si se tratase de un niño o de un idiota.

—Oye, Zajar Trofimovich—le decía cariñosamente—, no se debe cerrar la chimenea y luego abrir las ventanitas porque se enfriará la habitación.

—¿Y según tú cómo hay que hacer?—preguntaba el marido groseramente—. ¿Cuándo hay que abrirlas?

—Cuando enciendas; de ese modo saldrá el humo y luego el aire se calentará de nuevo—contestó ella tranquilamente.

—¿Qué tonta!—dijo él—. Hace veinte años que hago lo mismo y ahora voy a cambiar...

En una tabla del armario guardaba el te, azú-

car, limones, y el servicio de plata al lado de los cepillos, jabón y betún.

Un día vió que el jabón estaba sobre el lavabo, los cepillos y el betún en la ventana de la cocina y el te y el azúcar en un cajón de la cómoda.

—¿Por qué me revuelves todo?—preguntó amenazante—. ¡Estaba todo en un rincón precisamente para que estuviese junto y tú lo esparces por todos lados!

—Lo he hecho para que el te no huela a jabón—explicó Anisia dócilmente.

Otra vez le mostró dos o tres manchas en el traje del señor y le dijo que, por lo menos una vez en semana, era necesario sacudir y limpiar la ropa.

—Trae que yo la sacuda—concluyó con cariño.

Zajar le arrancó de las manos el frac que ella había cogido y lo puso en su sitio.

Un día, al empezar a gruñir, según su costumbre, porque el señor le había regañado a causa de las cucarachas, a lo que él contestó que «no era él el que las había inventado», Anisia, sin decir una palabra, limpió los estantes recogiendo las cortezas y migajas de pan negro que estaban allí desde tiempo inmemorial, fregó los armarios y la vajilla y las cucarachas desaparecieron casi por completo.

Zajar no comprendía bien en qué consistía todo aquello y lo atribuía al celo de Anisia; pero un día, llevando él la bandeja con tazas y vasos, rompió dos de éstos y, como siempre, empezó a pro-

ferir denuestos y a mostrar deseos de tirar al suelo toda la bandeja; entonces Anisia se la cogió de las manos, puso otros vasos, el azucarero y el pan, y colocó todo con tal destreza que no se movió ni una taza; luego le enseñó cómo había que coger la bandeja con una mano y sostenerla con la otra y dió dos paseos por la habitación sirviendo a derecha e izquierda sin que se moviese ni una cucharilla. ¡Y entonces Zajar se dió cuenta de pronto de que Anisia era más inteligente que él!

Le arrebató la bandeja, tiró todos los vasos al suelo y ya no pudo perdonarla.

—¡Ya ves cómo hay que haocer!—agregó ella en voz baja.

Zajar la miró con torpe arrogancia, pero ella sonrió.

—¡Vaya! ¡Tú, mujer, quieres enseñarme! ¡Crees que la casa de Oblomovka era como ésta? ¡Allí yo dirigía todo, y sólo los lacayos y los mozos eran quince! Y en cuanto a muchachas, ni siquiera se conocía el nombre de todas... Y tú ahora... ¡Vamos!

—Quiero que todo esté bien...—empezó ella.

—¡Vete!—rugió él amenazándola—. ¡Vete de las habitaciones del señor! ¡Anda! ¡A la cocina!... ¡Ocupate de tus faenas mujeriles!

Anisia se sonrió y se fué y él la siguió mirándola de soslayo.

Su orgullo sufría y era duro en el trato con su mujer. Cuando Ilia Illich pedía una cosa y ésta no parecía o se había roto, o bien cuando había algún desorden y sobre la cabeza de Zajar se cernían

nubes amenazadoras preñadas de «palabras lastimeras», Zajar guiñaba un ojo a Anisia, señalaba con un movimiento de cabeza el despacho del señor y haciendo con el dedo pulgar un gesto por encima del hombro, decía en voz baja e imperiosa:

—Ve tú al despacho a ver qué necesita el señor.

Anisia entraba y la tormenta se resolvía siempre en una sencilla explicación. En cuanto Zajar oía que Oblomov empezaba a decir «palabras lastimeras», le proponía llamar a Anisia.

Si no fuese por ella, hubiera reinado en las habitaciones el mismo desorden de antes; Anisia se incorporó a la casa de Oblomov, participó, sin darse cuenta, de la unión indestructible de su marido con la vida, casa y persona de Ilia Illich, y su mirada femenina y mano cuidadosa vigilaban las habitaciones antes abandonadas.

Apenas Zajar se marchaba, Anisia quitaba el polvo de las mesas y los sofás, abría la ventana, arreglaba las cortinas, ponía en su sitio los zapatos olvidados en el centro de la habitación y los pantalones abandonados sobre las butacas; limpiaba la ropa, ponía en orden papeles, lápices y plumas en la mesa, y sacudía el colchón y las almohadas y todo ello lo hacía en dos o tres minutos; luego echaba una mirada rápida a la habitación, ponía en su sitio una silla, cerraba el medio abierto cajón de la cómoda, quitaba la servilleta de la mesa y desaparecía hacia la cocina al oír los pasos de Zajar.

Era una mujer viva y diestra, de unos cuarenta

y siete años, de sonrisa diligente y ojos vivos que miraban a todos lados, de cuello y pecho robustos y de rojas manos ágiles que nunca se cansaban.

En cuanto a cara, casi no la tenía; no se veía en ella mas que la nariz, aunque ésta no era grande, pero parecía estar separada del rostro o mal colocada; además, la parte inferior respingada y hacía invisible el resto de la cara; ésta era tan flaca y descolorida que uno llegaba a formarse una imagen clara de cómo era la nariz, pero la cara pasaba inadvertida.

Hay en el mundo muchos maridos por el estilo de Zajar. A veces, un diplomático escucha, negligentemente y encogiéndose de hombros, el consejo de su mujer y luego escribe siguiendo aquel consejo.

Alguna vez, un alto funcionario, que contesta silbando y con un mohín de compasión a la charla de su mujer sobre un asunto importante, se da importancia al día siguiente exponiendo al ministro aquellas opiniones.

Estos señores tratan a sus mujeres despectivamente o con frivolidad, condescendiendo apenas a hablar con ellas, considerándolas como tontas, como hacía Zajar, o como flores útiles tan sólo para distraerse de las serias preocupaciones de una vida laboriosa.

El sol del mediodía caldeaba hacía tiempo las avenidas del parque. Todos se habían refugiado bajo los toldos y sólo las niñeras con sus niños se paseaban valientemente o se sentaban en la hierba bajo los rayos abrasadores.

Oblomov continuaba tumbado en el sofá, ya creyendo, ya no creyendo en la interpretación que había dado a su reciente conversación con Olga.

«Me ama, está llena de simpatía hacia mí. ¿Será posible? Sueña conmigo y fué por mí por quien cantó con tanta pasión y la música ha engendrado en ambos el amor.»

Se sintió orgulloso, notó que volvía a brillar la vida y vió una perspectiva encantadora, llena de colores y luces que antes no había. Ya se veía con ella en el extranjero, en los lagos de Suiza, en Italia, en las ruinas de Roma, paseándose en góndola por Venecia, perdiéndose entre el gentío en París y en Londres, y por último... en su paraíso terrenal, en Oblomovka.

Ella, su diosa de charla encantadora, de rostro fino y blanco, de elegante y delicado cuello...

Los aldeanos nunca han visto cosa semejante; se prosternarán ante este ángel. Ella pisa ligera la hierba, se pasea con él en la sombra de los abedules..., le canta...

Y él siente la vida, su curso tranquilo, sus dulces olas, sus escalones...; se sumerge en reflexiones acerca de los deseos satisfechos por la plenitud de felicidad...

De pronto su cara se nubló.

«¡No, eso no puede ser!—exclamó en voz alta levantándose del sofá y paseándose por la habitación—. Amarme a mí, ser ridículo, de mirada soñolienta, de mejillas marchitas... No, ella no hace mas que reírse de mí...»

Se detuvo ante el espejo y se examinó durante un buen rato, al principio con hostilidad, pero luego su mirada se despejó y hasta se sonrió.

«Parece que tengo mejor cara que en la ciudad —se dijo—, los ojos son más brillantes... Estuvo a punto de salirme un orzuelo, pero desapareció... De seguro que esto se debe al aire de aquí; además, ando mucho, no tomo vino, no me acuesto... No me hace falta ir a Egipto.»

Llegó el criado de María Mijailovna, tía de Olga, a invitarle a comer.

—¡Irél!—dijo Oblomov.

El criado quiso marcharse.

—¡Espera, toma!

Le dió una propina. Estaba alegre. La Naturaleza le pareció serena, la gente cariñosa, todos gozaban de la vida reflejando felicidad en las caras. Sólo Zajar estaba tétrico y continuaba mirando de soslayo al señor; en cambio Anisia sonreía bondadosamente.

—Me compraré un perro—decidió Oblomov—o un gato...; sí, mejor un gato, son cariñosos, refunfunan...

Se apresuró a ir a casa de Olga.

«Pero... ¡Olga me quiere!—pensaba por el camino—. ¡Esa criatura tan joven y tan fresca! Su imaginación se abre ahora a la más poética visión de la vida: debe soñar con jóvenes de negros cabellos rizados, altos, esbeltos, de oculto vigor, de rostro en que se refleje el valor, de sonrisa orgullosa y de ese fulgor en los ojos que palpita en la

mirada y con tanta facilidad abre las puertas del corazón; de voz suave y juvenil que vibra como una cuerda de metal. Pero la verdad es que se puede ser amado sin necesidad de ese valor reflejado en la cara ni de destreza en bailar la mazurca o en galopar a caballo... Olga no es una muchacha vulgar a cuyo corazón se le puedan hacer cosquillas con el bigote y cuyo oído se emocione con el ruido de un sable; pero será menester tener alguna otra cosa...; por ejemplo, una elevada espiritualidad, para que la mujer se deje subyugar e incline la cabeza ante ese espíritu al que también el mundo admira... O ser un artista afamado... ¿Y quién soy yo? Oblomov y nada más. Stolz, por ejemplo, ya es otra cosa. Stolz es la personificación del vigor anímico, del arte de guiarse a sí y a los demás. Llega a cualquier sitio, tropieza con alguien y lo domina y le hace sonar como un instrumento... ¿Y yo?... Ni siquiera puedo gobernar a Zajar..., ni a mí mismo... ¡Yo soy Oblomov!... ¡Stolz! ¡Dios mío!... ¡Sí, ella le quiere!—pensó espantado—. Me lo dijo ella misma: «Como a un amigo», dijo; pero es mentira; es decir, puede ser un amor aun inconsciente... No puede haber amistad entre hombre y mujer...»

Empezó a andar cada vez más despacio y lleno de dudas.

«¿Y si no hace mas que coquetear conmigo? Si sólo...»

Completamente atónito, se detuvo.

«¿Y si es una perfidia, una conspiración?... ¿Por

qué oí que me amaba? Ella no me lo ha dicho. ¿Será una orgullosa presunción? ¿Andrés? ¿Es posible?... No puede ser; ella es tan... tan... ¡Es ella!», exclamó con júbilo viendo que venía a su encuentro.

Olga, sonriendo alegremente, le tendió la mano.

«No, no es una pérfida—decidió él—; las pérfidas no tienen esa mirada tan cariñosa, esa risa tan sincera..., todas ellas suelen gritar... Pero... sin embargo, ella no me ha dicho que me quiere—pensó de pronto asustado—; era una interpretación mía...; y entonces, ¿por qué el enfado? ¡Dios mío, en qué remolino me encuentro!»

—¿Qué tiene usted en la mano?—preguntó ella.

—Una rama.

—¿Qué rama?

—Ya ve usted, de lilas.

—¿De dónde la ha cogido? Aquí no hay lilas. ¿Por dónde ha estado?

—Es la rama que arrancó usted y luego tiró al suelo.

—¿Por qué la ha recogido?.

—Me gusta... porque usted... la tiró enfadada.

—¿Le gusta enfadada? ¡Qué novedad! ¿Por qué?

—No lo diré.

—Dígamelo por favor, se lo ruego.

—Por nada del mundo.

—Se lo suplico.

El movió la cabeza denegando.

—¿Y si canto?

—Entonces... quizá...

—¿Es que sólo la música le impresiona?—preguntó ella con las cejas fruncidas—. ¿Es así?

—Sí, la música interpretada por usted...

—Bueno, cantaré... *Casta diva, casta diva...*—entonó ella y se detuvo—. ¡Ahora dígamelo!—ordenó.

Oblomov continuaba luchando consigo mismo.

—¡No, no!—dijo aun con más decisión—. ¡Nunca, por nada del mundo! ¡Y si luego resulta que no es cierto, que sólo es una creencia mía? ¡Nunca, nunca!

—¿Qué es? ¿Algo horrible?—dijo ella concentrando su pensamiento en la pregunta y fijando en él una mirada escudriñadora.

Luego en su rostro brilló el entendimiento, cada uno de sus rasgos fué denunciando las conjeturas que hacía y de pronto su cara se iluminó... Del mismo modo el Sol, apareciendo por detrás de una nube, ilumina poco a poco un árbol, luego una mata, luego el tejado y de pronto inunda de luz todo el paisaje. Olga ya sabía lo que pensaba Oblomov.

—¡No, no!—repitió Oblomov—. Es inútil que me pregunte.

—No le pregunto nada—contestó ella indiferente.

—¿Cómo que no? Ahora mismo...

—Vámonos a casa—dijo ella sin escuchar—. Mi tía me espera.

Ella pasó delante, le dejó con la tía y se metió directamente en su cuarto.

VIII

Todo aquel día fué para Oblomov de gradual decepción. Lo pasó con la tía de Olga, mujer muy inteligente, virtuosa, admirablemente vestida, que llevaba siempre trajes de seda de corte irreprochable y elegantes cuellos de encaje; el gorrito estaba admirablemente hecho y adornado con cintas que casaban bien con el rostro de cincuentaria, pero de cutis fresco. Unos impertinentes de oro pendían de una cadena.

Sus gestos y actitudes estaban llenos de dignidad; se envolvía con maestría en un rico chal, y majestuosamente sentada en el sofá, se apoyaba con naturalidad en un cojín bordado. Nunca se la veía ocupada en ninguna labor; no convenía a su cara ni a su porte imponente encorvarse, coser y ocuparse de pequeñeces. Daba las órdenes a sus criados y criadas en un tono displicente, breve y seco.

Leía a veces, no escribía nunca y hablaba bien y la mayor parte de las veces en francés. Notó en seguida que Oblomov no poseía bien el francés y al día siguiente habló con él en ruso.

En la conversación no le gustaba fantasear ni raciocinar; parecía como si hubiese trazado una línea más allá de la cual no pasaba nunca. Se veía que, en su vida, el sentimiento y el amor habían tenido un lugar, pero igual al que ocupaban otros factores, en tanto que en la vida de las demás mu-

eres el amor es lo más visible, si no en los hechos, por lo menos en las palabras, pues se mezcla en todas las cuestiones y todo lo demás ocupa tan sólo el lugar que el amor ha dejado libre.

Esta mujer poseía, ante todo, el don de saber vivir y gobernarse a sí misma; tenía siempre en tensión el pensamiento y siempre pronto a la acción. No era un eremigo vigilante cuya mirada está siempre atenta esperando el asalto, pero era imposible sorprenderla.

La sociedad era su elemento y, por tanto, todos sus pensamientos, palabras y gestos estaban gobernados por el tacto y la prudencia.

A nadie confiaba nunca los secretos movimientos de su corazón ni los misterios de su alma; no tenía nunca a su lado alguna vieja amiga con quien cuchichear mientras tomaba una taza de café. Únicamente se quedaba a solas, a menudo, con el barón de Langvagen; a veces éste no se marchaba hasta las doce de la noche, pero entonces casi siempre estaba presente Olga. Generalmente guardaban silencio, pero con cierta gravedad e inteligencia, como si supiesen algo que era desconocido para los demás. «Por lo visto, les gusta estar juntos», era la única conclusión que se podía sacar mirándolos. Ella le trataba como a los demás; con bondad y agrado, pero comedida y serena.

Las malas lenguas habían sacado partido de esto y aludían a una antigua amistad y a un viaje que habían hecho juntos al extranjero, pero en las re-

laciones entre ambos no se descubriría ni la sombra de una oculta simpatía.

El era tutor de una pequeña propiedad de Olga que había sido hipotecada y sobre la que se había suscitado un pleito.

El barón dirigía el pleito, es decir, ordenaba a un empleado que escribiese, leía los escritos a través de una lente, los firmaba y enviaba después al mismo empleado a que los llevase a los tribunales, y gracias a sus buenas relaciones en la sociedad el pleito llevaba un curso favorable y prometía una pronta y feliz terminación.

Esto puso fin a los rumores y todos se acostumbraron a tratar al barón como a un pariente de la casa.

Tenía cerca de cincuenta años, pero aun se conservaba muy bien, aunque se teñía el bigote y cojeaba ligeramente. Era en extremo cortés, nunca fumaba en presencia de señoras ni cruzaba las piernas y desaprobaba severamente a los jóvenes que se sentaban con abandono en las butacas, levantando la rodilla y el zapato al nivel de la nariz. Conservaba siempre los guantes puestos y sólo se los quitaba al sentarse a la mesa.

Vestía a la última moda y en el ojal llevaba muchas cintitas. Iba siempre en coche cerrado y cuidaba extremadamente los caballos; antes de subirse, daba una vuelta alrededor, examinaba el arnés y los cascos y a veces, sacando su pañuelo blanco, frotaba con él la paletilla o el lomo de aquellos para asegurarse de si estaban bien limpios.

Acogía al conocido con sonrisa benévola y cortés y al desconocido con frialdad; pero una vez presentado, la frialdad era substituída por la sonrisa con la que ya se podía contar siempre.

Hablaba de todo: de virtudes, de la carestía, de ciencia, de sociedad y siempre con la misma precisión; expresaba sus opiniones con frases claras y bien acabadas, como si dijese sentencias ya hechas, escritas en un libro y puestas a la venta para guía de los demás.

Las relaciones de Olga con su tía eran, hasta ahora, muy sencillas y tranquilas; nunca pasaban de los límites de la moderación ni nunca aparecía entre ellas una sombra de disgusto.

Esto era debido por una parte al carácter de María Mijailovna y por otra a la falta absoluta de motivos para tratarse de modo distinto. A la tía nunca se le ocurría exigir de Olga nada que estuviese en contradicción con los deseos de ésta. A Olga ni siquiera en sueños se le ocurría desobedecer a un deseo ni desoír un consejo de su tía.

Y además, ¿qué deseos eran éstos? La elección de un traje o del peinado y resolver el problema de si ir al teatro francés o a la ópera.

Olga obedecía todos los deseos de su tía y ésta los manifestaba con moderación, casi con sequedad, y sólo en asuntos en que lo permitía su autoridad.

Estas relaciones eran tan incoloras que era imposible dilucidar si la tía pretendía tener derecho a un cariño especial y a la obediencia de Olga o si Olga sentía esa obediencia y cariño.

Por esto, al verlas juntas, se podía afirmar al primer golpe de vista que eran tía y sobrina y no madre e hijo.

—Voy a la tienda: ¿necesitas algo?—preguntaba la tía.

—Sí, *ma tante*, tengo que cambiar mi traje lila—decía Olga y se iban juntas. O bien—: No, *ma tante*, he ido hace poco.

La tía la cogía con dos dedos por las mejillas y le daba un beso en la frente; Olga le besaba la mano, y una se iba y la otra se quedaba en casa.

—¿Alquilaremos este año la misma villa?—decía la tía en un tono que no era interrogativo ni afirmativo, sino como si deliberase consigo misma.

—Sí, allí se está muy bien—decía Olga.

Y alquilaban la villa.

Y si Olga decía:

—¡Oh *ma tante!* ¿Es posible que no se aburra en aquel bosque y aquella arena? ¿No sería mejor buscar en otro sitio?

—Buscaremos—decía la tía.

—¿Vamos al teatro, Olenka? Ya hace tiempo que están hablando de esa obra.

—Con mucho gusto—contestaba Olga, pero sin mostrar deseo de agradar, sin sumisión.

A veces también discutían:

—¡Por Dios, *ma chère!* ¿Cómo te pones esas cintas verdes? Te sientan mejor las amarillas.

—¡Oh *ma tante!* Me las he puesto ya seis veces y me cansan.

—Bueno, pues ponte las *pensée*.

—¿No le gustan éstas?

La tía las miraba y meneaba lentamente la cabeza.

—Como quieras, *ma chère*; yo hubiera elegido las *pensée* o las amarillas.

—No, *ma tante*, yo prefiero éstas—decía Olga con dulzura y se ponía las que le gustaban.

Pedía consejo a su tía, no como a una persona superior cuya opinión debe ser ley, sino como si se dirigiese a cualquiera otra mujer con experiencia en la vida.

—*Ma tante*, ¿ha leído este libro? ¿De qué trata?

—¡Oh qué asco!—decía la tía apartando de sí el libro, pero sin esconderlo ni tomar medidas para que Olga no lo leyese.

Y a Olga nunca se le ocurría leerlo. En caso de duda, ambas pedían consejo al barón de Langvagen o a Stolz y aceptaban la opinión de éstos.

—*Ma chère* Olga—decía alguna vez la tía—, me han dicho ayer algunas cosas de ese joven que suele hablar contigo en casa de los Zavadsky.

Y nada más; Olga podía hacer lo que quisiese, hablar o no hablar con el joven.

La aparición de Oblomov en la casa no provocó ninguna pregunta, ni llamó la atención de la tía ni la del barón ni la de Stolz. Este último había querido introducir a su amigo en una casa de alguna etiqueta en la que no sólo no le ofrecerían si quería dormir la siesta, sino en la que era descortés cruzar las piernas y donde había que estar vestido con cuidado y fijarse en lo que se hablaba;

en fin, donde era imposible dormir y abandonarse y donde siempre se sostenía una conversación animada e interesante.

Stolz pensaba que el introducir en la soñolienta vida de Oblomov la presencia de una mujer joven, simpática, inteligente, viva y algo burlona era lo mismo que encender en una habitación lóbrega una lámpara cuya luz llegase a todos los rincones oscuros, aumentando en unos cuantos grados la temperatura y dando a la habitación un aspecto más alegre. Esto es lo que se había propuesto Stolz al presentar a su amigo a Olga. No preveía que esto sería lo mismo que prender fuego a un castillo de pirotecnia; Oblomov y Olga menos todavía.

Ilia Illich estuvo dos horas en compañía de la tía, guardando una actitud correcta, sin cruzar ni una sola vez las piernas y hablando de todo; y hasta llegó a ponerle dos veces la banqueta bajo los pies.

Llegó el barón, le sonrió cortésmente y le estrechó cariñosamente la mano. Oblomov guardó una actitud aún más correcta y los tres estaban sumamente contentos unos de otros.

La tía pensaba de la conversaciones en los rincones y los paseos de Oblomov con Olga, que... mejor dicho, no pensaba nada.

Hubiera sido distinto si los paseos hubieran sido con un joven galanteador; en tal caso no hubiera dicho nada, pero con el tacto en ella habitual, hubiera ido con ellos una o dos veces y la tercera hubiera enviado alguien que los acompañase y los paseos se habrían acabado por consunción.

Pero pasearse con M. Oblomov, hablar con él en el rincón de la sala, en el balcón... ¿qué importancia tenía? El tenía ya más de treinta años; ni le diría tonterías ni le daría libros peligrosos... A nadie se le ocurriría ni siquiera pensarlo.

Además, la tía había oído que Stolz, antes de marcharse, había pedido a Olga que no dejase dormir a Oblomov, que le atormentase y tiranizase, en una palabra, que dispusiese de él. También a ella le pidió que no perdiese a Oblomov de vista y que a menudo le invitase a comer y a pasear en el caso de que él no se fuese al extranjero.

Olga no apareció mientras Oblomov estaba con la tía y las horas se le hacían interminables. Sintió que le corrían escalofríos por todo el cuerpo. Ahora ya adivinaba la causa de aquel cambio en Olga; y este cambio le pesaba más que el anterior.

La primera torpeza que había cometido fué causada por el espanto y la vergüenza, pero ahora sentía en el corazón pesadez y frío como en un día húmedo y lluvioso. Le había hecho comprender que él había adivinado el amor de ella y tal vez estuviese equivocado. ¡Esto sí que era una ofensa tal vez irreparable! ¡Y con qué torpeza había obrado! ¡Como un fatuo!

Podía haber asustado al sentimiento que con timidez llama a las puertas del joven corazón virginal, en el que se posa tan ligero y temeroso como un pajarillo sobre la rama: un ruido cualquiera, un susurro y se escapa.

Palpitando de emoción, esperaba el momento en

que Olga bajase para comer, pensaba de qué y cómo hablaría, en cómo le miraría...

Por fin bajó y Oblomov no volvía en sí mirándola y no reconociéndola. Tenía otra cara y otra voz.

Su sonrisa joven, ingenua y casi infantil, no se asomó a los labios y ni una sola vez le miró francamente expresando ya una pregunta, ya asombro, ya inocente curiosidad, como si ahora no tuviese qué preguntar, ni saber ni asombrarse de nada.

Su mirada ya no le seguía como antes. Le miraba como si le conociese hacía tiempo y le hubiese estudiado a fondo, como si le fuese tan indiferente como el barón; en fin, era como si Oblomov no la hubiera visto en un año entero, en el transcurso del cual ella hubiese madurado.

No quedaba nada de la rudeza ni del enfado de la víspera; bromeaba y hasta reía y contestaba minuciosamente a las preguntas que antes hubiera dejado sin contestar.

Se veía que había decidido hacer por obligación lo mismo que hacían los demás y que ella no hacía antes. Ya no había libertad ni naturalidad en los modales, permitiéndose decir todo lo que se le ocurría. ¿Adónde había ido todo tan de repente?

Después de comer, Oblomov se acercó a Olga preguntándole si quería ir de paseo. Ella, sin contestarle, trasladó la pregunta a su tía.

—¿Iremos todos de paseo?

—Sí, pero no lejos—dijo la tía—... Di que me traigan la sombrilla.

Y fueron todos. Anduvieron apáticamente, contemplaron a lo lejos San Petersburgo, llegaron hasta el bosque y volvieron a la terraza.

—¿No quiere hoy cantar? No me atrevo a pedirselo—preguntó Oblomov queriendo romper aquella situación embarazosa y verla de nuevo alegre radiando sinceridad, ingenuidad y confianza en la sonrisa, las palabras o el canto.

—¿Hace calor!—objetó la tía.

—No importa, probaré—dijo Olga y cantó una romanza.

Oblomov la escuchó sin dar crédito a sus oídos.

No era ella. ¿Dónde estaba la apasionada voz de antes?

Cantó limpia y correctamente, pero así... como cantan todas las señoritas cuando las piden que canten, sin pasión. Olga había quitado su alma del canto y ni un solo nervio se le estremeció al oyente.

¿Estaba burlándose, engañándole o enfadada? Era imposible adivinarlo: miraba con cariño, hablaba de buena gana, pero del mismo modo que cantaba, es decir, como todas... ¿Qué era aquello?

Oblomov, sin esperar la hora del te, cogió el sombrero y se despidió.

—Venga más a menudo—dijo la tía—; los días de trabajo estamos siempre solas; si no teme aburrirse... y los domingos siempre viene alguien y no se aburrirá.

El barón se levantó cortés y le saludó.

Olga le hizo un gesto con la cabeza como a un amigo, y cuando Oblomov marchó hacia la puerta, se volvió hacia la ventana, mirando al jardín y escuchando indiferente los pasos de aquél.

Aquellas dos últimas horas y los tres o cuatro días siguientes ejercieron una enorme influencia sobre ella empujándola hacia adelante. Sólo las mujeres son capaces de una tan rápida expansión en el desarrollo de las fuerzas del alma. Parecía que había recorrido el curso de la vida, no en días, sino en horas. Y cada hora, un hecho insignificante, casi imperceptible que pasa como un pájaro por delante del hombre, es una lección para una muchacha; ella sigue su vuelo y la línea curva que traza se graba en su memoria como señal imborrable. Donde para inteligencia del hombre hay que poner un poste con una inscripción, a ella le basta el susurro del viento, una apenas perceptible vibración del aire.

¿Por qué, a consecuencia de qué razones, en el rostro de una muchacha, aun la semana pasada tan despreocupada y ridículamente ingenua, se refleja de pronto un pensamiento tan serio?

¿Y en qué piensa? Parece que en ella se ha concentrado toda la lógica, toda la filosofía abstracta y experimental del hombre, todo el sistema de la vida.

Un primo suyo, que la ha dejado hace poco hecha una niña, acaba la carrera, se pone las chaqueteras y se precipita alegre hacia ella con la in-

tención de darle, como antes, golpecitos en el hombro, saltar cogidos de las manos y brincar por sillas y sofás..., pero de repente, mirándola fijamente a la cara, se vuelve tímido, se aparta confuso y se da cuenta de que él es aún un chiquillo mientras que ella es ya una mujer.

¿Cómo? ¿Qué ha sucedido? ¿Un drama? ¿Un escándalo? ¿Algo nuevo de que habla toda la ciudad? Nada de eso: ni *maman*, ni *mon oncle*, ni *ma tante*, ni la niñera, ni la doncella lo saben. No han tenido tiempo de enterarse: ha bailado dos mazurcas y unas cuantas contradanzas, tuvo dolor de cabeza, no durmió una noche...

Y luego todo pasó, sólo en el rostro hay algo nuevo: tiene la mirada diferente, ha dejado de reír ruidosamente, no come una fruta entera, no dice «como en nuestro colegio». También ella ha terminado su carrera.

Oblomov, al día siguiente y al otro, apenas reconoció a Olga, la miraba tímidamente en tanto que ella le miraba con sencillez, pero sin curiosidad ni cariño; lo miraba como las demás. «¿Qué le pasa? ¿Qué piensa? ¿Qué siente?—se atormentaba Oblomov—. ¡A fe mía que no lo entiendo!»

¿Y cómo iba a averiguar que a ella le sucedía lo mismo que le sucede al hombre a los veinticinco años, con la ayuda de veinticinco catedráticos, bibliotecas y después de vagar por el mundo a veces hasta con pérdida del aroma del alma, de frescura de ideas y de cabellos, es decir, cómo podía averiguar que ella había entrado en la esfera

de la consciencia y que esta entrada hubiera sido tan barata y tan fácil?

«¡No, esto es pesado y aburrido!—concluyó él—. ¡Me mudaré a Viborgskaia Storóná, me pondré a trabajar, a leer, iré a Oblomovka... solo!—añadió con profunda melancolía—. ¡Sin ella! ¡Adiós mi paraíso, mi luminoso y pacífico ideal de vida!»

No fué a verla ni al cuarto ni al quinto día; no leía ni escribía; fué a dar un paseo, salió al camino polvoriento, había que subir por la colina.

«¡Qué tontería, pasearse con este bochorno!», se dijo.

Bostezó, volvió a casa, se tumbó en el sofá y se durmió con sueño pesado, como solía dormir en la calle de Gorojovaia en la polvorienta habitación con cortinas corridas.

Su sueño fué confuso. Despertó. Ante él estaba servida la mesa: sopa fría y carne picada. Zajar miraba soñoliento hacia la ventana y en la habitación vecina Anisia alborotaba con los platos.

Comió, se sentó a la ventana. ¡Qué aburrimiento! ¡Qué estupidez! ¡Siempre solo! ¡Otra vez se sentía sin ganas de ver nada ni a nadie!

—Mire, señor; los vecinos han traído un gatito, ¿lo quiere? Como usted dijo hace poco...—dijo Anisia creyendo distraerle y poniéndole el gatito sobre las rodillas.

Oblomov empezó a acariciar al gatito; ¡pero no! ¡También con el gatito se aburría!

—¡Zajar!—llamó.

—¿Qué desea?—contestó Zajar con apatía.

—Es posible que me mude a la ciudad.

—¿Cómo? ¿A la ciudad? No tenemos casa.

—¿Y a Viborgskaia Storóná?

—¿Cómo va a ser eso? ¿Mudarnos de una casa de campo a otra? ¿Qué tenemos que ver allí? ¿Tal vez a Mijey Andreevich?

—Aquí no se está cómodo...

—¿Otra vez mudarnos? ¡Dios mío! Ya la primera vez nos quedamos sin fuerzas; además, hasta ahora aun no he podido encontrar dos tazas y la escoba; quizá se hayan perdido, a no ser que se las haya llevado Mijey Andreevich.

Oblomov callaba. Zajar se fué y volvió en seguida arrastrando una maleta y el saco de viaje.

—¿Y dónde meter esto? ¿Lo vendo?—preguntó dando una patada a la maleta.

—¿Te has vuelto loco? Dentro de unos días me voy al extranjero—interrumpió Oblomov enojado.

—¡Al extranjero!—exclamó Zajar sonriendo—. ¡Como si bastase decir: «Vaya, al extranjero»!

—¿Qué te extraña? ¡Iré y basta!... Ya tengo el pasaporte—dijo Oblomov.

—¿Y quién le va a quitar allí los zapatos?—objetó Zajar irónicamente—. ¿Las doncellas? De seguro que me echará de menos.

Sonrió otra vez y sus patillas y sus cejas se separaron hacia los lados.

—¡No dices mas que tonterías! ¡Llévate eso de aquí y te puedes ir!—contestó Oblomov enfadado.

Al día siguiente, a las nueve y pico de la mañana, apenas Oblomov se despertó, Zajar sirvién-

dole el te le dijo que cuando iba a la panadería se había encontrado a la señorita.

—¿Qué señorita?—preguntó Oblomov.

—¿Cómo cuál? La señorita Illinskaia, Olga Sergueievna.

—¿Y qué?—preguntó Oblomov impaciente.

—Pues que me dijo que le saludase y me preguntó si estaba usted bien de salud y qué estaba haciendo.

—¿Y qué dijiste?

—Dije que estaba usted bien. «¿Qué le va a pasar?», le pregunté—dijo Zajar.

—¿Y tú para qué añades ni preguntas tontearías? «¿Qué le va a pasar!» ¿Sabes tú si me ocurre algo? Bueno. ¿Qué más?

—Preguntó dónde había comido usted ayer.

—¿Y tú?...

—Le dije que en casa y que también había cenado en casa. «¿Tiene costumbre de cenar?»—me preguntó la señorita—. Le dije que no había comido usted mas que dos pollos...

—¡Idiota!—exclamó con fuerza Oblomov.

—¿Por qué? ¿Acaso no es verdad?—dijo Zajar—. Aun podría enseñar los huesos.

—¡Claro que eres un idiota!—repitió Oblomov—. ¿Y qué dijo ella?

—Ella sonrió y luego me dijo: «¿Por qué tan poco?»

—¡Oh qué imbécil!—repitió Oblomov—. Debías haberle contado también que me pones la camisa del revés.

—No, porque no me lo preguntó—contestó Zajar.

—¿Te preguntó algo más?

—Sí, me preguntó qué es lo que había hecho usted estos días.

—¿Y tú?...

—Le dije que no había hecho usted nada y que estaba acostado.

—¡Oh!—exclamó Oblomov enojado y apretándose las sienes con los puños—. ¡Vete!—ordenó amenazador—. ¡Y si te atreves a volver a decir de mí semejantes estupideces ya verás lo que hago contigo! ¡Este hombre es un castigo!

—¿Y qué? ¿He de mentir al final de mi vida?—procuró disculparse Zajar.

—¡Vete de aquí!—repitió Ilia Illich.

A Zajar le importaban poco los insultos con tal de que no le dijeran «palabras lastimeras».

—Le dije que quería usted mudarse a Viborgkaia Storóná—terminó Zajar.

—¡Fuera de aquí!—gritó Oblomov imperiosamente.

Zajar se fué y suspiró ruidosamente en la antecámara mientras Oblomov tomaba el te.

Bebió un vaso de te y comió tan sólo un panecillo, de la enorme cantidad de panecillos y rosquillas que le habían traído, por temor a una nueva indiscreción de Zajar.

Luego encendió un cigarro, se sentó a la mesa, abrió un libro y leyó una página; quiso volver la hoja, pero el libro no estaba aún cortado. Abrió las hojas con el dedo formando festones en los bor-

des. El libro era de Stolz, quien tenía para todo, y más para los libros, un orden y un cuidado que ¡Dios nos libre! Papeles, lápices y todas las cosas tenían que estar en el sitio en que él las ponía.

Era menester usar una plegadera, pero no la había; también hubiera servido un cuchillo, pero había que pedirlo y Oblomov prefirió poner el libro en su sitio y dirigirse hacia el sofá. Apenas se había apoyado con la mano en el cojín bordado, para acostarse con más comodidad, entró Zajar en la habitación.

—La señorita me dijo que le rogara fuese a... éste... ¿cómo se llama?... ¡Oh!...

—¿Por qué no me lo has dicho antes, hace dos horas?—preguntó Oblomov apresuradamente.

—Como me dijo usted que me fuese y no me dejó acabar...—se disculpó Zajar.

—¡Me matas, Zajar!—exclamó Oblomov patéticamente.

«¡Vaya! ¡Ya empieza otra vez!—pensó Zajar volviendo hacia el señor la patilla izquierda y mirando a la pared—. ¡Como antes!... Dirá una palabra...»

—¿Adónde?—preguntó Oblomov.

—A éste... ¿cómo se llama?... Algo parecido a jardín...

—¿Al parque?

—Sí, al parque. «Que vaya si quiere dar un paseo; yo estaré allí...»—me dijo.

—¡Anda, vísteme!

Oblomov corrió por todo el parque, entró en to-

dos los quioscos y pabellones y no encontró a Olga. Se dirigió por la avenida donde había tenido lugar su última conversación y allí la encontró sentada en un banco, no lejos del sitio donde ella había cogido y tirado al suelo la rama.

—Creí que no vendría—le dijo cariñosa.

—Estoy buscándola hace tiempo por todo el parque.

—Sabía que me buscaría y me he sentado aquí expresamente, pensando en que de seguro pasaría usted por esta avenida.

Oblomov quiso preguntarle por qué, pero la miró y no preguntó.

Tenía otra cara, no la que tenía cuando se paseaba con él, sino la que tenía la última vez y que le causó tan gran inquietud. Su cariño era también reservado y la expresión del rostro reconcentrada. Él vio que ya no podía jugar con ella ni perderse en conjeturas, alusiones ni preguntas ingenuas, que el momento de alegría infantil había pasado.

Mucho de lo *no* dicho, de lo que hubiera sido necesario preguntar, fué resuelto entre ellos sin palabras ni explicaciones, Dios sabe cómo, pero en forma que ya era imposible volver atrás.

—¿Por qué no le vemos hace tanto tiempo?—preguntó ella.

Oblomov callaba. Quería darle a entender de un modo disimulado que había desaparecido el misterioso encanto de sus relaciones, que le pesaba aquella seriedad en que se había envuelto como

en una nube, como escondiéndose en sí misma y que él no sabía qué hacer ni cómo tratarla.

Pero sentía que la menor alusión provocaría en ella una mirada de asombro, aumentando la frialdad en el trato y hasta quizá hubiera hecho desaparecer la chispa de interés que él había casi apagado al principio con su imprudencia. Era necesario hacerla brillar de nuevo soplando con cuidado y despacio; pero ¿cómo? El no lo sabía.

Comprendía vagamente que ella había crecido y tal vez era superior a él, que no había modo de volver a la antigua confianza infantil, que ante ellos estaba el Rubicón y que la felicidad perdida estaba ya en la orilla opuesta; había que pasar. ¿Y cómo? ¿Y si él pasara solo?

Ella comprendía más claramente el estado de su alma y por eso era superior a él. Miraba sin dificultad al fondo de su propio corazón y veía cómo nacía el amor, crecía y se asomaba al exterior; comprendía que la astucia femenina, el engaño, la coquetería—armas de Sonechka—serían inútiles porque no habría lucha. Veía también que aunque ella era joven, el primero y más importante papel era el suyo, que de él no se podía esperar sino impresión profunda, pasión perezosa, sumisión eterna y su armonía con cada latido de su corazón, pero ninguna manifestación de voluntad, ninguna idea activa.

Ella midió en el acto su poder sobre él, y le gustó constituirse en una estrella-guía, derramar los rayos de su luz sobre aquel lago muerto y refle-

jarse en él. Ella disfrutaba al sentir su superioridad en aquel combate.

En estas comedias o tragedias, según las circunstancias de los personajes que toman parte en ellas, uno desempeña el papel de tirano y el otro el de víctima.

Olga, como todas las mujeres que desempeñan el papel principal, esto es, el de tirano, no pudo renunciar, aunque inconscientemente, al placer de jugar con su víctima como una gata: dejaba ver un capricho, como una chispa de simpatía, y luego de nuevo se reconcentraba y se escondía en su concha; pero cada vez con más energía y con más frecuencia le empujaba hacia adelante, sabiendo que sin ella él no daría un paso, quedándose inmóvil allí donde le hubiera dejado.

—¿Ha estado usted ocupado?—preguntó bostezando en un trazo de cañamazo.

«¡Hubiera dicho que sí, pero... este Zajar!», se lamentó él para sus adentros.

—Sí, estuve leyendo—contestó negligentemente.

—¿Alguna novela?—preguntó alzando los ojos como para ver qué cara ponía al decir mentiras.

—No, casi no leo novelas—respondió él muy tranquilo—. He estado leyendo la historia de los descubrimientos e inventos.

«¡Afortunadamente he leído hoy una página!», pensó.

—¿En ruso?—preguntó ella.

—No, en inglés.

—¿Lee usted el inglés?

—Sí, con dificultad, pero leo. ¿Ha ido usted a la ciudad?—preguntó para desviarla de aquel tema peligroso.

—No, he estado todo el tiempo en casa. Vengo siempre a trabajar aquí, a esta avenida.

—¿Siempre a ésta?

—Sí, me gusta mucho y estoy muy agradecida a usted por habérmela indicado; por aquí no pasa casi nadie...

—Yo no se la indiqué—interrumpió él—; ¿no se acuerda? Nos encontramos aquí casualmente.

—Sí, es verdad.

Ambos callaron.

—¿Se le ha pasado ya el orzuelo?—preguntó ella mirándole el ojo derecho.

El se sonrojó.

—Sí, gracias a Dios se me ha pasado.

—Cuando le empiece a picar un ojo, debe lavararlo con vino y no saldrá el orzuelo. Es una receta que me dió mi niñera.

«¿Por qué hablará de orzuelos?», pensó Oblomov.

—Y luego, no cenar—concluyó seria.

«¿Zajar!», gritó interiormente Oblomov furioso.

—Basta cenar bien—continuó ella sin apartar los ojos de la labor—y estar tumbado tres días, sobre todo boca arriba, para que en seguida salga un orzuelo.

«¡Imbécil!», retumbó en el pecho de Oblomov.

—¿Qué está haciendo?—preguntó para cambiar de tema.

—Un regalo para el barón—dijo desarrollando

el cañamazo y enseñándole el dibujo—. ¿Le gusta?

—Sí, está muy bien, el dibujo es muy bonito. ¿Es una rama de lilas?

—Sí... me parece—contestó ella sin darle importancia—. He elegido el primero que encontré...

Y ruborizándose ligeramente arrolló, apresurada, el cañamazo.

«Esto es bastante aburrido si dura y si no consigo hacerle hablar—pensó Oblomov—. Otro, por ejemplo Stolz, ya hubiera salido de esto, pero yo no sé nada.»

Se enfurruñó y miró soñoliento a su alrededor; Olga le lanzó una mirada y metió su labor en el cestito.

—Vámonos al bosquecillo—dijo entregándole el cesto, abrió la sombrilla, puso en orden el vestido y echó a andar delante.

—¿Por qué está triste?—preguntó.

—No sé, Olga Sergueievna. ¿Y por qué he de estar alegre? ¿Qué hacer para ello?

—Trabaje, visite más a menudo a la gente.

—¡Trabajar! ¿Se puede trabajar sin objeto? ¿Y qué fin persigo yo? Ninguno.

—El fin es vivir.

—Cuando uno no sabe para qué vive, se vive de cualquier modo un día tras otro; se alegra uno de que haya pasado un día y de que llegue la noche para poder sumir en el sueño la aburrida pregunta: ¿Para qué he vivido este día y para qué viviré mañana?

Ella le escuchaba callada, con mirada severa;

en las cejas fruncidas se escondía dureza y en la línea de los labios se arrastraban como serpientes la desconfianza y el menosprecio.

—¿Para qué he vivido?—repitió ella—. ¿Acaso hay alguna existencia inútil?

—Sí; por ejemplo, la mía—dijo él.

—¿No sabe usted aún cuál es el objeto de la suya?—preguntó ella parándose—. No le creo. Se calumnia usted porque si fuese así no merecería usted la vida...

—Ya he llegado al sitio donde debía estar el fin y más adelante no hay nada.

El suspiró y Olga sonrió.

—¿No hay nada?—preguntó, pero alegre, viva, riéndose, como si no le creyese, como si ella supiese que él tenía aún que esperar algo del porvenir.

—¡Ríase—dijo él—, pero es así!

Olga andaba despacio, con la cabeza inclinada.

—¿Para qué y para quién voy a vivir?—dijo él siguiéndola—. ¿Qué buscar, hacia qué punto dirigir mis ideas e intenciones? La flor de la vida se ha caído, ya no quedan mas que espinas.

Andaban con lentitud; ella le escuchaba distraída, cogió al paso una rama de lilas y, sin mirarle, se la ofreció.

—¿Qué es esto?—preguntó él perplejo.

—Ya ve usted, una rama.

—¿De qué?—dijo él mirándola con ojos desencajados.

—De lilas.

—Ya lo sé; pero ¿qué significa?

—La flor de la vida y...

El se paró, ella también.

—¿Y?...—repitió él preguntando.

—Mi enfado—dijo ella mirándole directamente con mirada concentrada y su sonrisa demostraba que sabía lo que hacía.

La nube del misterio que la envolvía desapareció. Su mirada hablaba y era comprensible. Parecía como si ella hubiese abierto una cierta página de un libro y le hubiese permitido leer las palabras sagradas.

—Entonces podría yo tener alguna esperanza...

—dijo Oblomov ruborizándose de pronto.

—¡Sí! Pero...

Ella calló.

Oblomov pareció que había resucitado y ella no le reconoció; la cara nebulosa y soñolienta se transformó, los ojos se abrieron, se colorearon las mejillas, se movieron las ideas y en los ojos brillaron la inteligencia y la voluntad. También ella pudo leer en esta muda transformación de la cara que Oblomov había encontrado el motivo de su vida.

—La vida..., la vida se abre de nuevo ante mí...

—dijo casi delirando—. Está aquí, en sus ojos, en su sonrisa, en esta rama, en *Casta diva*..., todo está aquí...

Olga meneó la cabeza.

—No, no todo... sólo la mitad.

—¿La mejor?

—Quizá—dijo ella.

—¿Y dónde está la otra? ¿Qué más puede haber?

—Búsquela.

—¿Para qué?

—Para no perder la primera—terminó ella.

Le dió la mano y ambos echaron a andar hacia casa. Oblomov, lleno de entusiasmo, lanzaba miradas furtivas a aquella linda cabecita, al torso y a los cabellos y estrechaba en la mano la rama de lilas.

«¡Todo esto es mío! ¡Mío!», repetía pensativo y no lo creía.

—¿No se mudará usted a Viborgskaia Storóná?—preguntó Olga cuando él se despidió para irse a casa.

Oblomov se echó a reír y ni siquiera llamó imbecil a Zajar.

IX

Desde entonces ya no hubo más cambios en Olga. Estaba tranquila y tenía un trato igual y sosegado para su tía y para la sociedad; pero sólo vivía y sentía cuando estaba con Oblomov. Ya no preguntaba a nadie lo que tenía que hacer ni cómo conducirse ni envidiaba mentalmente la *autoridad* de Sonechka.

Conforme se iban abriendo ante ella las hojas de la vida, es decir, del amor, observaba con sagacidad las manifestaciones de éste y escuchaba la voz del instinto comprobándolas con las escasas observaciones que tenía de reserva y caminaba

con prudencia tanteando con el pie el terreno que había de pisar.

No tenía a quién preguntar. ¿A su tía? Pero ésta resbalaba sobre tales preguntas con tanta ligereza y habilidad que Olga nunca conseguía sacar nada en limpio de las respuestas. Stolz no estaba. ¿Oblomov? Este era una especie de Galatea al lado de la cual tenía ella que ser Pigmalión.

Su vida se hizo más plena, pero de un modo tan poco perceptible que vivía en su nuevo mundo sin llamar la atención de nadie, sin exteriorizar arrebatos ni inquietudes. Para todos los demás continuaba haciendo lo mismo que antes, pero lo hacía de otro modo.

Iba al teatro francés y la obra le parecía que tenía cierta relación con su propia vida; leía un libro e indefectiblemente encontraba párrafos en los que aparecían las inquietudes de su espíritu, ardía el fuego de sus sentimientos y estaban escritas las mismas palabras que ella había dicho la víspera, como si el autor hubiese estado escuchando cómo le latía el corazón.

En el bosque había los mismos árboles que antes, pero el rumor de éstos había adquirido un sentido especial; entre ellos y ella se había establecido una armonía perfecta. Los pájaros ya no gorjeaban y cantaban, sino que hablaban entre sí; y todo, todo a su alrededor hablaba y respondía al estado de su alma; se abría una flor y a ella le parecía percibir su propio aliento.

Los sueños adquirieron también nueva vida; se

poblaron de visiones y de imágenes con las que conversaba a veces en voz alta...; le contaban algo, pero tan impreciso que no lo comprendía y se esforzaba en hablarles y preguntarles, y también ella sólo decía palabras confusas.

Entonces se acordó de las palabras de Stolz; éste le decía a menudo que ella aun no había empezado a vivir y Olga se ofendía de que la considerase como una niña cuando ya tenía veinte años. Pero ahora comprendía que Stolz tenía razón y que ahora era cuando empezaba a vivir.

«Cuando se despierten todas las fuerzas de su alma—le había dicho—entonces se animará la vida alrededor de usted y verá lo que ahora no puede ver porque sus ojos están cerrados, oirá lo que ahora no puede oír; la música sonará en sus nervios, oirá el ruido de las esferas y el crecer de la hierba. ¡Espere! ¡No se apresure! ¡Ya llegará ello por sí mismo!», le amenazaba.

Y ello llegó.

«Será que se han despertado las fuerzas...», decía ella repitiendo las palabras de Stolz, escuchando atentamente aquella extraña armonía y contemplando vigilante y tímida cada nueva manifestación de las fuerzas despiertas.

No se quedó pensativa ni se dejó dominar por el estremecimiento de la hojas, por las visiones nocturnas ni por el misterioso susurro cuando por las noches le parecía que alguien se inclinaba sobre su oído y le decía cosas confusas e incomprensibles.

«¡Son los nervios!», repetía sonriendo a través de las lágrimas y venciendo con dificultad el miedo.

Se levantaba por la mañana, bebía un vaso de agua, abría la ventana, se daba aire con el pañuelo para refrescarse la cara y desaparecían aquellas visiones aparecidas en el sueño y a veces en la vigilia.

En cuanto a Oblomov, apenas se despertaba se le aparecía la imagen de Olga con la rama de lilas en la mano. Se dormía pensando en ella, y ya fuese de paseo o leyese, siempre la tenía delante.

Día y noche sostenía mentalmente con ella una interminable conversación. A «la historia de los descubrimientos e inventos» siempre tenía que agregar alguno hecho por él en la figura o en el carácter de Olga; inventaba la ocasión de encontrarla de improviso, de enviarle un libro. de prepararle una sorpresa. Después de haber estado hablando con ella, continuaba solo la conversación en casa, y algunas veces, cuando entraba Zajar, le decía con un tono extraordinariamente tierno y dulce, como si hablase con Olga:

—¡Oye, tú, diablo calvo! ¡Que me has dado otra vez los zapatos sin limpiar! ¡Mira! Algún día te voy a enseñar a...

Desde el momento en que oyó cantar a Olga por primera vez, le abandonó la abulia. A partir de entonces ya no vivió como antes, que le daba lo mismo estar tendido boca arriba en el sofá, mirando a la pared, o tener de visita a Alexeiev o ir él mismo de visita a casa de Iván Guerasimo-

vich, en aquellos tiempos en que no esperaba a nadie ni nada del día ni de la noche.

Ahora, el día y la noche, cada hora de la mañana y de la tarde, tenían su fisonomía especial, estaban llenas de resplandor irisado o bien eran incoloras y nebulosas, según estuviese o no Olga. Todo ello repercutía en su ser; en su cabeza se extendía todos los días una complicada red de combinaciones, conjeturas, prevenciones y torturas de incertidumbre, producida por las preguntas: ¿La veré hoy? ¿Qué hará y qué dirá? ¿Cómo me mirará y qué recado le enviaré? ¿Qué me preguntará? ¿Estará contenta o no? Todos estos problemas habían llegado a ser indispensables para la vida. «¡Oh, si se pudiese gozar de la dulzura del amor sin sufrir sus inquietudes!—soñaba él—. No es que me roce la vida, ¡es que me abrasa y es imposible esconderme! ¡Cuánta vibración, cuántas emociones! ¡El amor es lo más difícil de aprender en la vida!»

Ya había leído algunos libros; Olga le había pedido que le contase lo que decían y había escuchado con increíble paciencia todo el relato. Escribió unas cuantas cartas a la aldea, destituyó al administrador y se puso en comunicación, por mediación de Stolz, con uno de sus vecinos. Hubiera ido personalmente a la aldea si le hubiese sido posible separarse de Olga.

Dejó de cenar y hacía ya dos semanas que no se acostaba de día.

En el transcurso de dos o tres semanas visita-

ron todas las afueras de San Petersburgo. La tía, Olga, el barón y Oblomov asistieron a todos los conciertos veraniegos y a todas las grandes reuniones y tenían en proyecto hacer un viaje a Finlandia a la cascada de Imatra.

Oblomov solo no hubiera salido del parque, pero era Olga la que siempre ideaba las excursiones, y aunque él vacilase en aceptar la invitación, la excursión tenía lugar indefectiblemente y las sonrisas de Olga no podían contarse. En cinco kilómetros alrededor de la villa no había una colina a la que Oblomov no hubiese subido unas cuantas veces.

Entre tanto, la mutua atracción crecía y se manifestaba según leyes inmutables. Olga se desarrollaba al mismo tiempo que su amor. La luz de sus ojos se había hecho más viva, sus gestos adquirieron más gracia, su pecho se desarrollaba y se agitaba ligeramente.

—Has embellecido en el campo, Olga—dijo la tía.

La sonrisa del barón expresó el mismo cumplimiento. Olga, sonrojándose, apoyó la cabeza en el hombro de su tía y ésta le acarició con cariño la mejilla.

—¡Olga, Olga!—llamó un día Oblomov casi sigilosamente al pie de la colina donde le había citado para ir juntos de paseo.

No hubo contestación. Miró el reloj.

—¡Olga Sergueievna!—dijo en voz alta.

Silencio.

Olga, sentada en la colina, oía las llamadas y,

conteniendo la risa, se callaba. Quería obligarle a subir por la colina.

—¡Olga Sergueievna!—clamó él penetrando por entre los arbustos hasta media cuesta y mirando hacia arriba—. Me ha citado a las cinco y media—dijo en voz baja.

Olga no pudo contener la risa.

—¡Olga, Olga! ¡Oh, está usted ahí!—exclamó y subió por la colina—. ¡Uf, qué idea esconderse aquí!—dijo sentándose al lado de ella—. ¡Para martirizarme, se martiriza usted misma!

—¿De dónde viene? ¿De su casa?—preguntó ella.

—No, he pasado por la de usted y me dijeron que ya había salido.

—¿Qué ha hecho hoy?—preguntó Olga.

—Hoy...

—He peleado con Zajar—acabó ella.

El se echó a reír considerándolo completamente imposible.

—No, estuve leyendo *La Revue*. Pero escúcheme, Olga...

Pero no dijo nada. Se sentó a su lado y se sumió en la contemplación de su perfil, de su cabeza y del movimiento de su mano al meter y sacar la aguja en el cañamazo. Fijaba en ella la mirada sin poder apartarla. Permanecía inmóvil; sólo sus ojos se movían siguiendo los movimientos de la mano de Olga. Todo su organismo estaba en tensión: la acelerada circulación de la sangre, el rápido latido del pulso y aquel hormigueo en el lado del corazón obligaban a Oblomov a respirar con

dificultad, como sólo se respira en los momentos de suplicio o en los de éxtasis del espíritu.

Estaba mudo y se sentía incapaz de hacer el menor movimiento y los ojos húmedos de emoción continuaban clavados en ella.

De vez en cuando Olga le echaba una mirada penetrante, leía en su cara el poco complicado pensamiento y pensaba: «¡Dios mío, cuánto me ama! ¡Qué dulce es!» Y admiraba orgullosa a aquel hombre prosternado a sus pies y vencido por ella.

Ya ha pasado para siempre el momento de las frases y las sonrisas significativas, de las ramas de lilas. El amor se ha hecho más firme, más exigente y se ha transformado en un deber; han surgido mutuos derechos. Por ambas partes se mostraba más franqueza y desaparecieron las dudas substituídas por cuestiones más positivas.

Olga continuaba hiriéndole con frases mordaces sobre su pasada holgazanería y pronunciaba discursos condenando la apatía con más eficacia que lo hacía Stolz; luego, conforme crecía la intimidad, los sarcasmos cedieron su lugar a las manifestaciones de una despótica voluntad y Olga exigía de él una continua actividad, recordándole el motivo de la vida y obligándole a razonar, ya enredándole en un delicado problema, ya pidiéndole que le explicase alguna cuestión confusa para ella.

Oblomov hacía enormes esfuerzos intelectuales para no desmerecer en la opinión de ella, ayudándole a desenredar los problemas complicados o a cortar el nudo con valentía.

La táctica femenina de Olga estaba llena de dulce simpatía; los deseos de Oblomov, de no quedarse nunca rezagado respecto el espíritu de Olga, desbordaban pasión.

Pero con frecuencia, perdiendo las fuerzas, se rendía ante Olga y se apretaba el corazón con la mano escuchando sus latidos, sin apartar de ella la mirada, extático y asombrado. «¡Cómo me quiere!», se decía ella entonces admirándole. Al notar en el alma de Oblomov—y ella sabía mirar hasta el fondo—el menor cansancio, la más imperceptible muestra de apatía, el asomo de los antiguos defectos, vertía sobre él torrentes de reproches mezclados a veces con manifestaciones de amargo arrepentimiento y de temor de haberse equivocado.

Apenas Oblomov iniciaba un bostezo, encontraba clavada en él la mirada llena de asombro de Olga y en el acto cerraba la boca y apretaba los dientes.

Ella vigilaba en el rostro de él la más leve señal de sueño y le preguntaba no sólo lo que hacía, sino lo que pensaba hacer.

Más que el temor a los reproches, influía en Oblomov el observar que el propio cansancio cansaba a Olga, la cual se tornaba indiferente y fría. Entonces sentía renacer en él la fiebre de vida y de actividad, desaparecía la sombra, y el amor alborotaba de nuevo como una fuente limpia y abundante.

Pero todas estas actividades no salían de la esfera mágica del amor; su actividad no era positiva: no dormía, leía, a veces meditaba en su pro-

yecto, andaba mucho y hacía excursiones. Pero en poner en práctica su actividad y llevar a la realidad las ideas de vida y de trabajo no pasaba de la intención.

«¿Qué otra vida y actividad quiere Andrés?—se preguntaba Oblomov después de comer y abriendo los ojos para no dormirse—. ¿Acaso no es esto vida? ¿Acaso el amar no es una ocupación? ¡Que pruebe él a hacerlo! ¡Todos los días diez kilómetros a pie! Ayer pasé la noche en la ciudad en una taberna asquerosa y vestido; sólo me pude quitar los zapatos y para eso sin ayuda de Zajar. ¡Y todo ello por los encargos de Olga!»

Lo que más le atormentaba eran las preguntas de Olga, preguntas sobre temas científicos para cuya respuesta completa hacía falta un catedrático. Estas preguntas no eran consecuencia de pedertería, sino del deseo de Olga de conocer los asuntos. Con frecuencia se olvidaba ella de Oblomov seducida por la pregunta misma.

«¿Por qué no nos enseñan esto?», decía con disgusto escuchando ávidamente las explicaciones de temas que se suelen considerar como inútiles para la mujer.

Un día le asaltó preguntándole acerca de las estrellas errantes; él cometió la imprudencia de citar a Herschell, y Olga le envió a la ciudad a comprar un libro e hizo que lo leyese y se lo explicase luego para satisfacer su curiosidad.

Otra vez, hablando con el barón, escuchó dos palabras sobre pintura y de nuevo tuvo Oblomov

que trabajar durante una semana, leer libros, relatarlos luego y además ir al Ermitage y explicarle allí las diferentes escuelas, etc.

Luego tuvo que visitar todos los almacenes buscando grabados de los mejores cuadros.

El pobre Oblomov repetía lo aprendido hacía tiempo o se lanzaba a las librerías buscando obras nuevas, y a veces se pasaba noches enteras sin dormir, leyendo o sacando del archivo de su memoria los conocimientos necesarios para poder contestar al día siguiente la pregunta de aquella tarde.

Olga no le hacía las preguntas distraídamente, como si fuesen consecuencia de un momentáneo capricho femenino, sino que las hacía con insistencia, con verdadera impaciencia, y cuando Oblomov se callaba le castigaba con una intensa mirada escudriñadora. ¡Cómo temblaba el pobre bajo aquella mirada!

—¿Por qué se calla y no dice nada?—preguntó Olga—. ¡Cualquiera diría que se aburre usted!

—¡Oh!—exclamó él como recobrando los sentidos después de un desvanecimiento—. ¡Cuánto la amo!

—¿De veras? Si no le preguntase no lo notaría—contestó ella.

—¿Es posible que no vea usted lo que está pasando en mí?—empezó Oblomov—. Me es difícil hablar. Aquí..., deme la mano..., aquí hay algo como un peso o una piedra, parecido a lo que se siente cuando sucede una gran desgracia; ¡qué extraño nuestro ser; la felicidad y la desgracia se mani-

fiestan en él del mismo modo! ¡La respiración se hace difícil, casi dolorosa y se sienten deseos de llorar! Si ahora pudiese llorar me sentiría aliviado, lo mismo que cuando ocurre una desgracia...

Olga le miró silenciosa, como comprobando en su cara sus palabras y sonrió: el examen había dado un resultado satisfactorio. El rostro de Olga reflejó una tranquila felicidad imposible de turbar. Se veía que era feliz y su alma estaba serena como la Naturaleza en aquella mañana.

—¿Qué me pasa?—se preguntó reflexionando Oblomov.

—¿Quiere que se lo diga?

—Sí, dígamelo.

—Usted está... enamorado.

—Sí, desde luego—confirmó él apartando del cañamazo la mano de ella y apretando contra sus labios los dedos sin besarlos, proponiéndose por lo visto guardarlos así siempre.

Olga probó a retirar la mano, pero él la tenía fuertemente cogida.

—Déjela, ya es bastante—dijo ella.

—Y usted—preguntó—, ¿usted no está... enamorada?...

—¿Enamorada? No, a mí no me gusta eso; le quiero—dijo ella y le miró un rato como comprobando si era verdad que le quería.

—¡Qui...ero!—pronunció Oblomov—. Pero se puede querer al padre, a la madre, a la niñera y hasta al perrito; todo ello queda envuelto en la expresión general «quiero» como en un viejo...

—*¡Jalat!*—dijo ella riendo—. A propósito, ¿dónde está su *jalat!*

—¿Qué *jalat!* Nunca he tenido ninguno.

Olga le miró con sonrisa de reproche.

—¡Ahora se le ocurre hablar del viejo *jalat!*—dijo él—. Yo estoy esperando, con el alma llena de impaciencia, queriendo escuchar cómo vibra su corazón y oír con qué palabra designa usted esos impulsos y usted... ¡Dios la perdone, Olga! ¡Sí! Estoy enamorado de usted y le digo que ése es el amor verdadero. Nadie se enamora de su padre, ni de su madre, ni de la niñera; a esos se les quiere.

—No sé—dijo Olga pensativa como examinándose en lo más íntimo de su ser y procurando ver lo que allí pasaba—. No sé si estoy enamorada de usted, pero si no es así será porque aun no ha llegado el momento. Lo único que sé es que no he querido *así* ni a mi padre ni a mi madre ni a la niñera...

—¿Y qué diferencia hay? ¿Experimenta usted algo extraordinario?—preguntó él.

—¿Quiere usted saberlo?—preguntó ella con malicia.

—¡Sí, sí, sí! ¿Es posible que no sienta usted necesidad de decirlo?

—¿Y por qué quiere saberlo?

—Para vivir de ello hoy, toda la noche y mañana hasta la hora de la cita... No vivir mas que para eso.

—¡Ya ve usted! ¡Necesita usted renovar todos los días la reserva de ternura! Esa es la diferencia entre el enamorado y el que quiere. Yo...

—¿Usted...?—preguntó él impaciente.

—Yo quiero de otro modo—dijo ella apoyándose en el respaldo del banco dejando vagar la mirada por las nubes—. Estoy triste sin usted; separarme de usted por poco tiempo, me da lástima y me haría sufrir el separarme por una larga temporada. Un día, para siempre, supe y vi, tengo fe en su amor y soy feliz aunque no me lo vuelva usted a decir. No sé amar más ni mejor.

«Son palabras... como de Cordelia», pensó Oblomov mirando con pasión a Olga.

—Si usted se muriese...—prosiguió titubeando—estaría siempre de luto y no volvería a sonreír en toda mi vida. Si amase usted a otra no me quejaría ni maldeciría, sino que le desearía que fuese feliz... Para mí el amor es lo mismo que... la vida... y la vida...

Se detuvo buscando la palabra.

—¿Qué es la vida, según usted?—preguntó Oblomov.

—La vida es deber, obligación y, por tanto, el amor también es un deber. Me parece que es Dios el que me rige—dijo alzando los ojos al cielo—y me ordena amar.

—¡Cordelia!—exclamó Oblomov—. ¡Y sólo tiene veintiún años! Entonces, según usted, el amor ¿es así?—añadió pensativo.

—Sí; y creo que tendré fuerzas para vivir y amar toda mi vida...

«¿Quién le inspira todo eso?—pensó Oblomov mirándola casi con veneración—. ¡No es por la

senda de la experiencia y de las torturas de la pasión como ha llegado a ese claro y sencillo concepto de la vida y del amor!»

—Pero hay alegrías, hay pasiones...—dijo él.

—No lo sé, no las he vivido y no las comprendo.

—¡Oh, cómo las comprendo yo ahora!

—Quizá con el tiempo yo también llegue a comprenderlas y a sentir los mismos impulsos que usted, le miraré como usted me mira y llegaré a creer que no es realmente usted quien está delante... ¡Eso debe ser muy divertido!—añadió alegre—. ¡Qué ojos pone usted a veces! Creo que *ma tante* lo nota.

—Entonces, en su amor, ¿en qué consiste la felicidad—preguntó él—si no tiene esas vivas alegrías que yo experimento?

—¿En qué? ¡He aquí en qué!—dijo Olga señalando a él, a sí y a la soledad que les rodeaba—. ¿Acaso esto no es felicidad? ¡He vivido nunca así! Antes no hubiera podido permanecer aquí ni un cuarto de hora sola, sin libros, sin música y entre estos árboles. Me aburría hablando con los hombres; excepto con Andrés Ivanovich, no sabía de qué hablar; siempre quería estar sola... Y ahora... ¡me gusta guardar silencio cuando estamos juntos!

Paseó la mirada a su alrededor por los árboles y por la hierba, luego la detuvo en él, sonrió y le tendió la mano.

—¿Acaso no me da pena cuando usted se marcha? ¿Acaso no me apresuro a acostarme para

dormir y no notar la aburrida noche? ¿Acaso no le enviaré un recuerdo mañana? ¿Acaso...

A cada nuevo «acaso» la cara de Oblomov se iluminaba más y más y la mirada se volvía más brillante.

—Sí, sí—repetía él—, también a mí me aburre la noche y estoy esperando la mañana, y por la mañana enviaré al criado a su casa no para que lleve ningún recado, sino sólo para sentir el placer de pronunciar su nombre y oírlo pronunciar, para saber por los servidores un detalle cualquiera de usted y para envidiarles la suerte de haberla visto ya... Nosotros pensamos, esperamos, vivimos y confiamos del mismo modo. Perdóneme, Olga, mis dudas; ya estoy convencido de que usted me quiere como no ha querido ni a su padre, ni a su tía, ni...

—¡Ni al perrito!—exclamó Olga riendo—. Créame así como le creo yo, no estorbe nuestra felicidad con dudas inútiles porque se irá volando. A lo que he llamado una vez «mío» no lo devolveré nunca si no me lo quitan. ¡Lo sé! No me importa que sea joven...—dijo con decisión—. Desde que le conocí, en un mes he reflexionado y vivido mucho, como si hubiese leído poco a poco un gran libro... Por eso, no dude más...

—No, no puedo dejar de dudar—le interrumpió él—. No me lo exija. Ahora, estando con usted estoy seguro de todo: su mirada, su voz, todo me lo dice. Me mira usted como diciendo: «No necesito palabras, sé leer en sus ojos.» Pero cuando me quedo solo, llega el turno de las penosas du-

das y preguntas y tengo que correr a usted de nuevo para mirarla porque sin eso no tengo fe. ¿Por qué será así?

—Y yo, yo tengo fe en usted. ¿Por qué?—preguntó Olga.

—¡Claro! Ante usted está un loco lleno de pasión. En mis ojos puede ver usted como en un espejo. Además, usted tiene veinte años; mírese. ¿Es posible que pase a su lado ningún hombre sin pagarle un tributo de asombro con la mirada? Y yo la conozco, la escucho, la contemplo mucho tiempo, la amo...; ¡oh, es para volverse loco! En cambio usted es tan tranquila, tan serena... Si se pasan dos o tres días sin que le oiga a usted decir «le quiero»... empieza la alarma aquí...—y se señaló el corazón.

—¡Le quiero, le quiero y le quiero! ¡He aquí provisiones para tres días!—dijo Olga levantándose del banco.

—¡Usted siempre está burlándose y figúrese mi estado...!—objetó él suspirando y bajando con Olga por la colina.

De este modo, el mismo motivo se desarrollaba en diferentes variaciones. Las citas y las conversaciones eran siempre la misma canción, los mismos sonidos, la misma luz que al refractarse se dividía en rayos sonrosados, verdes y amarillos, vibrando en la atmósfera que les rodeaba. Cada día y cada hora parecía traer un nuevo rayo o un nuevo sonido, pero la luz que ardía y el motivo que sonaba eran siempre los mismos.

Ambos escuchaban aquella música y se apresuraban a cantársela el uno al otro sin sospechar que mañana sonarán otros sonidos, vibrarán otros rayos y al día siguiente olvidarán que el canto de ayer era otro.

Olga pintaba los impulsos de su corazón con colores que eran hijos de su fantasía exaltada en aquel momento y creía que eran los naturales. Y en su inocente e inconsciente coquetería se presentaba adornada con ellos ante los ojos de su amigo.

Oblomov creía aún con más fuerza en aquellos sonidos hechiceros y en aquella voz fascinadora y se apresuraba a presentarse ante ella armado de toda su pasión, mostrándole todo el resplandor y la violencia del fuego que devoraba su alma.

No se engañaban a sí mismos ni el uno al otro; repetían lo que el corazón les dictaba, pero la voz de éste pasaba a través de la fantasía.

A Oblomov no le importaba si Olga era Cordelia y si permanecería fiel a esta imagen o eligiendo otra senda se transformaría en otra visión; le importaba tan sólo el que siempre se le apareciese adornada con los mismos rayos y colores, tal como vivía en su corazón; le importaba sentirse él mismo satisfecho.

Tampoco a Olga le importaba saber si su apasionado amigo sería capaz de ir a recoger el guante tirado a la boca del león o de arrojarse a un abismo; le importaba tan sólo ver en él los síntomas de la pasión, saber que respondía al ideal de

hombre y de hombre despierto por ella; saber que de su sonrisa y del rayo de su mirada nacía en él el fuego del valor y que él no dejaba de ver en ella el motivo de la vida.

Por eso, en la imagen de Cordelia, en el fuego de la pasión de Oblomov se reflejó sólo un momento un efímero soplo de amor, una sola mañana, un solo dibujo caprichoso. Y mañana... mañana quizá brille ya otro, no menos hermoso, pero otro...

X

Oblomov estaba en el estado del hombre que acaba de seguir con la vista la puesta del sol en un día de verano y sin apartar la mirada del horizonte goza aún de las huellas bermejas, sin volverse a mirar hacia el lado donde nace la noche y sin pensar más que en volver a ver la luz del día siguiente.

Oblomov estaba tumbado boca arriba y gozaba de los últimos detalles de la entrevista de la víspera. «Le quiero, le quiero, le quiero» vibraba aún en sus oídos con más dulzura que el mismo canto de Olga; en estas palabras aun se reflejaban los últimos rayos de la penetrante mirada de ella. Leía en ellos y precisaba el grado de amor de Olga y ya empezaba a sumirse en sueño cuando de pronto...

A la mañana siguiente, Oblomov se levantó pálido y tétrico: presentaba en la cara las huellas

del insomnio, su frente estaba arrugada y sus ojos no reflejaban ni fuego ni deseo. La mirada orgullosa y animada y los gestos rápidos y conscientes habían desaparecido.

Bebió con negligencia el te, no abrió ni un libro ni se sentó a la mesa, sino que encendió pensativo el cigarro y se sentó en el sofá. Antes se hubiera acostado, pero ahora había perdido la costumbre y ni siquiera se sentía atraído por la almohada; no obstante, apoyó en ella el codo recordando sus antiguas aficiones.

Estaba preocupado, suspiraba de cuando en cuando, se encogía de hombros y meneaba melancólicamente la cabeza. Todo él estaba en tensión, pero no por causa del amor. La imagen de Olga aparecía ante él, pero como flotando en niebla, sin luminosidad, como si le fuese extraña. La miraba con mirada enfermiza y suspiraba.

«Vive como te manda Dios y no como quieras», es un proverbio sabio, pero...»

Y se quedó pensativo.

«Sí, claro, no se puede vivir como uno quiere—dijo una voz interior lúgubre y obstinada—; caerías en un abismo de contradicciones imposibles de poner en claro por ningún cerebro por potente y atrevido que sea. Ayer deseabas, hoy has obtenido lo apasionadamente deseado y pasado mañana te causará sonrojo tu deseo y maldecirás la vida por haberlo conseguido. ¡He aquí la consecuencia del caminar atrevido e independiente por la vida, del rebelde «quiero»! Es necesario andar a tientas

y cerrar los ojos para no ver muchas cosas, no soñar con la felicidad, no atreverse a lamentarse cuando huye. ¡He ahí la vida! ¡Quién dijo que ésta es felicidad y placer? ¡Sólo un insensato! La vida es vida, deber, obligación—dice Olga—, y la obligación es a veces penosa. ¡Cumplamos con nuestro deber!...»

Suspiró.

«No ver más a Olga... ¡Dios mío! Tú has abierto mis ojos y me has mostrado mi deber—dijo mirando al cielo—. ¡Cómo tener fuerzas? ¡Separarse! ¡Aun es posible ahora, aunque con pena, pero no tendré que maldecirme luego por no haberlo hecho! Y en este momento llegará algún recado de Olga; ella quería enviar... No, espera...»

¿Cuál era la causa de este cambio? ¿Qué viento ha soplado sobre la casa de Oblomov? ¿Qué tormenta se ha formado encima de ella? ¿Por qué se somete a un sacrificio tan penoso? Ayer aun contemplaba el fondo del alma de Olga y veía allí un mundo de felicidad, leía en ella el porvenir de ambos. ¿Qué había ocurrido?

De seguro que ha cenado con exceso o dormido boca arriba y el poético estado de ánimo ha cedido el sitio a pesadillas espantosas.

¿Qué frecuente es dormirse después de un anochecer estival, con el cielo sembrado de estrellas y pensando en lo hermoso que estará al día siguiente el campo iluminado por los brillantes colores de la mañana y en penetrar en la espesura del bosque huyendo del bochorno!... Y de pronto

se siente uno despertado por el tamborilear de la lluvia, el cielo está cubierto de nubes grises..., hace frío y el ambiente es húmedo...

Por la noche, Oblomov, según su costumbre, estuvo escuchando los latidos de su corazón; luego puso su mano sobre éste para asegurarse que no había aumentado de volumen; después se sumió en el análisis de su felicidad y, de improviso, tragó una gota de amargura y se intoxicó.

La intoxicación fué rápida y violenta. Recordó mentalmente toda su vida y por centésima vez el arrepentimiento y el pesar, tardío por lo pasado, invadieron su corazón. Se imaginó lo que sería de él ahora si hubiese caminado valerosamente siempre adelante; cuánto más plena y variada sería su vida si hubiese sido activo y, por fin, se hizo esta pregunta: ¿quién era él ahora, cómo había podido amarle Olga y por qué?

¿No será una equivocación? Esta idea atravesó su mente como un rayo que penetrando en su corazón lo rompió. Oblomov gimió: «¡Error! ¡Sí..., eso es!»

«Le quiero, le quiero, le quiero» le vino de nuevo a la memoria y el corazón volvió a reanimarse, pero de pronto sintió un frío sepulcral. ¿Qué era este «le quiero» de Olga? Engaño de sus ojos, malicioso cuchicheo de su corazón aun libre; ¡no era el amor, sino sólo el presentimiento del amor!

¡Esa voz resonará algún día, pero vibrará con tal vigor, en un acorde tan intenso, que todo el universo se estremecerá! ¡La oirán la tía y el barón y

a lo lejos retumbará el eco de esa voz! No se insinuará calladamente como el arroyo que se esconde en la hierba con murmullo apenas perceptible.

Olga ama ahora así como borda sobre cañamazo: hace el dibujo despacio, con pereza, lo desarrolla con más pereza todavía, lo admira y luego lo pone en su sitio y lo olvida. Sí, esto es sólo una preparación para el amor, un experimento, y él, Oblomov, es el sujeto que por casualidad se ha encontrado a mano...

Sí, era la casualidad la que les había hecho conocerse y entablar amistad. Olga no le hubiera notado; fué Stolz el que llamó la atención de Olga sobre Oblomov, contagió de interés el sensible corazón juvenil de aquélla y nació la compasión por su estado miserable y la orgullosa preocupación de sacudir la somnolencia perezosa de aquel alma, y luego... abandonarla. «¡Así es!—dijo horrorizado levantándose de la cama, y con mano temblorosa encendió la vela—. ¡No ha sido mas que esto! Ella estaba dispuesta al amor, su corazón esperaba vigilante y me encontré ante ella por casualidad, por equivocación... ¡Llegará otro y ella volverá en sí espantada de su error! ¡Cómo me mirará entonces, cómo volverá la cara..., qué horror! ¡Yo robando lo ajeno! ¡Yo soy un ladrón! ¡Qué hago, qué hacer? Estoy ciego. ¡Oh Dios mío!»

Se miró al espejo: estaba pálido, amarillo y con la mirada apagada. Se acordó de los jóvenes dichosos de mirada pensativa, pero enérgica y penetrante como la de ella, con ojos brillantes, son-

risa de triunfo, andar animoso y voz sonora... Y llegará un día en que aparezca uno de éstos: Olga se ruborizará de pronto, le mirará a él, Oblomov, y... ¡lanzaré una carcajada!

Se miró otra vez en el espejo: «¡A los que son como yo, no se les ama!», dijo.

Luego se tumbó en el lecho y apretó la cara contra la almohada.

«¡Adiós, Olga! ¡Sé feliz!», concluyó.

—¡Zajar!—llamó por la mañana—. Si viene a preguntar por mí el criado de los Illinsky, le dices que no estoy en casa, que he ido a la ciudad.

—Sí, señor.

—Sí... No, mejor es que le escriba—dijo para sí—; le podría extrañar mi desaparición repentina. Es necesario dar una explicación.

Se sentó a la mesa y se puso a escribir rápidamente, con calor, con celeridad febril y no como escribía en el mes de mayo la carta a su casero. Ni una sola vez tuvo que corregir el desagradable encuentro de dos *que* o dos *cual*.

«Le extrañaré, Olga Sergueievna—escribía—, que en vez de ir a verla le escriba esta carta a pesar de que nos vemos tan a menudo. Léala hasta el fin y verá que me es imposible proceder de otro modo. Si desde el principio hubiéramos escrito esta carta nos hubiéramos librado de muchos remordimientos de conciencia; pero aun no es tarde. Nuestro amor surgió con la rapidez de una enfermedad y ello me impidió volver antes en mí. Además, ¿quién pudiendo mirarla y escucharla horas enteras hu-

biera podido cumplir por su propia voluntad la penosa obligación de romper el encanto? ¿Dónde proveerse de tanta fuerza de voluntad y de tanta prudencia para poder detenerse en la pendiente y no rodar seducido? Todos los días pensaba: «No avanzaré más, me detendré, depende de mí»; pero continuaba rodando y ahora ha llegado el día de la lucha para la cual le pido su ayuda. Sólo hoy, sólo esta noche he comprendido con qué rapidez han resbalado mis pies. Hasta ayer no logré mirar al fondo del abismo a que me precipito y he decidido detenerme.

«Estoy hablando sólo de mí no por egoísmo, sino porque al verme en el fondo de ese abismo usted seguirá volando, como un ángel inmaculado, allá en lo alto y no sé si querrá dirigir una mirada abajo. Oigame, le diré sinceramente, con sencillez, sin intención oculta: Usted no me quiere, no puede quererme. Confíe en mi experiencia y créame sin dudar. Mi corazón empezó a latir hace ya tiempo; es verdad que latió falsamente, pero precisamente por eso sé distinguir los latidos verdaderos de los casuales. Usted no sabe, pero yo sí debo conocer dónde está la verdad y dónde el error y mi obligación es avisar al que no tuvo aún tiempo de saberlo. Por eso le grito: ¡Usted se equivoca! ¡Mire atrás!

«Mientras nuestro amor en forma de una ligera visión sonriente, mientras resonaba en la *Casta diva*, volaba en el perfume de las ramas de lilas, en el interés no expresado, en la mirada vergon-

zosa, yo no fiaba en él considerándolo como capricho de la fantasía o cuchicheo del orgullo. Pero esa época pasó; me puse enfermo de amor, sentí los síntomas de la pasión; usted se volvió seria y pensativa; me sacrificó sus horas libres, sus nervios se despertaron, perdió usted la serenidad y entonces, es decir, ahora, me asusté y sentí pesar sobre mí el deber de pararme y decirle qué es lo que usted siente.

«Le dije que la quería, usted me contestó lo mismo. ¿No aprecia usted en esto una disonancia? ¿No? Ya la oirá más tarde, cuando yo esté en el fondo del abismo. Míreme bien, piense en mi existencia: ¿puede usted amarme? ¿Me ama? «Le quiero, le quiero, le quiero», me dijo usted ayer. «¡No, no, no!», le contesto firmemente.

«Usted no me quiere, pero me apresuro a añadir que no miente al decir lo contrario y que no me engaña. Usted no podría decir *sí* cuando su alma dice *no*. Yo quiero sólo demostrarle que su «le quiero» de ahora no es el amor presente, sino el amor futuro; es sólo la inconsciente necesidad de amor que, falto de alimento verdadero, por ausencia de fuego, brilla con fría luz artificial y que se manifiesta a veces en las mujeres ya en caricias a un niño o a otra mujer, ya en lágrimas y ataques de histerismo. Debiera haberle dicho al principio: se ha equivocado usted, no está el que usted espera y con el que ha soñado. Espere, él vendrá y entonces volverá usted en sí, sentirá enfado y vergüenza por su error, y a mí estos enfado

y vergüenza me harán sufrir mucho. He aquí lo que hubiera debido decirle si hubiera sido más perspicaz y valiente y más sincero... Se lo decía, pero ¿se acuerda cómo? Temiendo que usted lo creyera y que fuese así; le decía de antemano todo lo que después pudieran decir los demás; lo decía para prepararla a no escucharlos, a no creerlos y al mismo tiempo aprovechaba todas las ocasiones de verla pensando: ¿Quién sabe cuándo vendrá el otro? ¡Mientras tanto, soy feliz! Esta es la lógica de la pasión.

»Ahora pienso de otro modo. ¿Qué será cuando aumente el cariño, cuando el vernos no sea el lujo de la vida, sino necesidad, cuando el amor clave sus garras en el corazón en el que no en vano siento algo? ¿Cómo separarse entonces? ¿Podré resistir este dolor? Será difícil. No puedo pensar en ello sin espanto. Si usted fuese mayor, si tuviese más experiencia hubiera bendecido mi felicidad y le hubiera tendido la mano para siempre. Pero así...

»¿Para qué le escribo? ¿Por qué no he ido a decirle frente a frente que aunque el deseo de verla es mayor cada día no debemos vernos? ¡Decírselo a usted directamente! ¿Cómo sería posible que tuviese tanto valor? ¡Imagínese! A veces he querido decir algo semejante, pero he dicho lo contrario. Quizá su rostro reflejase pena (creo que no se aburría usted a mi lado) o se ofendiera no comprendiendo mis rectas intenciones; no podría soportar ninguna de las dos cosas, de nuevo diría lo contra-

rio, mis intenciones se disiparían como cenizas y todo acabaría con citarnos para el día siguiente. Ahora, no estando usted aquí, es distinto; no están ante mí sus ojos dulces, su rostro bueno y bello, el papel tolera y calla y yo escribo tranquilo (¡mentira!): «No nos veremos más» (¡esto no es mentira!).

«Otro hubiera agregado: *escribo vertiendo lágrimas*; pero yo no adopto actitudes ante usted, no me envuelvo en un manto de tristeza porque no quiero aumentar su dolor ni excitar pena ni melancolía. El involucrase en ese manto suele ocultar la intención de ahondar más las raíces en el terreno del amor y yo quiero exterminar hasta los gérmenes de éste. Además, el llorar sólo conviene a los soñadores o a los conquistadores que pretenden cazar con frases hechas el orgullo descuidado de las mujeres. Yo hablo despidiéndome como pudiera despedirme de un buen amigo que se va a un largo viaje. Dentro de tres semanas, dentro de un mes sería ya tarde y difícil: el amor hace progresos increíbles, es una gangrena del alma. Yo ahora estoy como loco; no cuento las horas, ni me doy cuenta de si el sol sale o se pone; calculo así: la he visto, no la he visto; la veré, no la veré; ha venido, no ha venido; vendrá... Esto conviene a la juventud, que soporta fácilmente las emociones agradables y desagradables, mientras que a mí me conviene la tranquilidad, aburrida y soñolienta, pero ya la conozco; las tempestades no podría vencerlas.

«Muchos se asombrarán de mi proceder. «¿Por

qué huye?», dirán. Otros se reirán de mí. Estoy dispuesto a todo. Una vez que tomo la resolución de no verla más, se comprende que estaré decidido a todo.

»Sumido en profunda tristeza, me consuelo un poco pensando en que de este breve episodio me quedará para siempre un recuerdo tan puro, tan aromático que será suficiente para impedir que mi alma se sumerja en su antiguo sueño y a usted le servirá, sin haberla perjudicado, de guía para su futura vida normal. ¡Adiós mi ángel! ¡Huya ligera como el asustado pajarillo huye de la rama en que se posó por error, tan ligera, alegre y animada como éste huye de la rama en que se posó por casualidad!»

Oblomov escribía con animación, la pluma volaba sobre el papel. Le brillaban los ojos, le ardían las mejillas. La carta resultó larga como todas las cartas amorosas; los amantes son unos charlatanes terribles.

«¡Qué extraño, ya no me aburro ni siento opresión alguna!—pensó—. Casi soy feliz... ¿Por qué será esto? De seguro que porque he descargado en la carta el peso que tenía sobre mi alma.»

La leyó otra vez, la dobló y cerró el sobre.

—¡Zajar!—dijo—. Cuando venga el criado, dale esta carta para la señorita.

—Sí, señor—contestó Zajar.

En efecto, Oblomov estaba casi alegre; se sentó, doblando las piernas, en el sofá y hasta se informó de si había algo para el almuerzo. Se comió

dos huevos y encendió el cigarro. Su corazón y su alma no estaban vacíos: vivía. Se imaginaba el momento en que Olga recibiese la carta, su asombro, la expresión de su rostro después de leerla. ¿Qué pasaría luego?

Gozaba con la perspectiva de aquel día, con la novedad de la situación... Esperaba con el corazón agitado escuchar el portazo anunciando la llegada del criado...; tal vez Olga estaba ya leyendo la carta; pero no, en la antesala no se oía ruido.

«¿Qué significará esto?—pensó inquieto—. No ha venido nadie. ¿Cómo puede ser?»

La misteriosa voz murmuró: «¿Por qué te inquietas? ¿Si lo necesitas para romper las relaciones!» Pero él hacía callar esta voz.

Media hora después llamó a Zajar, que estaba en el patio con el cochero.

—¿No ha venido nadie?—preguntó.

—Sí, han venido.

—¿Pues?

—Dije que no estaba usted en casa, que se había ido a la ciudad.

Oblomov abrió los ojos.

—¿Por qué has dicho eso?—preguntó—. ¿Qué te había ordenado en caso de que viniera el criado?

—Pero no fué el criado el que vino, sino la doncella—contestó Zajar sin inmutarse.

—¿Y le has dado la carta?

—No, usted me dijo antes que dijese que no estaba en casa y luego ya enviar la carta. Cuando venga el criado se la daré.

—No... tú...; ¡tú eres un verdadero asesino!
 ¡Dónde está la carta? ¡Tráemela!—exclamó Oblomov.

Zajar le trajo la carta ya bastante manchada.

—¡Lávate las manos!—dijo Oblomov rabioso, indicándole la mancha.

—Tengo las manos limpias—contestó Zajar evitando la mirada del señor.

—¡Anisia! ¡Anisia!—llamó Oblomov.

Anisia asomó la cabeza por la puerta.

—¡Mira lo que hace Zajar!—se quejó Oblomov—. Toma la carta y dásela al criado o a la doncella de los Illinsky para que se la entreguen a la señorita. ¿Oyes?

—Sí, padre mío, démela y la enviaré.

Pero apenas salieron a la antesala Zajar arrancó la carta de las manos de Anisia.

—¡Vete, vete!—gritó—. ¡Ocúpate de tus cosas!

No tardó en volver otra vez la doncella. Zajar le abrió la puerta y Anisia se acercó también, pero Zajar le lanzó una mirada enfurecida.

—¿Qué quieres?—preguntó con voz ronca.

—He venido a ver como tú...

—¡Vete, vete!—rugió él amenazándola con el codo—. ¡No faltaba más!

Anisia sonrió y se fué, pero se quedó en la habitación vecina mirando por la rendija de la puerta cómo Zajar cumplía las órdenes del señor.

Ilia Illich, al oír el ruido, salió a la antesala.

—¿Qué quieres, Katia?—preguntó a la doncella.

—La señorita me ha ordenado que pregunte

adónde ha ido usted. Pero ¿está usted en casa? Voy a decírselo—dijo y quiso marcharse.

—Estoy en casa. Es que Zajar miente siempre—dijo Oblomov—. Toma, entrega esta carta a la señorita.

—Bien, señor, la entregaré.

—¿Dónde está ahora la señorita?

—Ha ido a dar un paseo por el pueblo; me encargó que le dijese que si ha acabado de leer el libro vaya usted al jardín después de la una...

Se fué.

«No, no iré..., ¿para qué excitar el amor cuando debe terminar?», pensó Oblomov dirigiéndose hacia el pueblo.

Vió desde lejos que Olga subía por la colina, que Katia la alcanzó y le entregaba la carta; vió que Olga se detuvo un momento, miró la carta y pareció reflexionar; luego dejó que Katia se alejase y se internó en la avenida del parque.

Oblomov dió un rodeo dejando la colina a su izquierda, penetró en la avenida por el extremo opuesto y al llegar a la mitad se sentó sobre la hierba entre la maleza y aguardó.

«Ella pasará por aquí—pensó—, la miraré un momento para ver qué tal está y me iré para siempre.»

Con el corazón palpitante esperaba los pasos de Olga. No, todo estaba silencioso. La Naturaleza vivía su vida activa, alrededor hervía en invisible trabajo, pero parecía que todo gozaba de paz solemne. En tanto, entre la hierba, un pequeño

mundo se movía, se arrastraba, se agitaba. Las hormigas corrían por todas partes tropezando unas con otras, agitándose semejantes a un mercado a vista de pájaro; los mismos grupos, la misma agitación, el mismo ir y venir de la gente.

Aquí un zángano zumbaba alrededor de una flor y penetraba en el cáliz; allí todo un enjambre de moscas se pegaba a una gota de savia que rezumaba por la corteza de un tilo; en la espesura del bosque un pájaro repetía insistentemente un mismo sonido, tal vez llamando a su compañera. Dos mariposas, volando una alrededor de otra, como bailando un vals, corrían por entre los troncos de los árboles. La hierba emanaba su fuerte aroma y en ella se escuchaba un continuo rumor.

«¡Qué batahola!—pensó Oblomov contemplando aquel movimiento y escuchando los ruidos menudos de la Naturaleza—. ¡Y afuera todo está tan tranquilo!...»

Todavía no oía los pasos. Por fin, sí...

«¡Oh!—suspiró Oblomov apartando sigilosamente las ramas—. Es ella..., ella... ¡Qué es esto? ¡Está llorando! ¡Oh Dios mío!»

Olga caminaba despacio secándose las lágrimas con el pañuelo; pero apenas las secaba, brotaban otras nuevas; se avergonzaba, las tragaba, quería ocultarlas para que no las viesen ni aun los árboles, pero no podía. Oblomov nunca había visto llorar a Olga; no lo esperaba y se sintió emocionado, pero sin producirle mucho calor, sino más bien tibieza.

Fué rápidamente tras ella.

—¡Olga, Olga!—dijo con ternura.

Olga se estremeció, se volvió hacia atrás, le miró con asombro; luego volvió la cara y continuó su camino.

Oblomov llegó al lado de ella.

—¿Está llorando?—preguntó.

Las lágrimas corrían cada vez más abundantes.

Ya no podía contenerlas y apretando el pañuelo contra el rostro prorrumpió en sollozos y se sentó en el primer banco que encontró.

—¿Qué he hecho?—murmuró Oblomov horrorizado tomando la mano de Olga y procurando apartarla del rostro.

—¡Déjeme!—dijo ella—. ¡Váyase! ¿Por qué está aquí? Sé que no debo llorar, ¿por qué? Usted tiene razón; sí, todo puede ocurrir.

—¿Qué hay que hacer para que no lllore usted?—preguntó él arrodillándose ante ella—. Diga, ordene, estoy dispuesto a todo...

—Me ha hecho usted llorar, pero el detener mi llanto no está en su mano... No puede usted. ¡Déjeme!—dijo ella dándose aire con el pañuelo.

Oblomov la miró y se maldijo mentalmente.

—¡Malhadada carta!—exclamó arrepentido.

Olga abrió el cestito de la labor, sacó la carta y se la dió.

—¡Tómela—dijo—y llévesela para que no vuelva a llorar al mirarla!

El la escondió silencioso en el bolsillo y se quedó con la cabeza baja.

—¡Por lo menos, hará justicia a mi intención, Olga!—dijo con voz apagada—. Es la prueba de lo cara que me es su felicidad.

—¡Sí, muy cara!—dijo ella suspirando—. ¡No, Iliá Illich! Ha sentido usted envidia de verme tan tranquilamente feliz y se ha apresurado usted a turbar mi felicidad.

—¿Turbarla? ¿Entonces no ha leído mi carta? Se la repetiré.

—No la he acabado porque los ojos se me llenaron de lágrimas; ¡todavía soy tonta! Pero he adivinado el resto; no la repita porque no quiero llorar más...

De nuevo corrieron las lágrimas por sus mejillas.

—¿Por qué la abandono?—dijo él—. ¿Por qué me sacrifico?... ¿Acaso lo hago a sangre fría? ¿Acaso no llora todo mi ser? ¿Por qué lo hago?

—¿Por qué?—repitió Olga de pronto dejando de llorar y volviéndose hacia él—. Por lo mismo que se ha escondido ahora entre los arbustos para ver si lloro y cómo lloro. ¡He ahí por qué! Si usted hubiese deseado sinceramente lo que ha escrito, se hubiera ido al extranjero sin venir a verme.

—¿Qué idea!...—empezó él como reprobando, pero no concluyó.

La suposición de Olga le dejó perplejo porque, de improviso, comprendió que era cierta.

—Sí—confirmó ella—, ayer necesitaba usted mis «le quiero», hoy necesita usted mis lágrimas, mañana tal vez querrá usted ver cómo me muero.

—¡Olga! ¡Cómo puede ofenderme de ese modo?

¿Es posible que no me crea? ¿No cree que hubiera dado ahora la mitad de mi vida por oír su risa y no ver más sus lágrimas?...

—Sí, ahora quizá, cuando ya ha visto cómo lloro por usted... ¡No!—exclamó—. ¡No tiene usted razón! No debía usted haberlo hecho si no quería verme llorar...

—¿Acaso lo sabía?...—preguntó Oblomov oprimiéndose el pecho con las manos.

—Cuando el corazón ama, sabe lo que quiere y lo que ha de ser. Ayer me era imposible venir aquí; llegaron visitas. Pero yo sabía que usted se hubiera atormentado esperándome y quizá no hubiera usted dormido en toda la noche y vine porque no quería que sufriese... Mientras usted... le da alegría el verme llorar. ¡Mire, mire, disfrute!...

Y lloró de nuevo.

—¡He dormido tan mal, Olga! He sufrido durante toda la noche...

—Sí, y sintió envidia de que yo durmiese bien, de que no sufriese, ¿verdad?—le interrumpió Olga—. Si ahora yo no hubiese llorado, hubiese usted dormido también mal esta noche,

—¿Qué he de hacer ahora? ¿Pedir perdón?—preguntó él con ternura y sumisión.

—Perdón piden los niños o el que pisa a alguien en apreturas; en este caso, pedir perdón es inútil—dijo ella dándose aire con el pañuelo.

—¡Pero Olga, si es verdad! ¿Y si mi opinión es la verdadera y su amor una equivocación? Si algún día usted ama a otro y al mirarme se avergüenza...

—¿Y qué?—preguntó Olga mirándole con ojos tan irónicos y penetrantes que Oblomov se turbó.

«¡Algo quiere sacar de mí!—pensó él para sus adentros—. ¡Ojo, Iliá Illich!»

—¿Cómo «y qué»?—repitió automáticamente mirándola con inquietud, sin poder adivinar la idea que se estaba formando en aquella cabeza y cómo iba ella a justificar su «y qué», cuando era evidente que no podrían justificarse las consecuencias de que su amor fuera una equivocación.

Olga le miraba con tanta seguridad, que se veía que alguna idea había germinado en su mente.

—Usted teme—dijo ella sarcásticamente—caer «al fondo del abismo», le asusta la ofensa futura... que pueda dejar de quererle... «Me hará sufrir», escribe usted...

Oblomov todavía no comprendía bien.

—¡Pero yo no sufriré! ¡Si amo a otro, seré feliz entonces! ¡Y dice usted que cuida de mi futura felicidad y que está dispuesto a sacrificarme todo, hasta su vida?

Oblomov la miraba fijamente pestañeando muy despacio.

—¡Vamos! ¡Qué lógica!—murmuró—. A decir verdad, no esperaba...

Olga le miraba con sarcasmo.

—¿Y la felicidad que le vuelve loco?—prosiguió—. ¿Y estas mañanas y tardes y este parque y mi «le quiero»? ¿No vale nada todo ello? ¿Ningún sacrificio, ningún sufrimiento?

«¡Oh, si la tierra se hundiese!», pensó él angus-

tiado conforme iba comprendiendo la idea de Olga.

—¿Y si—continuó ella calurosamente—usted se cansara de este amor como se ha cansado de los libros, de la oficina y de la sociedad; si con el tiempo, no ya que tenga otro amor, sino que se duerme usted a mi lado, como se dormía en su sofá, y mi voz no puede despertarle? ¿Y si se le pasara la hinchazón del corazón y no otra mujer, pero sí su *jalat* le fuese más querido?

—¿Olga, eso es imposible!—interrumpió él angustiado apartándose de ella.

—¿Por qué imposible?—preguntó Olga—. Dice usted que me equivoco y que amaré a otro; pero yo, a veces, pienso sencillamente en que usted dejará de quererme; ¿qué pasará entonces? ¿Cómo justificarme de lo que estoy haciendo ahora? ¿Qué me diré a mí misma, ya que no a la gente, a la sociedad?... También a mí me ocurre a veces no dormir, pero por eso no le martirizo a usted haciendo conjeturas sobre el porvenir, porque fío en él. ¡Mi felicidad vence al temor! Sé apreciar cómo mi presencia hace brillar sus ojos, cómo me busca usted subiendo por las colinas, cómo olvida su pereza y un día de bochorno va usted a la ciudad para traerme un ramillete o un libro, cómo le hago sonreír y desear la vida... Estoy buscando y esperando sólo una cosa: felicidad. Y creo que la he encontrado. Si me equivoco, si he de llorar mi error, por lo menos sentiré aquí (y puso la mano sobre el corazón) que no ha sido culpa mía, sino del des.

tino o de Dios que no lo quiso. Pero no temo las lágrimas futuras porque no lloraré inútilmente: con estas lágrimas, he comprado algo. ¡Me sentía tan feliz!

—¡Que sea de nuevo así!—suplicó Oblomov.

—Usted no ve en el porvenir mas que sombras, le importa poco la felicidad... Es ingratitud—exclamó ella—. Eso no es amor, es...

—¡Egoísmo!—acabó Oblomov y no se atrevió a mirar a Olga ni a hablarle y a pedirle perdón.

—Váyase—dijo ella en voz baja—adonde quería ir.

El la miró. Los ojos de ella estaban secos. Miraba pensativa hacia el suelo y dibujaba con la sombrilla en la arena.

—Vuelva a tumbarse boca arriba—añadió después—y así no se equivocará ni «caerá en el abismo».

—En vez de ser sencillamente feliz, me he envenenado y la he envenenado a usted...—tartamudeó arrepentido.

—¡Beba *kvas* y no se envenenará!—dijo ella con ironía.

—¡Olga, no es usted generosa!—exclamó él—. Después de haberme castigado yo mismo...

—Sí, hablando se castiga usted, se «arroja al abismo», sacrifica la mitad de su vida, pero luego llega una noche de insomnio ¡y con qué ternura se trata a sí mismo, qué prudente, qué cuidadoso, qué de lejos prevé!

«¡Qué verdad y qué sencillez!», pensó Oblomov, pero le dió vergüenza decirlo en voz alta.

¿Por qué no encontraría él la explicación y ha sido preciso una mujer que empieza a vivir? ¡Y hace poco era todavía una niña!

—¡No tenemos más qué hablar!—concluyó Olga levantándose—. ¡Adiós, Iliá Illich y esté... tranquilo, ya que su felicidad consiste en ello!

—¡Olga, no! ¡Por Dios, no! Ahora que todo se ha explicado, no me rechace...—dijo Oblomov cogiéndole la mano.

—¿Qué quiere usted de mí? Usted duda de que mi amor hacia usted sea una equivocación... Yo no puedo disipar su duda; quizá sea así, no lo sé...

Oblomov soltó la mano de Olga. De nuevo vió una espada suspendida sobre su cabeza.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿Es que no lo siente?—preguntó con la duda reflejada en el rostro—. ¿Es que sospecha?...

—No sospecho nada; ayer le dije lo que sentía, pero no sé lo que pasará dentro de un año. Pero después de una felicidad, ¿puede haber otra y luego una tercera igual?—preguntó mirándole atentamente—. ¡Dígalo! Usted tiene más experiencia que yo.

Pero él ya no quería hablar de esto y callaba balanceando una acacia con la mano.

—¡No, sólo se puede amar una vez en la vida!—dijo al fin como un colegial que repite la lección aprendida.

—¡Ya ve usted! Yo también creo lo mismo—exclamó Olga—. Podrá ser que deje de quererle, quizá sufra a causa de esta equivocación como su-

frirá usted; quizá lleguemos a separarnos... Pero amar otra vez... ¡No, no! ¡No quiero creer en ello!

Oblomov suspiró; aquellos «quizás» le agitaban el alma y siguió a Olga despacio y pensativo. Pero a cada paso se sentía más aliviado; *el error* que había supuesto aquella noche era en un porvenir tan lejano... «No sólo el amor, sino toda la vida es así—se le ocurrió pensar—; y si rechazamos todas las cosas como errores, ¿en qué *no* habrá *error*? ¿Qué me pasa? Parece que me he quedado ciego...»

—Olga—dijo tocando a ésta con dos dedos; ella se detuvo—, usted es más inteligente que yo.

Ella meneó la cabeza.

—¡No! Soy más sencilla y más audaz. ¿Qué teme? ¿Es posible que piense en serio que se puede dejar de amar?—preguntó con orgullosa seguridad.

—Ahora ya no temo—contestó él con valor—. ¡Con usted no me asusta la vida!

—Me parece que he leído hace poco esas palabras...—dijo ella irónicamente volviéndose hacia él—; sólo que allí es la mujer quien las dice...

Oblomov enrojeció.

—¡Olga! Que sea todo como ayer—suplicó—. No volveré a temer a las *equivocaciones*.

Ella callaba.

—¿Sí?—preguntó él con timidez.

Olga continuaba callando.

—Bueno, si no quiere decírmelo, deme una señal..., una rama de lilas...

—Las lilas... ya pasaron—contestó—. Mire las que han quedado: ¡están marchitas!

—¡Se han marchitado!—repitió él mirando las lilas—. ¿Y la carta se ha marchitado?—dijo de repente.

Olga negó con la cabeza. Oblomov continuaba caminando tras ella y pensaba en la carta, en la felicidad de ayer, en las lilas marchitas. «¡Es verdad, las lilas se han marchitado ya!—pensó—. ¿Para qué esta carta? ¿Por qué no he dormido toda la noche y he escrito por la mañana? ¿Qué tranquila se ha quedado ahora mi alma!...—bostezó—. ¡Qué ganas tengo de dormir! Si no hubiera sido por esta carta, no hubiera habido nada: no hubiera llorado ella, todo estaría como ayer; tranquilamente sentados en esta avenida nos miraríamos uno a otro, hablaríamos de felicidad. Hoy sería como ayer, mañana como hoy...»

Bostezó de nuevo abriendo desmesuradamente la boca.

Luego pensó en lo que hubiera pasado si la carta hubiese conseguido el fin que se proponía, si ella hubiese participado de su opinión, si, como a él, le hubiesen asustado los errores y tempestades futuras y dando oídos a la experiencia y la prudencia de él hubiesen decidido separarse y olvidarse el uno al otro.

¡Dios nos libre! ¡Mudarse a la ciudad, a la nueva casa! Seguiría a esto una larga noche, un mañana aburrido, un insoportable pasado mañana y una serie de días cada vez más pálidos e incoloros...

¿Cómo iba a ser? ¿No era aquello la muerte? Pero así sería. Se pondría enfermo. No quería re-

ñir, no lo soportaría, le suplicaría... «¿Para qué habré escrito la carta?», se preguntó de nuevo.

—¡Olga Sergueievna!—dijo.

—¿Qué quiere?

—A todas mis declaraciones, he de añadir una más...

—¿Cuál?

—¡La carta era completamente innecesaria!...

—¡No es verdad! ¡Era indispensable!—afirmó ella.

Volvió el rostro y se echó a reír al ver la cara de asombro que puso él, con los ojos desmesuradamente abiertos y que el sueño se le pasaba de repente.

—¿Indispensable?—repitió él lentamente clavando la mirada en la espalda de ella.

Pero no vio más que las dos borlas de la manteleta.

Entonces, ¿qué significaban aquellas lágrimas y aquellos reproches? ¿Sería posible que Olga fuese una coqueta? Pero Olga no era coqueta, lo veía claramente.

Sólo las mujeres mediocres recurren a la coquetería. A falta de inteligencia, mueven los resortes de la vida corriente y cotidiana mediante la coquetería, trenzan su política doméstica como si fuese encaje, sin notar cuáles son los principales hilos de la vida, adónde se dirigen y dónde se juntan.

La coquetería es lo mismo que la calderilla, con la que no se puede comprar mucho. Con la mone-

da menuda se puede vivir una hora o dos y con la coquetería se puede encubrir algo, engañar aquí, rehacer allí, pero no basta para abrazar un horizonte amplio, para unir el principio y el fin de un suceso importante.

La coquetería es corta de vista; sólo ve bien lo que está cerca y por eso es frecuente que se encuentre cogida en la trampa preparada por ella misma para otros.

Olga era inteligente, pero nada más: ¡con qué facilidad y lucidez había resuelto el problema!

Tenía el sentido justo de los asuntos y los acometía por el camino más derecho.

Y la coquetería es como un ratón; siempre da rodeos, se esconde... Además, el carácter de Olga no era así. Entonces, ¿qué es esto? ¿Otra cosa nueva?

—¿Por qué la carta era indispensable?—preguntó Oblomov.

—¿Por qué?—repitió Olga y se volvió rápidamente hacia él, con cara alegre, contenta de poder dejarle derrotado a cada paso—. Pues porque —empezó con lentitud— no ha dormido usted en toda la noche y ha escrito y todo ha sido por mí; ¡también yo soy egoísta! Esto lo primero...

—Entonces, ¿por qué me lo ha reprochado si está de acuerdo conmigo?—interrumpió Oblomov.

—Porque usted ha inventado el tormento. Yo no lo inventé, sino que lo sufrí y gozo ahora que ya ha pasado, en tanto que usted lo estuvo preparando y gozando de antemano. ¡Usted es malo!

Esto es lo que le reprochaba. Luego... en su carta hay ideas, sentimiento...; esa noche y esta mañana no las ha vivido como usted quería, sino como queríamos que viviese su amigo y yo; esto es lo segundo; y, por fin, lo tercero...

Olga se acercó a él arrimándose tanto que a Oblomov se le subió la sangre a la cabeza y afluyó a su corazón haciéndole respirar difícilmente y con emoción. Ella le miraba fijamente a los ojos.

—Tercero: porque en su cara, como en un espejo se ve su cariño, su cuidado por mí, el temor por mi felicidad, su conciencia limpia..., todo lo que Andrés Ivanovich me dijo que tenía usted y lo que yo amé, lo que me hace olvidar su pereza, su apatía... ¡Ha obrado tan involuntariamente! Usted no es un egoísta, Ilia Illich; no me ha escrito para que nos separáramos, no lo deseaba, sino porque tenía miedo de engañarme...; era su honradez la que dictaba; si no fuese así, su carta me hubiese ofendido y no hubiese llorado, ¡me lo habría impedido el orgullo! Ya ve, yo sé por qué le quiero y no temo equivocarme; no me equivoco con usted...

Mientras hablaba, a Oblomov le parecía que estaba cercada por un nimbo resplandeciente: veía en sus ojos el brillo del amor triunfante, de seguridad en sí misma; en sus mejillas ardían dos manchas encarnadas. ¡Y era él, él la causa de todo aquello! ¡Un movimiento de su corazón había bastado para encender en el alma de Olga aquel fuego y aquel resplandor!

—¡Olga, es usted... la mejor de todas las mujeres! ¡Es usted la primera de todas las mujeres del mundo!—exclamó en éxtasis; y olvidando todo, le tendió las manos y se inclinó hacia ella—. ¡Por amor de Dios! Un beso... en señal de felicidad—murmuró delirando.

Olga dió en el acto un paso atrás; todo el resplandor y los colores de su cara desaparecieron y sus ojos dulces lanzaron relámpagos.

—¡Nunca, nunca! ¡No se acerque!—exclamó asustada, casi con espanto, extendiendo las manos y la sombrilla entre ambos.

Y se quedó parada, como petrificada, sin respirar, en actitud amenazadora y de mirada terrible.

Oblomov calló en el acto; ante él no estaba la dulce Olga, sino una diosa ultrajada, llena de orgullo y de ira, de labios apretados y ojos que lanzaban relámpagos.

—¡Perdón!—tartamudeó confuso y humillado.

Ella se volvió lentamente y se encaminó hacia su casa lanzándole miradas medrosas, y Oblomov la seguía abatido como un perro que va arrastrando el rabo después de una reprensión.

Olga aceleró el paso, pero al ver la cara de él, contuvo una sonrisa, fué tranquilizándose y ya sólo se estremecía de cuando en cuando. La mancha sonrosada aparecía, ya en una, ya en otra mejilla.

Conforme andaba se serenaba su cara, la respiración se hacía más tranquila y por fin caminó

con paso medurado. Ella veía qué sagrado era para Oblomov su «nunca», la ira se apagaba poco a poco y cedía el sitio a la compasión. Iba cada vez más despacio...

Quería suavizar su arrebatado y buscaba el pretexto para empezar a hablar.

«¡He estropeado todo! ¡He aquí la verdadera equivocación! ¡Nunca!» ¡Señor mío! ¡Las lilas se han marchitado—pensó él mirando las flores secas—, el ayer se marchitó, la carta también y este momento, el mejor de mi vida, cuando la mujer, como una voz celeste, me decía por primera vez qué es lo bueno que hay en mí, este momento se marchitó también!...»

Miró a Olga: se había parado y le esperaba con los ojos bajos.

—Deme la carta...—dijo casi murmurando.

—Se ha marchitado—contestó él triste entregándosela.

Olga se acercó de nuevo a él e inclinó aún más la cabeza; tenía los párpados completamente bajos..., estaba casi temblando. El entregó la carta, pero ella no levantó la cabeza ni se apartó.

—Me he asustado—dijo con voz suave.

—¡Perdóneme, Olga!—tartamudeó Oblomov.

Ella callaba.

—¡Ese terrible «nunca»!...—dijo él con melancolía.

Y suspiró.

—¡Se marchitará!—murmuró ella apenas perceptiblemente y se ruborizó. Le miró púdica y cariñosamente, le cogió las manos, las estrechó

fuertemente entre las suyas y luego las apretó a su pecho—. ¿Siente cómo late?—dijo—. ¡Me ha asustado! ¡Déjeme!

Y sin mirarle, se volvió y echó a correr por la avenida levantando un poco el vestido por delante.

—¿Adónde va?—exclamó Oblomov—. Estoy cansado, no puedo seguirla...

—¡Déjeme! ¡Voy a cantar, cantar, cantar!—repetía ella con el rostro ardiendo—. ¡Tengo oprimido el pecho, me duele!...

Oblomov se quedó inmóvil mirándola largo rato como a un ángel que huye volando.

«¿Será posible que también este momento se marchite?», pensó casi con melancolía y sin darse cuenta de si andaba o estaba parado.

«Las lilas se han marchitado»—pensó otra vez—. El ayer se marchitó y la noche con sus fantasmas y pesadillas se fué también... Sí, y este momento se marchitará como las lilas. Pero cuando se iba la noche pasada, amanecía ya la mañana de hoy... Entonces ¿qué es esto?—dijo en voz alta sin darse cuenta—. ¿Entonces el amor... también el amor? Yo pensaba que el amor se extendería sobre los amantes como un mediodía caluroso y que allí nada se agitaría ni nadie respiraría en su atmósfera; pero tampoco en el amor hay quietud; se mueve siempre adelante, siempre adelante... «como toda la vida», según dice Stolz. Y todavía no ha nacido el Josué que le diga «párate y no te muevas». ¿Y qué pasará mañana?», se preguntó inquieto y se fué a casa pensativo y perezoso.

Al pasar por delante de las ventanas de Olga oyó cómo ésta desahogaba su pecho oprimido en las melodías de Schubert, como sollozando de felicidad.

¡Dios mío, que bueno es vivir en el mundo!

XI

Oblomov encontró al llegar a casa una carta de Stolz que empezaba y acababa con las palabras «¡ahora o nunca!» y estaba llena de reproches por su inmovilidad y de invitaciones para que fuese a encontrarle a Suiza, donde Stolz se proponía ir, y por fin a Italia.

Si no se decidía a ir al extranjero, entonces tenía que visitar la aldea, estudiar los negocios, sacudir la torpeza de los campesinos, comprobar el importe de sus rentas y dar personalmente órdenes acerca de la construcción de la nueva casa.

«Acuérdate de nuestro convenio — concluía Stolz —: ¡Ahora o nunca!»

«¡Ahora, ahora!...—repitió Oblomov—. ¡Andrés no sabe el poema que se desarrolla en mi vida! ¿Qué más negocios quiere? ¿Acaso hay alguna otra cosa que pueda ocuparme tanto? ¿Que haga la prueba! Dicen de los franceses e ingleses que trabajan sin descanso y que no piensan más que en los negocios. ¡Quia! Viajan por toda Europa, algunos van a Asia y a Africa por gusto, sin nada que hacer, unos para dibujar en sus álbumes o descubrir antigüedades y otros para cazar leones o

serpientes. Y cuando no hacen esto, se quedan en su casa en noble ociosidad, almuerzan y cenan con amigos y con mujeres; ¡he aquí todos sus negocios! ¿Por qué he de ser yo un forzado? ¡Andrés no sabe decir mas que: «trabaja, trabaja como un burro»! ¿Para qué? Estoy vestido, no padezco hambre... Sin embargo, Olga me ha preguntado de nuevo si tengo intención de ir a Oblomovka...»

En el acto se puso a escribir y a planear; fué a ver al arquitecto. No tardó en encontrarse sobre su mesa el plano de la casa y del jardín. La casa era amplia, de familia, con dos balcones.

«Aquí estaré yo, aquí Olga, aquí el cuarto de dormir, el cuarto de los niños...—pensó sonriendo—. Pero los campesinos, los campesinos...—y la sonrisa desapareció y se le arrugó la frente—. El vecino me escribe con todo detalle hablándome de la labor, de la recolección... ¡Qué aburrimiento! Además, me propone que hagamos por cuenta de ambos el camino a la ciudad con un puente sobre el río..., me pide tres mil rublos, quiere que hipoteque a Oblomovka... ¿Y cómo puedo enterarme de si es necesario? ¿Convendrá? ¿No me engañará? Es verdad que es un hombre honrado; Stolz le conoce, ¡pero también él puede equivocarse y perder yo el dinero! Tres mil rublos, ¡un dineral! ¿De dónde sacarlos? ¡No, me da miedo! Además me propone establecer algunos campesinos en el terreno inculto y me pide que le conteste lo antes posible; ¡siempre con prisas! Que él se encarga de enviar al Consejo todos los documentos nece-

sarios para hipotecar la finca. Que le envíe una autorización y vaya a la Cámara a certificarla. ¡Vamos, cuántas cosas quiere! Ni siquiera sé dónde está la Cámara ni cómo se abren sus puertas.»

Pasaba ya la segunda semana y Oblomov no contestaba a su vecino, a pesar de que Olga le preguntaba si había ido a la Cámara. Hacía poco que Stolz le había escrito también a Olga preguntándole: «¿Qué hace Iliá?»

Olga sólo podía observar la actividad de su amigo de un modo superficial, sólo en la esfera que estaba a su alcance: si tenía la cara alegre, si hacía las excursiones de buena gana, si iba al bosquecillo a la hora de la cita, hasta qué punto se interesaba por las novedades y en la conversación general. Con más atención aún cuidaba de que no perdiese de vista el fin principal de la vida. Le preguntó si había ido a la Cámara sólo para poder contestar algo a Stolz de lo que hacía su amigo.

Eran los mediados del verano, se acababa el mes de julio y el tiempo era hermoso. Oblomov casi no se separaba de Olga. En los días serenos, en el caluroso mediodía, iban al parque y se escondían entre los pinos del bosquecillo; él se sentaba a los pies de ella y leía en voz alta; ella bordaba para él otro pedazo de cañamazo.

También en sus relaciones reinaba un verano caluroso: a veces aparecían nubes, pero pasaban pronto. Cuando Oblomov soñaba con cosas pesadas y llamaban las dudas a las puertas de su corazón, Olga, como un ángel guardián, le miraba

con ojos serenos, penetraba en lo más íntimo de su alma y de nuevo todo volvía a quedar tranquilo y la mutua atracción fluía suave, como el río, reflejando de nuevo los colores del cielo.

El concepto de Olga acerca de la vida, del amor y de todo, se hizo aún más claro y preciso. Miraba a su alrededor con más seguridad que antes, no le preocupaba el porvenir; su espíritu y su carácter desplegaron nuevas facultades, nuevos rasgos, manifestándose ya normalmente, con gran lucidez, ya profunda y poéticamente variados.

Tenía perseverancia para vencer no sólo las dificultades, sino también la pereza y apatía de Oblomov. Apenas tenía intención de algo, lo ponía en práctica inmediatamente; no podía hablar mas que de aquello. Y si no hablaba, se veía que no pensaba mas que en ello, que no se olvidaba ni abandonaba su idea ni se desanimaba, sino que estudiaba el medio de conseguir lo que estaba buscando.

Oblomov no podía comprender de dónde sacaba aquella fuerza de voluntad y aquel tacto para saber qué hacer y cómo hacer por complicado que fuese el asunto.

«Será—pensó—porque tiene una ceja un poco más alta que la otra, formando encima una arruguita apenas perceptible... En esa arruguita debe anidar la perseverancia...»

Por tranquilo y sereno que tuviese el semblante, aquella arruguita nunca desaparecía ni la ceja se ponía derecha. Sin embargo, esta fuerza no se manifestaba al exterior con modales bruscos. La per-

severancia y la obstinación no la hacían perder ni un adarme de su carácter femenino.

No le gustaba llamar la atención ni abrumar con palabras burlonas a un adorador torpe, ni asombrar a la concurrencia con muestras de rapidez de inteligencia para que alguno gritase desde un rincón: ¡bravo, bravo!

Tenía esa cierta timidez que es común a muchas mujeres; no temblaría al ver un ratón ni se asustaría por el ruido de una silla que se cae, pero temía alejarse mucho de casa, daba un rodeo al ver un campesino sospechoso y cerraba por la noche la ventana para que no entrasen ladrones, manifestándose en todo como mujer.

Además, era muy accesible a la compasión. No era difícil hacerle llorar; el acceso a su corazón era fácil. Era dulce y cariñosa y trataba a todos con atención y suavidad. ¡En fin, era una verdadera mujer!

A veces brillaba en su charla la chispa de la ironía; pero reflejaba tanta gracia y daba señal de un espíritu tan dócil y simpático que todos daban muestra de alegría.

En cambio, no tenía miedo a las corrientes de aire; por la noche iba ligeramente vestida y no le pasaba nada. Rebosaba salud, comía con apetito y tenía sus platos predilectos, que ella misma sabía preparar.

Muchas muchachas saben lo que ella sabía, pero no saben qué hacer en cada caso, y si lo saben, repiten lo aprendido y oído sin saber por qué lo ha-

cen así y no de otro modo, apoyándose siempre en la autoridad de la tía o de la prima...

Muchas ni siquiera saben qué es lo que desean, y cuando adoptan una resolución lo hacen con tanta apatía que parece que no les interesa. Esto debe ser porque tienen las cejas simétricamente arqueadas, afinadas con los dedos y no tienen una arruguita sobre una de ellas.

Entre Oblomov y Olga se establecieron unas relaciones secretas e invisibles para los demás; cada mirada, cada palabra insignificante para los demás tenía para ellos un sentido especial y veían en todo una alusión a su amor.

Olga, a pesar de todo su dominio sobre sí, se ruborizaba vivamente cuando alguien contaba en la mesa la historia de un amor parecido al suyo; y como todas las historias de amor tienen mucha semejanza entre sí, tenía que ruborizarse con frecuencia.

También Oblomov, al oír una alusión, cogía turbado tal cantidad de bizcochos que infaliblemente provocaba la risa de alguno de los visitantes.

Ambos se volvieron susceptibles y prudentes. A veces, Olga no decía a su tía que había visto a Oblomov y éste decía en su casa que se iba a la ciudad y se marchaba al parque.

A pesar de que el espíritu de Olga era muy lúcido y de que era muy sana y fuerte, empezaron a aparecer en ella algunas manifestaciones enfermizas. A veces se sentía inquieta y por más que cavilaba no conseguía averiguar la causa.

Alguna vez, yendo por el parque cogida del brazo de Oblomov, se apoyaba perezosamente en el hombro de éste y andaba con languidez guardando un silencio obstinado. Su animación desaparecía; la mirada, cansada, quedaba inmóvil, fija en un punto y parecía como si sintiese pereza de mirar a otro sitio.

Algo le oprimía el pecho, le pesaba, le inquietaba.

Se quitaba el chal de los hombros, pero esto no le servía y la opresión continuaba. Sentía deseos de tenderse al pie de un árbol y permanecer allí horas enteras.

Oblomov se alarmaba, le daba aire en la cara agitando una rama; pero Olga, con gesto de impaciencia, le detenía y continuaba angustiada.

Luego, de repente, lanzaba un suspiro, miraba a su alrededor, le miraba a él, le estrechaba la mano, sonreía y de nuevo se sentía valiente y con dominio sobre sí misma.

Una tarde, sobre todo, estuvo tan poseída de esta inquietud y de una especie de sonambulismo amoroso como nunca la había visto Oblomov.

Hacía un calor sofocante; en el bosque rumoraba un viento tibio, el cielo se velaba de nubes y cada vez estaba más obscuro.

—¡Va a llover!—dijo el barón y se fué a su casa.

La tía se fué a su cuarto. Olga, pensativa, tocó el piano durante un breve rato, pero luego lo dejó.

—No puedo más, me tiemblan los dedos, me ahogo—le dijo a Oblomov—. Vamos a dar un paseo por el jardín.

Anduvieron un largo rato por las avenidas, silenciosos y cogidos de la mano. Las manos de Olga estaban húmedas y blandas. Entraron en el parque. Los árboles y los arbustos se confundían en una masa oscura, no se veía a dos pasos, sólo las veredas arenosas que serpenteaban como cintas blanquecinas.

Olga fijaba la mirada en las tinieblas y se apretaba contra Oblomov. Caminaban al azar y en silencio.

—Me da miedo...—dijo ella estremeciéndose de repente cuando casi a tientas pasaban por una estrecha avenida entre dos negros e impenetrables muros de bosque.

—¿Por qué?—preguntó él—. ¡No temas, Olga, estoy contigo!

—¡También tú me das miedo!—dijo murmurando—. ¡Pero es un miedo agradable! ¡Me tiembla el corazón; dame la mano y mira cómo late!

Y seguía estremeciéndose y lanzando miradas a su alrededor...

—¿Ves? ¿Ves?—murmuró temblando y asiéndole fuertemente de los hombros con ambas manos—. ¡No ves? Allí en las tinieblas hay alguien...

Se apretó aún más a él.

—No hay nadie...—dijo él, pero sintió un hormigueo por la espalda.

—¡Tápame con algo los ojos! ¡De prisa..., más fuerte!—dijo murmurando—. ¡Bueno, ahora ya pasó..., son los nervios!—dijo agitada—. ¡Otra vez! ¡Mira! ¿Quién es? Vamos a sentarnos en un banco.

Oblomov buscó a tientas un banco y la hizo sentar.

—Vámonos a casa, Olga—intentó persuadirla—. Estás enferma.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de él.

—No, aquí es más fresco el aire—dijo—. Siento una opresión aquí, al lado del corazón...

El sentía en su mejilla la respiración caliente de Olga. Le tocó con la mano la cabeza; estaba también abrasando. Respiraba con dificultad y aliviaba su pecho suspirando a menudo.

—¿No sería mejor volver a casa?—preguntó con inquietud Oblomov—. Debes acostarte...

—No, no; déjame, no me toques...—dijo con voz lánguida y apenas perceptible—. Me arde aquí...—y señaló el pecho.

—Vamos a casa, de veras...—se apresuró a insistir Oblomov.

—No, espera, esto pasará...

Le estrechó la mano y de vez en cuando le miraba a los ojos sin hablarle. Luego empezó a llorar; al principio calladamente, después sollozando.

Oblomov perdió la cabeza.

—¡Por amor de Dios, Olga! ¡Vamos a casa!—exclamó alarmado.

—No importa—contestó ella entre sollozos—. No me molestes, déjame llorar...; el ardor se me pasará con las lágrimas y me sentiré mejor; son los nervios.

Oblomov escuchaba en la obscuridad qué difícilmente respiraba ella, cómo en su mano caían

las lágrimas ardientes y con qué movimientos espasmódicos la estrechaba.

El no se atrevía a mover ni un dedo, ni a respirar, y la cabeza de Olga continuaba reclinada sobre su hombro; el aliento de ella le quemaba la mejilla... También él se estremecía, pero no osaba tocar la cara de ella con sus labios.

Luego, poco a poco se fué tranquilizando, la respiración se hizo más igual..., se calló. Oblomov pensó si se habría dormido y no se atrevía a moverse.

—¡Olga!—la llamó en voz baja.

—¿Qué?—también en voz baja contestó ella y suspiró—. Ya ha pasado...—dijo con languidez—; estoy mejor, puedo respirar.

—¡Vamos a casa!—dijo él.

—¡Vamos!—repitió ella disgustada—. ¡Querido mío!—murmuró luego con dulzura estrechándole la mano.

Y apoyándose en el hombro de él llegó vacilante a casa.

Al llegar a la sala, él la miró: estaba débil, pero sonreía con sonrisa extraña, sonrisa inconsciente, como bajo la influencia de un ensueño.

El la sentó en el sofá, se puso de rodillas ante ella y le besó unas cuantas veces la mano profundamente conmovido.

Olga le miraba con la misma sonrisa, abandonándole ambas manos y le siguió con la mirada hasta la puerta.

El se volvió por última vez; ella continuaba mi-

rándole y reflejando en su rostro el mismo desfallecimiento, la misma sonrisa ardiente, como si no pudiese dominarla...

Oblomov se fué preocupado. Ya había visto una vez aquella sonrisa; recordaba un cuadro que representaba a una mujer con la misma sonrisa...; pero aquélla no era Cordelia...

Al día siguiente envió a preguntar por la salud de Olga.

—Gracias a Dios está bien, y le ruegan que venga a comer con ellas y luego por la noche irán todos a ver los fuegos artificiales a cinco kilómetros de aquí—contestaron.

Oblomov no lo creyó y fué personalmente. Olga estaba fresca como una flor, sus ojos brillaban animados, en sus mejillas ardían dos manchas coloradas ¡y su voz era tan sonora!

Pero de repente se turbó; por poco lanzó un grito cuando Oblomov se acercó a ella y se ruborizó al preguntarle él:

—¿Cómo está después de lo que le pasó ayer?

—Fué una pequeña alteración nerviosa—dijo rápidamente—. *Ma tante* dice que hay que acostarse más temprano. Estas cosas me pasan hace poco...

No concluyó y volvió la cara como pidiendo gracia. Pero no se daba cuenta de por qué se había turbado. ¿Por qué la roía y abrasaba el recuerdo de la víspera?

Estaba avergonzada y enfadada, ya consigo misma, ya con Oblomov. A veces le parecía que Oblo-

mov se le había hecho más querido, más íntimo, que se sentía atraída hacia él hasta querer llorar, como si desde la víspera se hubiese establecido entre ambos un parentesco misterioso...

Olga no se durmió hasta muy tarde y por la mañana estuvo paseándose largo rato, sola y agitada, por la avenida desde el parque hasta la casa, y ya de vuelta estaba siempre cavilando, se perdía en conjeturas, se enfurruñaba, enrojecía y sonreía, pero sin poder resolver aquel problema.

«¡Oh Sonechka!—pensó con enfado—. ¡Qué feliz es! ¡Lo hubiera resuelto en el acto!»

¿Y Oblomov? ¿Por qué permanecía ayer mudo e inmóvil a pesar de que su respiración le quemaba la mejilla, de que sus lágrimas calientes le caían en la mano, de que la llevó a casa casi en brazos y de que escuchó el indiscreto murmullo de su corazón?... ¿Otro? ¡Oh, otros tienen una mirada tan insolente!...

Aunque Oblomov en su juventud había vivido en la sociedad de jóvenes omniscientes que hace tiempo han resuelto todos los problemas de la vida, que no creen en nada y analizan todo sabía y fríamente, en su alma aun vivía la fe en la amistad, en el amor, en la dignidad humana, y por muchas veces que se equivocó en los hombres, por mucho que se engañó y sufrió su corazón, nunca perdió la base de bondad y de fe. El adoraba secretamente la castidad en la mujer y reconocía su poder y sus derechos.

Pero le faltaba firmeza de carácter para soste-

ner en público estas doctrinas de bondad y de respeto a la inocencia. A solas bebía su aroma, pero en público se unía a veces al coro de los cínicos, temiendo que hasta se sospechase de él, y añadía alguna palabra frívola al insolente coro de los demás.

No sabía que una palabra buena y casta, arrojada en el torrente de los discursos, qué profunda cavidad abre en él; no pensaba en que esa palabra, dicha con audacia, sin falso pudor, pero con valentía, no se ahoga entre los escandalosos gritos de los sátiros, sino que se sumerge como una perla en el remolino de la vida y siempre encuentra una concha.

Muchos vacilan antes de pronunciar una palabra de éstas y se sonrojan, pero en cambio dicen en voz alta las frases cínicas sin sospechar que también, por desgracia, no son dichas en vano y dejan tras sí una huella de mal, a veces irremediable.

En cambio, Oblomov era inocente en la realidad; sobre su conciencia no pesaba ni una mancha ni un remordimiento. Era incapaz de escuchar cómo uno había cambiado los caballos, otro los muebles y otro la mujer... y qué gastos le habían ocasionado estos cambios...

Más de una vez había sufrido al ver el deshonor producido por algún hombre y había llorado la caída de alguna mujer, pero callaba temiendo a las burlas de la sociedad.

Para conocer este modo de ser de Oblomov era preciso adivinarlo y Olga lo adivinó.

Los hombres se ríen de los individuos así, pero las mujeres los conocen en seguida: las castas y púdicas los aman por simpatía; las depravadas buscan su intimidad para refrescar su propia depravación.

El verano avanzaba, pasaba, las mañanas y los anocheceres eran oscuros y húmedos. Después de las lilas, se marchitaron los tilos. Oblomov y Olga se veían todos los días.

El alcanzó a la vida que se le había adelantado, es decir, volvió a acostumbrarse a todo, a lo que hacía tiempo se había desacostumbrado; sabía por qué el embajador de Francia se había marchado a Roma, por qué los ingleses habían enviado ravis con tropas a Oriente; se interesaba por el nuevo ferrocarril que iban a abrir al tráfico en Alemania o Francia. Pero no pensaba en la carretera que pasaría por Oblomovka, ni fué a la Cámara para que autorizasen el poder, ni contestó a la carta de Stolz.

Se asimiló sólo aquello que hablaban todos los días en casa de Olga, lo que se leía allí en los periódicos, y gracias a la insistencia de Olga seguía con bastante asiduidad la literatura moderna extranjera. Todo el resto de su actividad quedaba encerrado en la esfera del amor puro.

A pesar de las frecuentes perturbaciones de esta atmósfera sonrosada, su estado fundamental era el de una gran serenidad. A Olga se le ocurría a veces reflexionar sobre Oblomov, sobre su amor hacia él; si este amor no ocupaba todo el tiempo o

dejaba algún sitio libre en su corazón; si no todas sus preguntas recibían una contestación amplia y pronta por parte de Oblomov; si la voluntad de éste no contestaba a la llamada de ella y a su valor y actividad respondía sólo con una mirada inmóvil y apasionada, Olga caía en penosa meditación; algo frío, como una serpiente, penetraba en su corazón, destruía los sueños y el ardiente mundo del amor se transformaba en un día de otoño en el que todos los objetos aparecen cubiertos por un velo gris.

Ella investigaba. ¿De qué provenía aquella falta de plenitud, aquella felicidad insatisfecha? ¿Qué le faltaba? ¿Qué más necesitaba? ¿Era su destino el amar a Oblomov? Este amor se justificaba con la docilidad de él, con su fe en la bondad, pero sobre todo con su ternura, tal como ella no la había visto nunca en los ojos de ningún hombre. ¿Qué le importaba que a cada mirada suya no contestase él con otra semejante y que a veces no vibrase en su voz lo que a ella le había parecido, ya en sueños, ya en la realidad, oír vibrar? Eran cosas de la imaginación y los nervios... ¿Para qué escucharlos?

Pero además, si hubiese querido huir de este amor, ¿cómo hacerlo? Ya estaba hecho; ella había amado y era imposible quitarse el amor como se quita un vestido. «No se ama dos veces en la vida—pensaba—, dicen que es inmoral...»

De este modo estudiaba su amor, lo analizaba, acogía, ya con lágrimas, ya con sonrisas cada nue-

vo avance reflexionando sobre él. Más tarde apareció en su rostro aquella expresión concentrada que ocultaba lágrimas y sonrisas y que tanto asustaba a Oblomov.

Pero Olga ni siquiera remotamente le hablaba a Oblomov de estas reflexiones y esta lucha.

Oblomov no estudiaba su amor; se dormía en un sueño dulce como el que antaño soñara con Stolz. A veces volvía a creer en la constante serenidad de la vida y de nuevo soñaba con Oblomovka poblada de semblantes buenos, cariñosos y sin preocupaciones, con sentarse en la terraza y con reflexionar sobre su propia felicidad.

También ahora se sumía a veces en esta meditación y, ocultándose a Olga, hasta se durmió dos veces en el bosque mientras estaba esperándola... Pero de improviso apareció una nube...

Un día volvían ambos perezosamente, silenciosos, a casa, y al atravesar la carretera vieron aproximarse una nube de polvo en la que avanzaba un coche que corría por el camino; en el coche iban sentados Sonechka, su marido, un señor y una señora...

—¡Olga! ¡Olga! ¡Olga Sergueievna!—gritaron.

El coche se paró. Los paseantes se apearon y rodearon a Olga saludándola y abrazándola; todos hablaban a la vez sin hacer caso de Oblomov. Luego, de pronto, todos se quedaron mirándole y el señor fijó en él sus lentes.

—¿Quién es?—preguntó Sonechka en voz baja.

—Ilia Illich Oblomov—le presentó Olga.

Todos siguieron a pie. Oblomov se encontraba a disgusto; se quedó atrás y ya se disponía a saltar una cerca para irse a su casa a través de los campos de centeno; pero una mirada de Olga le detuvo.

Todo hubiera estado bien si aquellos señores y señoras no le mirasen de un modo tan raro. Sin embargo, tal vez aquello tuviese una explicación; antes no le miraban así por su aspecto soñoliento y aburrido y por el descuido en su ropa. Pero la mirada se trasladaba de él a Olga y esto le hizo el efecto de si de pronto se le helase el corazón; algo le roía interiormente causándole dolor, y no pudiendo soportarlo se fué a casa pensativo y tétrico.

Al día siguiente, no pudieron distraerle ni la graciosa charla ni la cariñosa insistencia de Olga. No contestaba a las preguntas, disculpándose con un dolor de cabeza, y dejó que le echasen sobre ésta unas setenta y cinco copecas de agua de Colonia.

Al tercer día volvieron tarde a casa y la tía les miró con cierta intención, sobre todo a él; luego bajó sus hinchados párpados y parecía que continuaba mirándolos a través de éstos y aspirando pensativa el alcohol.

Oblomov pensaba, pero callaba. No se decidía a confiar sus dudas a Olga temiendo alarmarla y, a decir verdad, temiendo también por él, temiendo turbar la serena paz que disfrutaban con un problema tan importante.

Ya no era el problema saber si el amor de Olga hacia él sería una equivocación, sino si no sería incorrecto todo su amor, las citas en el bosque, a veces tarde, de noche.

«He intentado besarla—pensaba con horror—; es un crimen penado en el código moral, ¡y de no poca importancia! Le preceden muchos grados: el apretar la mano, la declaración, cartas... Todo lo hemos andado ya. Sin embargo—pensó levantando la cabeza—, mis intenciones son honradas, yo...»

Y de repente, la nube desapareció, ante él surgió Oblomovka luminosa como en un día de fiesta, bañada en los resplandecientes rayos del sol, con colinas verdes y río plateado; él iba pensativo con Olga, cogiéndola por la cintura, andando por la larga avenida, se sentaban en la terraza, en el pabellón...

Todos inclinaban con adoración la cabeza ante ella. En fin, todo sucedía como se lo había contado a Stolz.

«¡Sí, sí, pero hay que empezar por esto!—pensó otra vez lleno de miedo—. El triple «le quiero», la rama de lilas, la declaración; todo ello debe ser señal de felicidad y la mujer casta no debe repetirlo. ¿Y yo? ¿Quién soy yo?», sentía como si le martillasen la cabeza.

«¡Soy un seductor! No me falta mas que ponerme en el ojal, como ese viejo mequetrefe de ojos grasientos y nariz encarnada, una rosa robada a la mujer y cuchichear al oído del compañero de aventuras para que... ¡Oh Dios mío! ¡Adónde he

llegado! ¡He aquí el abismo! Y Olga no vuela por encima, sino que está en el fondo... ¡Por qué? ¡Por qué?»

Se agitaba, lloraba como un niño, porque de pronto vió palidecer los colores irisados de la vida al considerar que Olga era víctima de su amor, todo crimen y mancha en la conciencia.

Luego, por un instante, su espíritu alborotado se serenó al darse cuenta de que aquello tenía una salida leal: ofrecer a Olga la mano con un anillo nupcial...

«Sí, sí—se decía estremeciéndose de placer—, y una mirada de vergonzoso consentimiento será su contestación... No dirá ni una palabra, se sonrojará, sonreirá hasta el fondo del alma, sus ojos se llenarán de lágrimas...»

Lágrimas y sonrisa, la mano tendida en silencio, luego viva alegría, gestos rápidos, después una larga conversación a solas, ese misterioso cuchicheo de las almas, misterioso acuerdo de unir dos vidas en una.

En las pequeñeces, en las conversaciones sobre los diarios asuntos, asomará su amor, invisible para los demás, y nadie se atreverá a insultarles con la mirada...

De pronto, su cara tomó una expresión severa y grave.

«Sí—se dijo—. ¡He aquí un mundo de felicidad noble, franca y sólida! Me da vergüenza haber escondido hasta ahora estas flores, beber el aroma del amor, buscar citas como un chiquillo, suspirar

a la luna, espiar los latidos del corazón, recoger hasta lo más recóndito de sus sueños... ¡Señor mío!»

Se ruborizó hasta las orejas.

«Hoy mismo sabrá Olga las serias obligaciones que impone el amor; hoy será nuestra última cita a solas, hoy...»

Apretó la mano contra el corazón; latía fuerte, pero igual, como debía latir el de la gente honrada.

De nuevo se emocionó pensando en cómo Olga se afligiría al principio al decirle él que no debían verse más; luego le anunciaría tímidamente su intención haciendo que antes le dijese ella sus ideas, gozando en su confusión y...

Después soñaba con el ruboroso consentimiento de ella, con la sonrisa y las lágrimas, con su mano tendida en silencio, con el prolongado y misterioso cuchicheo y con los besos delante de todo el mundo.

XII

Fué en busca de Olga. En la casa le dijeron que había salido y se apresuró a ir a la aldea, pero no la encontró allí. La vió, a lo lejos, subir, como un ángel al cielo, por la colina pisando ligeramente y balanceando el talle.

Fué tras ella, pero Olga apenas pisaba la hierba y parecía, que realmente huía volando. Al llegar él a la mitad de la colina se puso a llamarla.

Olga se detenía; pero apenas se acercaba él a

dos toesas, seguía adelante dejando un gran espacio entre ambos; se paraba y reía.

Por fin, él se detuvo seguro de que no se escaparía. Y Olga bajó corriendo hacia él, le tendió la mano y riendo lo arrastró tras sí. Entraron en el bosquecillo: él se quitó el sombrero y ella le enjugó la frente con el pañuelo y se puso a abanicarle la cara con la sombrilla.

Olga estaba muy animada y charlatana y de pronto se enternecía sumiéndose luego en repentina meditación.

—Adivina lo que he hecho ayer—dijo ella cuando ambos se sentaron en la sombra.

—¿Has leído?

Ella negó con la cabeza.

—¿Has escrito?

—No.

—¿Has cantado?

—No. ¡Me dijeron la buenaventura!—exclamó—. Vino el ama de llaves de la condesa; sabe decir la buenaventura y le pedí...

—¿Y qué?

—Nada... Resultó un viaje, luego mucha gente y siempre un rubio..., siempre... Yo me ruboricé al decir ella delante de Katia que un rey de oros estaba pensando en mí. Cuando iba a decirme en quién pensaba yo, revolví las cartas y me fui corriendo. ¿Piensas tú en mí?—preguntó de repente.

—¡Oh!—dijo Oblomov—. ¡Mejor sería pensar menos!

—¡Y yo!—dijo Olga pensativa—. He olvidado

cómo se vive de otro modo. Cuando la semana pasada te ofendiste—¿te acuerdas?—, te enfadaste y no fuiste a casa en dos días, yo cambié completamente, me volví mala. Reñía a Katia como tú a Zajar; veía que ella lloraba a escondidas y no me daba lástima. No contestaba a *ma tante*, no oía lo que me decían ni hacía ni quería nada. Y apenas viniste, me volví otra. Le regalé a Katia el vestido lila...

—¡Es amor!—exclamó Oblomov patético.

—¿El qué? ¿El vestido lila?

—¡Todo! En tus palabras me veo a mí mismo. Tampoco para mí hay día ni vida sin ti; por la noche sueño con valles floridos. Te veo y soy bueno y afable; no te veo y me aburro, soy perezoso, deseo acostarme en el sofá y no pensar en nada... ¡Ama y no te avergüences de tu amor!...

De pronto se calló.

«¿Qué estoy diciendo? ¡No había venido a esto!», pensó tosiendo y hasta frunció las cejas.

—¿Y si me muero?—preguntó Olga.

—¿Qué idea!—dijo él negligentemente.

—Sí, cogeré frío, tendré fiebre, vendrás aquí y no estaré, irás a casa y te dirán: «Está enferma.» ¡Al día siguiente lo mismo! Las persianas de mis ventanas estarán cerradas; el médico moverá la cabeza, Katia saldrá a tu encuentro en las puntas de los pies y llorando y musitará: «Está enferma, se muere...»

—¡Ay!—exclamó Oblomov.

Olga se echó a reír.

—¿Qué sería de ti entonces?—preguntó ella mirándole a la cara.

—¿Qué? Me volvería loco o me pegaría un tiro y tú, de improviso, te repondrías.

—¡No, no, déjalo!—dijo ella medrosa—. ¡Hasta qué punto hemos llegado! Te ruego que una vez muerto no me hagas visitas; me dan miedo los muertos...

El se echó a reír y ella también.

—¡Dios mío, qué chiquillos somos!—dijo Olga volviendo en sí de aquella charla.

El tosió de nuevo.

—Oye, quería decirte...

—¿Qué?—preguntó ella volviéndose hacia él.

Oblomov callaba temeroso.

—Dímelo—insistió ella tirándole de una manga.

—Nada...—dijo él perdiendo ánimos.

—¡No, algo es!

El callaba.

—Si es algo horrible, mejor es que no me lo digas—dijo Olga—. ¡Pero no, dímelo!—exclamó de pronto.

—¡Pero si no es nada, son tonterías!

—¡No, no, es algo! ¡Dímelo!—insistió ella cogiéndole por las solapas de la levita y acercándose tanto que él tuvo que volver la cabeza, ya a la derecha, ya a la izquierda, para no besarla.

No lo haría. En sus oídos resonaba aún la amenaza: «¡Nunca!»

—¡Dímelo!—insistió ella.

—No puedo..., no hace falta...—se disculpó él.

—¿Entonces para qué dices que «la confianza es la base de nuestra mutua felicidad» y que «no debe haber ni un repliegue en el corazón en el que no pueda leer el otro»? ¿De quién son estas palabras?

—Quería sólo decir—empezó lentamente—que te quiero tanto..., tanto te quiero que si...

Se detuvo.

—¿Qué?—preguntó ella impaciente.

—Que si tú ahora quisieses a otro y éste fuese capaz de hacerte feliz, yo... tragaría mi pena en silencio y le cedería el sitio...

Olga soltó de pronto las solapas de la levita.

—¿Por qué?—preguntó con asombro—. No lo entiendo. Yo no te cedería a nadie, no quiero que seas feliz con otra. Eso tuyo es algo complicado, no lo entiendo.

Su mirada vagaba pensativa por los árboles.

—Entonces, ¿no me quieres?—preguntó luego.

—Al contrario, te quiero abnegadamente puesto que estoy dispuesto a sacrificarme.

—¿Y para qué? ¿Quién te lo pide?

—Digo en el caso de que amases a otro.

—¿A otro? ¿Te has vuelto loco? ¿Para qué? ¡Si te amo a ti! ¿Es que tú podrías amar a otra?

—¿Para qué me haces caso? ¡Sabe Dios las tonterías que estoy diciendo y tú me crees! No es eso lo que quería decir...

—¿Entonces? ¿Qué es lo que querías decir?

—Quería decir que soy culpable hace tiempo...

—¿Qué culpa es ésa? ¿Cómo?—preguntó ella—.

¿No me quieres? ¿Ha sido tal vez una broma? ¡Dilo pronto!

—¡No, no! ¡No es eso!—dijo Oblomov angustiado—. Es que...—empezó indeciso—nos vemos a escondidas...

—¿A escondidas? ¿Por qué a escondidas? Casi siempre le digo a *ma tante* que te he visto...

—¿Es posible que siempre?—preguntó alarmado.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Yo soy el culpable: hace tiempo que debía haberte dicho que eso no se hace...

—Ya lo dijiste—dijo ella.

—¿Lo dije? ¡Ah, es verdad que yo... hice alguna indicación! En ese caso, he cumplido con mi deber.

Se animó alegrándose de que Olga le hubiese quitado de encima aquella responsabilidad.

—¿Qué más?—preguntó ella.

—¿Qué más?... ¡Nada más!—contestó él.

—¡Mentira!—dijo Olga—. Hay algo, no me lo has dicho todo.

—He pensado—empezó procurando dar a las palabras un tono de indiferencia—que...

Se detuvo; ella esperó.

—... Que tenemos que vernos más raramente...—y la miró con timidez.

Ella callaba y después de reflexionar, preguntó:

—¿Por qué?

—Hay algo que me remuerde en la conciencia... Estamos mucho tiempo a solas, se estremece mi

corazón; tú también estás intranquila..., tengo miedo...—acabó con esfuerzo.

—¿De qué?

—Eres joven, Olga, y no conoces los peligros; a veces, el hombre es incapaz de dominarse, una fuerza infernal se apodera de él y su corazón se vuelve tenebroso, los ojos lanzan relámpagos y se le oscurece la inteligencia; el respeto a la castidad y a la inocencia es arrastrado por el torbellino; el hombre entonces olvida todo, siente el aliento abrasador de la pasión, pierde el dominio sobre sí y bajo sus pies se abre un abismo—dijo Oblomov y se estremeció.

—Bueno, ¿y qué? ¡Que se abra!—dijo Olga mirándole con asombro.

El se callaba; no había más que decir o era inútil cuanto dijese.

Ella le miró largo rato como si estuviese leyendo en las arrugas de su frente, y recordando las palabras y las miradas de él, resucitaba en su memoria toda la historia de sus amores; se acordó del oscuro anochecer en el jardín y de pronto se ruborizó.

—¡No dices mas que tonterías!—dijo de prisa y evitando la mirada de él—. No he visto nunca lanzar relámpagos a tus ojos...; sueles mirarme como... ¡mi chacha Kuzminichna!—agregó riendo.

—Estás bromeando, Olga, y yo hablo en serio... y todavía no he dicho todo.

—¿Qué más?—preguntó ella—. ¿Qué *abismo* hay? Oblomov suspiró.

—Pues que no debemos vernos... a solas...

—¿Por qué?

—No está bien.

Olga se quedó pensativa.

—Sí, dicen que no está bien—dijo por fin—; pero ¿por qué?

—¿Qué dirán cuando lo sepan, cuando se haga público?...

—¿Quién lo dirá? No tengo madre; sólo ella hubiera podido preguntarme por qué te veo y sólo ante ella hubiera llorado al contestar que ni tú ni yo hacemos nada malo. Ella me hubiera creído. ¿Y quién más?—preguntó.

—La tía—dijo Oblomov.

—¿La tía?

Olga meneó la cabeza triste y negativamente.

—Nunca me preguntará. Si me fuese de casa completamente sola, no iría a buscarme ni a preguntarme y tampoco yo volvería a decirle dónde había estado y qué había hecho. ¿Quién más?

—Otros, todos. El otro día, Sonechka nos miraba sonriendo, así como todos los señores y señoras que iban con ella.

Le contó la inquietud y la angustia en que había vivido los últimos días.

—Mientras me miraban a mí—agregó—no me importaba; pero cuando aquella misma mirada la dirigían sobre ti, se me helaban los pies y las manos...

—¿Pues?—preguntó Olga fríamente.

—Pues que desde entonces estoy sufriendo día y noche, me rompo la cabeza; ¿cómo evitar la pu-

blicidad? Me detenía el poder asustarte... Ya hace tiempo que quería hablar contigo...

—¡Es inútil!—contestó Olga—. Lo sabía sin que me lo dijese...

—¿Cómo? ¿Lo sabías?—preguntó él asombrado.

—Sí; Sonechka me habló, me sometió a un interrogatorio y me aconsejó el modo de conducirme respecto a ti.

—¡No me habías dicho ni una palabra, Olga!—le respondió.

—Tampoco tú me habías dicho nada hasta ahora de tu preocupación.

—¿Y qué le contestaste a Sonechka?

—¡Nada! ¿Qué le iba a contestar? Me ruboricé y nada más.

—¡Dios mío! ¡Hasta dónde has llegado! ¡Te ruborizas!—exclamó Oblomov con espanto—. ¡Qué imprudentes somos! ¿Qué resultará de todo esto?

La miró interrogando.

—No lo sé—dijo ella fríamente.

Oblomov había creído tranquilizarse después de repartir con Olga su preocupación y esperaba haber encontrado en los ojos de ella y en su serenidad la fuerza de voluntad necesaria para seguir hablando, y no hallando una respuesta decisiva, perdió el ánimo.

Su cara se nubló de indecisión, la mirada vagaba sin fijeza alrededor, en su interior empezaba a sentir fiebre. Casi olvidó a Olga; ante él se agrupaban Sonechka con su marido y las visitas y oía cuchicheos y carcajadas.

Olga, en vez de contestarle con su habitual presencia de ánimo, se callaba, le miraba con frialdad y aún más fríamente le había dicho su «no lo sé». Y él no se molestó o no quiso penetrar el oculto sentido de aquel «no lo sé».

Se callaba; sin ayuda ajena, el pensamiento o la intención no madurarían, no caerían al suelo como una manzana madura, sería preciso cogerlos.

Olga le miró durante un rato, luego se puso el chal, descolgó su velo de la rama, se lo puso sin apresurarse y cogió la sombrilla.

—¿Adónde? ¡Es tan temprano!—preguntó él de pronto volviendo en sí.

—No, es tarde. Tienes razón—dijo ella pensativa y triste—, hemos llegado demasiado lejos y no hay salida; tenemos que separarnos cuanto antes y borrar las huellas del pasado. ¡Adiós!—agregó secamente y con amargura e inclinando la cabeza se fué por la vereda.

—¡Olga! ¡Por piedad! ¡Por Dios! ¡No vernos! Pero yo... ¡Olga!

Ella, sin escucharle, anduvo más de prisa; la arena crujía secamente bajo sus pisadas.

—¡Olga Sergueievna!—gritó él.

No hacía caso, seguía adelante.

—¡Por amor de Dios, vuelve!—gritó con lágrimas en la voz—. ¡Hasta a los criminales se les escucha!... ¡Dios mío! ¡No tiene corazón! ¡Oh las mujeres!—Se sentó y se tapó la cara con las manos; ya no oía los pasos.

—¡Se ha ido!—exclamó con horror y levantó la cabeza.

Ante él estaba Olga.

El le cogió una mano.

—¿No te has ido? ¿No te irás?...—exclamó—. No te vayas; ¡acuérdate, si me dejas soy hombre muerto!

—¡Y si no me voy soy una delincuente; acuérdate tú también de esto, Iliá!

—¡Oh, no!

—¿Cómo no? Si Sonechka y su marido nos encuentran una vez más, estoy perdida.

El se estremeció.

—Escúchame—dijo apresurado y titubeando—, no te he dicho todo...—y se detuvo.

Lo que en casa le había parecido tan sencillo, natural y necesario, lo que le había sonreído y constituía su felicidad se transformó de pronto en un precipicio. Le faltaban ánimos para atravesarlo. El paso era decisivo y atrevido.

—Alguien viene—dijo Olga.

En la avenida lateral sonaron pasos.

—¿Será Sonechka?—preguntó Oblomov con espanto en los ojos.

Pasaron dos señores y una señora desconocidos y Oblomov experimentó un gran alivio.

—Olga—dijo apresurado—, vámonos de aquí. Allí no hay nadie. Sentémonos.

La sentó en el banco y él se sentó en la hierba a los pies de ella.

—Te has ruborizado, Olga. Te fuiste y no pude acabar—dijo.

—Me iré de nuevo y no volveré si continúas jugando conmigo—dijo ella—. Te han gustado mis lágrimas y quizá ahora quieras verme tendida a tus pies y así, poco a poco, hacerme tu esclava, tener caprichos, leerme sentencias y luego llorar, asustarte, asustarme a mí y después preguntarme: «¿Qué debemos hacer?» No olvide, Ilia Illich—añadió con orgullo levantándose del banco—, que he crecido mucho desde que le conocí y sé cómo se llama el juego que está usted jugando..., pero no me verá usted llorar más...

—¡Oh, a fe mía que no estoy jugando!—dijo él con acento de profunda convicción.

—Peor para usted—objetó Olga secamente—. A todos sus sustos, advertencias y enigmas, le contesto únicamente diciéndole: hasta la cita de hoy le he amado y no sabía qué hacer; ahora lo sé—concluyó con decisión intentando marcharse—y ya no le consultaré más.

—También lo sé yo—dijo él deteniéndola por la mano y haciéndola sentar en el banco; luego se calló un minuto recobrando ánimo—. Mira—dijo—, en mi corazón está rebosando un deseo, en mi cabeza hay un pensamiento, pero la voluntad y la lengua no me obedecen; quiero hablar y las palabras no salen de mi boca... ¡Y qué sencillo es, qué!... ¡Ayúdame, Olga!

—¡Yo no sé qué es lo que tiene usted en la cabeza!

—¡Oh, por amor de Dios! ¡Sin ese usted! Tu mirada orgullosa me mata, cada palabra tuya me hiela como el frío...

Olga se echó a reír.

—¡Eres loco!—dijo poniéndole la mano en la frente.

—¡Así! ¡Ahora he recibido el don de pensar y hablar! ¡Olga—dijo arrodillándose ante ella—, sé mi mujer!

Ella callaba y volvió la cara al lado opuesto.

—¡Olga, deme la mano!—prosiguió él.

Ella no la dió; él la cogió y la apretó a sus labios. Olga no la quitaba. La mano estaba caliente, blanda y algo húmeda. El procuró verle el rostro y ella volvió aún más la cabeza.

—¡Silencio?—preguntó inquieto besándole la mano.

—¡Señal de consentimiento!—concluyó ella en voz baja sin mirarle todavía.

—¡Qué sientes ahora? ¡Qué piensas?—preguntó él acordándose de su soñar con el consentimiento ruboroso, con las lágrimas.

—Lo mismo que tú—contestó ella siguiendo mirando al bosque; sólo el pecho, agitado, demostraba que estaba tratando de dominarse.

«¡Tendrá lágrimas en los ojos?», pensó Oblomov, pero ella miraba hacia abajo.

—¡Estás indiferente, tranquila?—dijo procurando atraerla hacia sí.

—Indiferente no, pero tranquila sí.

—¿Por qué?

—Porque lo esperaba hace tiempo y me había acostumbrado a esta idea.

—¿Hace tiempo?—repitió él con asombro.

—Sí, desde el momento que te di la rama de lilas... te llamé en mi alma...

No terminó la frase.

—¿Desde aquel momento?

Oblomov abrió los brazos para estrecharla entre ellos.

—¡Que se abre el abismo, brillan los relámpagos!... ¡Ojo!—dijo con malicia evitando ágilmente los brazos y rechazando las manos con la sombrilla.

El se acordó del terrible «nunca» y se apaciguó.

—Pero no me has hablado nunca, ni siquiera me has dejado comprender...—dijo.

—Nosotros no nos casamos, sino que nos casan o hacen que nos casemos.

—Desde aquel momento... ¿es posible?—repitió pensativo.

—¿Has creído que sin comprenderte hubiera podido estar aquí sola contigo y hubiera pasado las tardes en el pabellón escuchándote y confiándome a ti?—dijo Olga con orgullo.

—Entonces...—empezó él abandonando la mano y cambiando de cara.

Se le ocurrió una idea extraña. Olga le miraba con tranquilo orgullo y expresión firme y él no hubiera querido ver en aquel momento orgullo y firmeza, sino lágrimas, pasión, felicidad, ¡al menos por un minuto! Y luego que fluyese la vida de paz y serenidad.

¡Y no había ni lágrimas impetuosas, ni felicidad inesperada, ni consentimiento ruboroso! ¿Cómo iba a comprenderlo?

En su corazón se despertó y se agitó la serpiente de la duda... ¿Me quiere o sólo se casa conmigo?

—Hay también otra senda que conduce a la felicidad—dijo.

—¿Cuál?—preguntó Olga.

—A veces, el amor no espera, no tiene paciencia, no calcula... La mujer arde, se estremece y experimenta a la vez tales dolores y alegrías, que...

—Yo no sé qué senda es ésa.

—Es la senda en la que la mujer sacrifica todo: su tranquilidad, la opinión del mundo, el respeto, y en cambio halla la recompensa en el amor...; éste substituye a todo.

—¿Es que nosotros necesitamos seguir esa senda?

—No.

—¿Quisieras encontrar tu felicidad a cuenta de mi tranquilidad, de mi pérdida del respeto?

—¡Oh, no, no! ¡Te juro que por nada del mundo!

—¿Entonces, por qué me hablas de eso?

—Realmente no lo sé...

—Pero yo sí. Tú quisieras saber si te sacrificaría mi tranquilidad, si iría contigo por esa senda. ¿Verdad?

—Sí, parece... has adivinado... ¿Y qué?

—¡Nunca! ¡Por nada del mundo!—dijo Olga con firmeza.

Oblomov reflexionó, luego suspiró.

—Sí, es una senda terrible y muy grande tiene que ser el amor para que la mujer se decida a seguir al hombre por ella, pereciendo y amando siempre.

El la miró interrogativo; estaba tranquila; únicamente movió la arruguita de encima de la ceja.

—Figúrate—concluyó diciendo—que Sonechka, que no vale tu meñique, al tropezar contigo haría como si no te conociese.

Olga sonrió y su mirada era serena como siempre.

Pero Oblomov, atormentado en su orgullo, sentía la necesidad de que Olga le hiciese ofrendas de amor para embriagarse con ellas.

—Figúrate que los hombres, al acercarse a ti, no bajarían los ojos con tímido respeto, sino que te mirarían con sonrisa atrevida y maliciosa...

La miró de nuevo; ella se entretenía en empujar con la sombrilla una piedrecita que había en la arena.

—Entrarías en la sala y unos cuantos sombreros se agitarían de indignación, algunos cambiarían de sitio para alejarse de ti... y tu orgullo sería el mismo de antes, te darías perfectamente cuenta de que eres superior y mejor que ellos...

—¿Para qué cuentas esos horrores?—dijo ella tranquila—. Nunca iré por esa senda.

—¿Nunca?—preguntó Oblomov desanimado.

—¡Nunca!—repitió ella.

—Sí—dijo él pensativo—, te faltarían las fuerzas y la vergüenza no te dejaría mirar a los ojos de los demás. Quizá no te asustarías ante la muerte; no es el suplicio el que es espantoso, sino los preparativos, la tortura de todas las horas; no las resistirías y perecerías. ¿Sí?

Continuó mirándole a los ojos para ver la impresión.

Olga estaba contenta; aquel cuadro espantoso no la turbaba y en sus labios flotaba una sonrisa.

—¡No quiero ni perecer ni morir! ¡No se trata de eso!—dijo—. Se puede no seguir esa senda y amar aún con más vigor...

—Pero ¿por qué no la seguirías—preguntó él con insistencia y casi con enfado—, una vez que no tienes miedo?

—Porque en esa senda... al final... siempre se separan—dijo ella—, y yo... ¡separarme de ti!...

Olga se detuvo, le puso la mano en el hombro, le miró largo rato y de pronto, tirando la sombrilla, le enlazó rápidamente el cuello con las manos le besó y luego, ruborizándose, escondió el rostro en el pecho de él y murmuró:

—¡Nunca!

El lanzó un grito de júbilo y se dejó caer sobre la hierba, a los pies de ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO



INDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas.

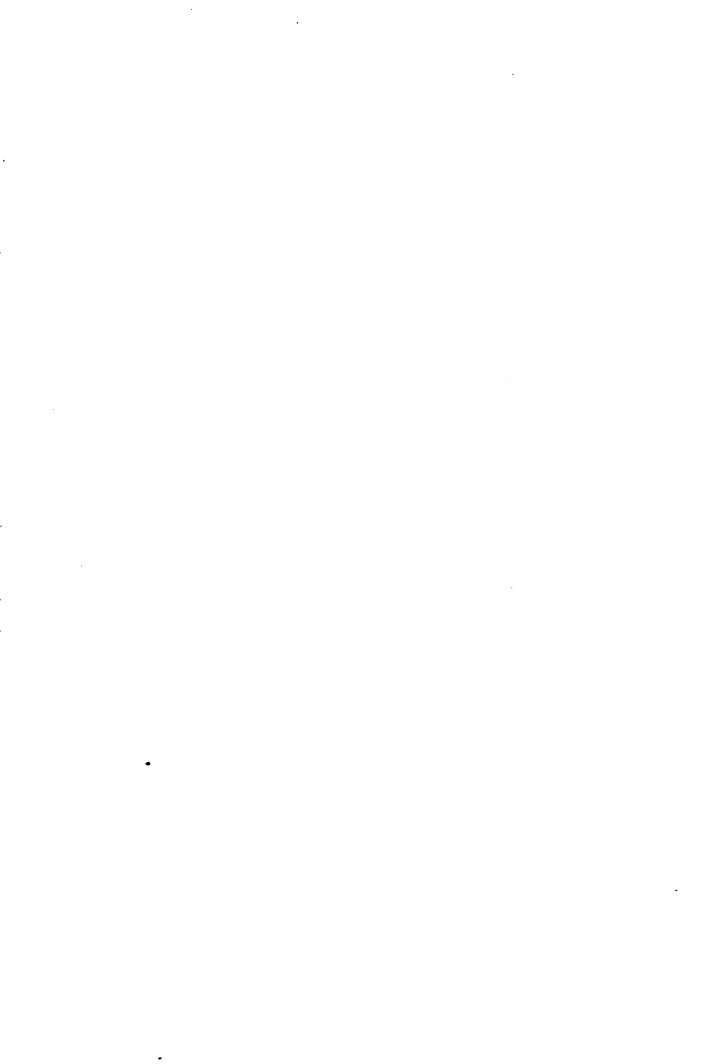
PORTE PRIMERA

I.....	7
II.....	26
III.....	59
IV.....	66
V.....	86
VI.....	96
VII.....	107
VIII.....	118
IX.....	157
X.....	229
XI.....	240

PORTE SEGUNDA

I.....	244
II.....	258
III.....	266
IV.....	277
V.....	299
VI.....	326
VII.....	341
VIII.....	354
IX.....	378
X.....	396
XI.....	426
XII.....	445





**RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library**

or to the

**NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698**

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- **2-month loans may be renewed by calling
(510)642-6753**
- **1-year loans may be recharged by bringing
books to NRLF**
- **Renewals and recharges may be made
4 days prior to due date**

DUE AS STAMPED BELOW

DEC 06 2005



YA 07228

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C045541787

600396

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

